AISLIN LEINFILL

EL LEGADO DE LA *Luna*

SERIE WOLF WORLD

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: El legado de la luna

Aislin Leinfill, Junio 2025

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0F8Z82L6P

Dedicado a vosotros, que sois quienes me impulsáis a seguir escribiendo.
Gracias a todos, por fin llegamos al final de esta saga y no puedo ser más feliz. Dejo marchar el universo Wolf World con el corazón lleno de amor y la certeza de que les doy el mejor final posible. Deseo de todo corazón que, una vez más, encontréis en su historia vuestro lugar feliz.

Aislin

PRÓLOGO

Dragos

¿¿Qué hora era? ¿En qué día estaba? No lo sabía. Ya no quería saber nada.

◆◆◆

Tenía frío; era una sensación nueva. La nieve era templada al contacto de su piel helada. No recordaba haberlo sentido antes; toda su vida solo había conocido el calor abrasador de su sangre de lobo. Ya no lo sintió más, por más que corriera, por más días que pasara en su forma de lobo… siempre estuvo helado por dentro, como si la frialdad de su alma lo ocupase todo.

◆◆◆

La pradera inerte dio paso a la vida, y los paisajes colmados de blanco se pintaron de verde y color. No los percibía; el color y la energía de la vida no podían alcanzarlo. Ya no.

◆◆◆

El calor llegó un día; los grillos y las cigarras sonaban durante la noche mientras los demás dormían. Él, no. Él seguía corriendo por el bosque que se secaba día a día… buscando, desesperado… necesitaba respuestas.

◆◆◆

Las hojas cayeron, pintando de tonalidades rojas y naranjas el suelo. Los días se hicieron más cortos y la luz del sol dejó de

calentar. No le importaba… ya no sentía nada.

◆◆◆

Durante la primera nevada, después de un giro completo de las estaciones, dejó de correr. Como si el impulso que lo había mantenido en movimiento se hubiera detenido, congelado, muerto. La transformación había sido completa durante mucho tiempo y el dolor para volver a ser humano fue atroz… aunque no parecía nada en comparación al dolor que llevaba dentro.

Sus piernas fueron inestables mientras subía las escaleras de la casa en la que había vivido durante años.

El olor de ambos seguía allí; su cama todavía conservaba la esencia de los dos juntos… Era una broma cruel del destino. Ya se había resignado a estar solo, ¿por qué darle la felicidad, dejarlo probar durante un tiempo lo que era encontrar a su mitad, para luego arrancársela cruelmente?

Su mano sucia manchó las sábanas blancas que a él tanto le gustaban. Las agarró, preso de un impulso, para quitarlas. Ya no importaba… no había nadie que fuera a preocuparse por ello. Llevó la tela a su cara y aspiró con fuerza. Casi podía sentir la calidez tenue de la felicidad emanando de ella. Pasaron horas enteras entre esas sábanas, jugando, hablando, queriéndose…

Esos momentos no volverían. Ya no quedaba nada. Volvía a estar solo.

Rasgó la tela como si fuera papel. Rompió la madera como si no fuera nada. Destrozó cada prenda, cada mueble, cada alfombra, cada rincón de la casa, mientras se desangraba entre esas paredes. El agujero que había intentado cubrir desesperadamente se agrandaba con cada segundo: lo devoraba, lo engullía. No iba a volver. Aquel lugar era ahora un mausoleo al vacío, a la traición más brutal que alguien podía sufrir.

No se detuvo hasta que no quedó nada. Solo su dolor y los recuerdos de lo que una vez significó para él.

La rabia fue un nuevo combustible para seguir con vida.

Volvió la primavera, retiró todo el escombro de la que fue la casa de su familia y se mudó a otra.

Las estaciones siguieron avanzando, y ese dolor que le perforaba el pecho no se iba; nunca le dejó. Como un recordatorio de lo que significaba desear algo que no era para él. Ese era su castigo, por avaricioso, por crédulo.

Se centró en lo que debía. En lo que estaba obligado a hacer y para lo que había nacido.

Toda la manada dependía de él. No había espacio para los sentimientos, ni para el dolor propio. Un alfa se debe a la manada, y Aurora dependía de él.

CAPÍTULO 1

Dragos

—¡Padrino! —gritó una alegre voz infantil.

Se giró, y su expresión endurecida se suavizó con una leve sonrisa. Ya nada le hacía sonreír de verdad, excepto su pequeño milagro.

El niño tenía casi tres años; sus ojos brillaban mientras se acercaba con pasos inseguros y llenos de entusiasmo, sus diminutos pies apenas manteniendo el equilibrio en su emoción. Siempre feliz de verle, exudando amor puro e inocente.

Lo alzó en brazos, haciéndolo reír, dejándose contagiar por esa risa limpia que le aflojaba el pecho. Se relajó cuando él apoyó su diminuta cabeza bajo su cuello, encajando su cuerpecito con naturalidad contra él, buscando el calor de su abrazo, acurrucándose con la confianza de que estaba a salvo.

—¿Estás cansado? —le preguntó.

—Sí —contestó West a través de su chupete, su voz amortiguada por el plástico.

Besó su cabeza, dejando que el aroma cálido e inconfundible de su piel le envolviera.

—¿Quieres dormir una siesta? —le preguntó, riendo al ver que ya tenía los ojos cerrados—. Puedes empezar ya, no te cortes por mí.

Se sentó directamente en el suelo y lo observó mientras dormía, su respiración pausada y su cuerpo completamente relajado en su pecho. Le bastaba sentir ese peso diminuto sobre él para que todo doliera un poco menos. Podía pasar horas viendo dormir a ese pequeño.

El espíritu dulce de West siempre lo tranquilizaba de una forma especial. Por suerte para él, Julian y Atik lo visitaban cada pocos

meses. Como si supieran que la compañía de sus hijos ayudaba a aliviar su pena.

—¿Otra vez? —preguntó Julian, exasperado, saliendo al porche. Sus ojos se posaron en el niño con una mezcla de resignación y ternura—. Juro por lo más sagrado que duerme el doble de tiempo cuando estamos aquí; le encanta usarte de colchón.

Sonrió, acariciándole el pelo, sin dejar de mirar al pequeño.

—No me importa, puede hacer lo que quiera. Sabe que siempre estaré aquí para él.

—Se parece a su padre —murmuró Julian, su tono impregnado de amor al hablar de su marido.

—Sí, es una copia de Atik. Desde la forma en que arruga la nariz hasta la expresión de asombro cuando descubre algo nuevo. Excepto cuando frunce el ceño, eso lo heredó de su abuelo —opinó, ya que había conocido muy bien al anterior alfa de Salem.

—¿Papi? —La pequeña Winter salió corriendo del interior, seguida de Atik.

—Hola, mi vida. —La niña se metió entre los brazos de su padre, aferrándose con sus deditos a su camiseta—. ¿Vas a pasear con papá? —le preguntó acunándola.

Atik sonrió, mirando a su hija y a su marido con un amor sereno y profundo.

—Volveremos en un rato —le aseguró Atik, recuperando a la niña de los brazos de su otro padre para dejarla en el suelo. La niña andaba de forma segura, con pasos firmes y decididos, bastante diferente a la de su mellizo.

Varios de los lobos que protegían la casa se giraron a mirarlos, sus miradas discretas, pero alertas. Siempre había lobos vigilando a los niños. Eran el bien más preciado, y unos niños como esos no nacían con facilidad. Salem había mandado su propia escolta para ellos, pero cuando venían de visita, él personalmente elegía más lobos para que asegurasen el bienestar de sus ahijados.

—Gracias por venir, sé que es difícil. Os agradezco el esfuerzo —les dijo con sinceridad a los dos.

Julian le frotó el brazo con cariño, moviéndose para ponerse a su lado.

—Estamos bien protegidos, por vuestros lobos y los nuestros. No ha habido ataques en dos años; los brujos y los vampiros nos evitan, nunca ha sido más seguro que ahora. Además, Will está pasando la etapa de llorar cada vez que Emily se aleja de él o no le presta atención. Adler no ha podido acercarse a ella en meses. Es un descanso no escuchar gritos a todas horas.

—Will tiene el carácter de los Madsen. Firme, determinado. Aun así, los mellizos son excepcionales. No deberían salir de Salem. Son un regalo para la manada, un milagro que pocos entenderán en su verdadera magnitud.

—Lo son, pero no para mí. Son mis pequeños, mis bebés. No pienso en ellos como nada más, y hacer visitas a la familia es lo que haría un padre normal —puntualizó Julian, con una leve sonrisa cansada.

—Eso está bien. Es tu labor como padre, preocuparte porque sean niños. Que vivan su infancia sin cargas ni responsabilidades antes de tiempo —hizo una pausa antes de añadir con serenidad—, lo demás llegará de todas formas.

—No son hijos del alfa. No tendrán más obligación que con su familia. Will es el hijo de Adler, él iría primero en la toma de poder —protestó Julian, frunciendo el ceño.

—Pero es más joven. El alfa de Salem no puede tener hijos; su sangre nunca podrá mezclarse sin consecuencias. Nadie seguiría a un alfa mestizo y no se toleraría la mezcla de esas razas —le recordó con delicadeza, consciente del peso que implicaba elegir una línea de sucesión en una manada.

—Cierto, pero Adler ya tiene un hijo y quieren tener más. Por jerarquía, los suyos serían los siguientes en la línea. Luego los de Agara, si los tuviese, y por último los nuestros —razonó Julian, con voz tensa.

—No seas necio. Tus niños son una rareza en el sentido positivo. Podrían ser los siguientes en la línea de sucesión de la manada. Yo los elegiría si fuera Alaric —opinó con sinceridad, sin rastro de duda.

—No puede haber dos alfas —replicó Julian, disconforme con la conversación.

—Tampoco un cuarto hijo enlazado a vuestra tierra, pero lo hay —le recordó con voz baja—. Cuando un alfa tiene gemelos, suele heredar la manada el primero en nacer. En este caso, esa sería Winter.

—No quiero pensar en eso. No me siento cómodo imaginando el día que mi cuñado no pueda ejercer como alfa —protestó Julian, bajando la mirada.

—No es nada malo anticipar el futuro cuando el alfa no tiene línea de sucesión directa. Ayuda a que la manada esté tranquila porque todos saben que hay un plan. Sin incertidumbre, no hay luchas internas ni disputas por el poder.

—¿Tú piensas en quién va a sustituirte? —le preguntó Julian con curiosidad genuina.

—Por supuesto. Es mi labor como alfa asegurar la tranquilidad y longevidad de la manada. Si caigo por lucha, uno de mis segundos ocupará mi puesto. Si lo hago por edad, haré llamar a alguien de mi familia original en Europa y lo educaré para sucederme —recitó sin dudar; ya había estado a punto de perderse y dejar a la manada desamparada. Cuando volvió en sí, se prometió que nunca volvería a dejar un vacío de poder.

—Eres joven, todavía podrías tener hijos propios —le recordó Julian, con tono esperanzado.

—No —rechazó con voz amenazante. El aire pareció tensarse, pesado y eléctrico. West se removió entre sus brazos como si pudiera percibir sus sentimientos, así que se esforzó por calmarse mientras lo mecía—. Yo seré el último de mi línea de sangre, pero me encargaré de que continúe el linaje de mi apellido.

—Puede que cambies de opinión con el tiempo —sugirió Julian con precaución.

—No lo haré. No habrá nadie más en mi vida —le aseguró, sin apartar la mirada del niño.

Julian tuvo a bien guardar silencio y no expresar su opinión. Los dos volvieron su atención al pequeño, que era un tema mucho más seguro.

Ya había tomado una decisión y nada podría hacerle cambiar de opinión. Nunca podría exponerse de nuevo de la forma en que lo

hizo con Luc. No volvería a arriesgar su corazón de esa manera. No después de lo que había perdido.

Se había pasado toda la vida esperando a alguien con quien compartir su carga, anhelando, sin admitirlo, un vínculo que le permitiera descansar, aunque fuera un poco. Luego llegó la resignación de que nunca tendría un compañero, una certeza que había aprendido a soportar como una segunda piel. Y cuando por fin tuvo a Luc, de verdad creyó que la luna lo estaba recompensando, dándole a alguien a quien amar y por quien ser amado.

Cuando Luc se fue, recordó la primera ley de su padre:

"Un alfa solo se debe a la manada; es su amor, su muerte y su destino".

Todo lo demás no importaba, nunca había importado. Ahora lo entendía. Luc se encargó de que comprendiera la lección.

CAPÍTULO 2

Dragos

—¿Dragos, tienes tu móvil a mano? —le preguntó Kal al entrar en la cocina.

—No, ya sabes que no llevo esa cosa —contestó, metiéndose un poco de pan en la boca.

—Supongo que eso explica las llamadas —protestó Kal, cruzándose de brazos.

—¿Qué llamadas? —quiso saber, masticando con calma.

—El teléfono de tu antigua casa ha estado sonando un par de días. De mañana, de tarde, de noche.

—¿Y quién es?

—Ni idea —le contestó Kal—. Los guardias me lo dijeron, pero no entraron.

—Da igual, no será nada importante. Todos saben que ya no vivo allí; os llamarían a vosotros si fuera importante —dijo para tranquilizarlo, encogiéndose de hombros.

—Cierto —admitió Kal, más calmado—. Los adolescentes de la manada están listos para entrenar bajo la lluvia. ¿Sigues queriendo llevarlos a la montaña?

—Sí, ya no son unos niños. Pronto habrá que elegir nuevos guardianes para los alrededores; pasar unos días transformados nos ayudará a distinguir a los más fuertes y con mejores sentidos. La naturaleza pone a prueba a los nuestros sin compasión, y la manada debe hacer lo mismo si quiere mantenerse firme.

—Estoy deseando tener un poco de acción; todo ha estado muy tranquilo el último año.

Dragos no dijo nada. Estaban acostumbrados a lidiar con problemas y ataques. Por suerte, la calma había llegado después de deshacerse de los cuerpos de Quione y Drusila. Ninguna otra

manada se había atrevido a atacarlos, no después de saber a lo que se habían enfrentado. Nadie estaba tan loco y, si alguien lo intentaba, que lo hiciera. Que vinieran, que probaran su suerte.

—Vámonos —dijo, levantándose de la silla—. No quiero hacer esperar a los chicos; estaban muy emocionados.

A él también le apetecía volver a transformarse. Echaba de menos la sensación de la tierra húmeda bajo sus patas, el aire frío enredándose en su pelaje, la libertad salvaje de la carrera. Los dos últimos años había pasado más tiempo en su forma de lobo que de humano. Se sentía mucho más cómodo en su forma sobrenatural, pero no podía usarla tanto como deseaba; como alfa tenía obligaciones que atender.

El otoño había llegado con lluvias torrenciales y un viento implacable. El entrenamiento fue especialmente duro, pero sus lobos le llenaron de orgullo al esforzarse al máximo para demostrar sus habilidades. No hubo quejas, solo cuerpos empapados y miradas determinadas. Eso le bastaba. Iba a anunciar a los nuevos guardianes de la manada en cuanto volviera al pueblo, pero se dio cuenta de que pasaba algo en cuanto empezaron el descenso de la montaña un par de días después.

Aulló pidiendo información mientras corría a toda velocidad de vuelta a casa. Los lobos que guardaban el pueblo contestaron, advirtiéndole que era un estado de emergencia.

Notó a sus segundos moviéndose a su lado como si fueran uno solo. Apenas había llegado al límite del territorio cuando vio a Tyler y Andrew esperándolo en medio del bosque. Se detuvo, esperando alguna indicación, pero el olor de Tyler fue como una bofetada. Un aroma ácido y corrosivo golpeó su olfato. No solo miedo… algo más. Algo que se le clavó en la piel como una advertencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto se transformó en humano, con el cuerpo aún tenso por la carrera.

Tyler les tendió ropa. El temblor de sus manos no era una buena señal. No era propio de él. Tyler era un guerrero, alguien que no temblaba ni siquiera ante la una muerte inminente.

—¿Mi manada? —inquirió con urgencia.

—Todos están bien, te lo prometo, pero tienes que acompañarnos. Ahora —le dijo Tyler.

—No hasta que me digas qué pasa —contestó, preocupado, poniéndose la ropa.

Andrew se acercó a ellos, su expresión pétrea, la mandíbula apretada.

—Confía en nosotros. Date prisa —lo apremió.

Parecía una orden, pero llevaba demasiado tiempo siendo amigo de la pareja como para no entender la preocupación de su tono.

—¿A dónde vamos? —quiso saber cuando empezaron a indicarle el camino por el medio del bosque.

—Ten fe en que queremos hacer lo mejor para ti —le aseguró Tyler.

—Eso ya lo sé, pero tanto misterio me está volviendo loco. Dime de una vez qué pasa —exigió, sintiendo cómo su lobo se removía con impaciencia.

Tyler se paró en medio del claro.

—Tienes que prometerme que vas a escuchar hasta el final —le pidió, mirándole con sus grandes ojos cargados de preocupación.

—Sabes que siempre lo hago —contestó, extrañado por su actitud. Su lobo gruñó en su interior, un eco de advertencia.

—No —insistió Tyler—. Júramelo, sé que eres un hombre de palabra. Prométeme por tu manada y por tu sangre que vas a escuchar. Somos familia, no te lo pediría si no pensara que es importante.

—Te lo juro —contestó sin dudar. Si de algo estaba seguro era de que Tyler nunca haría nada contra él. Tyler era familia, su hermano en todo menos en sangre. Sabía que podía confiar en él por completo.

—Tienes que ayudarnos —le explicó Andrew.

—Sabéis que contáis con nuestra protección —le aseguró, sin dejar de seguirlos.

Tyler se paró de nuevo y lo miró con la expresión más seria que le había visto nunca, una gravedad tan evidente que le erizó los vellos del cuerpo; ni siquiera cuando habían encontrado los restos de

su manada, gracias a la ayuda de aquellos dos brujos en Washington, lo había mirado así.

—¿Hasta dónde llega esa protección?

—Tyler… —le advirtió Andrew.

Lo miró, dolido y desconcertado, incapaz de ocultar su expresión de sorpresa.

—Sabes perfectamente que no tiene fin, mientras no pongas en peligro a mi manada. Siempre te he protegido y cuidado. ¿A qué viene esto?

—Recuérdalo —le pidió Tyler—. Recuerda que soy parte de tu manada también, que confío en ti ciegamente, en que nunca me harías daño porque yo no te lo haría a ti.

No pudo evitar sentirse herido por semejante afirmación. Era una súplica, pero también una advertencia.

Tyler se acercó a él y le tocó la cara con suavidad.

—Siento en el alma que esto vaya a hacerte daño. No es justo para ti y no te lo mereces. Lo siento, hermano —se disculpó Tyler con sinceridad.

—¿Qué diablos está pasando? Explícamelo ya, porque te juro que…

Un fuerte aroma a tristeza llegó a su olfato, pero no venía de Tyler, sino de un olor que ya había percibido antes, de uno… que había sido parte de su propia piel, de su propia alma.

No esperó nada más, no preguntó nada. Corrió directamente en su dirección; tenía demasiadas preguntas, pero más aún la necesidad de respuestas.

Se quedó paralizado, al borde de la misma casa en la que una vez fueron felices, donde se juraron amor eterno y que pasarían toda la vida juntos.

Luc estaba completamente transformado en su forma de lobo. Rugía y tiraba de las gruesas cadenas de hierro que lo sujetaban al suelo con tanta violencia que la sangre le empapaba el pelaje. Sus garras arañaban la piedra, y sus colmillos desgarraban el aire con gruñidos de pura agonía.

A su alrededor estaban los alfas de los dos Greenville, Tom y Steve. Alaric, Adler y Atik también lo rodeaban, tratando de

calmarle. Nada parecía aliviar su tormento; seguía retorciéndose, incapaz de soltarse.

—¿Por qué está atado? —exigió saber—. ¿Habéis perdido la cabeza?

—No conseguimos que vuelva a su forma humana —le contestó Tyler, resollando detrás de él—. No nos reconoce.

—¿Es un omega? —preguntó Kal, leyéndole el pensamiento.

Miró a sus segundos, que estaban como siempre a su lado, listos para protegerlo.

—Puede que desapareciera por eso. Perdió el control sobre su lobo —opinó Mike, esperanzado.

Tyler tragó saliva antes de volver a hablar, y supo que no iba a gustarle su respuesta.

—No lo creo. Lo encontramos dentro de los terrenos de nuestra manada, pero tenemos lobos nuevos. Percibieron que era un lobo y creyeron que iba a atacarnos. Se transformó y perdió el control.

—No se transforma a voluntad, ya lo sabes. Se estaba defendiendo —contestó Mike.

—Dragos —lo llamó Tyler, poniendo la mano sobre su brazo. Su agarre era firme, casi tembloroso—. No estaba solo.

—¿Qué quieres decir? ¿Con quién estaba? —inquirió sorprendido. A Luc no se le daba bien hacer amigos; era demasiado desconfiado para eso, demasiado territorial incluso en su humanidad.

Tyler le apretó el brazo de nuevo.

—Lo siento mucho —repitió con solemnidad.

No tuvo que responder. La puerta de la casa se abrió y Julian salió al porche, con la misma mirada desolada que Tyler. El peso de la verdad se reflejaba en sus ojos. Lo observó con atención, tratando de entender qué estaba pasando.

Julian lo solucionó dejando el bulto que tenía en sus brazos en el suelo.

El alma le abandonó el cuerpo al ver al pequeño cachorro de lobo apoyarse con torpeza sobre la manta en la que estaba envuelto. Era diminuto, frágil, con las orejas aún caídas y las patas temblorosas, como si el mundo a su alrededor fuera demasiado grande para él.

Corrió como pudo hasta el lado del porche, emitiendo un llanto desesperado que hizo a Luc enloquecer mientras redoblaba sus esfuerzos por liberarse. El eco de su angustia se extendió por el bosque, un aullido cargado de sufrimiento y desesperación.

—Por la luna —escuchó mascullar a Mike.

Kal se interpuso delante de él, empujando su pecho contra el suyo. Su aliento era firme, su presencia un muro que intentaba contenerlo.

Había avanzado sin darse cuenta, intentando llegar al porche, movido por su lobo.

—Tienes que calmarte, Dragos.

No comprendió lo que le decía, pero cuando intentó empujarlo sin dejar de mirar al cachorro, vio sus propias manos transformadas en garras. Su propia furia desbordándose, su control colapsando.

Mike se pegó a su espalda, sujetándolo por detrás.

—Cálmate —le ordenó.

Escuchaba sus palabras, pero ellos no podían entenderlo. No podían comprenderlo.

Ese bebé, ese cachorro.

Olía como Luc… Como Luc y como él.

Gruñó desde lo profundo del pecho, empujando a Kal, que tropezó por un momento, pero volvió a lanzarse contra él.

—Dragos, tienes que tranquilizarte —dijo Andrew, intentando sujetarle el brazo.

Tyler corrió al porche, poniéndose al lado de Julian, que le sujetó la mano como si trataran de darse fuerza el uno al otro.

—Dragos, busca un ancla. Encuentra tu centro, tienes que controlarte —le ordenó Kal, forcejeando con él.

Su hijo. Tenía un hijo que no había visto nacer, que no sabía quién era su padre…

Plantó los pies en el suelo con fuerza, notando cómo se hundía la tierra bajo su piel, como si la misma naturaleza compartiera su furia.

Rugió desde lo más profundo de su estómago, lanzando por el aire a los tres.

Los demás alfas se lanzaron sobre él, tratando de pararlo. Pero no podían.

Quería llegar al niño, a su bebé.

Tenía que protegerlo. A cualquier precio.

Julian y Tyler corrieron hasta el cachorro, cogiéndolo en brazos.

—¡Usa la ceniza! —gritó Tyler—. Enciérrate con él, protégelo —le ordenó, empujando a Julian al interior de la casa antes de saltar para tratar de ayudar.

Bramó enloquecido, zafándose de todos, corriendo directamente hacia la casa. Los dos hermanos Madsen se interpusieron en su camino, empujándolo lejos de ella. Kal y Mike hicieron barrera, tratando de que retrocediera, pero no fue eso lo que lo hizo alejarse, sino el horrible sonido que hizo Luc. Un alarido tan terrible y desgarrador que hizo que todos se volvieran en su dirección, congelados en mitad del caos.

Se había soltado de las cadenas; la sangre empapaba el pelaje de su forma de lobo, pero no parecía debilitado. Sus ojos estaban inyectados en sangre mientras se ponía al frente de la casa. En su mirada no había ni un ápice de su risa ligera, ni de su carácter tranquilo. Era la viva imagen de la muerte, una sombra que había cruzado el umbral de la cordura y se había entregado al instinto más puro y salvaje. Un único titán decidido a proteger su mundo entero.

La furia lo cegó mientras se transformaba por completo. ¿Se atrevía a desafiarlo? ¿Después de abandonarlo sin una palabra? ¿De privarle de su propio hijo?

Rugió como solo un alfa puede hacerlo, con la fuerza que llevaba en la sangre de los que le precedieron, con el poder de los siglos que lo habían fortalecido hasta llegar a él. Y la tierra de sus ancestros respondió a su llamada, vibrando bajo sus patas como si el mismo linaje antiguo despertara en su interior. Notó cómo se fortalecía, cómo el aire se volvía espeso y pesado a su alrededor, cargado de un poder que no podía contener. Si hoy era el día en que iba a encontrar la muerte, bien. No había nada que mereciera más su vida que defender a su propia sangre.

Se lanzó a por Luc, pero no fue a él a quien encontró. Atik, en su forma de lobo, y Alaric lo golpearon por el lateral, lanzándolo todavía más lejos. El impacto le arrancó un gruñido ronco, pero no logró apagar el fuego que lo consumía.

Cuando volvió a intentar atacar, tropezó con un escudo.

Reconoció al instante lo que era y rugió fuera de control, intentando atravesarlo una y otra vez. Cada embestida hacía temblar la barrera, pero no lograba romperla. Su frustración crecía, enredándose con su furia como una tormenta sin salida. Lo entendió cuando vio a la mujer de Alaric salir al porche y ayudar a reducir a Luc, que acabó en el mismo lugar de antes.

Tyler salió de la casa y fue directo hacia él, quedándose al otro lado de la barrera.

—Esto es injusto. No debería haber pasado, pero no voy a dejar que dejes a tu hijo sin padre —le dijo Tyler con dureza—. Luc vino a nosotros en busca de ayuda; algo tuvo que pasar para que estuviera dos años desaparecido y apareciera ahora. Creo que algo le pasa al niño. No come, casi todo el tiempo está dormido y no hemos visto su forma humana. Me parece que está enfermo, pero nuestros curanderos y sanadores lo han visto y nadie sabe qué le pasa. Te necesita, Dragos, no importa cómo llegó al mundo o por qué lo hizo Luc. Si quieres salvar a tu hijo, tienes que calmarte para ayudarle.

Eso llamó su atención. Los lobos no se enfermaban, y menos uno nacido de un alfa. Su sangre era fuerte; el niño tenía que ser fuerte.

Intentó cambiar, pero no pudo. Su lobo exigía sangre, necesitaba algo que calmara ese dolor sin medida que lo estaba ahogando. Cada latido en su pecho era un eco de rabia, una herida abierta que no dejaba de sangrar.

Se tambaleó intentando tomar el control. En su lugar, solo sintió dolor, uno tan intenso que redujo su parte humana a la nada.

Aulló con fuerza, alzando la cabeza hacia la luna que siempre lo había acompañado, y el mundo pareció dejar de girar por un segundo, sintiendo su dolor, ahogándose igual que él en la pena absoluta. Era un lamento de pérdida, de furia, de desesperación, un grito que se rompió en el aire como un juramento maldito.

Corrió sin rumbo, corrió porque no podía hacer otra cosa, pero, sobre todo, porque necesitaba escapar de sí mismo. Pero no importaba cuán lejos llegara, el peso de su propia existencia lo seguiría como una sombra imposible de dejar atrás.

CAPÍTULO 3

Tyler

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Kal mientras Zero trataba su pecho. Las garras de Dragos le habían abierto unas heridas que no sanarían pronto al tratarse de un alfa—. La última vez que perdió el control estuvo meses perdido en el bosque.

—Necesitamos a los dos padres —admitió, tocándose la frente con suavidad. El agotamiento le pesaba en los huesos; hacía cuatro días que habían encontrado a Luc y había sido un infierno conseguir traerlo hasta Aurora, incluso con la ayuda de Abba. El insomnio le arañaba la conciencia, haciéndole sentir que estaba perdiendo el control de la situación.

Miró alrededor, preocupado. Todos estaban heridos. Dragos era el alfa más poderoso de todos, y aunque había tenido la precaución de traer a los más fuertes de cada manada, ninguno era rival para un lobo de su estirpe. La tierra parecía templar con el eco del enfrentamiento, el olor a sangre impregnaba el aire y los susurros de los demás eran una mezcla de alivio y miedo. Si no fuera por las trampas que Abba dejó listas, ahora estarían en un funeral.

Luc no se había portado bien, pero algo le decía que tenía que haber una razón. Algo más grande que el orgullo, algo más oscuro que la traición. Un motivo lo bastante poderoso como para relegar a Dragos a un segundo plano. Porque si de algo estaba seguro era de que Luc había querido a Dragos. Eso no se podía fingir, no un amor así. Tuvo que haber un desencadenante.

—Papi —dijo la vocecita de West—. No juega conmigo —protestó, señalando al pequeño lobo que lo seguía con torpeza por el pasillo.

Julian recogió al diminuto cachorro del suelo, acunándolo entre sus brazos.

—No es que no quiera, mi vida. Es que no sabe transformarse —le explicó Julian con paciencia.

West lo miró con sus enormes ojos y asintió con la cabeza, como si entendiera. Levantó las manos, pidiendo que lo alzara, y Julian lo hizo sin dudar.

West atrajo con torpeza al cachorro hacia sus brazos. Se escuchó un lloriqueo, pero el lobo puso su cabeza sobre el pecho del niño y cerró los ojos. Como si, por primera vez en mucho tiempo, encontrara un refugio.

Julian sonrió con tristeza al observarlos. Besó con suavidad la cabeza de su hijo y los meció a ambos.

—¿Cuántos años crees que tenga? —preguntó, mirándolo directamente. Era el único que tenía experiencia con niños lobo.

—No lo sé —admitió Julian con culpa—. Poco. Ni siquiera sabe andar bien.

—¿Cómo es posible que se transforme? Eso llega en la adolescencia —protestó Tom mientras intentaba curarse los profundos cortes de sus brazos. Pasó una mano por la herida con una mueca de dolor.

—Depende de tu linaje —respondió Alaric mientras Abba se encargaba de curar a los tres hermanos—. Atik podía transformarse desde que era un niño.

—Y Dragos igual —respondió Kal—. Mi primer recuerdo de él es en su forma de lobo, aunque era muy pequeño. Ni siquiera íbamos a la escuela. Era un cachorro inquieto, siempre corriendo entre los mayores, como si supiera que su lugar estaba con ellos.

Se llevó las manos a las sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza que solo aumentaba.

—No podéis contarle nada a nadie sobre el niño —les ordenó a Kal y Dragos.

—No hará falta. Toda la manada lo sabe. ¿No sentiste el suelo? ¿El aire? Esta es la tierra de sus antepasados, forjada bajo la sangre de los que lucharon antes que él para proteger a la manada. Su presencia la despierta —contestó Kal.

—Será mejor que hablemos con ellos para calmar las aguas. Daremos una explicación y los obligaremos a mantener la distancia

con la casa, pero necesitamos a Dragos —dijo Mike con calma—. Hay un heredero, y eso lo cambia todo.

—Por amor a la luna. Es un bebé —protestó Julian, cubriendo a los dos niños dormidos con sus brazos, como si se tratara de un escudo.

—Es un heredero, el hijo de un alfa. No vamos a dejar que abandone estas tierras —señaló Kal con dureza.

—Eso tendrá que decidirlo su padre —respondió Julian, enfadado.

—No —contestó Kal en el mismo tono—. Es un heredero. Es nuestro nuevo alfa. No va a marcharse de aquí, con padres o sin ellos. Es la nueva generación de Aurora.

Cerró los ojos con el corazón encogido. Sabía que tenía razón, pero también entendía a la perfección las palabras de Julian.

—Basta —interrumpió la discusión—. Tenemos que ser un frente unido. Esto no ayuda a nadie. Id con la manada y tratad de calmar a todo el mundo.

Kal y Mike salieron furiosos de la cocina, seguidos de Zero, que no había dicho ni una sola palabra desde que le prohibieron acercarse al niño.

—Alaric, dime algo —pidió, mirando al alfa que observaba a Julian.

—Sois manadas jóvenes. No entendéis lo que supone un niño nacido del alfa. Y no cualquier alfa, sino una generación entera de ellos. Ellos tienen razón. No lo conocen y no saben quién es, pero toda la manada moriría y mataría por él. Porque es su futuro, lo que les asegurará paz y prosperidad para una nueva generación —dijo Alaric muy serio.

—Me puedo imaginar por qué se fue Luc. Son niños. Bebés —dijo Julian, mirándolos a todos como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar—. No son piezas de ajedrez. No podéis elegir dónde los vais a colocar ni qué movimientos haréis —contestó con amargura, en voz baja.

Julian se levantó con cuidado, sin soltar a los niños, y escapó al piso de arriba.

Atik lo siguió en silencio, dejando a los demás sumidos en un silencio espeso.

—Un alfa nacido tiene muchas responsabilidades y deberes. Cuanto antes empiece a entrenarse, mejor para él. Será más fuerte y estará mejor preparado. Sé que parece cruel, pero en realidad es una manera de asegurar nuestra supervivencia y la de los nuestros —insistió Alaric, mirándolo a los ojos con firmeza, como si pudiera hacerle comprender a través de su sola mirada lo innegociable de su postura.

—Ya lo sé —admitió. Había viajado y vivido durante meses con cada manada cercana; conocía sus costumbres y sus leyes. Sabía que tenían razón, pero Julian no estaba equivocado. Esa certeza lo atravesaba como una espina difícil de ignorar.

Se levantó de la mesa y salió de la casa, hasta donde estaba Luc. Abba lo había reducido; parecía dormido, inerte bajo la penumbra, pero al acercarse vio sus ojos abiertos y tristes, reflejo de un dolor que iba más allá de la fatiga.

—Quiero ayudarte, a ti y a tu hijo, pero acabas de soltarnos una bomba nuclear. Necesitamos que nos lo expliques. Haz lo que sea, arréglatelas como quieras, pero tienes que volver. No puedes marcharte ahora. Te necesitamos aquí; él te necesita.

Luc emitió un sonido bajo y agotado, una mezcla entre suspiro y gruñido que apenas vibró en su pecho.

Negó con la cabeza y volvió al interior de la casa. Sabía que el lobo de Luc era inestable y que no había garantías de cuándo o cómo podría transformarse de nuevo. El peligro estaba ahí, latente en cada respiración, como un incendio contenido a duras penas.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew, acercándose a él con el ceño fruncido.

—Yo no soy el que está lleno de heridas —dijo, señalando la sangre que cubría su camiseta, una mancha oscura que empapaba la tela y le pegaba la ropa a la piel.

Andrew sonrió, atrayéndolo a un abrazo que le devolvió todo el calor al cuerpo, disipando la tensión de sus músculos entumecidos. Frotó la cara contra su cuello, tratando de impregnarse de él, de su

fuerza y tranquilidad, dejando que su olor lo envolviera como un ancla en mitad de la tormenta.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Andrew lo miró a los ojos y dejó un beso en su frente, su contacto cálido, reconfortante, como una promesa muda.

—Dudaría de todo: de que el sol salga mañana o de la tierra bajo mis pies… pero nunca de lo que sientes por mí.

Sonrió, dejando los problemas atrás, entregándose a su abrazo. No había un lugar más seguro que aquel. No había un lugar más seguro que los brazos de su lobo.

—Llama a la familia, diles que estén alerta. Podríamos necesitar su ayuda.

—¿Crees que esto irá a peor? —le preguntó Andrew, sosteniéndole la mirada.

Suspiró, apoyando la cabeza en su musculoso brazo, dejando que su respiración se acompasara con la de él por un instante.

—Sé que sí. Necesitamos un círculo de confianza, reducido y sin fisuras. Si se filtra algo de esto, pondríamos en peligro a Aurora.

Andrew le dio otro beso en la frente, sus labios presionando con suavidad en su piel, como si pudiera sellar su promesa con ese gesto.

—Llamaré a Kim.

Escuchó cómo su marido salía mientras él cogía una manta del sofá y salía de nuevo al porche. El aire de la noche estaba cargado de humedad y le erizó la piel. Se acomodó cerca de Luc, que pareció dedicarle una mirada de agradecimiento pese al agotamiento. Había algo en su expresión que le decía que ni siquiera él entendía del todo lo que pasaba. Lo que había hecho Luc era horrible, pero se negaba a creer que lo hizo movido por el odio o las ganas de hacer daño. Tenía que haber algo más, aunque sus acciones parecieran inconcebibles.

Tom salió al porche al poco rato, sentándose a su lado y lanzándole un brazo sobre los hombros, ofreciéndole un refugio silencioso sin necesidad de palabras.

Se acurrucó en su costado, fiándose de su hermano de toda la vida, dejándose envolver por esa cercanía que siempre había sido su

punto de partida en la vida.

—¿Crees que Dragos volverá en sí? —le preguntó Tom sin alzar la voz, como si temiera que decirlo en voz alta lo hiciera más real.

—Eso quiero creer. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para traerlo de vuelta —aseguró, porque la duda, no era una opción.

Tom le acarició la espalda, mirando a Luc por encima de su cabeza.

—No puedo creer que le ocultara a su propio hijo.

—Ni yo —le confesó, con el peso de la incredulidad aún atenazándole la garganta—. Pero me niego a pensar que eso sea todo.

—Ty, esto no es un malentendido. Es su hijo. Dragos se perdió su nacimiento —argumentó Tom.

Negó con la cabeza sin separarse de él.

—Ya lo sé. Pero Luc no es mala persona. Quiere a Dragos.

—Quería —matizó Tom—. Ha pasado mucho tiempo; no es la misma persona que conocimos. No puedo imaginar el dolor que Dragos debe sentir.

—Ya lo sé —afirmó. Y esa certeza le pesaba como una losa.

Escuchó el calmante sonido del corazón de Tom y dejó que el sueño lo envolviera, llevándoselo poco a poco, como una marea que lo arrastraba hacia la orilla. Fuera lo que fuera aquello, acababa de empezar. Iban a necesitar recuperar fuerzas.

◆◆◆

—¡Basta! —gritó, cortando de raíz todas las protestas. Llevaban más de dos horas discutiendo y todavía no había rastro de Dragos. Ni siquiera Luc había vuelto a ser humano. Su paciencia se estaba agotando.

»Aurora es vulnerable, más de lo que lo ha sido en siglos —continuó con gravedad, recorriendo con la mirada a los presentes—. No importa que los segundos estéis aquí; el alfa es la cabeza. Podéis defender el territorio, pero no estáis verdaderamente vinculados a su tierra.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Kal, con el ceño fruncido.

Su respuesta no fue inmediata. En su cabeza, las posibilidades se entretejían en una red de probabilidades peligrosas. Finalmente, respiró hondo y fue al grano.

—¿Cuántas mujeres embarazadas y niños tenéis en este momento? —preguntó, clavando los ojos en los dos segundos con una intensidad que los obligó a intercambiar una mirada incómoda.

Mike fue el primero en responder, con la mandíbula apretada.

—Veintitrés niños de menos de diez años, seis lobas embarazadas y dos a punto de dar a luz.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de implicaciones.

Tom soltó un largo silbido, impresionado por la cantidad. Aquello era mucho más que un mero número; los niños aseguraban la continuidad de la manada, su fortaleza en el futuro.

—Aurora es la manada más grande, pero incluso así, es una cantidad… —murmuró Adler, calibrando lo que significaba ese dato.

—Alarmante —los interrumpió con sequedad—. Somos una enorme bandera roja. Puede que el daño ya esté hecho y la noticia se haya extendido. —Habló más para sí mismo, pero el peso de sus palabras no pasó desapercibido.

—¿Qué quieres decir? —lo presionó Kal, con los músculos tensos.

—Les dimos una explicación a todos para que estuvieran tranquilos —le aseguró Mike.

—Esto ha sido una guerra campal. ¿Creéis que ninguno de vuestros lobos se ha enterado de lo que pasó ahí fuera?

—¿Y qué? Nadie en la manada traicionaría al alfa —le aseguró Mike con los ojos encendidos de furia contenida.

Suspiró, presionando el tabique de su nariz, intentando domar la frustración que amenazaba con consumirlo.

—No puedes ser tan estúpido. No van a traicionarlo de forma intencionada, pero estarán hablando, murmurando, y solo es cuestión de tiempo que alguien escuche lo que no debe. Los secretos no existen en una manada. Vuestra manada es temida, sí. Y también una de las más vigiladas.

Kal puso una mano sobre el hombro de Mike cuando este se levantó de un salto, obligándolo a seguir sentado.

—Pues que vengan. Dragos volverá en sí, y si no lo hace, sus lobos seremos leales y defenderemos nuestra manada.

Steve negó con cara de preocupación.

—Ty, ¿qué estás tratando de decirnos? —le preguntó Andrew, acariciándole la espalda en un intento de calmarlo.

Cerró los ojos por un instante, como si pudiera organizar el caos de su mente con un fugaz parpadeo. Cuando habló, su voz era más grave.

—Aurora ha hecho muchos enemigos, y nunca ha habido ni una mínima posibilidad de venceros… hasta hoy. Conseguimos ocultar al mundo que Dragos casi se convierte en omega, pero la discusión de ayer seguro tuvo algún testigo. Y si alguien fuera de la manada lo sabe, no vendrá un solo alfa. Vendrán docenas de manadas. Porque ser el alfa de Aurora es tener tu propio ejército. Y los ejércitos se conquistan. Es solo cuestión de días, quizá de horas, antes de que traten de atacarnos.

Todos jadearon a su alrededor, pero sabían que decía la verdad, aunque nadie quisiera admitirlo en voz alta.

—¡Que vengan, acabaremos con ellos! Defenderemos a Dragos. Recuperará la cordura cuando su gente lo necesite —gruñó Mike con agresividad, golpeando la mesa con el puño cerrado.

—Podríamos ampliar la seguridad, como hicimos en Salem. Traer a nuestros lobos para asegurar el terreno —sugirió Tom.

—Podemos traer refuerzos —aseguró Steve con determinación en su voz.

Pero él ya sabía la verdad que ellos aún no querían ver.

Miró a cada uno de los alfas en esa habitación, a Julian, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, adivinando lo que estaba a punto de decir. Su marido también lo intuía, a juzgar por la tristeza en la mirada de Atik.

—No lo entendéis. No vienen a por Dragos. Lo considerarán un omega, y un lobo, por fuerte que sea, sin manada es débil. Cada día que pase en ese estado lo volverá más vulnerable. Vendrán a matar al alfa.

—Protegeremos a Dragos —prometió Kal con ira—. No les dejaremos llegar a él.

—Si Dragos ha perdido el control de su lobo… no vienen a por él. Vienen a por el alfa —insistió en voz baja.

—Pero… —murmuró Mike, que parecía a punto de caerse al suelo.

—Vendrán a por el nuevo alfa —susurró Julian, apretando entre sus brazos al pequeño cachorro que dormía pacíficamente.

Todos vieron al niño. De repente, todo encajó para cada uno de ellos.

Por eso la magia de Aurora seguía presente, aunque Dragos estuviera desaparecido. El heredero del alfa ya estaba en casa.

—Pero… —murmuró Steve, sobrecogido.

—No importa que sea un bebé. La tierra lo reclamó en cuanto puso un pie aquí. La sangre de sus antepasados alimentó esta tierra. Cualquier lobo que quiera atacar a Aurora sabrá exactamente a dónde ir —le respondió.

—Danos al niño —exigió Mike, pálido.

Julian se movió tan rápido que ni siquiera pudo percibir el movimiento hasta que lo vio de pie, a varios metros de la mesa.

—No —se negó Julian, cubriendo al pequeño con sus brazos. Sus ojos brillaban con un destello helado que prometía problemas.

—¡Es nuestro alfa! —gritó Mike, levantándose. Kal lo siguió, aunque había una sombra de duda en su postura.

—¡En un bebé! Necesita a su familia —respondió Julian, el instinto protector vibrando en cada palabra con tanta contundencia que casi podía palparse.

—Somos su familia. Danos al niño, o…

Atik bajó las escaleras, situándose frente a su marido. Su sola presencia bastó para paralizar el ambiente.

—¿O qué? —preguntó Atik de forma amenazadora, con sus ojos brillando en su forma de lobo.

—¡Es suficiente! —les ordenó con firmeza a todos—. Tenemos que estar unidos —les recordó, recorriéndolos con la mirada.

Andrew se puso discretamente a su lado; Tom y Steve se movieron más cerca de Julian.

—Es nuestro —insistió Mike, ignorándolo por completo.

Julian levantó la cabeza con orgullo.

—No. Hice a Dragos el padrino de mis hijos. Me habéis visto consolarlo y apoyarlo a cada paso. ¿Creéis que no preferiría que su hijo estuviera conmigo? ¿Alguien que duerme bajo su techo? ¿Alguien a quien llama hermano?

Había que tener valor para defender como un león al hijo de otro. Pero si algo caracterizaba a Julian Madsen, era la fuerza que tenía.

Los dos segundos parecieron dudar.

—Tu lealtad está con Salem —dijo Mike con reticencia.

—Mi lealtad está con los míos. Dragos es mi hermano, por elección. Suya y mía. Él me ayudó cuando no tenía a nadie más, dejó su vida para cuidar la mía y la de mis hijos. Ahora yo haré lo mismo por el suyo. Me quedo con el niño.

El gruñido de Mike fue un aviso, pero nadie tuvo tiempo de reaccionar antes de que se transformara con violencia, una explosión de furia que hizo crujir la madera bajo sus garras. Muebles y objetos salieron despedidos, destrozados sin esfuerzo.

Andrew lo apartó a tiempo. Los hermanos Madsen rodearon a Julian al mismo tiempo, mientras Tom y Steve se colocaban delante, haciendo barrera.

—No vamos a dejar que te lo lleves —dijo Kal, amenazante. Él seguía en su forma humana, pero su postura tensa revelaba que estaba listo para pelear si era necesario.

Julian apartó a Adler para poder mirarlo a los ojos, transmitiéndole una calma férrea que contrastaba con la tensión del ambiente.

—No me lo llevo —dijo Julian con calma—. Mis hijos y yo nos mudaremos a Aurora hasta que uno de los padres pueda ocuparse del niño.

Un silencio denso cayó sobre la habitación. Miró a Alaric. Era obvio que la idea no le gustaba nada; su mandíbula se tensó visiblemente, y Adler tampoco parecía contento, cruzado de brazos, con una mirada que oscilaba entre la frustración y la resignación.

Atik, sin embargo, permanecía en completa calma, su semblante impasible como si ya hubiera previsto ese desenlace.

—¿Traerás a tus hijos a vivir aquí? —preguntó Kal, desconcertado. Mike había dejado de gruñir, aunque su pecho seguía subiendo y bajando con respiraciones agitadas.

Julian avanzó un paso, sin dudar.

—Dragos dijo que esta es mi casa, que Atik y yo podríamos mudarnos siempre que quisiéramos. Estoy dispuesto a hacerlo ahora. Mis hijos son el futuro de Salem; traerlos aquí es una muestra de confianza en la manada de Aurora. Nuestra seguridad estará en vuestras manos.

La declaración fue tan clara como un juramento. Eso hizo que los dos lobos se relajaran del todo. El ambiente seguía cargado, pero la tensión se disipó poco a poco.

—Os protegeremos con nuestra vida —prometió Kal de manera solemne.

La reunión fue mucho más sencilla a partir de ahí, pero él nunca perdió de vista a Julian. Sabía lo que Julian opinaba de las obligaciones de sus hijos para Salem, y escucharlo admitirlo en voz alta solo reforzó su sospecha de que algo no iba bien. No era una decisión improvisada. La certeza era obvia en su voz, una decisión que parecía venir de mucho antes. Su corazonada se confirmó cuando Julian le hizo un gesto para que lo siguiera escaleras arriba, mientras todos se disponían a desayunar.

CAPÍTULO 4

Tyler

Siguió a Julian dentro de su habitación, donde su cuñada, Abba, cuidaba de los mellizos que dormían en el centro de la cama.

Julian puso al cachorro cerca de los dos niños. El pequeño estaba hecho una bolita, su diminuto cuerpo subiendo y bajando con cada respiración, pero en cuanto lo dejó, se acercó a West, que lo abrazó sin despertarse.

Sonrió enternecido al ver a los tres pequeños, acurrucados en un cuadro de inocencia que contrastaba con la gravedad de la situación.

Julian le hizo una señal a Abba y, como estaba acostumbrado, sintió la magia envolverlo, deslizándose con suavidad sobre su piel como un velo invisible.

—Ahora podemos hablar, nadie puede oírnos —le aseguró Julian.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó sin rodeos.

—Mentí —admitió Julian sin dudar—. No voy a darles al niño.

Su boca se abrió por la sorpresa. Sospechaba que estaba tramando algo, pero no eso.

—¿Qué dices? —preguntó en un hilo de voz.

—Ya los escuchaste: "nuestro alfa" —repitió, imitando la voz de Mike con un deje de sarcasmo—. Es un bebé, ni siquiera tiene forma humana.

La tensión lo mantenía en pie, observando a Julian pasear por la habitación con pasos inquietos.

—Atik dice que si el niño no puede volver a su forma humana, es porque existe la posibilidad de que el lobo sea el dominante. ¿Entiendes lo que eso significa? Podría no tener forma humana.

Se dejó caer en la silla del rincón, el peso de la revelación oprimiéndole el pecho, hundiéndole en el miedo más absoluto.

—Eso quiere decir...

—¿Qué crees que harían con él si supieran que no es humano? —Julian lo interrumpió con un susurro tembloroso, las lágrimas deslizándose sin que intentara detenerlas—. ¿Sabes lo que le hicieron a Atik porque su lobo era difícil de manejar? No puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo le hacen lo mismo a otro niño. No les dejaré.

Abrió y cerró la boca varias veces, incapaz de procesarlo todo de inmediato.

—Espera… Dame un segundo.

Julian negó con la cabeza. A pesar de las lágrimas, su mirada seguía firme, una decisión inquebrantable brillando en ella.

—Me lo voy a llevar, Ty. Voy a sacarlo de aquí, lejos, hasta que esto se aclare. Lo mantendré a salvo.

Le agarró la mano, su pulso latía firme a pesar de la tormenta que los envolvía.

—Atik lo sabe. —No era una pregunta.

—Sí —admitió Julian—. Abba va a ayudarme a escapar. Pude mentir gracias a ella.

—Julian, el bebé está enfermo. No sabemos qué le pasa, pero es débil. Podría morir y culparían a Salem. Desatarías una guerra —señaló alarmado.

—No me importa —se negó Julian con rabia—. Alaric y Adler también lo saben. Estamos dispuestos a afrontar las consecuencias.

—Eso no es… tenemos que pensar… —Intentó razonar.

—No. —Julian lo cortó de inmediato—. He visto lo que Atik ha sufrido para estabilizar a su lobo, para sentirse amado y no un monstruo. También he visto a Dragos lidiar con el poder que tiene su lobo sobre él. ¿Y sabes por qué? Porque fueron criados por alfas, pensando solo en el lobo, nunca en el humano. En el niño que obligaron a morir para que naciera el heredero.

Inspiró hondo, pasándose la mano por la cara, tratando de seguirle el ritmo a los pensamientos de Julian.

—Incluso sin Dragos, Aurora es la manada más grande. Matarán por el niño, irán directos a Salem si desaparece.

—No si les tendemos una trampa antes de que toda la manada conozca el olor del niño y puedan rastrearlo —interrumpió Abba con

calma.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, mirando a ambos.

—Fingiremos que alguien entró y secuestró a los niños. A los tres... y a Julian. Usaré mi magia para crear un rastro falso.

—Suponiendo que lo consigáis, igual irían a Salem. Algunos sospecharán: Mike y Kal, los primeros.

—Lo sé —respondió Julian—. Por eso no iré allí. Agara y sus segundos me estarán esperando. Nos esconderemos. Ocultaremos nuestro rastro.

—No habrá ningún lugar seguro. Incluso aunque logres salir de la casa, Dragos está en los alrededores. En cuanto perciba el olor del niño, irá a por vosotros. —Era una locura. No podía salir bien.

—No lo hará —le aseguró Abba—. Es un buen plan. Nadie se imagina que haremos algo tan arriesgado.

—Y aunque no lo fuera, estoy dispuesto a correr el riesgo por los niños. —Julian lo miró con fiereza—. Nadie, excepto Agara, conoce el lugar al que vamos. Es donde se ocultan los terceros hijos Madsen. Estaremos bien.

Inspiró hondo y asintió. No podía creer que estuviera accediendo a esto, pero tampoco podía dejarlos solos.

—Está bien. Pero deja que os ayude. Mi cuñada, Rhys y Deklan ya están de camino. Pueden formar parte de vuestra escolta. Los tres son lobos nacidos, fuertes y con los sentidos desarrollados.

—¿Son de plena confianza? —preguntó Abba.

—Cien por cien. Hablaré con ellos. Decidme dónde os esperará Agara y los seguirán —Hizo una pausa, buscando los ojos de Julian —. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Sí —dijo sin dudar.

Tiró de él y lo abrazó con fuerza. Conocía a pocos hombres más valientes que Julian.

—Atik se reunirá conmigo cuando sea seguro. Os llamaré en cuanto estemos a salvo —le prometió al oído.

Sujetó sus manos, su mirada fija en la de él. Necesitaba transmitirle la gravedad de la situación, porque ahora él lo sabía y se acababa de convertir en cómplice. Si el plan de Julian salía mal, Greenville también sería atacado.

—Julian, entiendes que si atacan Aurora y Dragos muere, tendrás en tus manos a las dos nuevas generaciones de diferentes manadas. Te convertirás en el hombre más poderoso de nuestro mundo. Eso te convierte en una diana gigante.

Julian negó con vehemencia.

—Son bebés. Solo bebés. Merecen tener una infancia. No importa de dónde vengan, ni quiénes sean sus padres. Son niños que deben sentirse amados y protegidos. Este niño está en más peligro que nadie. Su cabeza ya tiene precio y apenas puede respirar por sí solo.

Se le encogió el corazón.

—Yo ya viví esto con mis hijos, ¿recuerdas? Voy a ponerlo a salvo, cueste lo que cueste.

Lo abrazó otra vez. Sabía que el corazón de Julian estaba en el lugar correcto, pero le aterraba lo que pudiera pasar.

◆◆◆

Los gritos durante la noche fueron horribles. Antes del amanecer, Atik montó todo un espectáculo fingiendo que los habían atacado. Cada gesto, cada palabra, estaban medidos con precisión. Le quedó claro que era un plan muy elaborado cuando vio que habían neutralizado a todos los lobos que defendían la casa. La magia de Abba cumplió su labor, y aunque varios lobos entraron buscando pistas y perspectivas, nadie consiguió otra versión que no fuera la oficial, ni detectaron mentiras en sus explicaciones.

No le contó a nadie lo que pasó de verdad, pero la mirada de Tom y Andrew le dejó claro que sospechaban que había algo más. El peso de sus silencios hablaba más que cualquier palabra.

No pudo respirar tranquilo hasta que recibió un mensaje de Rhys asegurándole que todo estaba bien. Leyó el mensaje dos veces antes de borrarlo, como si necesitara asegurarse de que no había imaginado las palabras. Luego siguió desplegando mapas del terreno, trazando posibles líneas por las que habrían podido secuestrar a los niños.

Los Madsen volvieron a Salem con la excusa de que utilizarían a su manada para buscarlos por su cuenta. Nadie se atrevió a llevarles

la contraria, ya que el futuro de su propia manada estaba en riesgo. El aire en la casa se volvió más denso tras su partida, cargado de una tensión difícil de sacudir. Solo el fuerte abrazo de Alaric cuando se despidieron logró calmarlo un poco. Pronto Atik y los demás estarían protegiéndolos también. Sentía una opresión en el pecho al pensar en todo lo que podrían perder si algo salía mal.

Mientras otra de las batidas buscaba al niño, un grupo reducido y de confianza trataba de encontrar a Dragos. Hubo muchas batidas diferentes durante esa semana, todas con el mismo resultado. No había ni rastro del alfa.

Aurora era una de las manadas más poderosas, pero sin la figura del alfa, los lobos estaban nerviosos y asustados. Dragos ya había perdido el control antes, pero un heredero hacía que todo fuera diferente. La inquietud se extendía como un eco invisible entre ellos, vibrando en cada conversación contenida y en cada mirada esquiva. Parecía que había problemas por todas partes; los segundos corrían de un lado a otro intentando mantener la paz. Esperaría un par de días más antes de empezar su propia búsqueda del alfa.

◆◆◆

—Ty. Ty, despierta —murmuró Tom. Se negó a abrir los ojos; no hacía ni dos minutos que se había acostado.

—¿Qué pasa?

—Hay un rastro en el bosque —le dijo Tom, arrodillado a su lado en el porche. Seguía durmiendo allí por si Luc volvía en sí.

—¿De Dragos? ¿Lo encontraron? —preguntó esperanzado, sintiendo una chispa de alivio prenderse lentamente en su pecho.

—Algo así —murmuró su amigo—. Ven.

Tom le tendió un abrigo y lo llevó por el bosque.

Cuando llegaron al final del sendero, encontró un montón de árboles manchados de sangre.

—Pero… ¿Qué demonios?

—Quitamos los cuerpos antes de llamarte —le explicó Kal.

—¿Quiénes eran? ¿Humanos? —demandó saber.

—Chupasangres —dijo con asco Mike, emergiendo desnudo de entre la maleza.

—Esto podría traer problemas. ¿Quién los mató? —preguntó.

—Dragos —le respondió Mike con orgullo.

—¿Lo visteis? ¿Sabéis dónde está? —preguntó esperanzado.

—No —reconoció Kal—. Entraron en nuestro territorio y los atacó, pero se desvaneció en la noche antes de que pudiéramos alcanzarlo.

Negó con la cabeza, apartando la mirada de los troncos ensangrentados.

—Buena noticia: sigue protegiendo a la manada. Mala noticia: está fuera de control —murmuró. Todos asintieron en silencio.

—Kal, da la alarma a los centinelas. Cualquier vampiro percibiría la esencia de una manada de este tamaño. Creo que podemos asegurar que ya saben que no hay alfa. Supongo que vinieron a indagar y se encontraron de frente con Dragos.

—Bien, por lo menos ahora saben que nuestro alfa sigue en pie. O quizá ellos se llevaran al niño —dijo Mike, frunciendo el ceño.

—Es una posibilidad —dijo para no mentir de forma directa—. Declara toque de queda —ordenó a los segundos—. Que todos sepan que podemos tener visitas indeseadas.

Kal y Mike desaparecieron para cumplir sus órdenes. Parecían más pequeños sin su alfa al lado.

Andrew lo agarró del brazo, tirando de él hacia el interior del bosque. El agarre era firme, pero no agresivo, como si no quisiera darle la opción de huir. No se resistió. Sabía que iba a pasar en un futuro más o menos cercano.

Se quedó quieto mientras él lo miraba. Sus ojos verdes seguían teniendo la capacidad de quitarle el aliento, como si cada mirada pudiera ver más allá de su piel y atravesarlo por dentro. Andrew lo abrazó, pegándose a su cuerpo por completo. Su calor lo envolvió como si estuviera frente a una hoguera, pero también lo consumía como llamas devorando leña seca. Daba igual los años que pasaran; su marido siempre conseguía desmontarlo con un solo gesto.

Metió la mano entre su pelo oscuro, besándolo con pasión, sintiendo el familiar vértigo de perderse en él. Pero cediéndole el control sin resistencia.

Andrew rompió el beso, lamiendo sus labios, incapaz de contenerse. Sus manos lo sujetaron por el culo, pegándolo más a él, buscando un apoyo en medio del caos. Sabía que no era el mejor momento, pero ellos eran así.

—¿Están a salvo? —murmuró Andrew en menos de un susurro.

Asintió con la cabeza, sin querer pronunciar una sola palabra que pudiese meterlos en problemas, consciente de que cualquier frase fuera de lugar podía volverse en su contra, seguro de que Andrew no estaría preguntando si hubiera alguien cerca.

Andrew lo llevó hasta el árbol más cercano; su espalda chocó contra el tronco, sacándole un gemido involuntario, pero estaba demasiado ocupado besándolo como para protestar.

Gimió, tirando de él, tratando de escalarlo, y como siempre, su marido supo leerlo sin dificultad. Andrew lo alzó en brazos, dejando que rodeara su cintura con las piernas.

Gimió otra vez cuando Andrew mordió y lamió su cuello, su lengua trazando senderos húmedos y ardientes sobre su piel. Sus manos estaban en todas partes excepto donde más las necesitaba, torturándolo con su ausencia. Entonces, su mano cubrió su erección, y no pudo evitar el largo jadeo que se le escapó de entre los labios.

Un fuerte gruñido los hizo quedarse congelados.

—Por favor, dime que eso es un puma —susurró, sintiendo cómo el cuerpo de Andrew se endurecía por la tensión.

—No —gruñó él.

—Pues un oso —rogó, con la esperanza de que su instinto estuviera equivocado.

Otro gruñido resonó con fuerza detrás de ellos.

—Joder —murmuró, sabiendo a la perfección de quién se trataba —. Bájame.

—Si nos ataca, corre y pide ayuda —musitó Andrew.

Asintió y se asomó bajo su brazo. Dragos se alzaba frente a ellos, más grande que la última vez que lo vio. Mucho más.

—¿Un alfa adulto puede crecer? —preguntó en un hilo de voz.

Andrew se giró, cubriéndolo con su cuerpo.

—Mierda. Sal de aquí. ¡Ya! —le ordenó.

—No, espera, no nos está atacando.

Como si quisiera contradecir sus palabras, Dragos soltó un horrible rugido que le erizó la piel. Andrew le gruñó de forma amenazadora al alfa, que clavó las garras en la tierra con fuerza, su postura tensa, a punto de lanzarse.

—Tranquilo —le ordenó a Andrew, poniendo la mano sobre su pecho, pegándose a él del todo—. Puede que quiera pedirnos ayuda.

Dragos movió su gigantesca pata, lanzando trozos de tierra detrás de él. Sus fauces se abrieron y cerraron con un chasquido que resonó como un trueno en la noche.

—Tengo que sacarte de aquí —gruñó Andrew, en tensión.

—¿Qué posibilidades reales tienes contra Dragos en ese estado? —preguntó en un murmullo.

El corazón de Andrew latía rápidamente bajo sus dedos.

—Ninguna, pero no por eso voy a dejar de intentarlo —reconoció él.

Dragos avanzó, dejando surcos por donde pasaba.

Andrew retrocedió, llevándolo con él, interponiendo su cuerpo como un escudo entre ambos.

—Sé que estás enfadado —intentó razonar con el salvaje alfa.

—Joder —murmuró Deklan desde algún lugar cerca de ellos.

Casi se desmaya del alivio al escucharlo. No podían hacerle frente, lo sabían los tres, pero al menos su presencia les daría tiempo para buscar ayuda.

—Vete, trae a los demás —ordenó en el tono más bajo que pudo.

—No puedo, si os ataca…

—No lo hará. Corre.

CAPÍTULO 5

Tyler

Los pasos frenéticos de Deklan al marcharse no hicieron que apartara la atención de Dragos, que rugió furioso antes de lanzarse contra ellos.

Andrew lo empujó a la derecha para recibir el golpe del alfa. Intentó sujetarlo, pero voló varios metros hacia atrás por el impacto. El aire se le escapó de los pulmones en un jadeo seco al verlo chocar contra el suelo. Contuvo el aliento hasta que lo vio levantarse, pero Dragos no fue tras él; se había girado por completo en su dirección.

—Sé que sufres —le dijo, levantando las manos delante de él para que no se moviera.

No funcionó; Dragos siguió avanzando.

—No es justo lo que te está pasando. No te merecías algo así.

Dragos rugió completamente furioso, sus ojos más amarillos que nunca, brillando como dos brasas encendidas en la penumbra del bosque. Andrew corrió hacia él, entendiendo que iba a atacarlo, pero él vio otra cosa. Su amigo, su hermano, estaba roto por dentro. El temblor en sus músculos no era solo furia; era desesperación contenida, un peso que amenazaba con romperlo por completo. Sabía lo solitaria que había sido su vida hasta que encontró a Luc. Lo criaron para asegurar la supervivencia de su manada, como un soldado sin derecho a sueños ni elecciones, pero nadie tuvo en cuenta lo que él quería o necesitaba. Y cuando por fin encontró lo que siempre había querido… lo traicionó, dejándolo solo y quitándole a su propio hijo.

Extendió la mano hacia Andrew, que casi estaba sobre él. Tenía los ojos llenos de lágrimas y casi no podía ver. Sentía la garganta

cerrada, como si una mano invisible le impidiera respirar. Su marido lo miró sorprendido, probablemente al notar el cambio en su olor.

—Tienes que aferrarte a ese dolor —dijo, odiando pronunciar las palabras—. Porque el dolor te hace humano, y los tuyos te necesitan. No solo tu manada, que está asustada y perdida sin su alfa, tu familia te necesita.

Dragos se había quedado quieto, observándolo. Sus garras, todavía alzadas para atacar, temblaron ligeramente en el aire.

—Tu hijo necesita a su padre.

Dragos saltó sobre él rugiendo, pero estaba listo. Rodó hacia su costado por el suelo antes de ponerse en pie.

—¡No te metas! —le gritó a Andrew, que fue directo al alfa.

El bosque se llenó de gritos y todos estaban a su alrededor. Tom intentó alcanzarlo, pero Andrew lo sujetó para que no fuera. Dragos ni siquiera les prestó atención a los recién llegados; solo tenía ojos para él.

—¿Por qué es más grande? —preguntó Steve, sin apartar la vista de la criatura que tenían delante.

—El gen lobo se adapta para su supervivencia, evoluciona para protegerse —contestó Kal, que parecía dividido entre el horror y la admiración.

—¿Intentamos reducirlo? —sugirió Mike.

—No —les ordenó—. Dragos, nos están atacando. Hay vampiros rondando tus terrenos.

Él rugió furioso, alzando una de sus garras como si fuera a atacar a alguien.

—Tu hijo fue secuestrado —dijo a la desesperada, tratando de llegar a él.

Apenas en un segundo, Dragos se abalanzó sobre él. Tom y Andrew chocaron con el alfa, bloqueando el ataque.

—¡Tienes que volver! ¡No puedes seguir escondiéndote en tu lobo! Tienes que hacer frente a lo que te pasa. ¡Tienes un hijo que te necesita!

Dragos bramó de nuevo antes de irse a por él. Todos los lobos saltaron entre ellos. Cuando consiguió mirar entre el amasijo de cuerpos, el alfa ya no estaba.

—Mierda —murmuró, derrotado.

El silencio que dejó atrás fue más pesado que cualquier rugido.

Por suerte, nadie sufrió heridas demasiado graves, así que fue directo a la ducha y luego volvió a meterse en la cama. Después de dar varias vueltas, cogió su móvil y envió un mensaje a Rhys.

Tyler:
¿Estáis todos bien?

La respuesta llegó enseguida.

Rhys:
Sin visitas, todos estamos bien. No tienes que preocuparte por nada.

Miró sonriendo la foto que había añadido.

El pequeño estaba enrollado sobre sí mismo, todavía en su forma de lobo, durmiendo en el regazo de Julian. Mandó la foto a un lugar seguro en la nube y, de nuevo, borró el mensaje.

Cogió una manta y salió al porche. El aire gélido de la noche le erizó la piel, pero no retrocedió. Luc parecía miserable, rodeado de esas cadenas. Se acercó a él todo lo que pudo. Sus ojos de lobo lo siguieron, pero no hizo ningún movimiento.

—Ni siquiera sabemos su nombre —le dijo en voz baja—. El de vuestro hijo —explicó.

Un pequeño sonido de llanto salió del pecho de Luc.

—Supongo que no eres capaz de transformarte porque tu lobo solo aparece cuando estás en peligro y ahora no te sientes seguro —murmuró—. Pero, de verdad, Luc, de verdad necesito que alguno de vosotros vuelva en sí. Puedo ayudaros a solucionar el problema que sea, pero necesito saber…

Se quedó callado al ver cómo movía la pata. Tardó unos segundos en entender que estaba escribiendo en la tierra. Luc movió la cabeza y se alejó, dejando espacio para que él pudiera acercarse.

Con trazo precario y casi indefinido, había escrito una única palabra.

"Rune".

El corazón se le aceleró. Levantó la cabeza; Luc parecía expectante.

—¿Rune? ¿Tu hijo se llama Rune?

Casi se le paró la respiración al ver cómo asentía. Hasta ahora había sido imposible hablar con Luc.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué dejaste a Dragos? —preguntó con rapidez.

Luc dejó caer la cabeza al suelo de nuevo.

—Ya… —murmuró, contrariado—. Supongo que esa es una conversación que hay que tener de verdad. Una que importa. ¿Por qué volviste?

Luc estiró la pata, señalando de nuevo el nombre.

Miró entre los dos, pensando con rapidez.

—¿El niño está enfermo? ¿Volviste porque necesitabas ayuda?

Luc asintió, emitiendo otro gemido lastimero. Un escalofrío recorrió su espalda. Recordó la foto: en su forma de lobo era difícil saber si estaba mejor o peor. Y, sin conocer su edad exacta, aún más complicado determinar su estado.

—¿Cuántos años tiene? —inquirió.

Luc volvió a escribir en la tierra. Esta vez no esperó, fiándose de que no lo atacaría.

—¿Dieciséis? —interrogó al leer. Las letras estaban unidas, confusas. Estaban pegadas unas a otras.

—Meses… —murmuró, adivinando.

Luc volvió a escribir.

—Enfermo… —leyó en voz baja—. Un año y cuatro meses. Te fuiste embarazado —adivinó, horrorizado.

Luc dejó caer de nuevo la cabeza al suelo, señalando el nombre de su hijo.

—En esa época encontramos el cuerpo de Quione y dimos con aquellos brujos que nos ayudaron… —dijo, confundido—. Dragos pensaba organizar la boda a su vuelta; hablamos de ello mientras vigilábamos.

Luc soltó un bufido de desprecio.

—Dragos no mentiría con algo así. Se quedó devastado cuando te fuiste, no te lo imaginas. —Se veía en la obligación de defender a su amigo—. No sé por qué te fuiste, pero no fue porque él no te quisiera. Eras a quien más quería.

Luc giró la cabeza, evitando su mirada.

—¿Sabías que estabas embarazado cuando te fuiste?

Pensó que no iba a responder al no verlo moverse, pero finalmente asintió.

—¿Te marchaste sabiendo que tenías a su hijo y no dijiste nada? —inquirió, intentando no enfadarse.

Se puso de pie al no recibir ninguna respuesta.

—Intento entenderte, de verdad que quiero ser comprensivo… Pero robaste a su hijo. Tenía derecho a saberlo. Incluso aunque lo vuestro no fuera bien, merecía saber que él existía. ¿Sabes por qué no está aquí? Porque lo destrozaste. Sabías que ocultarle a su hijo lo mataría y elegiste hacerlo. No tienes corazón. No imagino cómo alguien puede dañar así a la persona que ama…

Se alejó a zancadas, queriendo poner espacio entre los dos para no decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Se encerró, enfadado, en su habitación, ignorando la cocina, donde escuchaba las voces de los demás planificando la próxima batida.

Cogió el móvil y envió un mensaje.

Tyler:
El nombre del niño es Rune.

Rhys:
¿Es una broma?

Escribió la respuesta, extrañado por la pregunta.

Tyler:
No, Luc lo escribió en la tierra. Su nombre es Rune.

Rhys:
Pues Luc tiene un sentido del humor muy extraño. Rune, en nuestro idioma significa secreto.

Miró la respuesta con la boca abierta.

Andrew entró en la habitación en ese momento, quitándose la camiseta para ducharse.

—¿Qué significa Rune? —inquirió a toda velocidad.

Como ya estaba acostumbrado a que saltara de un tema a otro, Andrew se limitó a responder sin hacer preguntas.

—Secreto. Es una palabra vikinga —le dijo, entrando al baño y dejándolo solo de nuevo.

Tyler:
Luc dice que el niño está enfermo.

Rhys:
Más que enfermo, es frágil. No come mucho. Julian está probando con todo.

Tyler:
Que Abba le eche un vistazo. No tiene pinta de que haya vuelto solo por debilidad; tiene que ser algo más. El niño tiene dieciséis meses. Puede que eso ayude.

Rhys:
Se lo haré saber. Te mantendré al tanto de lo que diga Abba, pero en principio no veo nada preocupante.

Borró los mensajes de nuevo y guardó su móvil.

Estaba agotado. Se dejó caer en la cama, cubriéndose con las sábanas por encima de la cabeza. Cerró los ojos y se obligó a dormir, pero no funcionó. El cansancio pesaba en su cuerpo, pero su mente seguía acelerada.

Escuchó cómo Andrew salía del baño y se movía por la habitación. Se metió en la cama, rodeándolo con un brazo para apoyarlo en su pecho, sin sacarlo de su improvisado escondite, respetando que necesitara su espacio.

La música de introducción de la serie Castle llenó la habitación y lo hizo relajarse de forma inmediata. El sonido familiar lo envolvió, y lo hizo sonreír mientras besaba su pecho. Daba igual cuánto tiempo pasara; Andrew siempre sabría darle lo que necesitaba, incluso sin pedirlo.

Sacó la cabeza un poco, asomándose para poder mirarlo. Sus ojos verdes brillaban con una sonrisa comprensiva.

—Yo también te quiero —le dijo él, sonriendo.

Volvió a cubrirse y, por fin, pudo olvidarse del mundo. Con Andrew a su lado, todo parecía posible.

CAPÍTULO 6

Julian

Miró a West, aferrando con suavidad la oreja puntiaguda del pequeño Rune con su mano. El niño no parecía molesto, por suerte; así que no podía estar haciéndole daño.

Los dos estaban despiertos, quietos y tranquilos en la cuna, mirándose el uno al otro. Se habían despertado hacía unos veinte minutos y ninguno de los dos había llorado pidiendo comida o que los sostuvieran.

Sonrió al observarlos, escuchando de fondo el eco de los pasos apresurados de Winter mientras corría por la casa detrás de Atik.

—¿Siguen dormidos? —preguntó Agara, asomándose por la puerta de la habitación.

—No, pero creo que no tienen ganas de levantarse.

Agara se acercó, sentándose a su lado en la cama, mirándolos también.

—Oye, no le toques las orejas. A los lobos no nos gusta que hagan eso —le aseguró ella, aunque era evidente que Rune no era un lobo común. Su forma difería tanto de la suya que, de no conocerlo, cualquiera pensaría que era un cachorro de lobo animal.

West miró a su tía con los ojos muy abiertos y, con un puchero, quitó la mano del pequeño. El lloriqueo del niño fue casi instantáneo. West envió a Agara una mirada de reproche y volvió a sostener la oreja de su pequeño amigo, que regresó al apacible silencio.

Los dos adultos se rieron al mismo tiempo.

—Creo que Rune no está de acuerdo contigo —opinó, sonriendo.

—Se ve que no. Sigues preocupado. Abba dijo que no notaba nada raro en él —le recordó Agara.

—Adoro a Abba —contestó, suspirando—, pero tampoco pudo ver que yo estaba embarazado, así que perdóname si prefiero creerle al

padre del bebé.

—Ese traidor —escupió Agara.

No tuvo que decir nada más. Robar un niño era impensable para un hombre lobo; robar un heredero de manada era equiparable a pedir la muerte.

No respondió. Cogió a los dos niños y salió de la habitación. Bajó las escaleras y se sentó en el porche con ellos en su regazo; a los dos les encantaba estar fuera.

Winter corría y jugaba con Rhys, que le hacía aspavientos, dejándose atrapar.

La casa donde se quedaban era una gigantesca y protegida propiedad, donde todos los alfas Madsen de reserva se escondían. Tenía todas las comodidades y mucho terreno. Era un refugio seguro, pero a veces se sentía más como una jaula.

Atik dejó una manta en el suelo a su lado, anticipándose a cuando los niños quisieran moverse. Se sentó junto a él sin decir nada, rodeándolo de la cintura con el brazo.

—No he oído tu voz en todo el día —le dijo al oído.

—No tengo mucho que decir —murmuró, apoyando la cabeza en su hombro sin dejar de mirar a los niños, que observaban con interés cómo jugaba Winter.

Normalmente, West trataría de ir con su hermana, pero desde que Rune estaba con ellos, prefería quedarse a su lado. West era un niño tranquilo por naturaleza, pero había bajado su grado de actividad para adaptarse a Rune.

—Están bien, todos los niños están bien —le recordó Atik.

Solo él sabía lo mucho que esa situación lo lastimaba. Niños que no sabían ni andar, ya condenados a un destino solitario y cruel… No tenía sentido para él, y sabía que para Atik tampoco.

Suspiró, viendo cómo el lobito movía la patita, empujando el brazo de West, quien se inclinó para abrazarlo. Se quitó el chupete de la boca y se lo ofreció.

Atik y él rieron al verlos.

—Rune no puede usar chupete, amor —le dijo, acariciando su suave pelo.

Los ojos de West brillaron con confusión. Alzó más el chupete para ofrecérselo de nuevo a su amigo, que empezó a lloriquear.

—Está bien, Rune, no pasa nada, pequeño —lo consoló, pasándole la mano con ternura entre las orejas.

Rune se movió con torpeza, retorciéndose en su regazo hasta acurrucarse contra su vientre, buscando calor. Siempre parecía tener frío.

—Echa de menos a su padre —dijo en voz baja.

—Es normal —concedió Atik, que también tocó al niño, intentando ofrecerle consuelo.

Rune hizo un ruido de felicidad, soltando un pequeño suspiro, e intentó escalar por su pierna para acercarse a Atik.

Lo levantó en peso y lo dejó sobre su muslo. Atik movió el brazo para que pudiera ponerse cómodo y acurrucarse. West se movió con el chupete en la boca de nuevo, reuniéndose con Rune, que ya parecía medio dormido.

—Se cansa con mucha facilidad —dijo con preocupación.

—Lo sé. Parece cada día más agotado, a pesar de dormir la mayor parte del tiempo —respondió Atik.

—¿Conoces alguna enfermedad de lobo que haga que los niños se debiliten? —quiso saber.

—No, esto suena más a un envenenamiento. Pero es un niño nacido de dos hombres; puede haber muchas complicaciones. Sabes lo peligroso que es, la cantidad de energía que se necesita de ambos padres. Y Dragos no estuvo durante el embarazo… Su lobo podría no estar completo o simplemente ser defectuoso.

A pesar de la delicadeza de sus palabras, el comentario encendió su enfado.

—No lo digas así. Es un niño y es perfecto —contestó, mirando a West con el ceño fruncido—. Nuestro hijo tampoco tiene rasgos de lobo; puede que no lo sea. ¿Está defectuoso?

—Juls, sabes lo que pienso de nuestro hijo —le recordó Atik en tono conciliador, con esa paciencia que usaba cuando intentaba calmarlo—. Hay muchas cosas que podrían haber ido mal. E incluso si todo fue bien, podría tener problemas por la forma en que nació.

Dragos ya es más lobo que humano; puede que su hijo solo sea lobo.

—No me importa —negó, tozudo, sin apartar la vista de Rune—. Rune es Rune. Y estoy seguro de que nos entiende.

Atik suspiró, besándole la sien con delicadeza.

—Es un bebé de poco más de un año, no entiende nada.

Guardó silencio de forma obstinada. No importaba lo que dijera nadie; él lo veía en sus ojos. A veces, una chispa de comprensión, una respuesta sutil. Y la primera vez que lo llamó Rune, el niño se había iluminado de alegría. Tenía que tener parte humana, estaba seguro.

◆◆◆

—No lamas la espuma —riñó, apartando a Rune con suavidad cuando trataba de comerse la espuma del baño de los mellizos. Winter chapoteó feliz, mojándolos a todos.

—Pero bueno, pequeña tirana. No mojes a Rune.

Winter le dedicó una sonrisa feliz, de esas que desarmaban cualquier regaño, mientras West se estiraba, tratando de alcanzar a su pequeño amigo para reunirse con él.

—Atik, seca a Winter o acabaremos saliendo del baño a nado —pidió, alzando la voz sobre las risas y los chapoteos.

Enseguida se abrió la puerta y Atik cogió a la pequeña, que gritó feliz al verle.

—Ven aquí, pequeño terremoto. Con todo lo que corrió hoy, ya debería estar lista para dormir —se quejó Atik, envolviéndola en una toalla.

—¿Cuándo has visto a tu hija cansada? —preguntó, frotando los pies de West, que rio, tratando de soltarse.

Atik rio entre dientes mientras volvía a la habitación con Winter.

—No, tú no —protestó cuando Rune trató de saltar a la bañera, con las orejas gachas en un gesto de súplica.

Cogió al cachorro en brazos, estrechándolo un momento contra el pecho y besando su cabeza con cariño.

—Después te toca a ti —prometió, acariciándolo.

—¡Rune, ven! —pronunció West con dificultad.

Julian sonrió, mirando a su hijo. No le gustaba mucho usar sus palabras, así que valoraba el doble cuando escuchaba su pequeña voz.

—¡Rune, ven! —repitió, salpicando con entusiasmo.

—Rune no puede bañarse contigo, está en su forma de lobo, cariño.

El tacto de la piel caliente sobre sus manos lo hizo dar un respingo.

Al mirar hacia abajo, encontró a un bebé desnudo, de suaves rizos negros y unos asombrosos ojos amarillos que estiraba sus brazos regordetes, tratando de alcanzar a su amigo. Gorjeó, indignado, pateando el aire en un intento de soltarse. Miró su cara: tenía la delicadeza de los rasgos de Luc, pero los ojos y el pelo de Dragos, además de un suave tono tostado en su piel. Era hermoso. Y real.

—Hola —murmuró, sorprendido—. Hola, Rune.

El niño levantó la vista. Sus ojos amarillos todavía no tenían la fiereza de su padre, pero cuando sonrió, se iluminaron en ese verde claro que antes tenía Dragos.

—Hola, cariño. No sabes cuánto me alegro de conocerte —musitó con la voz ahogada en lágrimas, aferrándolo con fuerza.

La puerta se abrió; probablemente Atik hubiera percibido su olor.

—Juls, ¿qué…? —Se quedó mirando al niño y a él; de la confusión absoluta pasó a la alarma.

—¡Abba! —gritó, cerrando la puerta—. ¡Agara!

—Papi, Rune —protestó West.

Apretó al niño entre sus brazos, con miedo a que volviera a transformarse.

—No sé si puedes controlarlo, pero estás a salvo con nosotros. Somos tu familia, no tienes que esconderte —le dijo, abrazándolo con ternura y besándole la frente una y otra vez.

Lo metió con cuidado en la bañera, poniéndolo en el otro asiento de seguridad para que no se escurriera. West tocó sus pies con los suyos y Rune rio a carcajadas. Un sonido limpio, despreocupado. La

sensación de alivio hizo que se mareara y tuviera que apoyar con fuerza sus manos sobre la baldosa.

La puerta se abrió y Rhys cayó de rodillas a su lado.

—Tiene forma humana —dijo, intercambiando una mirada extasiada con él.

—Ve por el móvil y hazle una foto, envíasela a Ty. Necesitamos que sepan que puede transformarse en humano.

—Toma el mío —ofreció Kim—. Nunca me he alegrado tanto de ver un niño —les dijo mientras Rhys hacía la foto.

—No lo asustéis —dijo Atik—. No sabemos si puede mantenerse como humano; puede que se sienta seguro con Julian.

—Sí, es lo mejor —opinó Abba—. Salid todos, voy a echarle un vistazo.

Se quedaron los dos solos con los niños, que jugaban ajenos a todo, indiferentes al revuelo, ajenos al torbellino de emociones que desataban a su alrededor.

—Su energía es exactamente la misma tanto como lobo como humano —le dijo Abba un rato después.

—¿Y eso es bueno o malo? —quiso saber.

—No creo que sea muy bueno. La energía de un hombre lobo en su forma de lobo es mucho mayor que en su forma humana —le aclaró ella—. No nos preocupemos por eso, apenas hemos podido alimentarlo en su forma de animal. Puede que coma más ahora.

—Puede ser. Sal con los demás, no quiero asustarlo —le pidió—. Dile a Atik que traiga ropa de West y un biberón extra.

—Estoy en ello —contestó Atik desde la habitación.

—¿Me llevo a West? —le ofreció Abba.

—No, les gusta estar juntos —respondió, sonriendo al ver cómo volvían a tocarse los pies, empujándose el uno al otro con pequeñas patadas juguetonas. Cogió el jabón para limpiar a Rune, que no dejó sus juegos.

—¿Te gusta bañarte?

—¡Agua! —gritó West con felicidad—. Rune y yo nos bañamos, papi.

Sonrió a su hijo, observando con atención el tamaño del niño. No era muy grande para tener más de un año, casi del tamaño que fue

West a su edad, y su hijo distaba mucho de ser un niño grande.

—Ya lo sé, pero hay que salir y cenar. ¿Tienes hambre, cariño?

—Sí —contestó, bostezando. —Y sueño.

—El día que tú no tengas sueño… —murmuró, riendo—. Atik, ven.

Atik abrió la puerta y le pasó una toalla, haciéndose cargo de sacar a West, mientras él recogía a Rune con cuidado, envolviéndolo en la tela suave.

—¿Tú tienes hambre?

Rune bostezó, frotando sus manos mojadas contra su cara. Julian sonrió, agachándose para dejar que el pequeño buscara su olor, un instinto primario en todos los niños nacidos de lobo.

Lo tumbó en la cama, al lado de West, y el bebé perdió de inmediato el interés en los adultos, volviendo a centrarse en su amigo. Se agarraron de la mano y tiraron el uno del otro con risitas entrecortadas.

Intercambió una mirada divertida con Atik.

—¿Rune, ya puede jugar? —preguntó Winter, subiéndose a la cama.

Miró sorprendido a su hija, dándose cuenta de que West no había mostrado ninguna sorpresa por la forma humana de Rune.

—Cariño, ¿habías visto antes a Rune? —preguntó, mirándola.

—Sí —contestó ella, tocando la frente de los dos niños con sus manos. Los dos intentaron agarrar las manos de Winter.

—¿Lo habías visto como niño o como lobo? —inquirió Atik, entendiendo lo que quería saber.

—Los dos —repitió ella de nuevo.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Crees que se transforme cuando duerme? —preguntó esperanzado—. ¿Es posible que no nos diéramos cuenta?

—Puede ser, no lo vigilamos al dormir. Quizá no pueda controlar su lobo del todo o baje la guardia cuando está tranquilo —opinó Atik, secando a West—. ¿Qué estabas haciendo cuando se transformó?

—Nada especial —admitió—. Solo le explicaba a West que no podía bañarse con él y, de repente, era un bebé.

Atik asintió, pero no dijo nada. Le pasó el biberón en cuanto los dos niños estuvieron vestidos. Julian se sentó en la mecedora bajo la ventana, acunando a Rune con movimientos lentos y constantes. Aunque aceptó con entusiasmo la leche, enseguida se quedó dormido.

Lo meció, negándose a dejarlo ir. Sentía el pecho oprimido, el corazón roto por él. Sus padres enfrentados, el dolor de Dragos, el miedo que debió sentir Luc, toda la gente que quería hacerle daño solo por existir... Todo eso se agolpaba en su pecho como una marea difícil de contener.

—Juls... —lo llamó Atik, acariciándole el hombro.

—Es muy pequeño —dijo en voz baja, sin dejar de mirar su carita —. ¿Soy muy mala persona por querer llevármelos lejos y no decírselo a nadie?

Atik se arrodilló a su lado, deslizando los dedos con suavidad por su mejilla en un gesto de consuelo.

—No, no lo eres —lo tranquilizó—. Solo tienes un instinto de padre muy desarrollado.

—Sé cómo fue tu vida y también cómo se crio Dragos. No puedo entender que quiera para su hijo algo que lo hizo tan desgraciado —dijo en voz baja.

Atik lo miró a los ojos.

—Su hijo tiene que hacerse fuerte, crecer para proteger a los suyos, pero eso no tiene que significar que tenga que hacerlo solo —intentó calmarlo Atik.

—Así se cría un alfa —le recordó con rencor—. Viviendo solo por y para la manada.

Atik negó con la cabeza, dedicándole una pequeña sonrisa.

—Hay muchas cosas que antes hacían y ahora ya no. Estoy seguro de que nosotros no cometeremos los mismos errores que los que nos precedieron.

Sonrió, más aliviado al escucharle.

—Prométeme que no dejaremos que estos niños se críen como soldados. Entiendo que tengan que aprender cosas, pero tiene que haber una forma mejor de hacerlo —le rogó.

Atik le agarró la mano, apretándola con calidez, y besándole el dorso con ternura.

—Te juro que encontraremos la forma de que sean niños felices —le dijo con solemnidad—. Y si sus padres no atienden a razones, te ayudaré a llevárnoslo de nuevo.

Dejó salir una carcajada, se levantó y dejó al pequeño Rune dentro de la cuna, West enseguida le sujetó el brazo a pesar de seguir dormido. Winter abrió un poco los ojos.

—Duerme, mi amor. Todo va bien —le prometió. Ella sonrió y volvió a dormirse.

—Así es como quiero que crezcan —murmuró Julian, observando a sus hijos—. En un mundo en el que estén seguros y seamos nosotros quienes lidien con los problemas.

Atik le rodeó la cintura, pegándose a su espalda en un abrazo firme.

—Así será, te lo juro. Nosotros seremos su escudo contra el mundo.

Creyó en sus palabras por completo. Atik no les fallaría, ni permitiría que sus hijos sufrieran, aunque tuviera que sacrificarlo todo por ello.

—¿Me quieres? —le susurró Atik al oído.

La sonrisa le ocupó la cara. Nunca se cansaría de responder a esa pregunta tan tierna, de calmar al niño solitario que aún vivía dentro de Atik.

—Te quiero muchísimo —murmuró, girándose para apoyar su cabeza en la suya—. Y lo haría siempre. Esa era una verdad irrefutable, imposible de ignorar y ocultar a su rey.

CAPÍTULO 7

Tyler

—Sé que tu hijo tiene forma humana —murmuró en voz baja, dirigiéndose a Luc.

Los ojos de Luc brillaron con comprensión.

—Es la primera vez que lo vemos convertirse.

Luc dejó salir un gemido lastimero, un sonido bajo, casi angustiado.

—¿Por eso fuiste a verme? El bebé no puede controlar a su lobo. ¿Es como tú?

Luc negó con la cabeza rápidamente.

—Abba dice que su energía es igual de humana que de lobo.

El lobo giró la cabeza con confusión.

—Eso no es bueno —murmuró—. Dice que la energía del lobo debe descansar, por eso os transformáis en humanos. ¿Sabías eso?

Luc negó con la cabeza, los músculos del cuello tensándose con fuerza.

—¿Es magia? ¿Alguien le lanzó un hechizo? ¿Os atacaron? —inquirió. Su voz se endureció con la última pregunta—. ¿Os seguía alguien?

De nuevo, Luc negó.

—Ni es un hechizo, ni está enfermo —murmuró, más para sí mismo que para Luc—. Entonces, ¿qué está pasando? —Frunció el ceño, pensativo—. ¿Hay algo que le guste comer? Dicen que no come.

Luc volvió a mover la cabeza en señal de negación.

—Mierda —murmuró, agotado. Sacó el móvil del bolsillo y le enseñó la pantalla para mostrarle la foto—. Es idéntico a Dragos.

Luc dejó salir un nuevo quejido, bajo y tembloroso.

—Vamos, Luc, tienes que volver a ser humano. Necesitamos ayuda.

No lo presionó más. Sabía que el hecho de que Luc pudiera responder preguntas ya era una señal prometedora. Por desgracia, necesitaban que regresara.

Julian

Se sentó en la cama de golpe, asustado. Puso la mano sobre su corazón, que latía fuera de control. Miró al otro lado de la cama: estaba vacía. Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Atik estaría haciendo guardia.

Rune gimoteaba mientras dormía en la cuna con los mellizos. Julian fue hasta los niños y tocó al pequeño lobo, que emitió un gemido más audible. Lo alzó en brazos; el cachorro apenas abrió los ojos antes de volver a dormirse, acurrucándose contra su pecho.

Notó una energía extraña sobre su piel al tocarlo. Era una sensación sutil, pero persistente. Miró al niño con extrañeza. Repitió la caricia y, de nuevo, esa sensación le rozó, ligera y fugaz, como las alas de una mariposa.

—Pero… —musitó, abriendo los ojos al entender lo que pasaba—. Ya había sentido algo así antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Atik, entrando en la habitación con el ceño fruncido.

—Está absorbiendo energía —musitó.

—¿Cómo? —inquirió Atik, acercándose y fijando la vista en el niño.

—Lo reconozco. Los bebés lo hacían cuando estaba embarazado. West aún lo hace ahora, ya lo sabes —murmuró—. Lo está haciendo ahora.

Atik extendió la mano, tocando la barriga del niño.

—¿Puedes notarlo? —preguntó en voz baja.

—Sí, lo hago —asintió Atik, con expresión tensa—. ¿Qué crees que significa? ¿Necesita energía de lobo?

—Puede ser… El lobo de Luc solo sale si está en peligro. Puede que no recibiera lo que necesitaba —opinó Julian.

Atik asintió, su rostro reflejando una preocupación creciente.

—No es una buena señal, ¿verdad? —inquirió, con el ceño aún más fruncido.

Atik negó con la cabeza.

—No lo creo. Iré a despertar a Abba. Será mejor que lo tengamos vigilado.

Lo observó salir, sin dejar de acariciar al niño. El peso de la incertidumbre se instaló en su pecho. Esperaba que fuera algo puntual. Tenía que serlo.

Tyler

Miró con curiosidad a Zero. Venía cada día a curar las heridas que Luc no dejaba de hacerse al intentar escapar. Era el único que no lo miraba con desprecio. El único miembro de la manada que no veía en él al mismísimo diablo.

—¿Por qué lo haces? —preguntó, sentado en el porche.

Zero no se molestó en responder. Continuó tratando a Luc sin prestarle más atención.

—¿No deberías odiarle? Todos en Aurora lo odian —intentó provocarlo.

—Tienen motivos para hacerlo —contestó Zero con calma.

—¿Tú no opinas lo mismo que ellos? —quiso saber.

—Yo creo que no se debe arrancar a un niño de los brazos de su padre. Es cruel y egoísta. Que un hombre no sepa que tiene un hijo…

Luc dejó salir un sonido quejumbroso.

—Pero conozco a Luc. Cuando llegó a Aurora, era como un animal asustado. No se fiaba de nadie, no hablaba con nadie. Siempre vigilante, siempre alerta. ¿Sabías que su mejor amigo era un lobo salvaje?

—Sí… ¿Dónde está el lobo? Se llamaba Joker, ¿no? —preguntó, haciendo memoria.

—Desapareció el mismo día que Luc se fue. Creímos que se lo llevó con él —contestó. Suspiró, y su mirada se perdió en la figura inmóvil de Luc—. Vi a Luc con claridad desde el primer día. Era una

persona herida, necesitaba desesperadamente una familia, y aunque sus primeros pasos fueron difíciles, encajó entre nosotros como si siempre hubiera sido uno de los nuestros. Lo intentó, de verdad. Hacía feliz a Dragos y, cuando un alfa es feliz, la manada lo nota.

Zero suspiró alejándose de Luc. Guardó todos los enseres en su maletín, lo dejó sobre la escalera y se sentó a su lado, mirándolo en silencio.

—Cuando un alfa sufre, todos lo hacen con él. Y Dragos… lo que Dragos pasó en este tiempo fue mucho más allá del dolor. Perdió la conciencia, las ganas de vivir… su humanidad. Casi se transforma en omega. Creía que no se podía sufrir más que eso… pero estaba equivocado.

»No te puedes ni imaginar lo que está pasando ahora —añadió en voz baja—. La conexión con nuestro alfa está viva dentro de cada lobo. Cada uno de nosotros puede sentir su dolor.

Por supuesto, con todo lo que había pasado, no había reparado en lo antigua que era esa manada. Más que una comunidad, parecían un solo organismo, latiendo al mismo ritmo, compartiendo pensamientos y emociones en una simbiosis perfecta. Estaban más desarrollados que otros lobos, tenían una conexión mucho más profunda que cualquier otra.

—¿No podéis usar esa conexión para buscarlo? —inquirió.

—No, no funciona así. Cuando el padre de Dragos murió, todos sentimos el momento exacto en el que su corazón dejó de latir. Cuando Luc le rompió el corazón, todos lo tuvimos quebrado junto a él —dijo Zero con voz baja y tono tranquilo—. El lobo tomó el control por completo. Ahora, todo lo que Dragos siente es dolor y rabia. Nada más.

—Pero atacó a los vampiros y… —intentó decir.

—Rabia —repitió Zero, poniéndose en pie para recuperar su maletín—. Todo lo que quiere el lobo es que todos sufran tanto como lo hace él. No piensa, no razona. Es un animal consumido por el instinto.

Lo vio marcharse sin parpadear, con sus palabras inundando su cerebro. Instinto... Miró a Luc. Ningún lobo podía parecer más miserable que él.

—Lo siento, amigo, pero tú te lo buscaste, y ahora todos los demás tenemos que lidiar con tu desastre. Con lo fácil que habrían sido las cosas si hubieras confiado en alguno de nosotros… Si hubieras venido a mí antes… —se lamentó.

Volvió a entrar en la casa y subió las escaleras hasta la habitación de Julian. Él y sus hijos iban tanto de viaje a Aurora que ya tenían su propio cuarto. Sacó las sábanas de la cuna y fue directo al bosque sin avisar a nadie. Si Dragos era más lobo que nunca, bien. Iba a poner a prueba a su animal.

Julian

—¿No te gusta esto, amor? —preguntó con paciencia cuando Rune giró la cabeza para evitar la cucharilla después de olerla.

—Seguro que puede comer esa papilla de frutas. Es muy pequeño —señaló Agara.

—Tiene más de un año; ya debería comer comida. Puré y leche con cereales como mínimo —dijo, cambiando de recipiente y cogiendo otro puré. Había preparado varios con la intención de adivinar qué comía el pequeño, ya que seguía debilitándose día a día.

—Winter ya comía puré de carne con patatas a los seis meses —señaló Alaric, acariciando la cabeza de su sobrina.

—Fue muy pronto —le contestó, viendo cómo el niño olía de nuevo—. No debería haber comido carne tan pronto. Pero su cuerpo pedía comida, y nosotros hicimos caso de su instinto de lobo.

Rune sacó la lengua y le dio un lametón a la comida antes de encogerse con cara de asco.

—No le gusta —dijo West, que estaba sentado en brazos de Atik.

Suspiró, aceptando el fracaso. En los últimos días ya habían probado todas las combinaciones de comida que funcionaban para los niños.

Abba le pasó el biberón sin decir nada. Sacó al pequeño de la trona y lo tumbó entre sus brazos para darle de comer. Rune abrió la boca con facilidad, empezando a comer mientras volvía a tomar de su energía. Era como si su cuerpo supiera exactamente lo que

necesitaba, y lo único que aceptaba era aquello que lo reconectaba con su manada. Era la única forma en la que su cuerpo parecía aceptar alimento.

—¿Lo está haciendo otra vez? —preguntó Atik.

—Sí —admitió, sin dejar de mirar la cara del pequeño. Ahora pasaba más tiempo de humano que de lobo, pero no sabían qué era lo que generaba el cambio.

—Me parece curioso que solo absorba tu energía y la de Atik —comentó Agara, mirando al pequeño fijamente.

Rune giró la cabeza, dejando de comer. Frunció el ceño con preocupación. Apenas conseguían que comiera un poco de leche antes de dejarlo.

El bebé se removió en sus brazos, apretando su carita contra su pecho. Lo movió para ponerlo en posición vertical, acariciando su espalda.

Lo sostuvo con más fuerza de la necesaria, como si así pudiera evitar que se desvaneciera entre sus brazos. Se puso de pie, ignorando a los demás adultos, y meciéndolo con cuidado. Había algo en Rune que lo ponía nervioso desde que se había vuelto humano. Una sensación de alarma constante, una punzada en lo más profundo de su instinto. Sabía que era importante, pero no conseguía saber el motivo.

Tarareó una canción de cuna para él. La cabecita de Rune se apoyó en el hueco de su cuello antes de que su cuerpo se relajara del todo.

—Papi, yo también —exigió West, andando hasta él.

Julian sonrió a su pequeño milagro.

—Ven, cariño —murmuró, ofreciéndole la mano.

Los llevó al salón, metiéndolos a los dos en la cuna portátil. Como ya era costumbre, se abrazaron el uno al otro mientras descansaban.

Se sentó en el sofá, mirándolos dormir.

Rune se consumía. El niño estaba más débil cada día, y era más frecuente que intentara tomar energía de ellos en cuanto lo tocaban.

Lo que al principio parecía un gesto instintivo, se había convertido en una súplica silenciosa. Desde que era niño, había

sentido cosas que nadie más podía, cosas que siempre lo advertían de que algo iba a pasar. Ese instinto nunca fallaba. Y ahora, la alarma sonaba cada vez con más fuerza.

Rune hizo leves sonidos de queja, y sin despertarse, West colocó su mano sobre el pecho del bebé, que se quedó tranquilo al instante. Dejó escapar el aire despacio, pero la sensación en su pecho no desapareció. Algo iba a pasar. Algo inevitable, que se acercaba con paso firme.

Apoyó la cabeza contra el respaldo, mirando al techo. ¿Por qué huyó Luc estando embarazado? Era la pregunta que todos querían saber, pero Tyler y él tenían otra que era su prioridad. ¿Por qué volvió? Alguien que se había esforzado tanto por esconder a su hijo no lo devolvería si no fuera por algo grave. ¿Quizá el niño estaba tan enfermo que pensó que ellos eran su única posibilidad?

Apretó sus manos contra los ojos, intentando entender qué pudo suceder. Puede que le preocupara que el niño fuera demasiado salvaje y…

Abrió los ojos, asustado. ¡Era eso!

Corrió a la cocina, donde ya todos estaban de pie, probablemente al oler su miedo. Sus corazones se sincronizaron con el suyo, alarmados, expectantes.

—¿Qué pasa? —preguntó Atik, que estaba más cerca de la puerta.

—Es un omega —dijo, mirándolos a todos.

Un silencio pesado se instaló en la habitación.

—¿Qué? —preguntó Alaric sin comprender.

—Rune es un omega. O está a punto de convertirse en uno. Por eso lo trajo Luc —explicó con rapidez—. El niño tiene problemas para ser humano, igual que Atik.

Todos lo miraron sin comprender sus palabras, excepto Atik, que asintió despacio.

—Luc pudo vivir sin una manada porque su lobo es latente y no activo. Pero Rune no, es más lobo que humano. Necesita tener una manada; es el hijo de una familia de alfas naturales, no puede vivir sin una.

Alaric abrió los ojos con comprensión.

—Tiene que vincularse a la tierra de sus antepasados —musitó, mirando a su hermana.

Asintió, emocionado.

—Su sangre exige estar con los suyos —añadió.

Abba frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Eso no explica por qué toma energía de vosotros —señaló ella con razón.

—Puede que sea por la energía de Julian. Desde que tuvo a los mellizos, su olor cambió; es más dulce y casi siempre huele como a los bebés. Puede que su presencia le resulte reconfortante. Incluso cuando yo me enfado, busco a Julian; solo con su presencia me calmo. Creo que nos pasa a todos, aunque no lo digamos.

Los demás lobos asintieron. Abba no podía entenderlo porque no era un lobo. Para ella, los olores no tenían el mismo significado.

—¿Y qué pasa con Atik? ¿Por qué toma la energía de él? —insistió Abba.

—Es porque somos parecidos —contestó Atik—. Soy más lobo que humano; puede que sepa que somos iguales y, además, también huelo a los niños.

—Tiene sentido —sentenció Alaric—. Cuando somos niños, el instinto lo es todo. El niño tuvo que dar señales antes de pasar a ser lobo todo el día. Luc tuvo que darse cuenta de que el animal estaba superando al humano.

—Puede que no —contestó Agara, pensativa—. Luc es un lobo transformado, no sabe nada de las costumbres de los alfas nacidos y mucho menos de embarazo masculino. Pensaría que el niño era como él.

—Puede ser —masculló Alaric—. Pero si Julian tiene razón, significa que el niño tiene que volver a Aurora y celebrar su ceremonia para atarlo a la tierra de verdad. De momento, eso no es posible. Dragos sigue perdido e incapaz de transformarse. Ya hubo vampiros en sus tierras; si llevamos al niño, podrían matarlo. Si no lo hacemos, podría morir o transformarse en un omega.

—Llamaré a Tyler para decidir qué hacer —les dijo a los demás antes de volver a la sala con los niños. Necesitaba una guía. Una voz

clara entre el caos, alguien que compartiera su miedo y le ayudara a encontrar el camino.

CAPÍTULO 8

Tyler

Su búsqueda de Dragos fue igual de infructuosa que la de los demás, pero la llamada de Julian hizo que se olvidara por completo de su propósito.

Se sentó contra un árbol, mientras pensaba en todo lo que acababan de hablar. Un omega. El hijo del alfa más poderoso del continente se estaba convirtiendo en un omega.

Si se supiera, ese niño encabezaría todas las listas de los enemigos que Aurora había hecho en siglos. Traerlo de vuelta era asumir un riesgo mucho mayor que cuando lo habían sacado, porque ahora había enemigos vigilando las tierras. Incluso con todos los lobos que tenían a su disposición… no podían garantizar su seguridad.

Quería ir con Luc, pero temía no poder contenerse y acabar ahogándolo con sus propias manos. Se llevó al hijo de un alfa sin saber nada de niños lobo, sin entender siquiera la mitad de lo que eso significaba. Cualquiera de ellos habría visto las señales de alarma. Si la gente supiera lo cerca que estaban de perder al nuevo alfa, Luc no sobreviviría a esa misma noche.

Se rodeó las rodillas con los brazos mientras pensaba. Había pocas posibilidades de llevar a Rune a Aurora de forma segura, especialmente considerando que estaba acompañado de los mellizos. Sin embargo, no tenía opción. Si el niño se estaba convirtiendo en omega, necesitaban devolverlo a sus tierras cuanto antes, atarlo a la tierra antes de que fuera tarde. Había pasado semanas convertido en lobo y, aunque ahora ya no lo hacía tanto, era una señal de que la cuenta atrás seguía en marcha.

Escuchó un gruñido cerca de él, pero no se movió de donde estaba. Las ramas y las hojas crujieron bajo el peso de unas pisadas.

La ropa de cama que había llevado estaba a su lado; percibió al lobo acercarse y olisquear las prendas antes de emitir un rugido estremecedor.

Giró la cabeza para verlo. Parecía más salvaje que la última vez que lo vio.

—Tu hijo se llama Rune —dijo en voz baja.

La enorme cabeza de Dragos se giró y sus ojos brillaron en un amarillo casi neón.

—Tiene dieciséis meses —continuó, midiendo sus palabras—, y acabamos de saber por qué Luc vino a buscar ayuda.

Dragos entreabrió las fauces al escuchar el nombre de su expareja.

—El niño se está convirtiendo en omega.

Por primera vez desde que Dragos fue abandonado por Luc, vio una expresión genuinamente humana en su rostro: herida, consternación... miedo.

—Por eso lo viste en su forma de lobo. Julian consiguió que se sintiera lo suficientemente cómodo para ser un bebé humano, pero el lobo sigue reclamándolo. No consiguen que coma, apenas duerme y cada hora que pasa se debilita más. Tiene que volver. Hay que traerlo a Aurora para consagrarlo a la tierra y tratar de que encuentre un sitio en la manada, o lo vas a perder para siempre.

Hizo una pausa, observándolo con cautela antes de decir lo último.

—No importa, Luc. No importa lo que hizo, cómo llegó hasta aquí o qué intenciones tenía. Tienes que ayudarnos a salvar a tu bebé. Tu hijo se va a convertir en un lobo salvaje.

Dragos se transformó, y fue horrible. Normalmente, el lobo volvía a su forma humana con facilidad, pero esta vez escuchó cómo los huesos se partían y se recolocaban con violencia mientras la transformación avanzaba lentamente, con agonía.

Dragos cayó de rodillas al suelo cubierto de hojas, apoyando las manos en la tierra mientras respiraba con dificultad.

Se movió por instinto, acercándose a él y poniéndole las manos en los hombros, todavía conmocionado por su reacción.

—Dragos, Dragos. Mírame. ¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Rune —susurró con una voz de ultratumba que sonó más animal que humana.

—Sí —murmuró aliviado—. Tu hijo se llama Rune.

Dragos enderezó la espalda todavía a cuatro patas. Por un instante, su piel pareció vibrar con la amenaza de una nueva transformación. Su lobo lo estaba reclamando.

—Rune tiene que volver a casa contigo. Aurora ya lo reconoció, pero el niño sigue sin manada. Es vulnerable y necesita a su padre, a su alfa —dijo, desesperado por encontrar algo que lo hiciera aferrarse a su humanidad.

Dragos se estremeció con violencia, doblándose sobre sí mismo por el dolor.

—Cuéntamelo todo —le exigió Dragos sin aliento—. Dime todo lo que sepas de mi hijo.

Sintió que su propio cuerpo se relajaba de golpe, pero se esforzó por contarle todo desde que Luc apareció en Greenville hasta ese mismo momento. Sus ojos nunca volvieron al verde; siguieron siendo los del animal. Sin embargo, su respiración fue haciéndose estable para cuando terminó.

—¿Estás enfadado con Julian? —preguntó, mirándolo. Dragos estaba sentado a su lado, con la espalda apoyada sobre el tronco, todavía desnudo.

—No —contestó Dragos con esa voz antinatural que no lo había abandonado—. Julian es mi familia. Yo no estaba en condiciones de proteger a mi hijo, y Luc… Hizo lo correcto. Puso a salvo a mi hijo, incluso sabiendo que ponía en peligro a su propia familia.

—No nos fiábamos de lo que haría tu manada, lo siento. Sé que es tu heredero, pero Julian entró en pánico al escuchar cómo hablaban de él. Le dio miedo que, en su prisa por nombrarlo alfa, lo estuvieran exponiendo a tus enemigos.

Dragos asintió. Pero no parecía humano. Ni siquiera parecía él del todo. Su cuerpo seguía tenso, descomunal, imponente, una silueta agrietada entre la humanidad y la bestia. Estaba tan musculado que parecía capaz de arrancar un árbol con las manos desnudas.

—¿Hay enemigos alrededor de Aurora? —preguntó después de unos segundos.

—Vampiros, sobre todo, pero hace dos días percibieron el olor de lobos desconocidos —le contestó, visiblemente preocupado.

Dragos esbozó una mueca de desprecio.

—Me encargaré de todos ellos —aseguró sin parpadear.

—No creo que sea buena idea que te transformes de nuevo —opinó con rapidez—. Podrías perderte en el lobo, y yo necesito desesperadamente que estés aquí.

Dragos lo miró a los ojos y, aunque sabía que no le haría daño, sintió su poder, su amenaza, como si fuera un enemigo.

—Lo siento muchísimo, puede que me equivocara al traerlos aquí directamente, pero cuando vi que era tu hijo, corrí hacia ti. Debería haber venido primero contigo, pero Luc no reaccionaba y sabía que, si alguien se daba cuenta de quién era el niño, podría matarlo. Lo siento, no estuve a la altura —se disculpó, con la voz cargada de culpa.

—No eres el único. Me cegó el odio, verlo de nuevo, saber lo que me arrebató, y no me centré en lo importante. Tengo un hijo y me necesita. —Se puso en pie con dificultad, como si le costara mantenerse erguido—. Vamos, tengo que arreglar esto para Rune.

—Puede que necesites un momento; Luc todavía está en su forma de lobo —lo aconsejó.

Dragos perdió el paso un segundo, pero se recuperó rápido.

—No me importa, mi hijo necesita volver a casa —dijo con voz dura. Echó la cabeza hacia atrás y aulló, un sonido tan poderoso que le recorrió la columna como un latigazo, le vibraron los huesos y le robó el aliento. El eco del aullido pareció recorrer toda la tierra, llamando a los suyos. El alfa de Aurora estaba de vuelta.

Mientras bajaban hacia las casas, escuchó cómo los lobos corrían hacia ellos, oyó los aullidos con el corazón sobrecogido, sin idea de lo que Dragos iba a hacer.

Cuando llegaron a la casa, todos los lobos de fuera estaban en el porche. Luc seguía de pie, moviéndose inquieto. Dragos ignoró a los visitantes y fue directo hasta la calle principal.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Tom, corriendo detrás de ellos.

Negó con la cabeza, no quería hablar, quería saber qué iba a hacer Dragos.

Los aullidos se volvieron avasalladores cuando los lobos vieron por fin a su alfa.

—Sé que lo sabéis, pero quiero que lo escuchéis de mí —dijo Dragos, haciendo un gesto a sus segundos para que se mantuvieran apartados—. Tengo un hijo, Aurora tiene un heredero.

Los aullidos subieron tanto de intensidad que tuvo que taparse las orejas.

—Mi hijo y mis ahijados fueron secuestrados por vampiros, los mismos que ahora rodean nuestra tierra buscando cómo hacernos daño. —Los rugidos sacudieron hasta los cimientos de los edificios, el olor de la furia y la violencia inundó el ambiente de una forma tan intensa que incluso él, como humano, pudo percibirlo—. Por suerte, Aurora no está sola. La manada de Salem localizó a los niños y consiguieron recuperarlos, pero están en territorio desconocido y no pueden volver a casa.

Hubo bramidos y rugidos por todas partes que prometieron venganza.

—Voy a necesitar a cada lobo de esta manada para limpiar el camino, para hacer segura la vuelta del heredero legítimo de Aurora. Mi hijo es vuestro alfa, mi legado es vuestra historia; por fin llega la nueva generación y con ella se renuevan las promesas que vuestra sangre hizo a la mía.

»¿Puedo, como alfa, contar con vuestra lealtad? —preguntó Dragos, con las garras sobresaliendo de sus dedos.

Todos los lobos gritaron al mismo tiempo, encolerizados, salvajes, devotos.

—¿Haréis de la seguridad de mi hijo vuestra prioridad?

Dio un paso atrás mientras el ruido subía de intensidad. Nunca antes la manada había vibrado con tanta fuerza. Nunca había estado más de acuerdo con Julian que en ese momento.

—¿Estáis dispuestos a morir por él?

Los bramidos y aullidos se hicieron inaguantables; siguió retrocediendo.

—Preparaos para salir, mi hijo tiene que volver a Aurora. —La declaración de Dragos fue seguida de más y más rugidos, pero él ya se estaba yendo.

Julian tenía razón, los niños son niños; ninguno debería vivir con una carga semejante.

Se sentó en el porche, al lado de Luc, que volvía a estar tumbado en el suelo. Parecía miserable.

—Por eso te fuiste —dijo en voz baja.

Luc lo miró sin comprensión en su mirada.

—Porque viste el peligro que corrieron los hijos de Julian, entendiste el peso de su legado y te asustó lo que esperarían de él y en qué lo convertirían —musitó.

Luc emitió un gemido dolido, mientras, a lo lejos, todavía se escuchaban los aullidos y la manada.

Saltó al suelo y fue directo hacia el lobo, soltó sus cadenas con dificultad, dejándolo libre.

—Puedes irte, pero debes saber que Rune tiene que volver a Aurora. Tu hijo se estaba convirtiendo en un omega. Es un alfa natural, no podía vivir sin su manada, sin su tierra. Por eso enfermó, necesita esa conexión.

Luc dejó salir un horrible sonido, un llanto herido. Se transformó poco a poco, como un globo desinflándose hasta quedar desnudo y llorando en el suelo.

—¿Fue culpa mía? —preguntó con la voz destrozada.

—Sí. —Le confirmó con lástima.

Luc se cubrió la cara con las manos mientras lloraba.

—Quería protegerlo —admitió Luc—. Cuando supe que estaba embarazado, fui muy feliz, un hijo de Dragos. Pero entonces vi lo que pasó en Salem, todo lo que Julian tuvo que pasar para tener a sus hijos a salvo, y me dio un miedo horrible que me paralizaba. Quise contárselo; sabía que él me calmaría cuando supiera que estaba embarazado.

Cogió la manta que solía tener en el porche y se la puso por encima mientras le frotaba los brazos con suavidad, sin decir nada.

—Pero él nunca estaba, siempre pasaba algo, una manada rival, un ataque aislado… —Luc se limpió las lágrimas con rabia—. Hacía

dos años que habíamos decidido casarnos y nunca pasaba, solo había promesas de lo que vendría y días enteros en soledad. Vomité cada día durante los dos primeros meses; siempre estaba solo. Me decidí a contárselo y llegó Washington, y encontrasteis todos aquellos cadáveres, y lo entendí todo. Sus segundos podrían haber entregado los cuerpos a las familias, pudo mandarlos a ellos, pero siempre iba él. El alfa de los alfas —pronunció con dolor.

No podía evitar sentir su angustia, entender lo que le decía, solidarizarse con él. Sufría de una forma tan abierta y transparente que no necesitaba su olor para saber que decía la verdad.

—Un alfa se debe a su manada. El alfa es el primero, y yo me enamoré del Dios de todos ellos. Todos acuden a él al primer síntoma de problemas, y entendí por las malas que yo no sería nunca su prioridad. ¿Me quería? No lo sé, supongo que sí, pero no lo suficiente. Nunca lo dejaría todo para anteponerme a los demás. En parte, lo admití y estaba dispuesto a aceptarlo. Pero mi hijo, mi Rune, lo cambió todo. ¿Cuántos enemigos vendrían a por él? ¿Cuánta gente querría hacerle daño por ser el hijo de Dragos? ¿Dónde estaba él mientras yo pasaba mi embarazo?

—Luc, las cosas no son así. Si Dragos lo hubiera sabido… —intentó decirle.

—Promesas y más promesas —lo cortó Luc—. Cuando me llamó y me contó que en Washington había cuerpos de niños, tuve miedo por nuestro hijo. Le rogué que volviera a casa, que os dejara organizando la vuelta de los cuerpos. No lo hizo, me dijo que no podía. Me quedé destrozado, era la primera vez que le pedía algo así y no lo hizo. Cogí algunas cosas y me fui con la esperanza de que, si no sabían que el niño existía, podría mantenerlo a salvo. No quería hacerle daño a Dragos, solo quería proteger al bebé.

Negó con la cabeza, conteniendo las ganas de llorar.

—¿Cómo conseguiste tener al bebé?

Luc se estremeció de arriba abajo, abrazándose a sí mismo mientras seguía llorando.

—Encontré a una curandera, cerca de Canadá. Esperé a que el dolor fuera malo de verdad y acudí a ella. Me fui en cuanto me cosió

la herida; no podía arriesgarme a que me hiciera preguntas o uniera cabos sueltos. Sabía que me buscarían.

El terror lo envolvió como un abrigo apretado, asfixiante, haciéndolo sentirse incómodo y completamente expuesto.

—¿Qué dices? Necesitabas un hospital, como hicieron con Julian. El embarazo masculino es demasiado peligroso —le dijo sin molestarse en ocultar su horror.

—Yo no soy Julian —lo cortó Luc, cubriéndose el estómago con las manos—. Julian tenía a Atik… Yo no tenía a nadie. Confié en que la sangre de lobo me mantendría vivo, y funcionó.

Se limpió las lágrimas de las mejillas, incapaz de reponerse de lo que estaba oyendo.

—Pudiste morir, tardas muchísimo en curarte, tuvo que ser muy doloroso.

—No importa. No me importó nada cuando lo tuve en brazos —le contestó Luc, encogiéndose aún más—. Pensé que sería como un bebé normal, que no cambiaría hasta ser un adolescente, pero hace tres meses desperté y en la cuna había un lobo. Me pareció precioso y adorable, pero cada día pasaba más horas transformado, comía menos, dormía más.

Luc lloró sin consuelo. Le rodeó con los brazos, incapaz de no hacer nada. Le dolía cada palabra, sufría con él. No podía ni imaginarse el horror que había vivido y lo atemorizado que tuvo que estar. Todos conocían el proceso del embarazo masculino gracias a Julian y no era algo que tomar a la ligera. Pudo haber muerto, y el bebé habría quedado solo.

—Quería que fuera feliz, quería tenerlo a salvo, y ahora es un omega. Por mi culpa —lloró Luc, rompiéndole el corazón.

—Lo vamos a arreglar; Julian consiguió que fuera humano —dijo, tratando de consolarlo.

—¿Lo hizo? —preguntó Luc, esperanzado, mirándole con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sí, pasa horas transformado en bebé —le aseguró.

—¿De verdad? —susurró Luc, con la voz temblorosa.

—Te lo juro —prometió, acariciándole suavemente el rostro y limpiándole las lágrimas

—¿Qué le van a hacer? —preguntó Luc, derrotado.

—Tienen que traerlo y atarlo a sus antepasados, necesita un ancla, el lobo tiene que contenerse —le dijo con sinceridad.

—¿Es porque no soy un lobo completo? —musitó Luc con la mirada baja—. ¿Por eso está enfermo?

—No, tu hijo es un alfa natural. Un lobo necesita a su manada. Tú no sientes la llamada porque tu lobo no es fuerte, pero Rune es todo lo contrario —replicó.

Luc desvió la vista, conteniendo las lágrimas.

—Quería darle una buena vida. Trabajé durante el embarazo para poder darle todo lo que necesitaba; quizá no era mucho, pero era suficiente. Creí que podríamos quedarnos allí para siempre… —admitió Luc, desconsolado.

—Luc… —murmuró con tristeza, abrazándolo. Lo sintió temblar en sus brazos—. Ojalá hubieras acudido a mí. Lo siento mucho, de verdad.

Luc no dijo nada, se aferró a él y lloró con desesperación. Cuando alzó la cabeza, su respiración se cortó. Dragos estaba parado a pocos metros, con la cara rota de dolor y los ojos más verdes que nunca, brillando por las lágrimas. Luc abrió la boca, pero antes de poder pronunciar su nombre, en menos de un parpadeo desapareció en el bosque, dejándolos solos. Apretó a Luc con fuerza y levantó la cabeza hacia la luna, suplicando en silencio a la madre de todos que los ayudase.

CAPÍTULO 9

Tyler

Andrew no había dicho ni una sola palabra desde que le contó todo lo que había pasado esa noche. El sol ya despuntaba por la montaña, pero ellos todavía no se habían acostado. Tom lo había ayudado a calmar a Luc antes de convencerlo para darse un baño y llevarlo a una habitación a descansar. Aun así, el miedo seguía aferrado a su cuerpo, tensándole los músculos incluso cuando ya estaba bajo las mantas. Fue obvio que Luc no se sentía seguro en Aurora. Pidió en voz baja si podía dormir con la puerta abierta, y, al final, todos decidieron hacer lo mismo, como si eso pudiera disipar la sensación de peligro que aún flotaba en el aire.

—¿Puede un alfa mentir a su manada de esa forma? —preguntó Andrew.

—No es una mentira manifiesta, está manipulando la verdad. Técnicamente, los niños fueron secuestrados por la manada de Salem y, de la misma forma, los encontraron.

—Porque los tenían ellos —contestó Andrew, sin esconder su sorpresa.

—Detalles, supongo… —comentó con agotamiento, frotándose los ojos con lentitud. Se dejó caer sobre el amplio pecho de Andrew, intentando calmar el ruido que tenía metido en la cabeza.

—¿Crees que se pueda salvar al niño? —preguntó Andrew con preocupación.

—La verdad es que no se sabe. Muchos han tratado de invertir el proceso, de convertir en beta a un omega, y no se puede. Pero luego está el caso de Atik… Estuvo a punto de convertirse en uno, y el amor de sus hermanos consiguió mantenerlo a flote hasta encontrar a Julian y tener a los niños. Creo que hay esperanzas,

porque todavía se transforma en humano, pero es obvio que el lobo lucha por tener el control.

El ceño de Andrew se hizo más profundo.

—Hay tantas cosas que se hicieron mal aquí que, con sinceridad, no sé cómo se puede arreglar esta situación —le confesó Andrew.

—Ya lo sé —suspiró. Apretó los ojos con cansancio y dejó caer la cabeza hacia atrás, exhalando con frustración—. Todavía espero que Dragos monte en cólera, ataque a Luc o intente que se vaya y reclame al niño para él solo.

—Estaría en su derecho —le recordó Andrew con suavidad.

—No sería justo —contestó con rapidez.

—Ni lo que hizo Luc —replicó Andrew con dureza—. No tenía ningún derecho a llevarse al niño. Entiendo lo que te contó, comprendo sus miedos, pero la verdad es que tenía opciones. Pudo haber acudido a ti o a cualquiera de los otros alfas de las proximidades. Eligió hacerlo a su manera sin siquiera saber nada de lobos nacidos. Tú mismo me contaste que dio a luz y salió corriendo. Podría haber muerto. ¿Qué habría pasado con el niño?

La sola posibilidad le heló el pecho, pero no pudo evitar defender a Luc. Se sentó en la cama, separándose de él.

—Estaba embarazado y solo. Acababa de ver el infierno que pasó Julian con los niños. ¿Es tan difícil de entender? Me imagino en su situación y estaría aterrado. ¿Viste lo que pasó cuando Dragos llegó a la plaza? Parecía una secta. Sé que los lobos tenéis que ser fieles a vuestro alfa, pero eso es otro nivel de fidelidad. Si Dragos les pidiera que mataran a Luc, lo harían. Ese nivel de compromiso es tóxico y destructivo. ¿Sabes qué manada era así? La de Royal. ¿Recuerdas cómo terminó? Un alfa debe ostentar su poder sin abusar de él —dijo, furioso, pero esforzándose en no levantar la voz.

—Dragos no está haciendo eso. Le dijiste lo del secuestro y os protegió. Está intentando arreglar todo esto para ayudar a su hijo. Es su heredero y se lo robaron —protestó Andrew, igual de molesto.

Se puso de pie, mirándolo sin dar crédito.

—También es el hijo de Luc —le reclamó, alzando la voz—. Se equivocó, es un error horrible e injusto, pero es su padre y creía que hacía lo correcto. No existe solo el bien o el mal. Nosotros lo

sabemos mejor que nadie. A veces, las decisiones no son fáciles. Hizo lo que creía mejor para el niño. También es parte de él.

Andrew se sentó en la cama, tomando una respiración profunda para calmarse.

—Es un heredero —le contestó con voz tranquila y sosegada.

Lo miró sin creerse lo que estaba escuchando.

—¿Y qué pasa? ¿Dragos decide todo y Luc solo puede obedecer? ¿Como pareja del alfa, su labor era parir hijos y luego dejar que los arrancaran de sus brazos? ¿Debe fingir que ese niño no es suyo? ¿Soportar que hagan cualquier cosa con él porque no puede decidir?

Andrew negó con la cabeza, claramente arrepentido.

—Yo no digo que esté bien, pero es que…

—No puedo creer que justifiquéis esto —murmuró, horrorizado—. Joder… Mierda. —Se pasó las manos por el pelo con frustración—. Yo también me habría largado.

Salió de la habitación hecho una furia, dando un portazo que hizo temblar las paredes.

Luc estaba en la habitación de enfrente, sentado contra la pared en el suelo. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y el agotamiento le marcaba el rostro. Fue hasta él, recogió las mantas de la cama y los cubrió con cuidado, abrazándolo con fuerza contra su cuerpo.

—Solo quería que estuviera a salvo… —le susurró Luc al oído.

Le acarició la cabeza con la mano, obligándose a contener la impotencia que lo devoraba. No podía perder tiempo. Tenía que pensar, y rápido.

Julian

Rune corría agarrado de la mano de West, ambos resplandecientes bajo la luz del sol, vestidos de blanco. Toda la manada los veía mientras sonreían, vigilando la carrera de los pequeños.

—¿A que no me pilláis? —gritó Winter, adelantando a los dos niños con su largo vestido, que ondeaba tras ella como un estandarte de victoria.

—Tened cuidado —los advirtió sentado en el porche.

Los niños rieron y desaparecieron entre los árboles frutales que rodeaban la casa. El aire estaba impregnado de la dulzura de las flores y el fresco aroma de la hierba recién cortada. Se levantó de las escaleras y fue hasta el que tenía más cerca. Era un manzano enorme, de tronco robusto y ramas cargadas, con unas brillantes hojas verdes. Las frutas estaban en su mejor momento: rojas, grandes y duras. Alargó la mano para coger una; con la boca hecha agua, mordió la manzana… y un horrible sabor le llenó la boca.

El gesto de placer se transformó en una mueca de asco. Miró la fruta en su mano, pero lo que antes era jugoso y firme ahora se desmoronaba, convirtiéndose en polvo entre sus dedos. El corazón se le detuvo y, sin pararse a pensar, corrió hacia donde había visto a los niños por última vez.

Winter estaba de pie delante de los niños con una manzana mordida en la mano. West y Rune yacían en el suelo, quietos; demasiado quietos. Con las caras volteadas el uno hacia el otro. Contuvo el aliento y el hedor de la muerte le inundó las fosas nasales. Un frío desgarrador lo envolvió cuando la imagen se le clavó en el pecho. El grito que salió de su garganta fue tan brutal que pareció partir el aire en dos.

Se sentó en la cama de golpe, empapado en sudor, casi ciego por el pánico.

—Julian, ¿qué pasa? —preguntó Abba, abriendo la puerta de su habitación.

La empujó fuera de su camino y bajó las escaleras a toda velocidad para salir al porche. Rhys estaba sentado bajo un árbol con los dos niños tumbados sobre la manta, mirando al cielo.

—¿Va todo bien? —preguntó Alaric, de pie en el porche.

—¿Julian? —preguntó Agara acercándose. —¿Qué pasa?

Ignoró a ambos a favor de ir a por los niños. Sus manos temblaban cuando los alzó en brazos, girando con rapidez en busca de su hija.

—¡Win! —gritó.

La niña salió corriendo detrás de la casa con Atik.

—Papi, trepé por un árbol gigante —le contó entusiasmada, su carita iluminada por el orgullo.

—Vamos —la llamó, cogiéndola de la mano y entrando a la casa a paso rápido.

—¿Julian? —llamó Atik.

Subió las escaleras prácticamente volando y se encerró en su habitación con los tres niños. Lanzó el muérdago contra la puerta sin pensar, sellando la habitación.

Dejó a los niños en la cama y recorrió sus cuerpos con las manos, buscando alguna herida. Su respiración era errática; cada latido de su corazón atronaba en sus oídos. Cada rincón de su mente gritaba que algo iba mal.

—¡Julian!

—Julian, dinos algo —gritó Agara, golpeando la puerta.

—¿Por qué sellaste la habitación? —preguntó Alaric, uniéndose a los golpes.

—¡Parad! ¡Parad! —gritó Atik. —Lo estáis asustando.

—Escuchad su corazón —escuchó decir a Rhys. —Está aterrorizado.

—Fue una pesadilla —añadió Abba. —Fui corriendo a ver si estaba bien, pero…

Los niños empezaron a llorar y quejarse mientras él seguía inspeccionándolos. Sus diminutas manitas se aferraban a su ropa, buscando consuelo.

—Juls —le interrumpió Atik, su voz más suave esta vez. —Háblame. ¿Estás bien?

No respondió. Su pecho subía y bajaba con respiraciones descontroladas, incapaz de apartar la imagen de sus hijos inertes en la hierba. Cogió a Winter y la puso con los pequeños, comprobando que estuviera bien.

—Julian, está bien si necesitas estar encerrado, pero necesito que abras la puerta. Tengo que ver que estáis bien —le pidió Alaric con delicadeza.

Cogió a West en brazos y fue hacia ella, abriendo la puerta despacio. El muérdago evitaría que entraran. Todos estaban apretujados en la entrada, mirándolo a él y a los niños con el ceño fruncido, claramente sin entender nada.

—Juls —lo llamó Atik.

En cuanto sus ojos se encontraron, una tenue calma empezó a deslizarse por su pecho. Una chispa de cordura regresó, frágil, pero real.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza, sin saber qué responder. Volvió a la cama y recogió a Rune, que todavía emitía pequeños lloriqueos.

Winter se acercó a la puerta. Intentó salir, pero la barrera se interpuso en su camino. Trató de hacerlo de nuevo sin éxito, aunque no por eso dejó de intentarlo una y otra vez con decisión.

Se sentó contra el cabecero, dejando a los dos niños entre sus piernas. Les acarició el cabello con dedos temblorosos, como si necesitara asegurarse de que realmente estaban ahí.

Una vez sentados en la cama, los dos se agarraron de las manos, entreteniéndose entre ellos.

—Juls, ¿qué fue lo que soñaste? —insistió Atik.

Negó con la cabeza sin decir nada.

—Necesita tranquilizarse —les dijo Atik a los demás.

Perdió el interés en los adultos, centrándose en los niños. Tocó con suavidad la espalda de West. El calor de su pequeño cuerpo le devolvió un ápice de control.

El niño levantó sus ojos grises hacia él, sonriendo con confianza. Notó cómo absorbía una enorme cantidad de energía y una imagen llenó su cabeza. Se vio a sí mismo desde los ojos de West, y una enorme oleada de un sentimiento cálido lo llenó por dentro. Era ternura, confianza absoluta, un amor puro y sin fisuras. Se fue tan rápido como había llegado.

—Te quiero, mi amor —murmuró, besándole la cabeza.

Rune gruñó, como si supiera que algo extraño estaba pasando. Sus manitas buscaron la de West, aferrándose a él con instinto protector.

—A ti también, pequeñín —le aseguró, dejando un beso en su frente.

Rune sonrió, apoyándose en su estómago.

Pero la imagen de los dos niños muertos sobre la hierba regresó como un latigazo, nublándole la mente.

Notó cómo su lobo arañaba la superficie, agitado, inquieto. La casa que vio en sueños fue la casa de Aurora. Un escalofrío le recorrió la columna. Una certeza oscura se le instaló en el pecho, como una piedra. De nuevo, West volvió a absorber mucha energía de él.

—No estamos seguros aquí. —Su voz resonó y la discusión de fuera se paralizó de inmediato.

—¿Qué? —preguntó Agara, frunciendo el ceño—. Te aseguro que esta casa es el lugar más seguro que podrías…

Buscó los ojos de Atik.

—No estamos seguros aquí —repitió, esta vez solo para él.

Atik asintió con la cabeza despacio, leyendo en su expresión más de lo que Julian decía en voz alta.

—Tenemos que volver a casa, a Salem —les ordenó, sin dejar espacio a dudas.

—Pero Rune tiene que ir a Aurora o se convertirá en omega —les recordó Rhys, como si temiera que Julian se hubiera olvidado de eso.

—No hay nada bueno en Aurora para él —dijo, mirando fijamente al beta, que lo observó desconcertado.

Alaric y Atik se miraron, luego dirigieron la vista a Agara.

—¿Estás seguro? —inquirió Alaric, con cautela.

Asintió sin la más mínima duda.

—Bien, bien —murmuró Alaric despacio, sopesando la decisión—. Hay que volver a casa.

CAPÍTULO 10

Tyler

El *Ave María* de Giulio Caccini inundaba sus oídos. Sus auriculares lo aislaban del mundo que lo rodeaba y del sonido de los lobos que entrenaban a las afueras de Aurora junto a su alfa.

Se obligó a tomar una respiración lenta tras otra, fijando la vista en los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles. Estaba agobiado, sofocado en aquel lugar, algo que no dejaba de molestarlo porque, durante mucho tiempo, Aurora se había sentido como una segunda casa.

La conversación con Julian esa mañana no había ayudado a mejorar su día. Los sueños y las sensaciones de Julian eran un milagro de la magia que poseía desde niño, la misma que había evitado que sus hijos murieran cuando trataron de llevárselos. Soñar con Rune y West muriendo era algo que iba más allá de una advertencia. Era una señal, y aunque no estaba seguro de que llevarse a Rune a Salem fuera lo correcto, la realidad era que no veía más opciones. Julian nunca se equivocaba, incluso cuando parecía, que lo que decía no tenía sentido.

Se llevó una mano al pecho. La pulsera que ocultaba su olor había vuelto a su sitio, pero no bastaba. Estaba revuelto por dentro, incómodo, y no quería que los lobos olieran sus emociones. Todo en él era un nudo tenso que pedía resguardarse. Necesitaba esconderse, recomponerse.

Tom apareció delante de él y le hizo una señal para que apagara la música.

—¿Qué? —inquirió.

Tom sonrió sin inmutarse por su brusquedad. Se conocían desde niños; no había una versión de él que su alfa no conociera.

—Sigues sin hablar con Andrew —dijo, sentándose a su lado.

—¿Te lo dijo él? —preguntó con desconfianza.

—No hizo falta. Todos escuchamos vuestra discusión anoche —dijo, conciliador como siempre.

—Pues si estás aquí para decirme que tiene razón, ya puedes irte a la…

—No la tiene —lo cortó Tom.

Se quedó en silencio, sorprendido, y al final se giró para mirarlo.

—Pero tienes que entender que es un nacido y que no conoce otra manera.

—Rune es un niño —le recordó.

Tom sonrió, afable.

—Sí, y un alfa. Que siempre se haya hecho así no significa que deban mantenerse esas costumbres. Aun así, hay que recordar que los cambios dan miedo, sobre todo cuando un error puede significar el fin de una manada —señaló con razón.

—Ya lo sé —admitió, derrotado—. No está bien. Todo esto… no está bien.

Tom asintió. Siempre había tenido un carácter amable y tranquilo, pero los años le habían dado una calma y un aplomo que solo podía admirar.

—¿Crees que Julian tiene razón sobre su sueño? —quiso saber Tom.

—Sí, desde luego. Recuerda lo que pasó en Salem. Si no hubiera sido por él, los niños no estarían vivos. Intento pensar qué es lo mejor, en cómo ayudar a arreglar toda esta situación, pero lo único que recibo es frustración y una impotencia que me está consumiendo. Me siento atado, paralizado… No sé qué hacer.

Tom dejó salir una risa divertida.

—Hermano… si tú estás confundido, imagina cómo estamos el resto. Ty, tienes una cabeza privilegiada, eres excepcional tratando con la gente. Confío en que, si alguien puede mediar entre todos, ese serás tú.

—Puede que esta vez no —admitió.

La sonrisa de Tom se amplió.

—Si algo he aprendido en todos estos años siendo alfa es que todo llega, quieras o no. Puede que no tengas solución hoy, ni

mañana, pero cuando lo necesitemos, las piezas se alinearán y podrás ver el mapa completo.

Asintió despacio.

—El destino, ¿eh?

Tom asintió.

—El destino fue lo que hizo que nos hiciéramos amigos en primaria, que me mordiera un alfa, que te enamoraras de Andrew, que conociéramos otras manadas y nos hermanáramos en vez de luchar entre nosotros. Hay que confiar en el destino. Cuando nada parece tener sentido, puede que no sea el momento. Quizá debamos esperar, porque todavía se están mezclando las cartas y no sabremos la mano que tenemos hasta que se repartan.

Miró a Tom, frunciendo el ceño.

—Hermano, me da que no sabemos ni a qué juego estamos jugando —opinó.

Tom le dio la razón con un gesto.

—Pero lo sabremos. Hay que estar atentos a las señales. Ya sea pronto o más adelante, nos sentaremos en la mesa a jugar. Tú espera. Llegará el momento y entonces tendremos una visión clara.

Miró a su alfa, a su mejor amigo, y la ansiedad se aligeró en su cuerpo, como si alguien aflojara los hilos invisibles que lo mantenían en tensión, aflojando cada uno de sus músculos.

—Eres un alfa increíble —pronunció de todo corazón.

Tom dejó salir una sonora carcajada.

—Y tú también, hermano. —Tiró de él para abrazarlo con fuerza —. Tú también.

Julian

Limpió la cocina Kim mientras Alaric hablaba por teléfono con Adler, intentando buscar una ruta segura. Habían intentado sin éxito que Rune comiera algo, pero después de rendirse y darle el biberón, ahora estaban dormidos en la cuna del salón, rodeados por todos los lobos.

Puede que no comprendieran por qué había pasado todo el día encerrado en su habitación, pero lo respetaban lo suficiente como

para entender que era una amenaza real. No hacían falta explicaciones cuando el instinto hablaba más alto que las palabras.

A menudo, su intuición llegaba cuando no quería, sin obedecer a normas a las que poder ceñirse. Pero los años le habían enseñado a escuchar con atención cuando llegaban las señales.

Tenía la piel erizada, su lobo peleaba por tomar el control para protegerse de una amenaza, e incluso los niños se habían negado a separarse de ellos, como si supieran que algo no iba bien.

Tomó una respiración profunda; tenía los nervios de punta y tanta tensión en el cuerpo que estaba listo para salir corriendo. Cogió los platos y fue a colocarlos en la alacena cuando West empezó a llorar en el salón. Confió en que Atik lo calmaría, incluso lo escuchó hablándole, pero su llanto no paraba.

—Ve con él —le aconsejó Kim.

Le pasó los últimos vasos y fue con su hijo.

—No sé qué le pasa —dijo Atik, que lo tenía en brazos.

Rune empezó a llorar y Winter lo siguió enseguida, hasta que ya estaban todos despiertos.

Cogió a West en brazos mientras los demás se ocupaban de los otros dos.

—¿Qué pasa, mi vida? —murmuró, meciéndolo. Su pequeño cuerpo temblaba con cada sollozo, como si la angustia lo desgarrara desde dentro. West le puso las manos sobre las mejillas, como si quisiera hacerle entender. —¿Te duele algo, amor?

West lloró aún más fuerte.

—Todo va bien —le susurró, intentando calmarle.

Atik se acercó con Winter en brazos, y ella se estiró para acercarse. Abrazó a su hermano con fuerza, hipando con la mirada llena de tristeza. Era un gesto instintivo, puro, como si su propio corazón respondiera al sufrimiento de West.

Winter apoyó la frente contra la de su hermano, como si así pudiera aliviarle el dolor.

Intercambió una mirada preocupada con Atik.

Se fueron calmando poco a poco y, cuando dejaron de llorar, Rune también se tranquilizó.

Aprovecharon para irse a dormir todos, queriendo no molestar a los pequeños. Siempre dormía profundamente con Atik a su alrededor, pero esa noche su sueño fue superficial y errático.

Cada vez que cerraba los ojos, sentía que algo invisible rozaba los límites de su conciencia, como una sombra aguardando en la penumbra.

"—La familia lo es todo —le dijo su alfa.

—Ya lo sé, pero yo ya no tengo familia —contestó, limpiándose las lágrimas—. Estoy solo.

Cormac se arrodilló sobre la tierra, le puso las manos sobre los hombros y lo miró a los ojos con gesto serio.

—Un lobo nunca está solo mientras tenga a su manada. Nunca serás huérfano mientras tengas un alfa. Escúchame, Julian. Sé que ahora el dolor domina a tu lobo, pero tienes que aferrarte a la manada más que nunca. Cada uno de los lobos que la forman es tu familia, y su sangre y la tuya no necesitan ser la misma, porque yo soy el alfa de todos, y mientras el alfa exista, nadie está solo.

Era muy pequeño para entender la profundidad de las palabras de su alfa, pero lo acompañarían siempre, incluido el abrazo que le dio y que, al instante, lo hizo sentirse menos roto, menos perdido, como si de verdad estuvieran conectados. Como si, por un segundo, el mundo volviera a tener sentido.

La muerte de sus padres, aunque seguía fresca y dolía, parecía bastante más soportable.

—Recuérdalo bien, Julian. Ser alfa no es solo ser el jefe de la manada. Ser el lobo alfa significa ser el padre de todos, obrar con generosidad sobre tus hijos, protegerlos con fiereza y confiar en que el hilo que nos une es irrompible, teniendo una fe inquebrantable en que ese deseo compartido se haga realidad. Significa abrazar el dolor de los demás como propio, mantenernos unidos incluso en la pérdida. Y tú, cuando llegue el momento, sabrás hacerlo. Porque llevas el corazón de un alfa."

Abrió los ojos, sorprendido por el recuerdo. Miró a Atik, que seguía dormido a su lado. El peso del sueño aún lo envolvía, pero su

corazón latía con la urgencia de algo olvidado y, al mismo tiempo, demasiado presente. Todavía con el corazón acelerado, se movió con cuidado y salió de la cama. Los bebés estaban dormidos, apretados unos contra otros en la cuna. Abrió la puerta y bajó a la cocina.

—¿Va todo bien? —le preguntó Alaric desde el sofá.

—No lo sé —respondió con sinceridad, sentándose al lado de su cuñado—. Acabo de soñar con tu padre… bueno, no fue un sueño. Fue un recuerdo que había olvidado por completo.

Alaric lo miró con sorpresa.

—¿Y qué viste? —quiso saber.

—Recordé lo que me dijo cuando murieron mis padres. Me dijo que un alfa era un padre y que sus lobos son sus hijos, que mientras el alfa viva, nadie estará solo.

Alaric asintió con la cabeza.

—Suena a papá. Así me lo enseñó a mí. Siempre me decía: Como alfa, debes adivinar lo que necesitan, prever lo que pasará y evitar que les hagan daño. Todos y cada uno de ellos dependen de ti, y como su padre, no hay nada más importante que mantener a tus hijos a salvo. Un alfa que no puede proteger a su familia no merece vivir.

Era Alaric el que hablaba, pero las palabras eran de Cormac, y después de verlo en su sueño, un escalofrío le recorrió la espalda. Como si su presencia aún quedara suspendida en el aire, aferrada a esas frases.

—¿Qué viste esta tarde? ¿Qué te asustó tanto? —le preguntó Alaric con preocupación.

—Creo que era una advertencia —admitió.

—¿De qué? —inquirió Alaric.

—De lo que pasará si llevamos a Rune a Aurora.

Alaric giró la cabeza con rapidez hacia él.

—¿Lo viste convertirse en omega?

—Peor. Vi cómo West y él morían —confesó con la garganta apretada.

Escuchó cómo la respiración de Alaric se cortaba y, aun sin estar usando sus sentidos, pudo oler su pánico. Era denso, salado, como una tormenta a punto de estallar.

—Despierta a Atik y Agara, os lo contaré todo. Ya estoy listo.

CAPÍTULO 11

Rhys

Acarició el pequeño hocico del lobito y sonrió al escuchar cómo ronroneaba. Rune se había despertado esa mañana siendo un lobo y lo había dejado a su cuidado mientras Abba se aseguraba de que la salud de West estuviera bien. No le extrañaba que quisieran tomar todas las precauciones; Julian ya había demostrado antes que su intuición, o "don", como solía llamarlo Tyler, era más fiable que cualquier indicio o prueba tangible.

Tyler creía que era algo similar a la videncia y, aunque sabía que eso no era posible porque Julian era un lobo, ahora que lo había visto de primera mano, empezaba a pensar que quizás sí lo fuera.

Rune dejó salir un pequeño lloriqueo, frotando su carita contra su rodilla.

Lo tomó en brazos, acariciando su suave barriga peluda.

—Eres precioso —murmuró, sonriéndole.

Su móvil vibró en su pantalón. Sonrió al ver el nombre de su marido.

—«Hola, mi amor» —lo saludó la voz de Deklan.

—Hola —respondió, feliz de poder escucharlo. Odiaba estar separado de él, pero sabía que era necesario—. ¿Cómo va tu día? —preguntó, deseando oír su voz un poco más.

—«Mal» —admitió Deklan—. «Creía que nosotros éramos buenos luchadores, pero estos lobos son… es que ni te lo imaginas».

—¿Son buenos? —imaginaba que lo serían, porque ni siquiera su abuelo se atrevía a meterse en problemas con Aurora.

—«Implacables» —admitió Deklan—. «Son buenísimos y Dragos… Da miedo, no quiero ni pensar en él durante una batalla».

—Por lo menos ya tiene forma humana —dijo, sin saber muy bien qué responder a eso.

—«Sí, de hecho, no ha vuelto a transformarse en lobo. Tyler dice que es mejor por el momento y parece que le hace caso. Aunque no sé por cuánto tiempo. Toda la manada está muy nerviosa y la seguridad de Aurora se ha incrementado al máximo. Organizan todos los días batidas» —le confesó Deklan.

—¿Siguen apareciendo vampiros? —preguntó, preocupado.

—«Sí, y no son los únicos. Han aparecido algunos carroñeros y, cuantas más criaturas aparecen, más agresivos están todos. A este paso, no sé cómo van a poder traer al niño» —dijo Deklan con preocupación.

—No van a llevarlo a Aurora. Están preparándolo todo para irnos a Salem —confesó, bajando la voz.

—«¿¡QUÉ!?» —gritó Deklan.

—Shhh, no llames la atención —le pidió.

—«Tranquilo, estoy solo y lejos. Es mi turno de guardia» —le aseguró Deklan—. «Explícame lo que quieres decir».

—Julian tuvo un sueño, dice que Rune no puede ir a Aurora. No nos dio más detalles, pero esta madrugada la familia Madsen estuvo hablando de ello y, al levantarnos, Alaric nos dijo eso y que nos iríamos en cuanto tuvieran un plan seguro.

—«¿Lo sabe Tyler?»

—Sí, Julian me lo dijo y luego lo llamé yo. Dijo que me uniré a su partida y que me quedaré con ellos en Salem hasta nueva orden —le confirmó.

—«¿Y tú estás bien con eso?» —quiso asegurarse Deklan.

—Por supuesto que sí, haré todo lo que haga falta para poner a salvo a los niños —le aseguró.

Escuchó el suspiro de Deklan.

—¿Qué? —quiso saber.

—«Estoy preocupado por ti» —admitió Deklan.

—¿Por mí? —preguntó, desconcertado.

—«Sí, no puede ser fácil todo lo que está pasando para ti. Con todo lo que pasó con tu abuelo…» —le recordó Deklan con delicadeza.

Esta vez fue su turno de suspirar.

—No quiero hablar de eso —le dijo con un tono de disculpa, para que supiera que no estaba enfadado.

Hubo un silencio largo en la llamada.

—«Solo quiero asegurarme de que estás bien» —le dijo Deklan.

—Ya lo sé, cariño. Es solo que no estoy listo para decir nada. Lo más importante ahora es poner a los niños a salvo. Hablaremos de ello cuando estemos juntos de vuelta en Greenville —prometió.

—«Está bien. Te quiero, no lo olvides» —le recordó Deklan.

—Nunca podría olvidarte. Te quiero, Deklan. Ten cuidado —le deseó, sonriendo.

—«Tú también».

Cortó la llamada con una sonrisa en la cara y dirigió su atención de vuelta al lobito, que ya estaba dormido de nuevo.

La puerta del salón se abrió y Julian entró, seguido de Atik.

—Dormido —murmuró Julian, sonriendo—. ¿Te dio muchos problemas?

—Ninguno, es un niño muy tranquilo. Aunque no conseguí que tomara ni un poco del biberón, parece que come mejor contigo.

—Ojalá eso fuera verdad —murmuró Julian, pasándose las manos por la cara. Tenía ojeras marcadas y la piel más pálida de lo normal.

—¿Está bien West? ¿Salieron bien sus pruebas? —preguntó, preocupado por si tenían más malas noticias.

Julian le dedicó una sonrisa agradecida.

—Todo va bien —le aseguró Atik.

Rune se removió, como si supiera que ya no estaban solos, y miró alrededor. En cuanto vio a Julian, intentó correr hacia él, tropezándose con sus propias patas.

Julian dejó salir una risa sincera, agachándose para recogerlo en sus brazos.

—Hola, amor. ¿Te portaste bien con Rhys? —preguntó con dulzura.

Era imposible no encariñarse con Julian. Tenía una calidez innata que hacía que la gente se sintiera a salvo a su alrededor.

El lobito apoyó sus pequeñas patas sobre el pecho de Julian, intentando lamerle la barbilla.

Julian rio a carcajadas, llenando sus orejas y su hocico de besos.

—¿Vamos a intentar llenar esa barriga? —le preguntó con ternura.

—Agara ya tendrá el biberón listo —señaló Atik, que sonreía mirando a su pareja.

—Vamos allá. West lleva subiéndose por las paredes desde que los separamos —comentó Julian, sin dejar de acariciar al niño.

Los siguió a la cocina. Ahora entendía por qué Rune adoraba tanto a Julian. Había una ternura casi instintiva en él, una forma de mirar y cuidar que traspasaba todo.

Ojalá él hubiera tenido a alguien así cuando se quedó a cargo de su abuelo.

Dragos

—¿Cómo que no lo va a traer? —exigió saber, mirando a Tyler.

—Ya te lo dije. Julian tuvo un sueño y… —intentó explicarle él.

—Te escuché —lo cortó—. Pero lo único que entiendo es que mi hijo no viene a casa. El mismo hijo que se está transformando en omega mientras hablamos y que debería estar aquí, conmigo.

Tyler lo miró antes de desviar la vista hacia Luc, que estaba sentado al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados y sin levantar la cabeza. Casi parecía que no estaba escuchando. Tom y Andrew estaban sentados junto a él, tensos, en absoluto ajenos a la situación.

Volvió su atención de nuevo a Tyler.

—Dragos —le dijo con calma—. Julian vio morir al niño. A los niños, a Rune y a West, y está bastante seguro de que está relacionado con volver aquí.

—¿Insinúa que no puedo mantener seguro a mi hijo? —preguntó, alzando la voz.

Tyler frunció el ceño.

—Nadie está diciendo eso. Sabes tan bien como yo el alcance de la intuición de Julian, y esa habilidad le dice que vuelva a Salem.

—Que vaya a donde quiera, pero que me devuelva a mi hijo —reclamó, dando una palmada en la mesa.

Tyler no se asustó; su carácter nunca lo había impresionado.

—Nadie dice eso —interrumpió Tom, conciliador—. Pero Aurora no es segura ahora mismo, y tú lo sabes.

—¿Y Salem sí? —inquirió, enfadado. Su lobo se removía furioso, incitándolo a romperlo todo, a transformarse y salir corriendo hacia su hijo.

—Sí —contestó Tyler sin inmutarse—. Desde que los gemelos nacieron y Adler tuvo a su hijo, las barreras de sangre que protegen Salem se han fortalecido. Todos los niños pudieron consagrarse a la tierra; están vinculados a ella de una forma que no podemos replicar aquí. Además, incluso aunque no lo fuera, Aurora no es una opción. No, si quieres que tu hijo viva.

Dejó salir un rugido y notó cómo Tom y Andrew parecían prepararse para saltar sobre él si perdía el control. Se obligó a respirar; no podía volver a perderse en su lobo.

—Mi hijo… —gruñó con una voz que no era humana, muy a su pesar.

—Tu hijo está a salvo con tus ahijados y Julian, el mismo al que llamas hermano —le recordó Tyler con dureza.

Su lobo retrocedió a regañadientes. Julian era familia. Siempre lo había sido. Eran incontables las ocasiones en que Julian había ido a verlo, a consolarlo o a llevarle a los niños para hacerle sentir mejor. Julian era de fiar.

—Quiero ir a Salem —dijo Luc, hablando por primera vez en días.

—No —cortó, antes de que Tyler pudiera responder.

Tyler lo miró con reproche, pero él ni siquiera le prestó atención.

—Es mi hijo, quiero estar con él —insistió Luc, todavía sin mirarlo.

—Y el mío también, pero no te importó quitármelo. ¿Quieres irte para volver a robármelo? —lo acusó. La idea lo sofocaba, lo llenaba de una furia ciega que apenas podía contener. No lo dejaría. Haría lo que fuera para proteger a su cachorro.

—Dragos —lo sancionó Tyler—. Eso no ayuda a nadie.

—Esa es la verdad. Igual que es cierto que se llevó a mi hijo sin pensar en las consecuencias. Y ahora, puede terminar convertido en omega por su culpa. Porque se lo llevó sin saber nada de los lobos nacidos.

Lo atacó con la mirada encendida de rabia, esperando que levantara la cabeza y lo enfrentara. A pesar de ello, se sorprendió cuando lo hizo.

—Tienes razón, es culpa mía —admitió Luc. Su voz no tembló, pero tampoco sonó desafiante. Parecía cansado—. No sabía lo que podía pasar si un lobo nacido de alfa crecía sin manada. Asumo mi culpa, pero haz tú lo mismo.

—¿De qué demonios hablas? —demandó Dragos, ignorando la insistente mirada de Tyler.

—¿Por qué no me hablaste de esas cosas? Soy un lobo mordido, por supuesto que no lo sé. Y en todos los años que estuve aquí, nunca me hablaste de ello.

—Nunca preguntaste —le devolvió, enfadado.

Luc soltó un bufido de desprecio.

—Todo es culpa mía, lo entiendo. Sé que estuvo mal, lo siento. No sabes cuánto lo siento, porque yo nunca le haría daño a mi hijo.

—Nuestro hijo —le recordó de manera agresiva.

Luc apretó los puños sobre la mesa.

—Si hubiera sabido que esto podía pasar, habría ido a Greenville o con Julian. Habría pedido ayuda.

—A todos menos a mí, ¿no? —le preguntó con desprecio.

Luc clavó sus ojos en los suyos con fuerza, llenos de rabia y de un rencor tan profundo que lo dejó desconcertado por unos segundos.

—Te pedí ayuda —le recordó Luc, con la voz más firme que antes —. Te supliqué que volvieras a casa una y otra vez. Estaba asustado y no te importó.

Sintió un pinchazo de remordimiento al recordar esa noche.

—Estuve a punto de volver contigo, pero tienes que entender…

—Que eres el alfa —lo interrumpió Luc—. Y la manada es lo más importante. Llevábamos años prometidos y nunca había tiempo para casarnos, y nunca dije nada. Solo esa vez te rogué que volvieras conmigo. Una única vez, en todos esos años, te pedí que me antepusieras a todo… y aun así no pudiste hacerlo.

Tuvo que bajar la cabeza porque sabía que Luc tenía razón.

—Lloré, sufrí por ti cuando me contaste lo solo que te habías sentido siempre. Me dolió tanto que pensé que jamás permitiría que sintieras eso otra vez. Pero cuando me tuviste, me dejaste de lado. Yo era el lugar al que volvías cuando te sobraba el tiempo. Eres el alfa de la manada más grande; nunca había tiempo, pero supongo que a ti no te importaba.

Luc tragó saliva y respiró hondo antes de continuar.

—Tienes razón, todos la tenéis. Hice algo horrible. Me fui con nuestro hijo, pero yo estaba solo mucho antes de marcharme. Y, a diferencia de ti, yo no tenía a nadie más a quien acudir. Yo sí antepuse a mi bebé a lo que yo quería, porque sí, te quise más de lo que sabía que se podía querer. Pero cuando supe que Rune venía, tuve que enterrar ese amor y priorizarle a él. Su seguridad, su estabilidad, su futuro.

La rabia en su interior, era un río sin fin que se derramaba a toda velocidad por su cuerpo hasta su boca.

—Y gracias a ti, ahora no tiene futuro —lo frenó, con voz gélida.

Los ojos de Luc se llenaron de lágrimas, pero apretó los dientes sin apartar la mirada.

—Quiero ver a mi hijo —exigió con un hilo de voz.

—No —le contestó, tensando la mandíbula hasta que dolió.

—¿Vas a matar por llevármelo? —lo presionó Luc.

—No voy a dejar a mi hijo sin padre —respondió sin dudar.

Luc levantó la barbilla con orgullo, aunque sus labios temblaban.

—Ya lo estás haciendo —le dijo sin expresión—. Tú no puedes ir con Rune porque tienes que proteger Aurora, pero yo sí puedo y, aun así, no me dejas.

—Nuestro hijo está seguro con Julian —le aseguró con dureza—. Lo verás solo cuando yo esté cerca. No cometeré dos veces el error de fiarme de ti.

Luc se levantó de la mesa con un estruendo, empujando la silla con fuerza, y salió por la puerta de la cocina sin mirar atrás.

Tyler chasqueó la lengua, recordándole que no estaban solos.

—¿Así van a ser las cosas? ¿Luc pasa a ser un prisionero con derecho a visitas? —le reclamó Tyler, con una nota de reproche en la voz.

—Se llevó a mi hijo. Me lo quitó —le recordó, apretando los dientes para contenerse.

—Eso es verdad. Cometió un terrible error y volvió en cuanto el niño estuvo en riesgo. Pero sois los padres del niño. ¿Vais a trataros así mientras crece?

Dejó salir otro gruñido, confundido por el giro que estaba tomando la conversación.

—Mi hijo —le recordó, porque eso era lo único importante.

Tyler dio un golpe en la mesa.

—Y el suyo. Luc tendrá que vivir toda la vida con la culpa de lo que hizo. Pero examínate a ti mismo. Recuerda cómo huyó Julian con sus bebés cuando creía que Atik podía hacerles daño. Fue el instinto lo que lo hizo salir corriendo. Julian volvió porque había gente en la manada que lo quería y que lo hizo entrar en razón. Luc no tenía eso. Lo nombraste ante todos como tu prometido, pero no lo preparaste para serlo de verdad. Postergaste su educación sabiendo que no sabía nada, y eso sí es tu culpa. Eras su alfa. Esa era tu responsabilidad.

—¡¡SOY SU ALFA!! —rugió, clavando las garras en la mesa, astillando la madera con el crujido seco de la rabia contenida.

Tyler se levantó de la mesa despacio, mirándolo desde arriba con actitud altiva.

—No. Ya no lo eres.

CAPÍTULO 12

Julian

Abrió los ojos de golpe. Su respiración era entrecortada y su pulso latía con fuerza en sus sienes. Todo estaba a oscuras a su alrededor.

Los brazos de Atik seguían rodeándolo, sujetándolo con firmeza, manteniéndolo seguro. El calor de su cuerpo era reconfortante, pero no bastaba para calmar la inquietud que lo carcomía. Los tres bebés dormían apretados en la cuna, los unos contra los otros, en un adorable lío.

Acarició el brazo de Atik y le dio un ligero apretón.

—¿Qué pasa? —preguntó Atik, medio dormido, con la voz pastosa por el sueño.

—Tenemos que irnos —murmuró.

Atik se despertó al instante.

—Nos vamos mañana —le recordó, pero su tono ya había perdido la pereza del sueño.

—No. Ahora —insistió, mirándolo a los ojos.

Atik no dijo nada. Se levantó de la cama en un movimiento fluido, vestido solo con unos pantalones, antes de dirigirse a la habitación de Agara. El instinto le decía que no había tiempo que perder así que, fue directo a la de Alaric, que estaba profundamente dormido, con Abba tumbada sobre su pecho.

Tocó con suavidad su pierna para no asustarlo.

—¿Julian?

Alaric gruñó levemente antes de entreabrir los ojos.

—Tenemos que irnos ahora —le dijo en voz baja.

Abba abrió un poco los ojos, pero se sentó en la cama enseguida.

—¿Están bien los niños? —preguntó Abba, ahogando un bostezo.

—No lo estarán si nos quedamos aquí. Tenemos que irnos ahora. Algo se acerca, hay que marcharse —los apremió.

—¿Seguro que no podemos esperar? Adler todavía está de camino. Necesitamos una escolta más fuerte para marcharnos con los tres niños —señaló Alaric con razón.

—No hay más tiempo. Tiene que ser ahora —le aseguró mirándole a los ojos, necesitaba que entendiera lo importante que era que se movieran.

Alaric se puso en pie de inmediato y empezó a vestirse.

—Nos vemos abajo en treinta minutos —ordenó el alfa.

—No creo que tengamos tanto tiempo —reconoció mirando por la ventana con aprensión.

Abba y Alaric se quedaron paralizados un segundo.

—¡Todos arriba! —gritó Alaric con dureza. Sabía que eso iba destinado a los demás lobos de la casa, así que se marchó de vuelta a su propio cuarto.

Agara estaba recogiendo las mochilas que habían empezado a preparar el día anterior.

—Déjame a mí —le pidió, metiendo con rapidez las pocas cosas que quedaban—. Asegúrate de que no quede rastro de los niños en la casa.

Ella se fue, y él escuchó cómo les daba órdenes a sus lobos de confianza para buscar indicios de los pequeños. Aunque no podía haber muchos juguetes porque no se llevaron nada de Aurora para no levantar sospechas, habían traído sus favoritos y los niños se habían conformado con jugar entre ellos.

Atik volvió con él; su expresión era de alerta contenida, los músculos en tensión. Terminó de vestirse y se hizo cargo con rapidez del poco equipaje que cargaban. Rhys entró para empezar a llevarse bolsas, y él aprovechó para vestirse también.

Escuchó cómo encendían los coches en el patio. Un escalofrío le recorrió la espalda. Miró por la ventana, fijándose en el bosque. Había algo ahí. No cerca, pero moviéndose directamente hacia ellos.

—No hay tiempo —dijo en voz baja, sabiendo que todos estaban usando sus sentidos para prevenir un ataque.

Atik entró y cogió a West sin dudar, envolviéndolo en una manta. Alaric agarró a Winter, cubriéndola también. Él se encargó de Rune, sosteniéndolo con firmeza contra su pecho.

—Aseguraos de que llevan las pulseras para ocultar su aroma —les pidió.

Los tres retiraron las mangas de los pijamas que llevaban los niños. Por suerte, las pulseras estaban intactas.

—Vámonos. Algo viene hacia nosotros.

—Las cámaras registrarán a cualquiera que se acerque a la casa —los tranquilizó Agara, cogiendo las dos bolsas que quedaban.

—Todo despejado —anunció Kim.

Apretó con fuerza a Rune mientras bajaban y entraban al coche. Abba borró cualquier esencia antes de cerrar la casa con un gesto de la mano. No pusieron a los niños en sillitas, sino que los tres se quedaron con ellos en brazos por si había que salir huyendo.

Las furgonetas eran amplias y tenían los cristales tintados. Vehículos sólidos y robustos, diseñados para asegurar la máxima protección. Pero ninguno de los adultos podía relajarse.

Agara conducía, mirando a todas partes, mientras Abba parecía estar meditando. Pero él sabía por experiencia que no era así. Estaba usando su magia para evitar que alguien los viera.

Ellos hicieron lo posible por calmar a los pequeños, hasta que por fin volvieron a dormirse.

Apenas llevaban media hora en la carretera cuando el móvil de Agara sonó.

Alaric cogió el dispositivo del soporte donde ella lo había colgado y lo desbloqueó sin dudar. Los Mansen tenían cero sentido de la intimidad entre ellos.

—Hicieron saltar las cámaras —dijo Alaric, manipulando la pantalla.

—¿Son lobos? ¿Los reconoces? —inquirió Atik sin alzar la voz.

Alaric negó con la cabeza.

—Manadas del sur. Probablemente, México. Están transformados, pero… no son lobos de gran tamaño. No están acostumbrados a luchar —decidió, pasándole el móvil a Atik, quien miró las imágenes con atención.

—Puede que sea casualidad. Están rondando la zona, pero no allanaron la casa —opinó Atik.

—O puede que no quieran dejar su esencia —los contradijo Agara.

—Quizá los atrajera la esencia de todos nosotros. Hemos sido cuidadosos, pero tenemos tres niños y un alfa. No es fácil pasar desapercibido —dijo, incapaz de quedarse callado.

Alaric frunció el ceño. Intercambió una mirada tensa con Atik.

—Solo hay que llegar a casa. Todo irá bien. La manada está lista para protegernos, y Abba reforzará las barreras de nuevo —les recordó Atik.

—Nunca hemos sido más fuertes que desde que consagramos la tierra de nuestros antepasados a los mellizos. Nuestras barreras son tan poderosas que no han dejado pasar a ninguna criatura desconocida desde entonces —añadió Alaric, apretando a Winter contra su pecho.

—Y, aunque no fuera así, nuestra gente haría lo que fuera por ellos. Vamos a estar bien —le calmó Atik.

No dijo nada, ni una palabra. Giró la cabeza, fijándose en los árboles que dejaban atrás a toda velocidad. Tragó saliva, notando cómo un nudo se le instalaba en la garganta. Cerró los ojos y rogó con fuerza a la luna que los llevara a casa sanos y salvos.

Tyler

—¿Qué quieres decir? —preguntó en un susurro a Deklan, notando cómo un escalofrío de miedo le recorría la espalda.

El lobo había aparecido apenas hacía unos segundos y lo había arrastrado hasta las casas vacías al final del pueblo.

—Tuvieron que salir en medio de la noche. Estaba hablando con Rhys cuando Julian dijo que tenían que salir corriendo. Desde entonces, su móvil y el de los demás están apagados.

El corazón le dio un brinco, golpeándole el pecho con fuerza. La incertidumbre era un veneno lento que se instalaba en su pecho, presionando hasta resultar doloroso.

—Si Julian anticipó que iban a tener compañía, es una buena señal que se fueran. Los móviles estarán desconectados por seguridad —le contestó, escudriñando el entorno con la mirada.

La mayor parte de los lobos estaba rodeando las tierras, alejando a posibles enemigos y dejando claro que eran más fuertes que nunca. Era un recordatorio silencioso de lo que eran, de lo que siempre habían sido: supervivientes.

—Bien, sí. Seguro que es eso —murmuró Deklan.

Tyler lo miró con simpatía. Deklan adoraba a Rhys, y aunque intentaba disimularlo, el miedo asomaba en sus ojos con cada palabra. Estaría desesperado sin saber de él.

—Estarán de camino a Salem. Cuando lleguen y estén a salvo, te enviaremos allí.

Los ojos de Deklan brillaron con esperanza.

—¿De verdad?

—Claro. Siento que hayáis estado lejos tanto tiempo. En cuanto lleguen a Salem, puedes irte con él. Enviaré de vuelta a casa a Kim; allí hay lobos suficientes como para necesitarnos.

Deklan asintió, dedicándole una sonrisa agradecida.

—Ve con los demás y no hables de esto. No queremos extender el pánico. Enviaré mensajes a los demás. Avísame si sabes algo de Rhys.

Deklan se fue después de hacerle un asentimiento.

Suspiró y apoyó la mano en su frente, masajeando las sienes mientras el dolor de cabeza que arrastraba desde hacía semanas volvía a hacerse notar.

—¿Estás bien? —preguntó Andrew.

Se detuvo en mitad del camino para mirar a su marido. No dormir cada noche con él, tampoco estaba ayudando a su estrés.

Andrew se acercó. Había algo en su expresión, en la manera en que le sostenía la mirada, que lo desarmaba poco a poco.

Pudo ver en sus ojos el arrepentimiento, las ganas de que esa pelea, que ya se extendía durante demasiados días, terminase. No era el único que quería hacer las paces, pero cuando pensaba en acercarse a él, recordaba sus palabras y volvía a enfadarse.

—Ty… ¿Podemos hablar? —inquirió.

—¿El lobo amargado pidiendo hablar? Los milagros existen —ironizó.

Andrew puso los ojos en blanco.

—Hace mucho que no soy un lobo amargado —protestó.

—No sé, pareces bastante amargado —señaló, conteniendo la sonrisa.

—Es que odio dormir solo —le respondió Andrew, sujetándole la mano con suavidad.

Su sonrisa solo creció al escucharle. No podía con Andrew cuando este se volvía suave y vulnerable.

Entrelazó sus dedos con los de él. El contacto era un bálsamo, que le recordaba que, a pesar de todo, Andrew seguía siendo su hogar.

—Sigo enfadado contigo.

A pesar de sus palabras, se abrazó a él, hundiéndose en su pecho. Sus fuertes brazos lo rodearon y el dolor de cabeza remitió como por arte de magia. Era ridículo cómo su cuerpo respondía a él, cómo su mera presencia podía calmar tormentas internas.

—Siento que estés molesto —le dijo Andrew, estrechándolo con fuerza.

Suspiró, aprovechando para empaparse de su olor, hundiendo la nariz en el cuello de su lobo.

—Pero no sientes lo que dijiste —adivinó, separándose con esfuerzo, resistiéndose a sus propios instintos, que lo empujaban de vuelta a él.

—Me arrepiento porque sé que te hice daño y odio estar enfadado contigo. Entiendo tu punto, de verdad que lo hago —le aseguró Andrew.

—Pero… —adivinó.

—Pero Rune es un alfa —terminó Andrew con suavidad, y había en su tono esa mezcla de resignación y certeza que le crispaba los nervios—. No digo que esté bien cómo los educan, veo los patrones negativos en ello, pero tienes que reconocer que un alfa debe enfrentarse a decisiones y luchas que matarían a otro lobo. Tienen que endurecerse; deben ser los más fuertes y, si no lo son, entonces no pueden ser alfas y mueren a manos de uno más poderoso.

Sabía que tenía razón, entendía sus argumentos.

—Tom es alfa, se crio como humano y es un líder increíble —le recordó.

—Lo es —concedió Andrew sin dudar—. Y no me imagino teniendo un alfa mejor que Tom. Sin embargo, no puedes obviar que hemos tenido mucha suerte. Nos han atacado, pero siempre han sido ataques aislados. Si nos hubieran atacado como lo hicieron con Aurora, todos estaríamos muertos.

Enderezó la espalda, dispuesto a defender a su hermano, pero su propia cabeza le susurró que Andrew tenía razón.

—Cuando hay problemas, necesitamos acudir a Greenville Sur y, cuando ellos no son suficientes, llamamos a Dragos. No podríamos mantener la paz si no fuera por Aurora, y ellos son poderosos porque su alfa es el más fuerte de todos —añadió Andrew.

Se miraron a los ojos. Odiaba que tuviera razón. Pero era cierto: sus manadas estaban a salvo porque Dragos garantizaba esa seguridad.

Aceptó su derrota. Se agarró a su brazo y guio la marcha de vuelta a casa.

—Tiene que haber una forma mejor —murmuró, decaído.

—Ojalá la hubiera —opinó Andrew—. Pero, como hombres lobo, guardamos similitudes con nuestros descendientes animales. El lobo que dirige la manada es diferente al resto; el alfa es alfa porque todos los demás lobos saben que no tienen ninguna posibilidad contra él. Y, cuando creen que su puesto no es legítimo, pueden desafiarlo. El ganador de esa lucha no será cuestionado en años, décadas…

—Y cuando lo vean débil y vuelvan a atacarlo, el círculo empieza de nuevo —completó Tyler, con el ánimo por los suelos.

—Lo siento, Ty —se disculpó Andrew, acariciando su mano.

—Más lo siento yo. Sé que tienes razón. Pero tiene que existir otra manera. No sé cómo… todavía. Pero lo sabré.

Se prometió eso más para sí mismo que para Andrew.

—De eso estoy seguro. Si alguien puede encontrar una respuesta, ese es mi inteligente marido.

CAPÍTULO 13

Luc

Acarició la manta en donde habían traído a su pequeño Rune y hundió la cara en el suave tejido, aferrándose con desesperación mientras aspiraba su aroma. El olor de su hijo casi había desaparecido. La angustia lo aguijoneaba sin clemencia. ¿Cómo estaría? ¿Lo echaría de menos? ¿Creería que lo había abandonado? El peso de la culpa le oprimía el pecho. Lo mataba pensar que su hijo acabara sintiendo el mismo abandono que él había sentido cuando era niño.

Se limpió las lágrimas, desbordado por sus sentimientos, con el arrepentimiento destacándose sobre todos. Era un sentimiento áspero, denso, imposible de ignorar. Se rodeó las rodillas con los brazos, negándose a soltar el pedazo de tela que mantenía contra su pecho.

Había tomado una decisión difícil al irse. Durante su embarazo había convivido con la determinación y el terror. Estaba aterrorizado de que le pasara algo al bebé, pero decidido a que saliera adelante. Había luchado contra el miedo cada día, se había obligado a ser valiente incluso cuando sentía que el suelo bajo sus pies se desmoronaba. Por su vida fue capaz de seguir adelante, nunca había tenido a nadie en quien apoyarse y, cuando se convenció de que de nuevo estaba solo, no hubo marcha atrás. Para sobrevivir se negó a pensar en lo que había perdido, porque cada vez que lo hacía moría un poco, y con un hijo del que cuidar, no podía permitirse llorar por sus propias pérdidas.

No fue hasta que Rune empezó a enfermarse que se cuestionó sus decisiones. Nunca hubiera pensado que el bebé de un alfa necesitaba un cuidado especial. No debería haberlo ignorado, no debería haber supuesto que con amor bastaría. Puede que Rune

estuviera mejor sin él. ¿Qué padre no era capaz de cuidar de su propio hijo?

—¿Estás bien? —preguntó Tyler, sentándose a su lado.

No dijo nada, hundiendo la barbilla entre las rodillas y planteándose cada paso desde que había abandonado Aurora.

—Hay algo que quiero enseñarte, he pensado que podría animarte —le dijo, sacando su móvil y mostrándole la pantalla.

Contuvo el aliento al ver a su hijo. El impacto lo atravesó como un rayo. Estaba en su forma de lobo, dormido entre hierba verde de aspecto suave.

—¿Cómo está? —preguntó, acariciando la pantalla sin molestarse en ocultar las lágrimas.

—Estable, a ratos humano y por momentos lobo —le contestó Tyler, acariciándole la espalda para consolarlo.

—Quiero irme con él —murmuró de forma miserable.

—Hablaremos con Dragos. Julian insiste en que no es seguro, y es mejor hacerle caso cuando se trata de estas cosas.

Dejó salir una risita seca, cargada de impotencia.

—No va a abandonar a la manada cuando los están amenazando —le contestó Tyler.

—Hablaré con él, te lo prometo.

Sabía que Tyler era muy cercano a Dragos, su influencia era poderosa, quizá su mejor opción.

—Gracias por enseñármela —dijo, agradecido—. ¿Los siguieron los lobos que asaltaron la casa de Agara?

—No, puede que fuera casualidad. Hace una semana que volvieron a Salem y todo ha estado en calma.

—Bien. Me lo dirías si algo fuera mal, ¿verdad?

—Por supuesto. Julian quería llamarte o hacer videollamada, pero hay muchos oídos sobre nosotros. Es mejor que no. No podemos arriesgarnos, no sabemos quién podría estar escuchando. Alguien podría malinterpretar algo o volverse loco por ir a por Rune. Su seguridad es lo más importante, aunque sea duro —se lamentó Tyler.

Asintió, apretando los dedos contra sus rodillas, hasta que le dolió.

—¿Julian también me odia? —se atrevió a preguntar.

—Luc, nosotros no te odiamos. Julian menos que nadie. Te sentirías orgulloso de él. En cuanto se dio cuenta de lo que significaba Rune, huyó con él. No lo dudó ni un segundo. Hizo del niño su prioridad, como si fuera suyo. Fue muy valiente, no sé si yo me hubiera atrevido a hacer lo que él hizo.

—¿Por qué lo hizo? —inquirió, desconcertado.

Tyler pareció pensarlo antes de responder.

—Quiere mucho a Dragos. Cuando te fuiste, Julian y él se unieron mucho.

Miró a Tyler con sorpresa. A Dragos siempre le había caído bien Julian, pero no tan eran cercanos.

—Julian ha pasado mucho tiempo en Aurora, les traía a los niños porque él parecía más feliz cuando estaba con ellos.

—Creía que los mellizos no debían salir de Salem —murmuró, sin saber qué responder a eso.

—No deben, pero priorizaron el bienestar de Dragos y se aseguraron de mantener a los niños a salvo en Aurora.

Asintió, un poco confundido por esa información.

—Julian va a cuidar bien de él, ¿verdad?

—Puedes estar tranquilo por esa parte. Julian haría lo que fuera por el hijo de Dragos.

Volvió a asentir, intentando tranquilizarse con ese pensamiento, recordando que Tyler no solía mentir y no creía que fuera a hacerlo en algo tan crucial.

—Pero Rune es un alfa, los hijos de Julian no son alfas, puede que le pase lo mismo que me pasó a mí. Que no sepa lo que hay que hacer —dijo, agobiado.

—No te preocupes —lo calmó Tyler, apretándole el hombro con suavidad—. Julian siempre sabe qué hacer cuando se trata de niños. Tiene mucha experiencia —le aseguró.

—Por favor, Tyler. No puedo más. Ayúdame a convencerlo para que me deje ir con Rune. Solo quiero volver con mi hijo, necesito verlo, tocarlo, sentir su calor, saber que está bien.

Tyler hizo un ruido de lástima, lo abrazó con fuerza, apretándose contra él.

—Todo irá bien, ya lo verás.

Julian

Salem siempre había sido su hogar, pero nunca sintió esas tierras como algo suyo hasta el momento en que atravesaron las barreras del territorio, con toda la manada rodeándolos. El aire tenía un aroma familiar, a bosque y tierra húmeda, una mezcla reconfortante que lo envolvió por completo.

Adler los encontró a mitad de camino, haciéndoles de escolta y asegurándose de que no hubiera problemas. Por primera vez en semanas, pudo respirar con facilidad. El aire le llenó el pecho por completo y todos los nervios que llevaba atenazándole durante todo ese tiempo se hicieron pequeños.

Si tenía alguna duda de que estaba haciendo lo correcto, desapareció del todo. Allí era donde debían estar.

Los días pasaron en calma, adaptándose de nuevo a su hogar, dejando que el ritmo de la manada fluyera a su alrededor y permitiendo que todos se hicieran a la idea de que ahora debían proteger al heredero de Aurora.

—Ten cuidado —advirtió, frunciendo el ceño a Atik.

—Estamos bien.

Miró con atención cómo West apretaba sus bracitos alrededor del cuello de su padre. Su pequeño cuerpo temblaba levemente, pero se refugiaba en Atik como si con eso pudiera escapar del agua.

—Vamos, peque. Te gusta nadar —le recordó Atik con calma a su hijo.

West negó con la cabeza, hundiendo la cara en el hombro de su padre.

Atik sonrió, hundiéndose un poco más hasta que la cintura de West estuvo bajo el agua.

Rune gruñó enfadado, con todo su pelaje encrespado.

—No pasa nada —lo tranquilizó, acariciándole con cuidado entre las orejitas.

—¡West! ¡Mírame! —llamó Winter.

Volvió la atención a su hija, que nadaba con una facilidad impropia para su edad. Alaric estaba en el agua con ella, cerca por si necesitaba ayuda.

West obedeció, separándose de Atik lo suficiente como para mirar. Se rio al ver cómo su hermana nadaba hacia él. West le tendió los brazos a Winter, que lo agarró sin dudar para poder estrujarlo en un abrazo. Los dos chillaron riéndose.

—Ven, vamos a jugar —le ordenó Winter.

Atik se mantuvo cerca en todo momento, pero, en vez de nadar con la soltura que normalmente tenía, Winter bajó el ritmo para recordarle a West cómo nadar. Él era más torpe y lento, pero sus risas y su alegría hicieron que hasta los más serios relajaran el gesto.

Rune soltó un chillido que lo hizo asustarse.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado, cogiendo al lobito en brazos.

—¿Está bien? —preguntaron al mismo tiempo Atik y Alaric.

—Creo que sí —contestó, revisándolo en busca de alguna herida —. Creo que tocó el agua y se asustó —opinó al encontrarse con una de sus patitas mojadas.

Empujó su nariz contra el pequeño hocico del lobo, rozándolo con suavidad para calmarlo.

—Todos los lobos tienen que aprender a estar en el bosque cuando son pequeños, deben conocer su elemento. ¿Es posible que Luc no lo llevara? —preguntó Alaric con el ceño fruncido.

—Es posible. A los bebés humanos no se los lleva al río con esta edad —opinó, suspirando—. ¿Quieres jugar con ellos? —le preguntó con dulzura al pequeño.

—Ten cuidado, podría morderte si se asusta —le advirtió Alaric.

—¿Y qué? ¿Se supone que la mordedura de un bebé de lobo va a hacerme daño? —preguntó burlón mientras iba metiéndose en el agua.

—Es un alfa, da igual el tamaño que tenga —le contestó Atik—. Su mordedura te dejará marca y la herida no se recuperará rápido.

Se detuvo, mirando al lobito. Nunca había pensado en ello.

—¿Tú les dejabas marcas a tus hermanos al jugar? —inquirió sorprendido, mirando a su cuñado.

—Pues claro —contestó Alaric, encogiéndose de hombros—. Los marcaba todo el tiempo, con mis garras, con mis dientes. No lo hacía aposta, claro.

—Ya imagino —murmuró, sumergiéndose poco a poco para no asustar al pequeño—. Solo es agua, como la de la bañera —le aseguró para calmarlo.

El lobito tenía la cabeza levantada hacia él, en sus ojos podía ver la comprensión humana. Era una excelente señal. Cada vez más, notaban cómo Rune se iba imponiendo a la criatura sobrenatural que llevaba dentro.

—Vamos a mojarnos un poquito —continuó diciéndole mientras cogía agua en su mano y se la mostraba antes de mojarle el pelaje. Cuando repitió el gesto, Rune bebió de su mano, su lengüecita rozando la palma con un cosquilleo cálido.

Los tres se rieron. Era un niño adorable, tanto en su forma humana como en su forma de lobo, y cada pequeño gesto suyo marcaba aún más su carácter tranquilo.

—Vamos a jugar, ¿sí? —le preguntó, acercándose a Atik, que estaba al lado de sus hijos.

Se agachó para dejar que el agua mojara por completo su cuerpo, manteniendo la cabeza lejos del agua.

Notó cómo las garras del pequeño se le clavaban en el pecho.

—No —lo reprendió con dureza—. Eso no se hace —dijo con firmeza mientras quitaba con cuidado sus garras, agarrando su patita para enseñársela.

—¿Te las clavó? —inquirió Alaric.

—No pasa nada, aún es pequeño —contestó tranquilo—. Tienes que tener cuidado para no hacerte daño a ti o a los demás —siguió diciéndole al niño.

Rune se apoyó sobre su pecho de nuevo, frotando su hocico contra su barbilla, dejando salir un sonidito lastimero. Sus orejitas se agacharon un poco, como si entendiera que había hecho algo mal, y presionó su pequeño cuerpo contra él en busca de consuelo.

Sonrió, acariciándole la espalda con suavidad y respondiendo con un leve gesto a su caricia.

—No pasa nada —murmuró con cariño al niño.

—¿Rune es malo? —preguntó West.

—No, mi amor —le aseguró, acercando a Rune a los pequeños—. Rune es un lobo, tenéis que tener cuidado con sus garras, no sabe bien para qué se usan.

—¡Para luchar! —gritó Winter con seguridad—. ¡Para correr muy rápido!

Miró a su hija con una ceja alzada. Su pequeño torbellino no dejaba de insistir en la misma pregunta últimamente, con la impaciencia y emoción que la caracterizaba.

—Papi, ¿por qué Rune puede ser un lobo y yo no? —preguntó Winter, sujetándose al brazo de Atik.

—Porque Rune es un alfa, amor —le explicó.

El pecho de la pequeña se hinchó con orgullo.

—¡Yo también soy un alfa! —declaró con seguridad.

Puso los ojos en blanco.

—No, cariño. No lo eres —le respondió con paciencia.

—Que sí, papi. Cuando sea mayor voy a cuidar de todos —le explicó Winter—. ¿A que soy alfa, tío Alaric?

Alaric cogió a su sobrina en brazos, llenando sus mejillas de besos.

—Claro que sí, microbio —cedió el alfa con facilidad. Sin darle tiempo a replicar, la alzó en brazos y se lanzó con ella al agua, fingiendo que luchaban en un juego improvisado.

—No la animes —le riñó a su cuñado.

Atik rio entre dientes, cogiendo en brazos a West para que pudiera jugar con Rune.

—RunRun, mira. Yo te enseño —le dijo West, tocando al cachorro —. Yo nado como un perrito, tú como lobito.

West se separó de Atik, nadando como un perrito. Rune lo miró atentamente, parpadeando como si intentara memorizar cada movimiento, antes de empezar a imitarlo con torpeza. Ni Atik ni él quitaron las manos de sus cuerpos, solo para mantenerlos seguros en caso de que les fallaran las fuerzas.

Cuando salieron del río, casi una hora después, los tres niños estaban agotados. Incluso Winter, que dormía derrotada en el hombro de su tío. Apenas se despertaron mientras les daban un

rápido baño a los tres, ya que Rune se había transformado de nuevo de camino a la casa. En realidad, solía hacerlo a la hora del baño. Le encantaba el agua caliente y la sensación de la espuma cubriéndolo, cerraba los ojos como si aquello lo reconfortara profundamente; parecía más relajado después de su baño de espuma y era la toma del día en la que conseguía que comiera más.

Consiguieron que se tomara medio biberón antes de llevarlo a la cuna. Se acurrucó alrededor de West, que ya estaba profundamente dormido, pero aun así puso la mano sobre su cabeza como si necesitara asegurarse de que estaba ahí. Winter se sostuvo del brazo de su padre, igual de cansada que los demás.

Sonrió, tapándolos a los tres con una manta.

—¿Tú también te diste cuenta? —preguntó en voz baja, sin alejarse de la cuna.

Atik se acercó por detrás, rodeándole la cintura con las manos.

—El niño está peleando contra el lobo. Las rutinas están ayudando, casi siempre es humano para la hora del baño —le contestó, apoyando la barbilla en su hombro.

—Le encanta la espuma.

—Lo estás haciendo bien. No había una forma correcta de hacer esto. Pero está mejorando, es un hecho —lo felicitó Atik.

Tomó aire profundamente, dejando que una sonrisa suave ocupara su cara. Todos podían ver las señales, todavía sutiles, pero más claras que nunca. Eran pequeñas, pero estaban ahí, y eran más de lo que tenían antes. Por fin, podía respirar sin miedo, sabiendo que la esperanza latía con fuerza dentro de su pecho.

CAPÍTULO 14

Tyler

—Dices que quieres ir a Salem —repitió, interrumpiendo el largo silencio que se había hecho en la cocina.

Dragos emitió un gruñido, cruzando sus enormes brazos sobre su amplio pecho. Sus ojos destellaban con una mezcla de irritación y cansancio.

—Nosotros nos quedaremos aquí, ahora que las amenazas están bajo control. Dragos debe traer al heredero a casa —dijo Mike, con voz firme.

—Yo también voy —anunció Luc. Su mirada brillaba por la emoción, como si la mera posibilidad de ver a su hijo lo llenase de una energía renovada.

—No —le cortó Dragos con dureza, sin dejar espacio a la discusión.

—Dragos —intervino Tom—. Tiene derecho a ver a su hijo —le recordó con suavidad, pero sin titubeos.

—Y su padre a verlo crecer, pero lo privaron de ese derecho —interrumpió Kal, con frialdad.

—Los dos son sus padres —lo cortó con acritud, sin poder contenerse.

Mike y Kal lo miraron fijamente, ambos con miradas feroces. El aire de la cocina se tornó denso, cargado de una tensión no resuelta que parecía a punto de estallar.

—En mi opinión —continuó como si nada, sosteniéndoles la mirada—, creo que deberíais ir. Es obvio que el niño no te conoce; necesitará al padre con el que se ha criado para sentirse seguro. Lanzarlo a un hombre que no conoce, por muy padre suyo que sea, no parece lo más conveniente para el niño. Porque todos estaremos de acuerdo en que lo más importante es que el bebé esté sano y

salvo. ¿O no? —preguntó, clavando su mirada en ellos antes de fijarse en Dragos.

La expresión huraña había desaparecido de su rostro; ahora parecía preocupado. Un ligero fruncimiento en su ceño delataba que estaba procesando lo que acababa de escuchar.

—Puede que tengas razón. No había pensado en ello —admitió Dragos, con un susurro casi inaudible.

Miró a Tom, esperando su ayuda.

—Creo que el bienestar de Rune debería ser la prioridad. El niño es lo más importante, y para ayudarle a integrarse deberíamos, todos nosotros, mantener las formas. Si el niño huele constantemente el odio, podríamos empeorar su estado. Y si eso ocurre, será difícil revertirlo. Así que todos tenéis que comportaros y, si no podéis, usaréis pulseras como las que usa Tyler. Dragos, tus emociones son tan intensas que parecen un grito constante, incluso cuando estás en silencio.

Para reforzar su punto, puso unas pocas pulseras sobre la mesa.

Dragos frunció el ceño, pero cogió una y se la puso.

—Usa dos —le aconsejó Tom, mientras le tendía una a Luc.

Él negó con la cabeza.

—Yo no odio a nadie. No voy a transmitirle nada negativo a mi hijo —le prometió, con un deje de terquedad en la voz.

—La tristeza también puede ser dañina para un bebé, y Rune es más lobo que humano. Sentirá todo lo que lleves dentro —insistió Tom.

Luc extendió la mano lentamente, cogiendo una para él.

—Es lo mejor —les aseguró para calmarlos, aunque en el fondo le costaba aceptar la idea.

—Haré lo que sea para ver a mi hijo —murmuró Luc en voz baja.

Sus ojos fueron a Dragos, que tenía clavados los suyos en él. Un brillo extraño cruzó la mirada del alfa, como si, por primera vez, la determinación de Luc le hiciera dudar.

—Ahora que todos estamos de acuerdo —dijo Tom—, creo que lo mejor sería que nosotros nos quedásemos aquí. Llamaríamos la atención, y no creo que sea positivo para el niño tener una avalancha de gente acechándolo. Es mejor que los padres puedan

centrarse en él, sin distracciones ni presiones externas. El resto de nosotros nos dedicaremos a buscar más información sobre los omegas y a mantener segura a Aurora.

—Todos saben que estoy de vuelta. Nadie se acercará aquí a no ser que tenga deseos de morir —contestó Dragos, con una calma que resultaba aún más amenazante—. Mike y Kal se quedarán aquí también.

Los dos lobos se cruzaron de brazos, claramente molestos por la decisión, pero sin protestar. Era evidente que ya lo habían discutido antes y que la conversación no había terminado de forma amistosa.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Luc, ansioso.

—Esta noche. Viajaremos durante la madrugada —ordenó Dragos.

Los ojos de Luc brillaron con ilusión por primera vez desde que había llegado allí. Era una emoción cruda, sincera, que lo hacía parecer más joven, más vulnerable.

—Muy bien, pues eso es todo. Vamos a hacer la mochila para irnos —anunció, poniéndose en pie para acercarse a Luc.

Luc no le dijo nada hasta que la cocina estuvo vacía.

—Gracias —le dijo, sujetándole las manos—. Gracias por cumplir tu promesa.

—No me las des todavía. Entiendo lo que pasó, pero también cómo debe sentirse Dragos. Tienes que hacerme una promesa.

—Lo que quieras —accedió Luc con facilidad.

Se agachó delante de él, que seguía sentado en la silla.

—Tienes que jurarme por lo más sagrado que no vas a hacer nada raro. Nada que pueda poner en peligro a Rune ni a ti mismo, ¿de acuerdo?

Luc abrió la boca con un gesto molesto.

—Luc —insistió, interrumpiéndolo—. Si perdemos a Rune, será culpa tuya. No hay nadie más. Tomaste una decisión errónea que podría costarle la vida a tu hijo.

Luc bajó la cabeza enseguida. Se odió por hacerle daño, pero si quería que aquello terminara bien, necesitaba que todos tuvieran claro lo que pasaba.

—No puedes quedarte solo con Rune. No puedes entrar a su habitación por la noche —empezó a enumerar con voz firme.

Luc levantó la cabeza con el gesto dolido de quien ya sabe lo que viene, pero no quiere escucharlo.

—Si hubiera sabido…

—Lo sé —le aseguró—. Ya lo sé. Pero tus acciones tienen consecuencias. No puedes esperar que confiemos en ti por completo después de esto.

Luc suspiró, negó con un gesto, pero terminó por asentir.

—Supongo que no tengo opción —admitió.

—No, no la tienes, pero podrás estar con tu hijo todo el día, tanto tiempo como quieras —intentó animarlo.

—Mientras tenga perro guardián —masculló Luc con rabia.

No iba a conseguir nada razonando con él a través del enfado, pero tampoco podía evitar comprenderlo.

—No se te permite llevarlo a ningún lado —continuó, decidido a hacérselo lo más corto posible—. Toda la manada de Salem tiene órdenes de atraparte si te acercas a los límites del bosque. Esto no es solo por Rune, tampoco puedes acercarte a los niños Madsen, salvo que tengas compañía.

Luc parpadeó en *shock*; la sorpresa le dejó la mirada vacía por un instante.

—Sé que suena mal, pero piensa que, por lo menos, puedes estar con Rune y tratar de ayudarlo —intentó animarlo, aunque la dureza de sus propias palabras le dejó un regusto amargo en la boca.

Luc asintió despacio.

—Lo entiendo. Me lo merezco. Está bien, gracias. Soportaré lo que sea por estar con Rune, no me importa lo que me pase, pero, por favor, ayudad a mi hijo.

No le salieron las palabras mientras lo veía subir las escaleras, con la espalda rígida y los hombros hundidos bajo un peso invisible. Tenía un nudo en la garganta que le cortaba hasta el aliento.

Notó un movimiento a su derecha. Dragos estaba en el umbral de la puerta.

—Esto no está bien —protestó en voz baja.

—No —concedió el alfa—. En cualquier otra circunstancia, ya estaría muerto por robar al heredero, o condenado a cadena perpetua, esposado bajo tierra.

—Que la cárcel sea peor no significa que la condena sea justa.

Dragos apretó los dientes con rabia.

—Era mi hijo y me lo quitó —le recordó Dragos, como si no lo supiera, como si esas palabras fueran un golpe que Luc debía recibir una y otra vez.

Quería a su amigo de todo corazón, pero había momentos en los que no podía quedarse callado.

—Algún día, cuando tu hijo se recupere, te darás cuenta de que no puedes quedarte toda esa rabia dentro. Discutes con todos nosotros, pero todavía no te he visto hablar con Luc y pedirle explicaciones. ¿No quieres saber por qué se fue?

—Ya lo sé, os escuché cuando te lo contó.

—¿Y? —lo presionó sin dejar de observarlo—. ¿Dice la verdad?

El rostro de Dragos se transformó en un rictus de rabia, a medio camino entre el lobo y el humano. Los músculos de su mandíbula se tensaron hasta el punto de parecer que iba a romperse los dientes de tanto apretar.

—Soy el alfa, tengo responsabilidades. Si él cree que no lo quería lo suficiente, es que no me conoce en absoluto.

Dejó salir un sonido de incredulidad.

—Puede que lo quisieras. Yo creo que sí lo haces. Pero lo diste por sentado. Estás tan acostumbrado a que las cosas se hagan a tu manera, a ser la voz por encima de todas las demás, que te olvidaste de algo que sabemos todos los humanos: el amor hay que alimentarlo, cuidarlo y protegerlo. No se puede dar por sentado. Y tú lo hiciste.

Dragos lo miró. Su rabia se diluyó en la confusión, como si sus palabras hubieran abierto una grieta en su coraza.

—Tú lo sabes mejor que nadie. Iba a casarme a mi vuelta de Washington. Estaba contando los días para volver con él a casa y formalizar nuestra unión —le recordó, con la voz cargada de frustración.

—Eso es cierto. Pero Luc te llamó, te rogó que fueras con él y lo dejaste de nuevo.

—¿Te estás poniendo de su parte? —preguntó Dragos, enfadado.

—No. Ni de la suya, ni de la tuya. Me pongo de parte del niño, que merece dos padres que puedan estar en la misma habitación sin que parezca que va a partirse el mundo.

—Haré lo que sea por mi hijo.

—Bien, me alegra escuchar eso. Ahora solo necesitas recordarlo cuando estés cerca de Luc.

Luc

Solo Tyler y Andrew fueron con ellos a Salem. Fue un viaje incómodo porque Dragos decidió que irían los cuatro en coche, algo inusual en él, que prefería la velocidad y la libertad de correr.

Dragos fue conduciendo con Tyler a su lado, mientras que Andrew y él se sentaban detrás.

—Creo que es la primera vez que te veo conducir —señaló Tyler cuando volvieron a subirse al coche después de una parada.

Dragos le gruñó, pero siguió conduciendo.

—¿Por qué no fuiste corriendo como haces siempre? —siguió insistiendo Tyler, con una risa en la voz. Se notaba que intentaba aliviar la tensión que pesaba en el coche.

—Quiero estar presentable para conocer a mi hijo. La primera impresión no fue buena —le contestó Dragos después de un corto silencio.

Todos miraron al alfa, que seguía con la vista clavada en la carretera, el rostro tenso y la mandíbula apretada.

—Bueno, por suerte, a esa edad necesitan verte a menudo para recordarte. Y además estaba en su forma de lobo, sin control sobre sí mismo. Probablemente ni se acuerde —lo consoló Tyler.

Dragos dejó salir un suspiro.

—Espero que no me recuerde, así no pensará en mí como una bestia.

Luc miró el perfil de Dragos. Había algo inusualmente frágil en él. Era raro verlo tan vulnerable, y más aún reconocer en su expresión

una sombra de culpa. Aunque suponía que Tyler y Andrew eran más como su familia.

Tyler le acarició el brazo, un gesto instintivo, casi automático, y la punzada de envidia que lo atravesó lo tomó por sorpresa.

—Es hijo tuyo, anda por ahí transformado cuando casi no sabe ni andar. Seguro que piensa que es completamente normal.

Dragos dejó salir una risotada, áspera, amarga.

—Espero que sea más humano que yo, pero, dados los acontecimientos, supongo que no voy a tener suerte.

La vergüenza le arrasó el pecho. Todo esto era culpa suya.

Andrew le tocó el brazo, apenas un roce, para llamar su atención.

—No nos pongamos negativos todavía. Rune presenta mejoría y, por experiencia propia, puedo decir que el amor consigue milagros. No subestimemos su fuerza.

Tyler metió la cabeza entre los asientos, dedicándole una enorme y sincera sonrisa a su marido.

—Cásate con un lobo amargado y espera… acabarás teniendo que buscarle un nuevo mote.

Andrew sonrió sin impresionarse, se inclinó hacia delante y le robó un beso fugaz a Tyler.

—Prueba con "lobo arcoíris". Puede que le guste —sugirió Dragos.

Tyler estalló en risas, pegándole en el brazo a Dragos mientras seguía carcajeándose.

—Te prohíbo buscarle apodos a la gente. Eres horrible.

Desconectó de su situación, dejando que sus pensamientos se perdieran en el paisaje borroso tras la ventanilla. El mundo pasaba sin forma ni detalle, como si todo lo que no fuera su hijo se hubiera quedado atrás. Quería que el tiempo pasara volando, que el coche acelerara hasta desaparecer en un parpadeo. Necesitaba ver ya a su pequeño.

CAPÍTULO 15

Dragos

Se alegraba de haberse puesto las pulseras, porque en ese momento su lobo estaba fuera de control. Los lobos de Salem habían rodeado el jeep entre aullidos en cuanto pasaron los límites de sus terrenos.

Para cuando aparcaron enfrente de la casa de los Madsen, el corazón le latía con tanta fuerza que lo sentía en las sienes. Era un tambor constante, retumbando acompasado con su respiración entrecortada.

Julian salió a recibirlos con Atik y Alaric. Había una gran sonrisa en su cara que lo hizo sentirse un poco mejor.

—Bienvenidos, lobos de Aurora y Greenville. Habéis recorrido un largo camino; sentaos a nuestra mesa, comed y bebed. Estáis bajo la protección del alfa de Salem —pronunció Alaric con solemnidad.

La gratitud lo embargó, le caló tan hondo que tuvo que parpadear para mantener la compostura. Había encontrado en los Madsen mucho más que aliados; se habían preocupado por él cuando estaba fuera de sí mismo y habían protegido a su hijo incluso poniendo en peligro su manada.

Subió los escalones, ignorando a Alaric, que sonrió. Atrapó a Julian en un enorme abrazo, apretándolo con fuerza contra su pecho.

—Estoy tan agradecido. La manada de Aurora siempre estará en deuda contigo. Con vosotros, de verdad —añadió, mirando a los otros dos al dejar a Julian en el suelo.

—No seas ridículo. Somos familia, por supuesto que cuidaría a tu hijo —le aseguró Julian—. Pasad todos. Habéis tenido un largo viaje.

Todos entraron en la casa y el olor de su propia sangre le llegó con claridad. Era tenue, pero familiar, una mezcla que lo hizo

estremecer. Miró alrededor, esperando que su hijo estuviera cerca.

—Los niños están dormidos, es temprano. Winter despertó a los otros porque tenía sed y conseguimos que Rune comiera un poco, así que tardarán en estar por aquí —le explicó Julian.

—Normalmente toma bien el biberón —le respondió Luc, frunciendo ligeramente el ceño.

Julian pareció desconcertado, miró a Atik, que le dedicó una mirada extrañada.

—¿No le dabas nada más que biberones? —preguntó Julian con delicadeza.

—Es que no le gusta la comida. Intenté prepararle cremas, pero no las comía. Lo llevé al médico y me dijo que acabaría comiendo, que debía seguir probando, pero que no había que preocuparse porque no estaba desnutrido. Luego se puso enfermo y dejé de intentarlo; apenas podía tomar su leche.

Julian parecía paralizado mirando a Luc, antes de dedicarle una forzada sonrisa.

—¿Cuánto tiempo estuvo enfermo antes de que fueras a Greenville? —inquirió.

—No lo sé. Fue gradual. Primero estaba cansado, luego de malhumorado y finalmente dejó de comer. Pasarían unos tres meses entre que descubrí los síntomas y lo llevé a varios médicos —confesó Luc con evidente incomodidad.

—Entonces, Rune tendría poco menos de un año —musitó Julian.

Luc asintió con la cabeza sin añadir nada más.

—Vamos a desayunar. Tendréis hambre —irrumpió Alaric.

Siguió a los demás al comedor. Que él recordara, los mellizos habían empezado a comer antes del año. Aunque puede que estuviese equivocado, o que solo quisiera no estarlo.

Desayunaron con una conversación vacía en la que no participó. Estaba demasiado nervioso. Comprobó varias veces que las pulseras estuvieran en su muñeca; no quería avasallar al niño.

—¿Qué le gusta hacer? —interrumpió lo que estaban hablando sin importarle. Si no podía ver a su hijo, al menos quería saber todo lo que pudiera de él. Se había negado obstinadamente a preguntar a Luc, pero a Julian sí podía interrogarlo.

Julian le dedicó una mirada comprensiva y abierta.

—Se parece mucho a West, siempre están juntos. Le gusta acurrucarse; es un niño muy táctil, un poco más de lo que es un lobo normal. Le encanta ver nubes y se ríe cuando el aire le toca la cara; es muy gracioso. Duerme mucho, muchísimo en realidad, pero supongo que eso es más por su condición.

—Antes no dormía tanto —confirmó Luc.

Antes de que pudiera contestar, se escucharon unos pequeños pasos corriendo por el pasillo. Winter apareció corriendo a toda velocidad. Iba directo a sus padres, pero sus ojos se abrieron al verle y fue directa hacia él. Apenas tuvo un segundo para apartarse de la mesa y abrir los brazos.

—¡PADRINO! —chilló, apretando su mejilla contra la suya.

—Hola, pequeña. ¿Me echabas de menos?

—Muchísimo —le aseguró ella, agarrándole la cara y soltando un sonido emocionado—. Padrino, hueles raro.

—Las pulseras —dijo Julian con diversión.

—Lo siento, peque. Durante un par de días tendrá que ser así.

Ella frunció sus labios y su frente en una mueca de enfado. Le bufó enfadada, saltó de su regazo y fue directa a Atik, frotando sus mejillas juntas antes de hundir la nariz en el cuello de su padre. Se quedó relajada encima de él, moviendo los pies con felicidad mientras suspiraba con gusto.

Él dejó salir unas carcajadas, breves pero sinceras, agradeciendo a Winter por calmar sus nervios, aunque no lo pretendiera.

—¿Están despiertos los niños? —preguntó Julian a su hija.

—Sí —contestó ella sin separarse de su padre.

Julian se levantó enseguida.

—Iré a buscarlos —anunció, para luego mirarlo de forma directa —. Tranquilo, tus ahijados te adoran. Rune lo hará también —le dedicó una sonrisa tranquilizadora y desapareció por las escaleras.

Miró a Tyler, notando cómo su lobo enloquecía dentro de su cuerpo. Él le puso la mano en el hombro, dándole un suave apretón.

—Todo irá bien. No te comportes de forma diferente a como lo haces con otros niños —le aconsejó.

—No es un niño más. Es mi hijo —le dijo, odiando lo difícil que era incluso pronunciar las palabras—. ¿Y si pierdo el control de nuevo?

Alaric se puso en pie, colocándose a su lado.

—No va a pasar nada. Te tomó por sorpresa; ahora sabes que existe. Tu lobo quiere verlo, pero sabe que no puede hacerle daño. Confía en tu instinto, no dañarás a tu propia sangre.

Asintió sin estar seguro del todo, volviendo a mirar a Tyler.

—Tengo un frasco de muérdago encima. Te atacaré si pierdes el control —le prometió con solemnidad.

—Gracias —dijo, mucho más tranquilo.

Se escucharon pasos pesados, los de Julian, y los reconoció enseguida. Su corazón empezó a latir con fuerza renovada.

Contuvo el aliento, presionando a su lobo con toda su fuerza al fondo de su mente. Atik y Andrew se levantaron con rapidez, rodeándolo por si necesitaban hacerlo. Tyler se colocó del otro lado de la mesa, sacando un frasco sellado.

—Solo es por precaución, todo irá bien —le repitió con voz firme, sosteniéndole la mirada como si pudiera contenerlo desde fuera.

—¿Tienes hambre? —preguntaba Julian con suavidad. Un pequeño balbuceo incomprensible fue la única respuesta. Su lobo desapareció al escucharlo; esa era la voz de su hijo.

Julian se paró en el marco de la puerta, mirando alrededor con sorpresa, antes de entrar a la cocina. Rune estaba en su forma humana; llevaba un pijama blanco con diminutas zanahorias dibujadas. Sus ojos amarillos miraban alrededor con curiosidad; un puchero se dibujó en sus labios al ver a tantos desconocidos. Giró la cabeza y escondió la cara en el pecho de Julian, que le acarició la cabeza con delicadeza. Su mano se movía con ternura, como si reconociera cada mechón, como si acariciarlo fuera lo único que supiera hacer.

Se escuchó un sonido estrangulado y, al girar la cabeza, encontró a Luc llorando, cubriéndose la boca con la mano. La conmoción lo embargó por completo; era un sentimiento tan vulnerable y humano que lo dejó sin aliento.

—No pasa nada, Rune. Son familia, todos están felices de verte —le aseguró Julian al niño, acercándose a Luc—. Mira, amor, es tu papá.

Luc lo tomó en brazos de forma automática, bañando al niño en besos, mientras murmuraba su nombre y le decía lo mucho que lo quería. Sus labios temblaban al rozar la piel del pequeño, como si el simple hecho de tenerlo entre los brazos aún no fuera del todo real.

Se contuvo a duras penas para no arrancarle el bebé de los brazos. Era obvio que se querían; su olfato se llenó del aroma que Rune emitía, dulce y suave, como él. Era feliz, y eso, más que cualquier otra cosa, hizo que uno de esos nudos oscuros que le causó la noticia de saber que tenía un hijo se deshiciera. Puede que Luc huyera con él, pero era un niño feliz y amado, y eso le trajo paz, sobre todo después de conocer la historia de Atik y la manera en que lo criaron. Por primera vez desde que todo empezó, sintió que podía respirar sin culpa.

—Papi, papi —se escuchó la vocecita de West y sus pasos tambaleantes.

Emily bajó con West agarrado de su mano; sus ojos se abrieron con sorpresa al verlo.

—¡Padrino! —gritó, corriendo hacia él.

Abrazó a su ahijado con todo el amor que llevaba dentro, con toda la emoción que le causaba ver a su propio hijo y saber que todavía no tenía derecho a tocarlo. Lo alzó en brazos sin pensar, hundiendo la cara en su pelo desordenado, aspirando ese aroma a galletas y campo que tanto echaba de menos.

West era un niño afable y cariñoso; frotó su mejilla con la suya, entre risas, acariciando su pelo largo y barba.

—Te echaba de menos —le dijo con los ojos brillando de emoción.

—Y yo a ti —admitió con sinceridad.

—Ayer te hice un dibujo —comentó West emocionado.

—¿Sí? ¿Y qué dibujaste? —preguntó con cariño.

—Una luna llena preciosa. Gasté todo mi color plata —se quejó.

—Mañana compraremos más colores —le aseguró.

—Vale —aceptó el niño, recostándose aún más sobre su pecho como si el tiempo nunca hubiera pasado.

Rune hizo un sonido de protesta, intentando liberarse de los brazos de Luc.

—Es por West —le aclaró Julian—. Les encanta estar juntos, van el uno detrás del otro. ¿Puedo? —inquirió señalando al niño.

Luc asintió y se lo pasó.

—RunRun, ven —llamó West, extendiendo la mano hacia él.

Rune agarró su mano y se sentó en la otra pierna de Dragos.

—Mira —le ordenó West—. Este es padrino.

El pequeño giró la cabeza con obediencia, mirándole fijamente por primera vez, y lo dejó sin respiración. Eran sus ojos los que le devolvían la mirada, su pelo negro, sus gestos y los rasgos de Luc. Fue un ataque directo al centro de todo su mundo. Su reflejo más puro, tan real que dolía.

La emoción lo barrió por completo, con tanta fuerza que sintió que el corazón se le agrietaba y se volvía polvo en su pecho. Su hijo, su sangre, y ni siquiera sabía que era su padre.

—¿Padrino? —preguntó West, mirándolo con gesto preocupado.

—Julian —dijo, ahogándose en su propia pena.

En menos de un segundo, Atik y Alaric le arrebataron a los niños. Cerró los ojos y obligó a su lobo a calmarse. Se puso de pie con dificultad, encaminándose a la puerta trasera.

Tyler se cruzó en su camino con los brazos abiertos.

—No puedes transformarte —le recordó; sus ojos estaban rojos y en sus mejillas había rastros de lágrimas.

—Ty… por favor. Apártate. No quiero hacerte daño —murmuró con esfuerzo, la voz rasposa por el dolor contenido.

Julian se puso al lado de Tyler, haciéndolo a un lado, sabiendo que el humano no soportaría un ataque suyo.

—Está bien, Dragos —le dijo Julian en voz baja—. Está bien que duela; a veces los sentimientos lo hacen. Respira a través del dolor y no intentes hacerlo desaparecer; eso nunca funciona. Entiende qué lo causa, asume el daño y déjalo ir.

La voz de Julian siempre era tranquilizadora, pero su toque lo fue más. Julian lo abrazó sin preocuparse por lo volátil que estaba su

lobo.

—Tu hijo se pondrá bien, tú estás bien, todos estamos aquí para apoyaros y cuidaros. No pasa nada por mostrarse vulnerable; nosotros siempre seremos tu lugar seguro. Somos vuestra familia, no pasa nada —le prometió, apretándolo con fuerza a pesar de que casi no podía rodearlo con sus brazos.

Su lobo perdió fuerza mientras le devolvía el abrazo y hundía la nariz en su reconfortante olor. Desde niño siempre evitó el contacto humano. Todos entraban en pánico cuando él se acercaba demasiado, pero Julian y Tyler nunca lo habían rehuido, más bien todo lo contrario.

No sabía lo que necesitaba un abrazo hasta que tuvo a Julian alrededor de él; fue una completa curación para su alma destruida. Un bálsamo cálido que tejía los pedazos rotos con hilos de ternura, uno a uno.

Notó unos pequeños brazos rodeándole las piernas con fuerza. Se separó de Julian para mirar: West y Winter estaban aferrados a él.

—Te quiero mucho —dijo Winter, con los ojos llenos de lágrimas. West frotaba su cara contra él.

—Mucho, mucho —completó el pequeño.

Soltó a Julian y se sentó en el suelo, abrazando a los niños con todo el cuidado que podía. Sus cuerpos pequeños encajaban perfectamente en el espacio que su corazón había reservado sin saberlo. El calor de sus manos, el peso liviano de sus cuerpos, la manera en que confiaban en él sin miedo, tejieron una red de consuelo que lo sostuvo entero.

Sus ojos se encontraron con los de Luc. Tenía la cara arrasada en lágrimas, pero él no fue capaz de sostener la mirada. Lo hacía sentirse inseguro; frágil en una forma que no sabía cómo enfrentar. Ahora necesitaba la calma y la paz que solo daba la familia.

CAPÍTULO 16

Luc

—Buenos días —saludó Julian al bajar a la cocina al día siguiente.

Atik fue a despertar a los niños esa mañana y sentarlos en las tres tronas de la cocina. Había tenido la deferencia de avisarlo antes para poder acompañarlo.

Después de vestir a los niños, bajaron a la cocina, donde Alaric y Tyler preparaban desayuno para los adultos, mientras Atik se encargaba del de los niños.

Los niños movieron sus piernas con nerviosismo mientras saludaban emocionados. Julian rio, besando la cabeza de sus hijos y de Rune, sin hacer diferencia entre los tres. Todos olían a sueño y a jabón infantil, con el pelo revuelto y los ojos aún algo pegados.

—Hoy vamos a salir de paseo a recoger flores —les dijo Julian a los tres, agachándose a su altura.

—Y moras —añadió Winter, emocionada.

—Y moras —concedió Julian, sonriendo.

Se acercó a Atik y le acarició la espalda, dejando un beso en su hombro.

—Buenos días.

Atik dejó lo que estaba haciendo para darle un beso en los labios.

—¿Estás mejor? —preguntó Atik.

—Perfecto, después de dormir unas horas más, gracias.

—¿Estás enfermo, Julian? —preguntó Dragos, sentado al otro lado de Tyler.

—Cansado —respondió Julian con facilidad, cogiendo cuencos infantiles para sus hijos con fruta, con yogur y unos vasos con dibujos llenos de leche.

Cogió un biberón para Rune, que dejó sobre la mesa, y un bol con papilla de fruta.

—Vamos allá —le dijo con cariño a Rune, poniéndole un babero plástico. El babero tenía dibujado un lobo caricaturesco que sacaba la lengua.

—Ya hemos hablado antes de la manzana y la naranja, señorito —protestó al acercarle la cuchara y ver que le giraba la cara.

Rune siguió con la cara girada, sin mirarle.

—Pequeño tirano —murmuró, haciéndole cosquillas.

Aprovechó que Rune se rio para meterle la cuchara en la boca.

—No —lo amenazó con el dedo—. No tiramos la comida. Come.

Rune hizo un puchero, pero tragó la papilla.

—Ya lo sé —le consoló Julian, comprensivo—. No te gusta, pero tienes que comer. Tienes que crecer para poder jugar con los niños.

Eso captó la atención de Rune, que giró la cabeza hacia los niños, señalándolos con su pequeño dedo.

—Come, RunRun —le ordenó West, metiéndose una cucharilla llena de yogur y fresa en la boca con torpeza.

Rune parpadeó, miró a West y su comida y, en un segundo, movió el brazo para meter la mano en el bol y llevarse los dedos a la boca de un lengüetazo.

—Lo siento mucho —se disculpó, sujetando la mano de Rune para intentar limpiársela—. Él no entiende…

Julian sonrió, cogiendo un paño húmedo y limpiando él mismo la mano de Rune.

—Te sorprendería la de veces que hace eso —le tranquilizó.

Miró a West, que ni siquiera estaba enfadado por el asalto. Cogió su cucharilla y la hundió en la papilla de Rune, metiéndosela en la boca y volviendo a hacerlo para darle a su hermana.

—Rico —sentenció, volviendo a su yogur.

Como si fuera una señal secreta, Rune abrió la boca pidiendo comer.

Julian se carcajeó, empezando a darle de comer.

—Los lobos somos codiciosos, todo es mejor en manada —le dijo Julian, como si eso tuviera sentido.

Volvió a su silla desconcertado. Para él no tenía sentido, pero nadie parecía alterado.

—¿Funciona para hacerle comer? —preguntó Dragos con curiosidad.

—No siempre, pero tiene un alto índice de acierto —contestó Julian, sin dejar de alimentar a Rune—. Lo probamos todo y esto es lo que mejor funciona. Si se pone muy terco, dejamos que West lo alimente; suele hacerle caso.

—Me alegra que los tenga. Sois muy buenos con él, gracias —les dijo Dragos a los mellizos.

—Run es familia —dijo Winter con la boca llena.

—Por supuesto que lo es —contestó Alaric, sonriendo a la niña.

—Huele como tú, es tu bebé.

Se hizo el silencio en la cocina, todos mirando a la niña, que estaba robando beicon del plato de Atik sin hacerles caso. Su inocencia dejaba sin palabras.

—¿Vosotros le dijisteis algo? —preguntó Dragos en un hilo de voz.

—Nada que ella pudiera escuchar. Pero ya sabes lo desarrollados que están sus sentidos —le contestó Julian, con la misma cara de sorpresa que los demás.

Dragos asintió torpemente.

—Bueno, no es nada malo —opinó Tyler—. Ellos lo ven como algo natural porque tienen dos padres. En realidad, facilita las cosas.

—Puede ser —murmuró, mirando a Dragos, que rehuyó su mirada. Sus ojos decían más de lo que su boca podía soportar.

Dragos

Sonrió mirando a Rune. Estaba allí, tranquilo, sentado en medio del prado con Winter y West. La niña se agachaba con entusiasmo y les explicaba a los otros dos los colores de cada flor y, cuando uno de ellos mostraba interés, la cortaba para regalársela.

—Win es genial —le dijo a Julian. Él sonrió mirando a Atik, que estaba cerca de los niños, vigilante desde la distancia con expresión serena. Solo ellos tres y Luc habían salido al paseo de la mañana.

—Es la mejor —concedió Julian—. Crece tan rápido que, en vez de tres años, parece que tuviera ocho.

—Eso es bueno, es una niña inteligente. Puede cuidar de sí misma y de su hermano.

—Puede y lo hace —admitió Julian.

—Eso es lo que hacemos todos los lobos, cuidar de la manada —dijo con orgullo, sin dejar de mirar a los niños.

—¿Y eso es lo que estás haciendo tú?

Lo miró sin entender su pregunta.

—Con Luc —añadió Julian.

—No sé de qué hablas —contestó evasivo.

—Luc está destrozado. Con pulsera o sin ella, solo hay que echarle un vistazo para darse cuenta —insistió Julian.

—Ya no sé nada de él, lo que creía que era verdad resultó ser mentira. Podría estar fingiendo.

—No piensas eso de verdad —protestó Julian, frunciendo el ceño mientras le sostenía la mirada—. Dragos, no puedes dejar que siga así de aislado. Tienes que hablar con él; aunque no lo hagas por ti, hazlo por Rune.

—Es por Rune por quien me mantengo lejos de su padre —protestó—. Ya me viste cuando lo conocí, estoy fuera de control. No es seguro, para nadie, que nos quedemos solos.

—Lo entiendo —le aseguró Julian—. Lo hago, pero… es miserable, y Rune no acaba de estar cómodo con vosotros porque no puede distinguir vuestro olor. Tenéis que llegar a algún punto.

—No puedo, Julian, no me pidas eso. No puedo, de verdad que no. Cuando lo veo… —susurró, apretando los dientes, como si necesitara contener algo que aún ardía por dentro.

—¿Qué? ¿Qué pasa cuando lo ves?

Miró a Luc. Estaba cerca de los niños. Había una leve sonrisa en su rostro mientras veía a Rune, pero sus ojos estaban muertos, sin vida.

—Quiero partirle en pedazos, destrozarle por todo el daño que me hizo —admitió en un hilo de voz.

Julian le puso la mano en el antebrazo.

—Pero por encima de todo, lo que más deseo… es que me quiera. Y no se puede obligar a nadie a quererte. Me dejó de forma voluntaria. No puedo usar mi papel de alfa para que se quede

conmigo, ni usar al niño para atraparlo —reconoció con vergüenza, bajando la mirada hacia el suelo cubierto de flores silvestres.

—Dragos —murmuró Julian, con la voz impregnada de lástima.

—Es patético, ya lo sé. No es propio de mí.

—No lo es —lo contradijo Julian—. Y no es propio de ti, pero sí de un hombre enamorado.

—El amor te hace débil, el amor le da poder sobre ti a la otra persona, el amor te destroza y te despedaza el alma. Puede que mi lobo lo quiera todavía, pero no soy un suicida. Ya te lo dije. No habrá nadie más. He terminado. Nunca debí acercarme a él. Mi manada es lo más importante. Todo lo demás me sobra.

—¿Y qué pasa con Rune? ¿Vas a negarle a tu hijo tu amor? Porque puede que tú quieras eso, pero te veo cuando le miras. Ese pequeñín ya tiene tu corazón.

—Eso es diferente, es mi hijo. Le daré todo lo que pueda —prometió, con la voz más firme de lo que en realidad se sentía por dentro.

—Sé que crees eso, pero déjame que te diga algo. No puedes querer de verdad cuando tienes el corazón lleno de rencor y odio. Cada acción que hagas hacia su padre estará teñida de eso, y sé de sobra que no es justo pedirte esto. Pero, por favor, no por ti, por tu hijo. Busca en tu corazón, no en el final de vuestra historia, sino en cómo comenzó, y recuerda —le aconsejó.

—Quiero olvidarlo todo, cada segundo que pasé con él. Necesito borrarlo de mi sistema —admitió.

—Lo entiendo. Pero, pese al miedo que Luc tenía, decidió seguir adelante con el embarazo. A pesar de lo que le pasó para dar a luz solo, siguió peleando por Rune. Incluso sabiendo que podrías quitarle al niño al traerlo de vuelta, lo hizo. Todos sus pasos, erróneos o no, han ido en una sola dirección: proteger a vuestro hijo.

Asintió despacio. Pese a toda la rabia que sentía, sabía que lo que decía era cierto.

—No puedes vivir para siempre con rencor —le dijo, entrelazando su brazo con el suyo—. No te lo mereces, y Rune tampoco.

—Ya no recuerdo cómo es eso —se sinceró Dragos—. Llevo tanto tiempo furioso con él, que todo lo demás me parece poco, nimio. No consigo parar, es como una hoguera, y cuando lo veo de nuevo, añado leña a esa hoguera.

Julian apoyó la cabeza en su hombro. El gesto fue silencioso, casi imperceptible, pero llenó el aire con una ternura inesperada que lo cubrió de calma.

—Encontraremos la forma de apagar el fuego, te lo prometo.

CAPÍTULO 17

Luc

Julian Madsen. Casado con el cuarto hijo de la familia Madsen. Padre de los mellizos Madsen. Y, de entre todos los miembros de la familia, sin duda era el más Madsen de todos. Todo el mundo quería a Julian. Su manada lo adoraba, su familia lo quería, sus hijos lo amaban y su marido lo veneraba como si fuera un dios. Era perfecto. Simplemente perfecto, y no había ni un solo gramo de esa perfección que no detestara con toda su alma.

Odiaba ser tan egoísta cuando Julian no hacía otra cosa que ser agradable con él. Lo incluía en todos los planes de los niños, los usaba como conversación durante las comidas para no dejarlo solo. Era la definición de una persona agradable y de carácter dulce, de esos que te dan las gracias por existir y, encima, lo dicen en serio. La diferencia con él era tan pronunciada que lo hacía sentirse un inútil.

A él nunca se le dio bien la manada; no sabía qué hacer con esa gente que lo miraba esperando alguna especie de milagro. Siempre había preguntas que esperaban que supiera responder, situaciones que aguardaban su opinión. ¡Se crio como un humano! ¿Cómo esperaban que supiera cómo manejar una manada?

Julian era la pareja de Atik; supuestamente no debería tener un papel en la manada, pero no tardó más que unos días en entender que la posición de Julian estaba a la altura de la pareja de un alfa. Su marido no era demasiado querido en la manada; la gente lo veía con cierta desconfianza, pero también con respeto. Era una situación muy similar a la que vivía el propio alfa de la manada. Alaric era muy respetado, no así su mujer, a la que veían con suspicacia.

El segundo de la manada y su esposa estaban muy bien considerados, pero varios escalones por debajo de Julian y Alaric. Al

igual que la única hermana, tan respetada como el mediano, pero distaba mucho de esa fascinación que la manada tenía por Julian y Alaric. Era como si ambos hubieran nacido sabiendo cómo moverse en ese mundo y el resto solo estuviera improvisando. Había algo en ellos, una especie de autoridad suave, imposible de replicar.

Se preguntó cómo se sentirían Atik y Abba al respecto. Sabía por experiencia propia lo que era sentirse incluido a la fuerza; podía adivinar lo que estaban sufriendo.

Incluso su propio hijo le prefería a él. Rune parecía mucho más cómodo con Julian que con él. Y cómo culparlo. Aunque reconocía que no ayudaba mucho lo desconcertado que se sentía cuando Rune se convertía en lobo. Amaba a su hijo en todas sus versiones, pero no tenía ni idea de qué hacer con él. A veces parecía un cachorrito curioso; en otras ocasiones, gruñía a todos los que se le acercaban. No sabía cómo tranquilizarlo, pero Julian, sí. Ni se inmutaba cuando Rune se transformaba, le quitaba la ropa que llevaba y calibraba con facilidad su estado de ánimo. Le hablaba con esa voz suave que parecía tener un efecto mágico en todos los niños, incluso en los que tenían colmillos. Como si hubiera vivido toda su vida rodeado de niños lobo. Como si fuera imposible que algo lo desestabilizara.

Desde que tuvo a Rune, se había cuestionado varias veces si era un buen padre. Ahora que tenía un espejo en el que reflejarse, sabía que no.

Miró a los niños jugando en el amplio porche de la casa. Por supuesto, su hogar perfecto tenía una mesa para niños llena de pinturas y papeles para que pudieran dibujar.

Porque la familia perfecta, también tenía la casa perfecta. No solo era una casa inmensa de tres plantas, sino que todo era precioso y confortable. La habitación de sus hijos parecía sacada de una revista, con una gigantesca cuna con sábanas preciosas y un imponente armario lleno de ropa sin fin.

Para él, que había vivido con lo mínimo, aquello era como ir de compras cada día. Tenían hasta adorables mantas tejidas a mano con el símbolo de su familia, y lo que era peor, ahora su hijo también era dueño de una porque le había robado a West la suya y Julian le

hizo otra a su hijo para que Rune pudiera quedársela. Todo con la naturalidad de quien cose un mundo roto sin despeinarse.

—Julian —llamó Emily, saliendo al porche con su hijo en brazos—. Necesito un respiro —le dijo con cara cansada.

—Por supuesto —aceptó él, sonriendo. Aceptó al niño en brazos, que empezó a protestar en cuanto estuvo separado de su madre.

—Ve y duerme una buena siesta —le aconsejó a su cuñada con cariño.

—Eres mi salvación, gracias —murmuró ella, acariciando la cabeza de su hijo antes de irse.

Los decibelios del niño no dejaron de subir en cuanto su madre se fue, llorando de forma escandalosa.

Julian sonrió con indulgencia. Y lo acunó como si nada en el mundo pudiera herir a ese niño en sus brazos.

—Lo sé, pequeño. Es muy duro, es horrible. ¡Qué mamá tan mala! —bromeó Julian con diversión. Meció al niño con suavidad, levantándose de la mecedora en la que estaba sentado. Cantó una melodía sin letra, tranquilizadora y suave, que hizo que el llanto pasara a simples hipidos.

—Win, ¿ayudas a papi? —llamó, como si no acabara de consolar a un huracán disfrazado de bebé.

La niña prácticamente dio un salto en su emoción por ayudar.

—Sí, papi, yo ayudo —comentó, emocionada.

—¿Puedes ir al salón y traer la cuna pequeña de Will?

—Sí, papi —respondió, y salió corriendo al interior de la casa.

—Podía haber ido —dijo, incapaz de seguir en silencio.

—Lo sé, gracias. Pero quiero que se acostumbren a ayudar y a ser autosuficientes. No quiero que sean niños mimados —contestó Julian con naturalidad.

Winter volvió empujando la cuna portátil de viaje con ruedas.

—Muchas gracias, amor. Me ayudaste mucho.

—¿Te ayudo más, papi? —ofreció solícita, con los ojos brillantes de ilusión.

Podía enfadarse con Julian por su perfección, pero nunca con esos niños. Eran una dulzura, unos niños que, a pesar de haber compartido vientre durante meses, no podían ser más distintos.

—No, vida. Gracias, vuelve a dibujar.

Winter volvió a colocarse entre los dos niños como si nada hubiera pasado.

Julian le puso el chupete a Will y lo metió en la cuna, moviéndolo hacia la sombra del porche.

Puso en marcha el móvil que la cuna tenía colgado, con lunas y estrellas, del que salía una dulce canción de cuna que flotó en el aire como un susurro tranquilo.

Julian volvió a sentarse en la mecedora, cogió otro jersey de los niños, lo alisó entre sus manos y lo dobló con esmero para ponerlo en la pila.

Rune fue a gatas hasta Julian, tiró de su pantalón y esperó. Julian ni se inmutó, lo levantó en brazos y lo metió dentro de una de las cestas de ropa para doblar. Rune cogió un jersey y se lo llevó a la cara, oliéndolo sin disimular.

—¿Qué hace? —preguntó sorprendido.

Julian lo inspeccionó brevemente, sonriendo tranquilo.

—Los míos también lo hacen. Les encanta oler ropa limpia y tratar de encontrar la esencia que conocen; es como un juego —le aclaró.

West eligió ese momento para seguir a Rune, metiéndose en la cesta sin ayuda. Cogió un pantalón y lo olfateó.

—Yo —dijo en voz alta.

Rune lo señaló con el dedo, dándole el jersey que había olido antes.

West hundió la nariz en él.

—Yo —repitió West, satisfecho.

Cogió un pijama y lo olió.

—RunRun —dijo, pasándoselo.

Rune también se lo llevó a la cara antes de reír a carcajadas.

La risa de Rune fue contagiosa y luminosa; le arrancó una sonrisa al verlo tan feliz.

—Los niños no necesitan mucho para ser felices, se entretienen con cualquier cosa —le dijo Julian, que también los estaba mirando.

—Cuando lo llevé a Greenville, solo jugaba con sus pies —dijo con sinceridad.

—Bueno, a esta edad cambian casi a diario. Además, se espabilan al estar con otros niños, y los míos son casi dos años mayores que él —le explicó.

Rune se tumbó en la ropa limpia, bostezando con toda su diminuta boca abierta. West no dudó en imitarlo, cerrando los ojos, listo para dormir.

—¿No deberíamos quitarlos de ahí? Van a arrugarte toda la ropa —opinó.

—No importa. Explorar y ser curioso es parte de la naturaleza de un lobo. No me gusta ponerles barreras; tienen que investigar el mundo que les rodea, es parte del proceso de acostumbrarse a sus sentidos y a seguir su instinto. No pasa nada, solo es ropa.

Lo dijo con una serenidad que desarmaba, como si todo en su mundo estuviera en su sitio.

Ese temple y esa naturalidad también le provocaban cierta envidia.

—Acabo de dormir la siesta más larga del mundo —anunció Tyler, saliendo al porche con un bocadillo y un vaso lleno de zumo.

—¿Mala noche? ¿Tu marido no te deja dormir? —preguntó Julian, burlón.

—Ojalá —suspiró Tyler trágicamente, sentándose en el suelo frente a Julian—. Todo este jaleo ha arruinado mi vida…

—Cuidado con la boca —lo interrumpió Julian—. Está la ropa sin doblar —le dijo, señalando a los niños que ya estaban somnolientos.

—Mi vida matrimonial —terminó Tyler con facilidad—. Cuando este pequeñín esté a salvo, pienso tomarme unas semanas alejado de todos, sin teléfono y sin dar nuestra localización. Tengo que recuperar el tiempo perdido.

—Todos estamos igual —lo consoló Julian.

Tyler dio un trágico suspiro, asomándose a la cuna para ver a Will dormido.

—Todos no, Rhys está desaparecido desde que Deklan llegó hace dos días —les recordó en tono conspiratorio.

—Es verdad, ni siquiera han vuelto a dormir —dijo Julian—. ¿Dónde crees que estén? ¿Deberíamos preocuparnos?

—No, estarán acaramelados en cualquier lugar solitario. Aunque no te lo parezca, son muy románticos —dijo Tyler, pegándole un gran mordisco a su bocadillo.

Winter se acercó de inmediato, olisqueando su comida. Sus ojos curiosos se clavaron en el bocadillo como si fuera el mayor de los tesoros.

Tyler se lo ofreció y ella dio un bocado considerable. Asintió, moviendo la pequeña coleta que llevaba.

—¿Está rico, peque? —quiso saber Tyler.

—Rico —dijo ella, esforzándose por masticar. Se sentó en medio de sus piernas, acomodándose con la confianza de quien sabe que siempre será bien recibida, preparándose para compartir la comida.

Tyler rio, dándole un beso en la frente.

—¿Tienes hambre, Luc? Puedo preparar uno para ti —le ofreció Tyler, mirándole.

—No, gracias —respondió, negándose con sinceridad. Apenas sentía hambre desde que toda esa pesadilla empezó. Y ver a Rune dormir la mayor parte del día no ayudaba a calmarlo. Era cierto que, por lo menos, ahora era humano casi todo el tiempo, pero no estaba mucho más fuerte que antes.

Observó, sin prestar atención a su conversación, cómo los dos hombres hablaban. Su familiaridad y amistad eran obvias; formaban un frente común. Cuando él se marchó de Aurora, no eran tan cercanos, pero al parecer en ese tiempo las cosas habían cambiado mucho. Los niños lo adoraban y los lobos de Salem lo trataban con familiaridad.

Eran parte del paisaje de ese hogar improvisado, y luego estaba el otro asunto: Dragos se apoyaba en Julian de una manera que no hacía con Tyler. Si creía que Dragos y Tyler estaban unidos, se había equivocado. Julian sí que tenía una verdadera unión, y Dragos no le quitaba la vista de encima. Estaba seguro de que sus habilidades como padre y líder tenían que ser atractivas para él.

Era complicado no fijarse en alguien como Julian.

Se preguntaba si solo él se había dado cuenta de esa conexión especial y si Atik se sentía a gusto con el alfa de Aurora tan pendiente de su pareja.

—Luc, ¿nos estás escuchando? —preguntó Julian, sonriéndole.

Lo miró a los ojos, su presencia tenía algo envolvente. Era un hombre muy atractivo, más suave que él. No tenía ninguna posibilidad de ganarle. Tampoco es que fuera a intentarlo; hacía mucho tiempo que había desertado de esa lucha.

CAPÍTULO 18

Dragos

Estaba paralizado, sentado contra el árbol. West había venido a jugar con él y, como era su costumbre, se había quedado dormido sobre él. Eso ya era maravilloso, pero que Rune se hubiera unido era un verdadero milagro. Ahora los dos niños estaban dormidos en su pecho, tranquilos y en paz.

Alzó la vista hacia Julian, buscando compartir esa felicidad que amenazaba con romperle el pecho. Julian lo estaba observando, sonriendo.

—¿Cómo vas, papá? —preguntó divertido.

—Estoy en el cielo —admitió sin preocuparse, volviendo su atención a los niños.

—Por supuesto que lo estás. ¿Cómo no ibas a estarlo? ¿Notas algo especial ahora que te está tocando?

—¿Algo como qué? —preguntó con gesto extrañado, dirigiendo una mirada a Julian.

—No lo sé. Solo… ¿Nada en absoluto? —volvió a intentar Julian.

Fijó los ojos en la cara de su hijo, concentrándose en él.

—No, nada —volvió a responder.

—¿Seguro?

Le sostuvo la mirada. Julian parecía preocupado.

—¿Qué me estás ocultando?

Julian echó un vistazo alrededor; no había nadie más en el salón que ellos, los demás habían salido y Winter jugaba con su padre en el exterior.

—A veces, Rune roba mi energía.

—¿Cómo? ¿Qué intentas decirme? —inquirió—. Los bebés solo roban energía de sus padres durante el embarazo.

—Creo que no —señaló Julian—. West todavía lo hace a veces.

Lo contempló, consternado. Julian nunca le había hablado sobre eso.

—¿Cuándo? ¿En qué circunstancias lo hace? ¿Le preguntaste por qué? Ya puede hablar, seguro que West lo sabe.

—No —se limitó a responder Julian.

—¿"No" a qué parte? —preguntó.

—A todo. No. No responde a un patrón, ni a una situación concreta. En ocasiones pasa. No le pregunté nada porque no quiero que lo vea como algo perjudicial. Soy un lobo adulto, puedo compartir mi energía con él sin problema. También lo hace con Atik —explicó.

Frunció el ceño al ver la cara de su ahijado.

—¿Y Rune? ¿Solo lo hace contigo?

Julian negó con la cabeza.

—¿Por qué va a robar vuestra energía? Tiene sentido que West lo haga, es sangre de vuestra sangre. ¿Pero mi hijo?

—Hemos leído todo lo que encontramos sobre esto en la biblioteca Madsen. Todos los embarazos en hombres lobo demandan una considerable cantidad de energía de los dos padres, por eso deben permanecer juntos. En el caso de un embarazo masculino, el bebé demanda más de lo normal, por eso los gestantes se debilitan tanto —le recordó Julian.

—Todo el mundo sabe eso —señaló, atendiendo a su explicación.

—Lo sé, pero los que escribieron esos libros solo hablan de teorías. Yo lo viví. La demanda es tan exigente que ves cosas, recuerdos que te señalan al padre y te obligan a profundizar en la vida y mente del otro. Quieras o no.

—No funciona así para todos. Algunos hombres no han pasado por eso y han llevado el embarazo a buen término —le recordó.

Sintió la mirada de Julian sobre él.

—¿Crees que Luc ha visto tu pasado? —inquirió Julian con delicadeza.

—Es posible —admitió con una pizca de resistencia.

—Y… ¿Eso te supondría un problema?

—Depende de lo que haya visto. ¿Cuánto viste tú de Atik?

—Lo justo para que entendiera su historia, lo necesario para poder comprenderlo mejor —admitió—. Todo eran cosas personales, íntimas de su infancia. ¿Hay algo peligroso que él pudiera haber averiguado?

Contuvo el impulso de cruzarse de brazos.

—Muchas cosas. Mi padre me educó con fiereza, me contó secretos, métodos de hacer cosas que ninguna manada más usa. Si eso fue lo que vio, sería peligroso que fuera difundiéndolo por ahí.

—No va a hacer eso —lo tranquilizó Julian.

—Eso no lo sabes. ¿Crees que Rune le roba energía a él?

—Atik tiene una teoría al respecto. Piensa que Rune no tuvo suficiente energía de lobo durante el embarazo y por eso la toma de nosotros. Pero ahora que sabemos que tampoco la toma de ti, podemos suponer que está equivocado.

—Puede que sí. Pero creo que es una señal muy preocupante. Una muestra de que algo no está bien con él.

—No te ofendas, pero eso ya lo sabíamos. En fin, no le digas nada a nadie. Atik y yo lo hemos mantenido en secreto; solo lo sabe la familia. No se lo digas a Tyler; si es una debilidad que tiene West, es mejor que no lo sepa nadie —le advirtió Julian.

—Por supuesto. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros y lo que sigues haciendo. De verdad, no tengo cómo pagarte todo esto.

Julian rio mientras se ponía de pie y, acercándose a él, posó su mano en su hombro.

—Qué suerte para ti que trabaje gratis para la familia.

Julian

—¿Está seguro de que no lo hace? Es sutil, y Dragos es descomunalmente poderoso; puede que no se dé cuenta —preguntó Alaric, sentado en el sillón de su despacho.

—No es tan sutil —le aclaró Atik a su hermano—. Es como un tirón, constante y suave.

—¿Duele? —quiso saber Alaric.

—No —contestó por Atik—. Es más como un zumbido bajo la piel que tira directamente del centro de tu núcleo.

—¿Y tu lobo no se enfada? ¿No lo percibe como un ataque? —inquirió.

—Para nada. West es mi hijo, me gusta poder cuidar de él y proporcionarle todo lo que necesita —le aseguró Atik.

Alaric los contempló con atención, yendo del uno al otro.

—Eso es bueno, pero Dragos hace bien en mostrarse preocupado. Tiene sentido que West demande vuestra energía, pero no su hijo. ¿Estáis seguros de que no hay un denominador común cuando los niños hacen eso? —inquirió.

—Ninguno que hayamos podido localizar, salvo…

Desvió la mirada hacia Atik; no le habían dicho nada a Alaric sobre sus sospechas respecto a West. Los dos habían decidido mantenerlo en secreto hasta estar seguros.

—¿Qué no me estáis contando? —preguntó, fijando los ojos en su hermano.

Atik lo ignoró, todavía con la vista puesta en él.

—Es tu decisión —le dijo con suavidad.

El don que tenía era una rareza en un hombre lobo nacido, pero en muchas manadas sería motivo de expulsión; creerían que era demasiado próximo a la magia. Cormac nunca lo trató mal por ello; todo lo contrario, le aconsejó ser prudente con cuánta gente podía saberlo. Cuando Alaric lo sucedió, fingió no saber nada hasta que la bomba estalló en sus manos, pero tampoco lo había menospreciado.

—Creemos que West podría parecerse más a mí de lo que pensamos —informó a su alfa.

Alaric no parecía sorprendido.

—Era una posibilidad, y no tiene nada de malo. Tú tienes ese instinto, y ha demostrado ser muy útil cientos de veces.

Observó sus manos con atención, conteniendo la emoción que le anudaba la garganta. Ya lo sabía, pero que Alaric le mostrara su apoyo de nuevo lo llenaba de una calidez reconfortante, tan familiar como inesperada.

—Gracias, alfa —musitó, recomponiéndose.

—No seas tonto, es mi sobrino, lo querría, aunque fuera violeta y tuviera cuernos —contestó, solemne.

Atik se rio a su lado.

—¿Violeta y con cuernos? La edad te está atrofiando la imaginación —le dijo a su hermano.

—Lo que quiero decir es que es familia. Nada más importa. Además, no sabemos si podrá convertirse en lobo; cualquier ventaja que tenga es bienvenida —les aseguró—. ¿West te cuenta que siente cosas?

—No exactamente. Es más como… —Volteó hacia Atik, esperando ayuda. Alaric siguió el movimiento, aguardando una aclaración.

—West proyecta lo que quiere enseñar —se limitó a decir Atik.

Alaric los contempló en silencio.

—¿Sueñas lo que él sueña? —inquirió el alfa, con su voz rezumando desconcierto.

—No, es capaz de enseñarme la imagen, en mi cabeza —terminó, dubitativo.

Alaric parpadeó sin moverse, ni respirar.

—¿Y qué te enseña? —inquirió.

—Solo cosas bonitas. Cómo me ve, cuánto nos quiere a todos… nada malo —se apresuró a explicarle para que no se asustara.

Alaric asintió despacio.

—Es un niño feliz. Eso tiene sentido —murmuró transcurridos unos instantes—. ¿A ti también te enseña cosas? —preguntó Alaric a su hermano.

—No. Solo funciona con Julian —le contestó Atik.

Alaric pareció pensarlo un momento.

—Es posible que compartan don, y que como padre e hijo tengan un vínculo especial —opinó.

—Eso creemos —le confirmó Atik.

—¿Tú recuerdas cuándo empezaste a tener esos instintos?

—Siempre los tuve —dijo con honestidad.

—¿Y qué pensabas de ellos? ¿Te agobiaban? —preguntó Alaric.

—Sí, pero en mi caso solo los sentía cuando iba a pasar algo malo. Así que me angustiaba mucho. Pero West no pasará lo mismo que yo, estaré ahí para explicarle lo que son y tranquilizarle. Haré

que las cosas sean diferentes. —Era una promesa que se había hecho a sí mismo y a Atik.

—Eso marcará la diferencia. Mantenme al tanto de la evolución o si hay problemas, y no hablo como alfa, soy su tío —le recordó.

—Lo sabemos. No hemos dicho nada antes porque no estábamos seguros —lo tranquilizó Atik.

—Os entiendo. Solo os recuerdo que nada es más importante que la seguridad de nuestra familia. Haría lo que fuera por los niños y por vosotros —insistió Alaric con seriedad.

—Lo sabemos, hermano. —Atik se inclinó, poniendo su mano sobre la de su hermano mayor.

El llanto de los niños llegó hasta el despacho.

—Esa es mi señal —se despidió para ir al encuentro de los niños. Los tres se habían quedado con Agara y Luc en la sala.

—Tranquilos. No os asustéis —intentaba calmarlos Agara.

Rune estaba tumbado bocarriba en la alfombra, transformado en lobo de nuevo, peleando por sacarse el pijama que lo mantenía confinado, intentando morder a Luc, que intentaba ayudarlo.

—¡Papi! —se quejó West, señalando a Rune.

—Calma, niños, no pasa nada —los tranquilizó, arrodillándose frente a Luc—. Rune —lo llamó con firmeza.

El lobito le gruñó sin dejar de forcejear.

—Tienes que tener cuidado con sus garras y dientes; es pequeño, pero sigue siendo un alfa —advirtió Atik a Luc.

—Basta —lo amonestó, señalándolo con el dedo—. Pórtate bien. Tranquilo —le dijo, extendiendo la mano despacio delante de él, invitándolo a que captase su esencia—. Rune, para.

El lloriqueo fue la señal para saber que ahora estaba escuchando.

—Eso es, peque, no pasa nada. Sé que estás incómodo, pero voy a ayudarte —le dijo con voz tranquilizadora, acercando los labios a su orejita para que sintiera su aliento cálido.

Acarició su hocico con ternura, frotando en medio de sus orejitas, como le gustaba, con movimientos suaves y pacientes.

—Vamos a quitarte esto —murmuró, usando la otra mano para abrir el pijama y poder quitárselo junto al pañal—. Ya está —dijo con

voz alegre—. Qué niño tan bueno —lo alabó, con una sonrisa que buscaba contagiarle algo de tranquilidad.

Rune intensificó su lloriqueo. Lo tomó en brazos, acurrucándolo en su regazo, envolviéndolo con todo su cuerpo, protegiéndolo como si pudiera aislarlo del mundo entero.

—Ya está, peque. ¿Estabas asustado porque no podías moverte? —apoyó la mejilla sobre su cabeza, frotándola contra él, sintiendo el temblor que aún recorría su pequeño cuerpo.

Rune lamió su cara, sin dejar de lloriquear.

—Está bien, hay que tener cuidado con tus garritas —le recordó, apretándoselas con cariño—. Y esos dientes afilados —añadió, tocándole el hocico con suavidad, como si al nombrarlos perdieran su amenaza.

—Lo siento, me puse nervioso —se disculpó Luc, agobiado. Al moverse, dejó ver su mano; tenía varios arañazos, líneas rojas que empezaban a inflamarse sobre su piel.

—Hay que curarte eso.

—No es nada —se negó Luc, mirando sorprendido las marcas, como si apenas ahora cayera en que dolían.

—Iré a por el botiquín —se ofreció Agara, ya girándose hacia la habitación contigua con paso apurado.

—Hay que curártelo. Dejará cicatriz si no lo hacemos rápido. Sé que es raro, porque es un bebé, pero es un alfa. El otro día me clavó las garras en el pecho. Tardé en curarme días y en disimular las cicatrices, aún más —comentó con voz baja, sin rastro de reproche, solo como una advertencia cargada de experiencia, como quien conoce el poder dormido en algo tan pequeño.

West salió corriendo hasta Rune, rodeándole con los brazos, murmurando en su oído.

—Rune está bien, amor. Solo fue un susto —le aseguró a West, que temblaba abrazando a su amigo, apretándolo como si temiera que pudiera desaparecer si lo soltaba.

—Estaba asustado, papi —dijo Winter, acercándose a los dos, rodeándolos con sus pequeños brazos, uniéndose al abrazo como si con eso pudiera reforzar el consuelo.

—Ya sabéis que Rune se transforma a veces, cariño. Es normal —les recordó, extrañado, aunque su voz se volvió más suave, cuidando no herir su sensibilidad.

—West tenía miedo. Si West se asusta, yo también —contestó ella, poniendo cara de pena, mirando a su padre como si esperara que entendiera algo que para ella era muy simple.

Levantó la cabeza con rapidez hacia Atik, que se arrodilló a su lado.

—¿Visteis algo que os asustó? ¿Un desconocido? —les preguntó Atik directamente. Sus hijos eran pequeños, pero desde que tenían uso de razón se habían esforzado por explicarles la importancia de no dejar que los desconocidos se acercaran a ellos. Los entrenaron como si fuera un juego, para esconderse si los atacaban, y les enseñaron a distinguir los aullidos de la manada para seguir órdenes básicas. Era parte de su crianza, tan natural para ellos como aprender a andar o a sostener una cuchara.

Ella se encogió de hombros, sin separarse de los otros dos.

—Si West se asusta, yo me asusto —repitió, como si eso significara algo para ellos, y en sus ojos brillaba una lógica infantil que nadie podía rebatir.

Intercambió una mirada con Atik antes de volver la vista hacia Luc, que estaba petrificado, y a Agara, que se había quedado congelada con el botiquín en la mano.

—Llama a todos —ordenó a Atik, rodeando a los niños con sus brazos, envolviéndolos como si el mero contacto bastara para alejarlos del peligro.

Ya había pasado por esto una vez. Y no iba a permitir que se repitiera. Si alguien venía a por sus hijos, iba a enfrentarse a su manada y a él. Y no había nada, ni una sola cosa en el mundo, que no estuviera dispuesto a hacer por ellos. Ni norma, ni ley, ni destino que pudiera interponerse.

CAPÍTULO 19

Luc

—Por esto es por lo que mantuve a Rune escondido. Para evitar estas situaciones —explotó, con la voz cargada de frustración, mientras intentaba alcanzar a su hijo.

West se aferró a Rune, pero consiguió cogerlo de todas formas. Rune se revolvió, intentando soltarse, sus patitas rasgando el aire con desesperación.

—Eso no es necesario —le dijo Julian, mirándolo con reproche.

—Es mi hijo —le recordó, con tono cortante, sin apartar la mirada.

Julian se puso de pie, pasándole su hijo a Agara, que seguía retorciéndose para intentar recuperar a Rune.

—Vamos a calmarnos —sugirió Julian, mirando en su dirección. Su ceño fruncido lo hizo sentirse mal por un segundo, pero se trataba de su hijo. No le importaba la opinión de nadie. Solo quería protegerlo.

—RunRun —llamó West, intentando que Agara lo dejara en el suelo.

Dio dos pasos, alejándose de ellos.

—Si mi hijo está en peligro, yo…

Winter empujó los brazos de Julian, intentando liberarse de su agarre.

—Win, para —le ordenó él a su hija, sujetándola con firmeza.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Dragos, que volvió con Atik, Tyler y Andrew.

Rune dio un chillido y empezó a gruñir, un sonido bajo y amenazante que hizo tensarse a todos.

—Tranquilo, Rune. Soy papá, estás bien —intentó calmarlo, acariciándole el hocico, como había visto hacer a Julian mil veces.

Rune lo mordió con fuerza, clavándole todos sus colmillos sin contenerse ni un segundo.

Soltó un grito y dio un manotazo, quitándoselo de encima. Rune cayó al suelo, sobre sus cuatro patas. Gruñendo y con el lomo erizado, el borde de sus ojos se volvió ligeramente rojizo.

—Sus ojos… —advirtió Agara, horrorizada.

En apenas un segundo, Winter se bajó de un salto de los brazos de su padre, corriendo hasta ponerse delante de Rune.

—¡¡ERES MUY MALO!! —gritó, señalándolo con su pequeño dedo. Sus ojos brillaron en su forma sobrenatural—. ¡¡NO LO TOQUES!! —le ordenó, poniendo sus manos delante de ella como si tuviera garras, lista para atacarlo, temblando de rabia y miedo al mismo tiempo.

Tragó saliva, demasiado sorprendido para hacer nada. West salió de la nada, poniéndose al lado de Rune, mirándolo con tanto odio que no parecía un niño. Sus ojos, normalmente dulces, estaban oscurecidos por una furia contenida.

Alaric rompió el aturdimiento de los adultos, moviéndose hasta donde estaba él.

—Win, cariño. Todo va bien, pequeña —dijo, acercándose con cautela, mirando fijamente a su sobrina.

—Rune no quería ir con él. Está asustado —explicó ella, con lágrimas de impotencia en los ojos, pero sin relajar la postura de ataque.

—Lo sé, cariño. Puedo olerlo, sé que está asustado. Nadie va a acercarse a él. Te lo prometo —inquirió—. Pero tienes que dejar que yo lo haga. Soy tu alfa, y Rune necesita ayuda.

Winter corrió directamente a los brazos de su tío, enterrando la cabeza en su pecho, sollozando contra él mientras sus pequeños puños se aferraban a su camiseta.

—Está bien, peque. Protegemos a los nuestros. Luego hablaremos de ello con tus papás, ¿vale? Pero no hiciste nada malo y nadie está enfadado —le aseguró, levantándola en brazos para pasársela a Atik.

—West, apártate de Rune.

—No, tío Alaric. Si West se aparta, le duele —explicó Winter.

Alaric miró a Atik y Tyler, buscando una señal o una confirmación en sus rostros.

—Win, ¿habías visto los ojos rojos de Rune antes? —preguntó Julian, cogiendo a su hija.

Ella asintió con fuerza.

—Cuando se asusta, por la noche. Le duele, papá, pero West puede ayudar. West ayuda —insistió Winter.

—Está bien —pronunció Alaric, despacio—. West, ¿puedes enseñarme cómo ayudas a Rune?

El pequeño asintió con la cabeza con vigor. Se sentó en el suelo, con las piernas separadas, y tiró de Rune con suavidad, haciendo que se pusiera en el hueco de en medio. La cabeza del lobito se apoyó en su muslo, haciendo un tenue lloriqueo.

West cerró los ojos, acariciándole el cuello una y otra vez, con dedos pequeños, pero decididos, como si supiera exactamente lo que hacía.

—Julian —llamó Alaric.

Julian se acercó, arrodillándose al lado de los dos niños. Rune abrió los ojos, gruñendo con fuerza.

—No tengas miedo de papi, RunRun —le susurró West, sin abrir los ojos, con voz baja y firme, como si sus palabras tejieran un refugio alrededor de Rune.

Julian esperó un poco antes de poner la mano sobre la cabeza de West. Cerró los ojos y asintió, mirando a Alaric y luego a Atik.

—Perímetro alrededor de los niños. No quiero poner presión sobre Rune; veamos cómo maneja West la situación.

—West es un niño, mi hijo necesita…

—Cállate —ordenó Dragos con dureza—. Ese rojo alrededor de su iris es una condena. Si se tiñe de rojo por completo, será un omega.

La sangre se le congeló en las venas y sus piernas temblaron.

—¿Qué? Pero estaba bien, hace un momento Rune estaba bien —murmuró en *shock*, con la voz apenas un susurro quebrado.

—Todo irá bien —dijo Julian, decidido, poniéndose en pie. Parecía asustado, pero su voz fue estable mientras seguía hablando—. Vamos a hacerles una guarida; a West le encantan.

—Traeré las sábanas y las mantas de su cuna; le gustará mantener su esencia —ofreció Agara, ya moviéndose hacia la habitación.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo hacemos que no siga avanzando el proceso? —preguntó Dragos a Alaric.

—Ya lo sabes, no hay normas para esto. Vamos a ciegas, pero Rune empezó a mejorar cuando se lo llevaron a nuestra casa franca. West podría haber encontrado el modo de ayudarle, pero no creo que entienda cómo lo hace. Son solo niños —le recordó Alaric.

—Se mueven por instinto —completó Dragos, cruzando los brazos con el ceño fruncido.

Crearon un espacio confortable con cojines y mantas. West y Rune se quedaron dormidos enseguida, con Winter cerca de ellos.

Los adultos se sentaron por los sofás, todos observando a los pequeños, en un silencio que hablaba de miedo y esperanza.

—¿Y si empeora? —preguntó, incapaz de seguir callado—. ¿Qué pasará?

Alaric lo miró desde el otro lado de la sala.

—Se convertirá en un animal. Perderá su contacto con su humanidad, es un viaje sin retorno —le explicó él, con voz grave.

Un silencio opresivo llenó cada recoveco de la sala.

—Ya no estaba débil, creí que… —murmuró con angustia, llevándose una mano a la frente.

—Basta —ordenó Atik—. Silencio y paz. Es todo lo que necesitamos por ahora —murmuró, acariciando el pelo de su hijo con una ternura contenida.

Volvió su atención a Julian. Estaba pálido y preocupado; se había instalado al lado de los niños, manteniendo el contacto físico con West en todo momento, como si quisiera asegurarse de que seguía allí. Sus dedos no dejaban de rozar el brazo pequeño, buscando consuelo en el calor de su hijo. La mirada de Julian no se apartaba de Rune, como si pudiera protegerlo solo con estar presente. Se sintió profundamente culpable por lo mal que había reaccionado antes.

—¿Es seguro para vuestros hijos estar cerca de Rune? —preguntó en voz baja.

Julian lo miró directamente a los ojos.

—Somos familia, todos lucharemos por él hasta el final. Es lo que hace la manada.

Bajó la cabeza, incapaz de enfrentarse a él. Julian era uno de los pocos aliados que tenía en Salem y le había faltado al respeto.

Julian

Pasó toda la noche tocando a West. Podía sentir cómo la energía salía del cuerpo de su hijo hacia Rune. Era como un flujo tibio que se deslizaba entre ambos, invisible, pero constante. No fue hasta el amanecer que West empezó a tomar la suya. Le lanzó una mirada a Atik con alivio; habían estado esperando a que lo hiciera durante toda la noche. Lo aterraba pensar lo que pasaría si West se debilitaba hasta el extremo.

—Cógelo tú. Tu lobo es más fuerte —musitó, sujetando a West para dárselo, con los brazos entumecidos de tantas horas sin moverse.

Rune no se movió ni protestó, todavía en su forma de lobo. Lo cogió con cuidado y se lo llevó a Dragos.

—Quítate la camisa —le ordenó sin alzar la voz.

Dragos le dedicó una mirada extrañada, pero hizo lo que le pedía.

Colocó al lobito sobre su pecho, acariciando su cabeza.

—Puede que el instinto ayude y su esencia entienda por fin que viene de la tuya —sugirió, encogiéndose de hombros. —Luc, ven. No dejéis que se sienta solo.

—Me mordió, no creo que me quiera cerca —dijo Luc, aunque, a pesar de sus palabras, se acercó al sofá donde estaba Dragos.

—Te mordió porque el lobo estaba peleando con el niño y le quitaste su fuente de consuelo. Quédate con él —le ordenó, sin mirarle siquiera.

Volvió con Atik, sentándose a su lado en el suelo. Él lo rodeó con su brazo, manteniéndolo cerca. Puso la mano sobre la espalda de West y enseguida notó cómo tomaba energía de ambos. Era sutil,

casi imperceptible, pero ahí estaba: una conexión viva entre sus cuerpos, una corriente silenciosa.

Atik se inclinó sobre él, hablándole al oído.

—Todo irá bien. Somos fuertes; juntos somos indestructibles.

Esbozó una sonrisa, cerrando los ojos, relajándose contra él, confiándole su seguridad y la de su familia a Atik.

No supo en qué momento se quedó dormido, pero cuando despertó estaba solo en el salón.

Miró al lugar donde habían estado la noche anterior los niños.

"Si West se asusta, yo me asusto". Esas habían sido las palabras de Winter. Rune se había asustado y West lo sintió; por eso se asustaba y, como resultado, los niños lo habían protegido.

La pregunta que se hacía era qué los había asustado en primer lugar. ¿Qué habían visto o sentido los niños?

—Julian, ¿podemos hablar? —le preguntó Alaric, acercándose por el pasillo.

—Sí, claro.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Alaric, sentándose en el sofá.

—Sí. ¿Y los niños? —quiso saber.

—Con Atik, fuera. Me gustaría hablarte de algo.

—¿Ha pasado algo? ¿Sabemos algo más? —preguntó, preocupado.

—No es eso. Es por Winter —le aclaró Alaric.

—¿Qué pasa con ella?

—Lo que pasó ayer con Winter…

—No pasa nada —lo cortó—. Solo estaba defendiendo a Rune —le aseguró.

—No, dio señales de…

Se levantó de un salto, señalándolo con el dedo de forma amenazante.

—No lo digas —le ordenó, con la voz tensa.

—Julian —insistió Alaric con paciencia.

—No son hijos de un alfa, no puede ser —le recordó, como si él no lo supiera, como si repetirlo hiciera desaparecer el temor que le oprimía el pecho.

—Escúchame, puede que sí lo sea. Cuando nuestras tierras aceptaron a Atik, papá dijo que nuestra tierra estaba viva, que se adaptaba a lo que la manada necesitaba. Puede que mis ancestros supieran que yo no podría tener un hijo y proporcionaran a nuestra sangre el heredero que necesitaban. Winter es más rápida, más fuerte e incluso con nuestra sangre; es distinta a los lobos más avanzados de su edad —intentó explicarle él, con voz serena.

—Atik en su forma de lobo es casi tan fuerte como tú —recordó, aún con incredulidad.

—Más cuando pierde el control —concedió Alaric.

—No se transforma como Rune —dijo desesperado, con el corazón encogido de miedo ante la posibilidad de que su hija tuviera semejante responsabilidad.

—Yo tampoco lo hice, y soy el alfa —explicó Alaric con calma, como si ya hubiese recorrido ese mismo camino.

—Yo no puedo… no es lo que quiero para mis hijos y…

—Lo sé, Julian. Ya lo sé, hermano mío. Te he escuchado con mucha atención durante estos años, conozco tus miedos, tus esperanzas para ellos. Y te juro que seré todo lo respetuoso que pueda. Son mis sobrinos. Haré todo lo posible por protegerlos. Pero si Winter muestra potencial, hay que tener cuidado. Tiene que aprender a lidiar con su lobo o podría ser peligroso —le dijo con cautela, con una gravedad que no dejaba espacio para la negación.

—Como le pasó a Rune —adivinó, dejándose caer en el sofá, sintiendo cómo el peso del mundo se instalaba sobre sus hombros.

—No. Winter está vinculada a la tierra y está aceptada en su manada. Eso garantiza su estabilidad. Pero los alfas tenemos un humor volátil; el lobo empuja con más fuerza y hay que controlar los instintos. Es crucial que aprenda a lidiar con ello.

Negó con la cabeza, fijando la vista en la alfombra, como si en los hilos del tejido pudiera encontrar una salida.

—Lo haremos distinto —le prometió Alaric, sujetando su mano—. Te lo juro por mi familia, cada paso que dé sobre su educación estará consensuado contigo y con Atik. Te lo prometo.

Escuchó sus palabras con su cabeza y con su corazón. Ambos le dijeron lo mismo: Alaric había demostrado día a día lo que estaba

dispuesto a hacer por su familia, incluso siguiéndole en planes arriesgados como llevarse al heredero de otra manada.

—¿Qué dijo Atik? —quiso saber, en voz baja.

Alaric le dedicó una pequeña sonrisa comprensiva.

—Lo aceptó —supuso.

—Sabe que no queda otra opción, me vio pasar por ello. Es la única opción. Intentar detener el proceso solo lo empeora.

—Supongo que no tengo opción —admitió, derrotado.

Su peor pesadilla acababa de hacerse realidad.

CAPÍTULO 20

Luc

Una vez que empezó a llorar, no fue capaz de parar. Se alejó de la casa todo lo que pudo, dejándose caer directamente en el suelo entre las hojas.

—Te vas —escuchó decir a su espalda.

No se molestó en girarse a mirar a Dragos.

—De noche y sin decir nada, es tu estilo.

Se limpió las lágrimas, pasándose la mano por la cara para quitárselas.

—No voy a llevarme a Rune.

Durante unos segundos, sus pasos dejaron de sonar en el bosque.

—¿Vas a abandonar a nuestro hijo? —inquirió Dragos, incrédulo.

Se levantó del suelo, asegurándose de darle la espalda.

—Querías alejarme de él. Deseo concedido —dijo, echando a andar sin mirar atrás.

—Rune te necesita. Nos necesita a los dos, no puedes marcharte —dijo, agarrándolo del brazo con fuerza.

Se soltó con brusquedad, encarándolo. El rostro de Dragos mostraba un profundo desconcierto y un enfado que amenazaba con consumirlo todo desde dentro.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad. Rune está bien cuidado y te tiene a ti; sois todo lo que necesita. —La rabia se filtraba en sus palabras, pero no pudo evitarlo. Llevaba mucho conteniéndose, años de rabia y miedo atrapados en su interior para mantenerlos lejos de Rune.

—Escuchaste ayer a Julian, nos necesita a los dos. Ayer West consiguió hacer retroceder al lobo, pero Rune sigue en su forma

animal. Podríamos perderlo en cualquier momento. ¿De verdad vas a abandonarlo al final?

—¡Lo hago por él! —gritó, perdiendo la paciencia—. ¿Es que no te das cuenta? Está mejor sin mí; me lo llevé para ponerlo a salvo y por mi culpa está así. ¡Yo le hice esto! Cada vez que me acerco, se aleja. No conseguí que comiera; no le gusta que esté cerca. Ayer lo llevé al límite y casi se transforma en omega.

La ira había abandonado del todo la cara de Dragos; ahora veía en él una emoción mucho peor: lástima. Una compasión rota, profunda, que dolía más que cualquier grito.

—Dilo, estás en tu derecho. ¡Todo es mi culpa, yo lo sé, todos lo saben! Yo le hice esto a Rune. Hiciste bien atacándome al verme, me lo merezco. Ojalá fuera yo el omega —musitó sin fuerza, dejándose caer de rodillas en el suelo—. Me rompió el corazón dejarte, un corazón que ni siquiera sabía que tenía. Tuve que tomar una decisión horrible y no me arrepentí, aunque me dolía, porque lo puse a salvo, pero me equivoqué.

Dragos se agachó, poniéndose de cuclillas a su lado. Sus ojos estaban verdes, tanto que parecían humanos. Con cuidado, desató la pulsera que Tyler les dio a todos para evitar alterar a Rune. La dejó en el suelo y siguió observándolo sin decir nada. No se fiaba de sus latidos, quería oler lo que sentía y eso le pareció bien; le debía al menos eso.

—No me lo llevé porque pensé que tú fueras a hacerle daño. Me fui porque no estaba seguro de que fuéramos tu prioridad. Y veo todo lo que generó nuestra vuelta y no me arrepiento, quiero, pero no lo hago. Es un bebé, es un niño que tiene que vivir como si fuera un adulto, un rey. No es justo que haya gente queriendo hacerle daño cuando todavía no ha dejado ni huella en el mundo. No es justo que lo odien solo por existir —se lamentó, limpiándose las lágrimas de la cara con rabia. No era capaz de controlarse y notaba a su lobo latir dentro de él, desesperado por salir.

—No lo es —admitió Dragos—. Pero el mundo no es justo. No hace falta ser el hijo de un alfa para que te odien. Tener la piel de un color distinto, amar a los de tu mismo sexo, practicar una religión diferente… siempre habrá odio en el mundo y personas que busquen

pretextos para odiar sin reconocer que esa maldad viene de sí mismos.

Su mente se apagó momentáneamente, intentando buscarle sentido a sus palabras.

—Es diferente —intentó decir, porque si Dragos tenía razón, los tres habrían sufrido para nada.

—No, no lo es —contestó Dragos, calmado—. En el mundo siempre habrá personas que disfruten de hacer daño a otros, padres que maltratan a sus hijos, hombres que pegan a mujeres, gente que mata sin remordimiento… nadie está a salvo, ningún lugar es seguro. Ninguno, incluida la manada —admitió.

Lo miró, expectante.

—Si hubiera una forma de hacer que todas las personas que están a mi cargo estuvieran a salvo, lo haría. Fuera lo que fuese. Pero nadie puede garantizar esa clase de seguridad. Ni siquiera yo. Pero sí puedo luchar por darles lo más parecido, formando guerreros, entrenando más que nadie, luchando con cada amenaza que aparezca. Esa es mi obligación como alfa desde el día en que nací, aunque no es la única. Hacer que cada miembro de mi manada se sienta a salvo y olvide los males que nos acechan también es mi responsabilidad. Creía que era bueno con eso, pero al menos en tu caso fallé por completo.

Se limpió las lágrimas con torpeza, demasiado aturdido para articular palabra. Dragos se sentó frente a él en el suelo, con los antebrazos apoyados en sus rodillas separadas.

—Me destrozaste, me abandonaste y me quitaste a mi hijo. Llevo meses centrado en eso, dejando que el dolor me cegara de nuevo, perdiéndome en una espiral de autodestrucción que no solo me hace daño a mí, sino que daña a mi hijo también. Y eso no ayuda a nadie —reconoció.

—Es normal que estés enfadado —le contestó con sinceridad—. Sé que no estuvo bien y que no debí terminar las cosas así.

—Es verdad, no debiste hacerlo, pero me centré solo en lo que tú hiciste y no en lo que hice yo para llevarte hasta allí. A menudo nos enfocamos en ver solo el daño que nos hacen y no en el que hacemos nosotros. Entiendo por qué te fuiste, comprendo que

creyeras que no eras mi prioridad porque no te demostré lo contrario.

El aliento se le quedó atascado, haciéndolo soltar un hipido.

—He pensado mucho en lo que le dijiste a Tyler. Tienes razón, aunque no me guste reconocerlo, te dejé solo demasiado tiempo; te pedí que asumieras un puesto sin tener en cuenta lo poco que sabías de nosotros. Fue mi culpa; los lobos solemos dejarnos llevar por nuestra naturaleza y, con el tiempo, todo se coloca solo. Siempre te vi como un igual, olvidé que eres más humano que lobo y no actué en consecuencia.

—Eso me gustaba —lo interrumpió—. Que me tuvieras a tu altura.

Dragos asintió despacio.

—No lo suficiente como para quedarte.

Negó con la cabeza, cogiendo una hoja del suelo, estrujándola entre los dedos.

—Me enamoré de ti sin darme cuenta de lo que implicaba. Sabía que eras el alfa y creía que lo entendía. No lo hacía, no sabía lo que se esperaría de mí al ser tu pareja. Dejar la manada a mi cargo cuando estabas fuera, poner la vida de tanta gente en mis manos cuando yo no puedo luchar, ni alcanzaba a entender la mayoría de vuestras costumbres. Me fui sintiendo cada día más insignificante, más incorrecto. Solo me sentía bien cuando estabas conmigo; me hacías sentirme fuerte y seguro. Podía preguntarte cuando no entendía algo sin sentir que estaba fracasando —le contó, ya que Dragos estaba esforzándose por ser sincero.

—No lo sabía. Nunca me dijiste nada —le dijo Dragos.

—No, porque me daba miedo perderte cuando te dieras cuenta de que no era el correcto para ti —admitió, volviendo a limpiarse la cara.

—Y decidiste marcharte tú.

—Empecé a sospechar que podía estar embarazado cuando te fuiste a Washington. Me ponía tu ropa, olía tu almohada, soñaba contigo. Me daba asco la comida que me encantaba, me encontraba muy débil y vomitaba cada mañana. Pensaba que era por los nervios, pero una noche, después de vomitar porque alguien me

trajo comida… me hice la prueba, seis en realidad. Te llamé enseguida y te pedí que volvieras; estaba tan asustado, tan fuera de mí, y te necesitaba tanto.

—Y yo me negué —terminó Dragos con lástima.

—Sí, y fue como detonar una bomba. Todos los miedos que tenía sobre nuestra relación explotaron en ese momento. Que no dejases de posponer la boda, que no quedaras conmigo, todo parecía indicativo de la vida que nos esperaba al bebé y a mí. Y si solo fuera yo, a pesar del miedo y de pasarlo mal estando solo con esa carga, lo habría hecho. Por ti lo haría. Pero no dejaría que mi hijo viviera así, teniendo un padre a medias, obligaciones sin fin, amenazado desde el segundo en que fue concebido. Parecía lógico irse y ponerlo a salvo —le contó, rompiendo la hoja entre los dedos como si así pudiera deshacerse también del dolor.

—¿Por qué no acudiste a las otras manadas? —preguntó Dragos en voz baja.

Se encogió de hombros, limpiándose de nuevo la cara.

—¡Porque yo era el único que no encajaba! —admitió en un sollozo. Tomó una respiración, obligándose a tranquilizarse para poder explicarse—. Todos están tan cómodos con sus puestos, nadie lo pasó mal. Encontraron el amor y vivieron para siempre felices en un cuento de hadas perfecto. Yo no soy así, no había príncipe ni cuento, solo una cama vacía y una soledad que me devoraba por dentro. Pasé toda mi vida solo, me acostumbré a no depender de nadie y a no confiar; tú me hiciste cambiar eso y, cuanto más te necesitaba, me dejaste solo. Ellos nunca entenderían lo que es sentirse incorrecto, sentir que todo lo que haces es un desastre. No son como yo.

—Eso no es verdad —protestó Dragos—. Todos nos sentimos así en algún momento.

—No lo creo. No me imagino a Julian sintiéndose fuera de lugar —replicó, limpiándose con la manga de su sudadera.

Dragos alzó una ceja con un gesto escéptico.

—¿Te recuerdo cómo conocí a Julian? Iba a llevarse a sus hijos lejos de Atik y de Salem porque creía que los Madsen no tratarían

bien a West si era humano. No se fiaba de nadie y tuve que intervenir.

Se quedó paralizado un instante, recordando la llamada de Tyler explicándole a Dragos lo que había pasado en Salem.

—Cometió un error, una vez —puntualizó despacio—. Aprendió de él. Míralo ahora. Dirige la manada con Alaric, lo respetan, lo quieren y es el padre perfecto. Sé que tú también ves eso, porque veo cómo lo miras.

—¿Y cómo lo miro? —inquirió Dragos en voz baja.

—Como si lo quisieras, como si fuera especial para ti —musitó.

—Porque lo es —afirmó Dragos sin avergonzarse—. Si no fuera por Julian, no estaría aquí. Me pasé un año en mi forma de lobo después de que te fueras. Estaba consciente, pero no podía transformarme. Mike pidió ayuda a Greenville y Tyler vino, pero no pudo hacer nada. Julian llegó después con sus hijos y consiguió que me sintiera humano de nuevo. Incluso cuando volví a transformarme, no me dejó nunca solo. Sabe lo mucho que quiero a sus hijos y no dejó de traérmelos para que ese vínculo siguiera fortaleciéndose y atándome a la vida.

Dragos suspiró, mirando al cielo antes de volver la atención a él.

—Cuando eres un lobo como yo, un nacido, un alfa, es muy difícil contener tus instintos; es más fácil dejarte llevar por tu naturaleza. Por eso la manada nos equilibra: los problemas de los demás pasan a ser los nuestros y nos atan a la humanidad con problemas mundanos que solo podemos resolver como humanos. La manada no se aprovecha del alfa, es una sinergia perfecta —le aseguró.

—Lo siento mucho, sabía que te dolería, pero nunca pensé…

—Ahora lo sabes. Sabes el daño que me infligió tu marcha, incluso cuando no sabía nada del niño. ¿Lo harías de nuevo? Sin contar con Rune y lo que supuso para él. ¿Volverías a irte sin hablar conmigo? ¿No me merecía por lo menos una última conversación?

Lo miró a los ojos, a ese verde que pocas veces veía en público, pero que siempre tenía para él.

—Volvería a hacer lo mismo —respondió en voz baja—. Porque si te hubiera visto, si hubiera escuchado tu voz… no habría podido marcharme.

—La opción de quedarse está fuera de la mesa —adivinó Dragos.

—No soy lo que necesitas —le dijo con voz llorosa—. Ojalá lo fuera, de verdad. Daría lo que fuera para serlo, pero no sirvo. No puedo sentarme a tu lado, ser tu igual. No tengo tu fuerza, no soy un lobo completo… no tengo nada que ofrecerte. Creía que con amor sería suficiente, pero… —Ahogó un sollozo, apretando las manos hasta convertirlas en puño—. Tú te mereces mucho más.

Dragos bajó la cabeza, con los ojos húmedos. Durante unos segundos, solo se oyeron las respiraciones agitadas de ambos, como si el silencio también pesara.

—Ahora que sé lo que significa para Rune alejarlo de ti, no lo habría hecho.

Dragos asintió sin mirarlo, con la mandíbula apretada.

—Lo siento, sé que ya es tarde, pero lo siento —le dijo en voz baja, casi un susurro.

—No puedes irte —le dijo Dragos, levantando la cabeza—. Rune nos necesita a los dos; pase lo que pase, tenemos que estar con él. Yo quiero que te quedes, todos lo hacemos.

Dejó salir un bufido de impotencia.

—No estoy ayudando —se quejó, abatido.

—Ni yo tampoco —contestó Dragos—. No estoy capacitado para darle lo que necesita, pero Julian sí. Lo que puedo hacer es quedarme cerca para no dejarle pasar solo el trance. Apoyarlo y darle todo lo que pueda. No quiero mirar atrás un día y darme cuenta de que desperdicié sus últimos momentos estando lejos cuando aún puede reconocerme. Sería imperdonable.

—¿Qué vamos a hacer si se transforma en omega? ¿Qué le va a pasar? —preguntó, echándose a llorar.

Dragos estiró la mano, cogiendo la suya. El contacto fue firme, como una promesa muda.

—Si pierde su humanidad, será un omega. Matará de forma indiscriminada. No podemos dejar que sea libre —dijo Dragos con voz oscura.

—No estarás pensando en…

—Aunque sea un omega, sigue llevando mi sangre y sigue siendo un bebé. Es demasiado valioso para las brujas. Intentarán llevárselo.

Se quedó congelado, sin comprender.

—Lo mantendremos oculto de todos, lejos de cada manada.

—Prisionero —supuso, con amargura.

—No hay otra opción. ¿Quieres verlo transformarse en un monstruo? ¿Que lo usen para hacer más de las cosas que nos atacaron? —le preguntó con dureza—. Él no va a recordarnos, una vez pruebe la sangre… no habrá vuelta atrás.

—No puede acabar así. No se lo merece, es un niño tan dulce, tan bueno… —Sollozó, con el pecho encogido de dolor.

Dragos se sentó a su lado, pasándole su enorme brazo por los hombros. Se sintió acompañado al instante, siempre tenía ese poder sobre él, pero esa vez fue distinto: eran dos padres compartiendo la misma pena, el mismo dolor. El aire estaba cargado de un silencio espeso, casi sagrado.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Es importante no alterarlo, intentar atarlo a su humanidad, que coma… todo cuenta. Rune tiene la ayuda que necesita. Todos aquí son familia, están intentando ayudarnos, se arriesgaron mucho por mantenerlo a salvo. Confía en que no nos suelten la mano —le pidió Dragos.

—Tu familia. Yo solo tengo a Rune, y si lo pierdo, no sé qué va a ser de mí.

—Nuestra familia. Llevo semanas oyendo amenazas y charlas sobre acercarme a ti. Te están protegiendo también, intentan incluirte, pero eres tú quien no les dejas entrar.

No podía pensar en eso ahora, así que hizo lo que su instinto le pedía. Cerró los ojos y se apoyó en su costado. Sintió el calor de su cuerpo, el latido tranquilo bajo la piel. Parecía que llevaba años sin dormir, y por fin se dio permiso para cerrarlos y dejar que el sueño lo invadiera.

CAPÍTULO 21

Tyler

—¿Siguen ahí? —preguntó Alaric, entrando en la cocina de nuevo.

Llevaban horas levantados y ya habían desayunado tres veces.

—Sí —contestó Julian, mirando sin disimulo por la ventana mientras preparaba una papilla de frutas para Rune.

—¿De dónde salió la manta? —preguntó Adler, apretujándose al lado de Julian y Emily, que estaba con el biberón de Will, para poder mirar fuera.

—West la fue arrastrando desde el salón para taparlos —le explicó Julian.

—Bien hecho, campeón —felicitó al niño.

—Campeón —repitió West con la boca llena de comida.

—¿Deberíamos despertarlos? —preguntó Andrew, que era el único, además de Atik, que estaba sentado a la mesa—. Son las doce.

—El árbol les da sombra y es un día nublado; no saben ni en qué mundo viven. Vamos a dejarlos descansar, los dos están agotados —opinó Alaric.

—Os dije que todavía quedaban brasas en esa hoguera —se vanaglorió, fijándose en la forma en que Dragos lo protegía con su brazo—. Me pregunto cómo acabarían ahí; Dragos no quería ni hablar de acercarse a Luc.

—Luc intentó fugarse ayer por la noche —contestó Andrew con voz monocorde.

Todos los adultos se giraron hacia él.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Alaric en medio del silencio ensordecedor de los demás, mientras Andrew bebía café sin inmutarse.

—Estaba de guardia y los vi. Me acerqué a escuchar por si las cosas se ponían difíciles.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Emily, boquiabierta.

Andrew se encogió de hombros con el rostro en blanco.

—Son sus asuntos.

Todos lo miraron, buscando más información.

—Lobo amargado —le dijo a su marido, señalándolo con el dedo —. No es momento de ser un lobo mudo. Necesitamos información para arreglar este desastre. ¿Se besaron? ¿Se gritaron? ¿Qué dijeron?

Andrew terminó de masticar su bacon con calma.

—No. Un poco. Cosas.

Un silencio confuso ocupó la cocina con tanta fuerza que hasta los niños los miraron sin entender.

—Me dan ganas de matarlo —dijo entre dientes a Julian, que era el más cercano a él.

—¿Qué me vas a contar? Te presento a Atik, el padre de mis hijos —se burló Julian.

Atik le dedicó un guiño desde la mesa y Julian sonrió al instante, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Entendemos que no quieras contarnos más, por la privacidad de los dos. Pero, ¿puedes darnos alguna pista para saber si hay margen de mejora? —preguntó Julian a Andrew.

—Aclararon cosas del pasado —aceptó Andrew finalmente—. Pero no era su prioridad —dijo, mirando a Rune, que por fin volvía a ser humano. Iba vestido con un adorable mono verde y unas zapatillas blancas, más calmado que en días anteriores.

—Bueno, la casa no se empieza por el tejado —dijo animado, dando una palmada al aire—. Tenemos margen de mejora. Hay esperanza —declaró, sintiéndose feliz. Fue hasta Andrew y le dejó un sonoro beso en los labios.

Los niños aplaudieron felices desde sus tronas.

—¿Qué? —preguntó al ver el ceño fruncido de su lobo.

—Hay algo que quizá debáis saber —musitó Andrew, mirando a Julian.

—Dinos —lo invitó Alaric.

—Luc cree que Dragos está interesado en Julian.

La risa de Atik rompió el ambiente conmocionado de la cocina.

—¿Tan feo soy que crees que ningún lobo puede fijarse en mí? —preguntó Julian, cortante.

La risa de Atik se cortó al instante.

—Idiota —tosió Adler.

—Por supuesto que no. Habría que estar loco para no querer tenerte —contestó con seriedad.

Alaric rio, chocando la mano con Adler.

—Conseguimos que aprendiera.

Julian le dedicó una amedrentadora mirada a Atik antes de girarse a Andrew.

—¿Lo escuchaste decir eso? —quiso saber.

—Te lo advertí —le dijo Emily a su cuñado—. No necesito mi olfato; cuando Dragos está cerca de ti, a Luc se le agría la cara. Pobre, tiene que estar pasándolo fatal.

—Cree que no es buen padre y que tú eres perfecto.

Atik, Alaric y Adler se rieron hasta que Julian los fulminó con la mirada.

—Vais a morir —canturreó Agara, entrando por la puerta con el pequeño Will, que le pasó a Emily para que pudiera alimentarlo.

—No soy perfecto, pero es normal que lo vea así. Yo en su lugar estaría aullándole a la luna día y noche —masculló Julian—. Hablaré con él. Dragos es como un hermano para mí; ni yo lo veo así, ni él a mí.

—Más le vale, si quiere vivir —declaró Atik, con un brillo amenazante en los ojos.

—Sí, nadie nos roba a nuestras parejas —le apoyó Alaric, mirando a su hermano pequeño.

—Lo pondríamos en su lugar si intentara llevarte —presumió Adler.

Julian puso los ojos en blanco, negando con la cabeza, pero con una sonrisa resignada en los labios.

—Sería más convincente si no se hubieran necesitado diez lobos solo para moverlo cinco metros. Y os recuerdo que vosotros estabais entre ellos.

La sonrisa de satisfacción desapareció de sus caras.

Agara, Emily y Julian chocaron las palmas.

—Por listos —los picó Agara.

Se echó a reír, sentándose en el regazo de Andrew. Aun con todo lo que pasaba, había algo reconfortante en ese caos familiar. Le encantaba la familia Madsen.

Julian

Dragos y Luc se despertaron al mediodía, con un hambre voraz y ni una sola palabra para saciar su curiosidad, pero no importaba. Luc ya no llevaba pulsera y su olor le mostraba que estaba tranquilo, aunque aún se percibía algo de preocupación y tristeza también, pero tranquilo. Era una magnífica señal.

—Papi —llamó West mientras paseaban esa tarde alrededor de la casa.

—Dime, amor —le contestó mientras le enseñaba a Rune las ramas del abeto.

—¿Podemos ir más lejos? —preguntó West mirándolo con sus ojos azules.

—¿A dónde quieres ir? —le devolvió.

—Lejos —respondió el niño con paciencia.

Miró a Agara, que los estaba acompañando junto a Luc. Ella se encogió de hombros.

—Podemos ir en coche —aceptó.

Volvió a mirar a su cuñada.

—Vale —aceptaron los dos—. Vamos.

Cogieron a los tres niños y los llevaron hasta el monovolumen. Los aseguraron en sus sillitas y salieron despacio a la carretera que llevaba al centro.

—¿Quieres un pastelito, cariño? —preguntó Agara.

—Nop —contestó él, mirando atentamente por la ventanilla.

Agara bajó la velocidad, esperando que pasara algo. Lo miró por el rabillo del ojo.

—Sigue recto —le ordenó.

West se quedó en silencio durante quince minutos.

—Por ahí, tía —les dijo en voz alta.

—Derecha —le aclaró, ya que ella no podía mirar.

—Arriba, arriba —dijo West.

No hacía falta aclaración porque había una larga subida.

—¿Sabes a dónde quieres ir, cariño?

—No —contestó el niño tranquilo.

—Vale —dijeron de nuevo al mismo tiempo que Agara.

Al llegar arriba quedaban dos caminos, a izquierda y derecha.

—Por allí —volvió a guiarlos West.

—Derecha —le indicó.

—Vamos al cementerio —le dijo Agara.

—Eso parece —comentó, mirando alrededor—. Voy a avisar a los chicos.

Julian:

West nos está llevando al cementerio.

Los aullidos fueron toda su respuesta.

Agara se rio con él.

—Ya viene papá —aplaudió Winter.

A los lados del camino vio pasar borrones de color negro y marrón. La manada se estaba adelantando para asegurar el camino.

—Aquí, tía Agara —dijo West justo cuando pararon en las puertas de forja negra.

—Hola, papá, tíos, padrino —saludó Winter feliz, diciéndole hola a todos con su pequeña mano. Esperó sin abrir la puerta, sabiendo que no se le permitía hacerlo.

—¿Todo bien? —preguntó Atik abriendo la puerta trasera.

—Eso parece —le contestó quitándose el cinturón.

West miró alrededor sin moverse cuando lo pusieron en el suelo.

—¿Qué pasa, peque? —preguntó Alaric a su sobrino.

Él frunció el ceño, cerrando los ojos con concentración.

—No sé, el abuelo no me dijo nada más —contestó con claridad.

Todos los adultos se miraron alarmados. Las posibilidades se amontonaron en las mentes de todos: brujería, engaño y la palabra imposible. Todos los abuelos de los niños estaban muertos.

—¿Qué abuelo? —preguntó Alaric cuando pudo encontrar su voz.

West abrió los ojos, mirando a su tío confundido.

—Al abuelo Cormac. Tú eres igual que él, tío Alaric. Está muy orgulloso, dice que vas a cuidarnos a todos muy bien —le dijo con una brillante sonrisa.

Alaric se tambaleó como si fuera a caerse al suelo en ese mismo instante.

Atik y Adler lo sujetaron, aunque parecían no encontrarse en mejor estado.

—Vio fotos —les recordó a todos Dragos.

West miró en su dirección, conectando directamente con él.

—¿Viste al abuelo mientras dormías? —le preguntó con suavidad, tomándolo en brazos.

West asintió, convencido.

—¿Y qué te dice? —quiso saber, tragándose el pánico a que una bruja hubiera accedido a él dormido.

—Me cuenta cuentos cuando tengo miedo —respondió con tranquilidad.

—¿Y por qué te asustas? —preguntó, invocando toda la calma que pudo reunir.

Él frunció el ceño y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No hay secretos con la familia —le recordó, besándole la sien.

El niño hizo un puchero, negando con la cabeza.

—Ve a Rune malo —completó Winter.

—¿Malo? —repitieron todos.

—Con los ojos rojos y portándose mal —explicó Winter.

—Y eso te asusta —murmuró—. Y el abuelo te calma. ¿Qué dice el abuelo? —preguntó con voz insegura a su hijo.

—El abuelo dice que la hermana de su bisabuela era una "turandera" —contestó West.

—¿"Turandera"? —preguntó Luc, desconcertado, con Rune en brazos.

—Curandera —le aclaró Atik.

—¿Lo era? —preguntó a su cuñado.

Alaric asintió.

—Y de las buenas. Muchas manadas venían cuando sus curanderos no podían solucionar el mal que los aquejaba —contestó.

—El abuelo dice que se puede ayudar a RunRun y yo quiero ayudar —le aseguró, moviendo las piernas para que lo dejara en el suelo. Hizo lo que le pedía y Winter se puso al lado de su hermano, estrechándole la mano con decisión.

—Vamos a ayudar a Rune —dijo ella, segura. Los dos se giraron y fueron directos al portal.

Todos se miraron entre sí, incrédulos, pero los siguieron en cuestión de segundos.

Winter no tenía ni idea de qué hacía su hermano, pero se mantuvo a su lado, esperando con una inexplicable calma mientras West se detenía cada ciertos pasos.

—¿Tú sientes algo? —le preguntó Alaric en voz baja.

—Nada en absoluto —le aseguró.

West fue hasta él y le tendió los brazos. Lo levantó y, en cuanto lo hizo, puso las manos alrededor de su oído para susurrar.

—Te vi correr asustado, papi. Yo también estaba. Y Win. ¿Qué te dio miedo?

Abrió la boca para asegurarle que eso nunca había pasado, pero le asaltó el recuerdo de lo que había ocurrido años atrás.

—Oh, por la luna —murmuró.

Miró a los demás. Todos, menos Luc, habían usado su oído y sabían lo que West estaba preguntando.

—Había un hombre malo. Papi estaba escapando —le aclaró en voz alta.

West asintió y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Te salvó papá? —preguntó.

—Sí, y tus tíos —le aseguró.

Miró a Atik en busca de ayuda. Era imposible que West supiera eso, salvo que lo hubiera visto. Notó ese tirón que le decía que West estaba usando su energía.

—¿Recuerdas cuál era la tumba? —preguntó Alaric despacio.

—No lo creo —musitó.

—Yo sí —dijo Atik, señalando el camino con su mano.

Tuvieron que andar varias calles del cementerio. En cuanto la vio, supo que estaba en lo correcto.

—¿Esto es lo que querías ver? —le preguntó a su hijo, que parecía dormir sobre su hombro.

Él bostezó, pero se movió para ir al suelo. Miró con atención la pared y luego a Rune.

—RunRun, ven —dijo, tendiéndole la mano.

Luc miró a Dragos, que asintió. Puso al niño sentado en el suelo al lado de West. Rune extendió la mano y tiró de él para abrazarlo.

—El abuelo dijo que RunRun no era el primero —les dijo sin soltar a Rune.

—¿El primer qué? —preguntó Agara.

—No sé —dijo él, separándose de Rune.

—Win —llamó a su hermana, dejando solo al niño.

Winter se movió a su lado y, como uno, se acercaron hasta la pared. Ella puso una rodilla y él se subió sin dudar a ella. Winter agarró un saliente de la pared y puso sus brazos, que West utilizó para trepar por la fila de tumbas, subiéndose encima.

—¡Cuidado! —gritaron todos los adultos.

—Yo lo cuido, papás —les prometió Winter, que trepó con facilidad entre las piedras, poniéndose a su lado.

West le tocó la mejilla a su hermana y ella asintió cuando él se retiró.

—Es por aquí. Tú espera aquí, West —le ordenó ella, moviéndose a la siguiente fila y otra más, con una habilidad completamente alejada de su edad. Se puso de rodillas y tocó algo que ellos no podían ver.

—Tía Agara, necesito una ayudita —le dijo la niña, mirando a su tía con los mismos ojos verdes que tenían todos los Madsen.

—Claro, cariño —Agara se subió a donde estaban, ya que el espacio no era muy amplio y ella era la más pequeña de todos.

—¿Qué hay? —preguntó Alaric, acercándose.

—Como una especie de rejilla. Creo que voy a tener que romperla —le dijo ella.

—Rómpela —lo ordenó Alaric.

—Ven aquí, Win.

La niña fue sin protestar a los brazos de su tío.

Agara dio un puñetazo y vieron una nube de polvo salir.

—¿Ves algo? —inquirió Atik.

—Creo que sí —murmuró ella, metiendo la mano dentro.

—Es una llave —dijo, sacando una pequeña llave de latón.

—¿De dónde es eso? —inquirió Adler.

—Es para jugar al escondite —dijo West, aplaudiendo.

—¿Con quién? —preguntó Atik.

West puso los ojos en blanco en una imitación perfecta de su padre.

—Con nadie, papá. La tía Casandra jugaba al escondite con el abuelo. Mira —le dijo, tendiéndole la mano a su tía.

Agara le pasó la llave y West pidió que lo cogieran en brazos.

En cuanto lo hicieron, peleó para bajar y, una vez en el suelo, corrió a unas cuantas tumbas de distancia, apartó la maleza y metió la llave sin dudar, girándola cuatro veces y empujando hacia dentro. La puertecilla se abrió y el niño casi se mete dentro para sacar un libro enorme de piel.

West sonrió radiante, enseñándoselo a todos antes de decir muy serio:

—El abuelo dice que el libro tiene medicina para RunRun. Ah, y también dice que os cortéis el pelo. "Ningún hijo mío lleva melena. Comportaos como hombres decentes".

Se hizo el silencio entre todos hasta que Agara lo rompió.

—Sí, eso suena exactamente a papá.

CAPÍTULO 22

Julian

Sonrió, metiendo los dedos entre las suaves hebras de pelo de su hijo, que estaba dormido en la cuna, respirando con calma, abrazado a su hermana. Se inclinó sobre ellos, cerrando los ojos un segundo, rozando su piel con los labios, besándolos en la cabeza.

—Biberón listo —le dijo Atik, entrando en la habitación de los niños con Rune dormido entre sus brazos.

Sonrió al cogerlo, dejó un beso en su pequeña cabeza y lo colocó al lado de West, que tardó segundos en sentirlo y girarse sin despertarse para abrazarlo.

Los dos rieron en voz baja. Su pequeño milagro nunca dejaba de sorprenderlos.

—¿Estás cansado? —preguntó Atik, rodeándole la cintura con las manos desde atrás, pegando el pecho a su espalda, fundiéndose con él.

—Un poco —admitió, dejando que lo llevara fuera para ir a su habitación—. ¿Me llevas a la cama? —le preguntó, apoyando la cabeza en su hombro. Presionó un beso en su cuello, dejando escapar un suspiro, cerrando los ojos mientras hundía la nariz en su piel.

Atik cerró la puerta a su espalda y, con delicadeza, tiró del pantalón de su pijama para dejarlo caer al suelo. Ocultó la sonrisa con otro beso, cálido y perezoso, levantando los brazos para que pudiera quitarle la parte de arriba.

Atik mordió su nuca con suavidad, recorriendo su pecho desnudo, llevándolo al borde de la cama.

—Eres precioso —le murmuró al oído, con la voz cargada de ternura.

Giró entre sus brazos, buscando su boca en un beso lento y lleno de ese amor que no paraba de crecer en su pecho.

Sin dejar de besarlo, Atik lo metió en la cama, dejando un beso en su frente.

—Dos minutos —le prometió Atik.

Se hundió en su cama, en la comodidad de su cama y su hogar. Bloqueó todas las preocupaciones y se centró en disfrutar de ese momento. Las sábanas suaves le acariciaban la piel desnuda, su almohada tenía la firmeza perfecta, la única luz que entraba era la de la luna llena, filtrándose entre las cortinas; el olor de su familia lo rodeaba como una segunda piel. Ese era su paraíso privado, su lugar perfecto.

—Listo —le anunció Atik, metiéndose en la cama con él.

Abrió los brazos sin decir nada. Atik se tumbó sobre él, mirándole a los ojos. El calor de su cuerpo le envolvió al instante. Su peso lo ancló al presente. El mundo siempre dejaba de girar cuando Atik lo miraba de esa forma. Como si el universo empezara y terminara en ellos.

Metió la mano en su pelo recién cortado. Fue tierno ver cómo los tres hermanos, e incluso Agara, se cortaban el pelo en cuanto llegaron a casa.

Atik le sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

—¿Me quieres? —le susurró con una sonrisa por la que haría cualquier cosa.

Tiró de él para otro beso, más profundo, más lento, recreándose en su sabor y su lengua, a la que se rindió sin remedio. Las manos de Atik separaron sus muslos con suavidad, encajándose en medio.

El calor entre sus cuerpos crecía, palpitante, como una marea que no podía detenerse. Las caderas de Atik comenzaron a mecerse de forma casi imperceptible, provocándolo sin tocarlo del todo. Julian sintió cómo su erección se frotaba contra la suya, separadas solo por la fricción del roce, tan preciso que dolía.

Acarició su espalda desnuda con las manos, sus hombros anchos, su cuello fuerte. Bajó por su columna con los dedos, sintiendo cómo se tensaba bajo su tacto. La piel le ardía bajo las yemas, vibrando con cada caricia. Tembló debajo de él. Habían pasado años desde su

primera vez y todavía había un momento de incredulidad cada vez que se daba cuenta de que era realmente suyo.

—Julian —le advirtió Atik cuando meció sus caderas con las suyas.

Se mordió el labio inferior, acariciándole el pelo, empujándose contra él de manera sinuosa.

—Mi vida… —susurró, mordiendo su labio inferior—. Mi rey…

Atik perdió el control, abalanzándose sobre él. Sus manos estaban por todas partes, urgentes, desesperadas, consumiéndolo, mientras su boca devoraba la suya. Lo besó como si no pudiera contenerse, como si todo su deseo se desbordara de golpe. Le apretó los muslos, separándolos aún más, y se frotó contra su entrada, provocando que soltara un jadeo ahogado.

Abrió el cajón mientras se dejaba adorar, porque no había otra forma de definir la forma en que Atik lo amaba. Siempre haciéndolo sentirse querido, único, especial.

Dejó el lubricante sobre la cama.

—¿Tienes prisa? —le preguntó con diversión Atik, lamiendo su cuello mientras acariciaba su erección con la mano.

—Creo que me pondré a llorar si no te tengo —dijo con sinceridad. Y lo decía de verdad.

Sonrió, colmado de felicidad, al sentir su sonrisa contra su piel. Atik buscó su boca para un beso tan lento y dulce que le hizo temblar, se sintió desvanecer un instante, dejando escapar un gemido ronco contra sus labios, mientras sus dedos resbalaban con el lubricante y lo preparaban con calma, con precisión. Julian se arqueó cuando uno, luego dos dedos, lo invadieron con suavidad, tocándolo justo donde sabía que lo haría enloquecer.

A esas alturas, sabía de sobra encontrar el lugar perfecto para llevarlo al éxtasis en apenas unos segundos.

Casi gimió de alivio cuando por fin lo sintió empujar dentro de su cuerpo. El estiramiento fue lento, delicioso, familiar y abrumador. Separó la espalda del colchón, disfrutando de la forma en que invadía su cuerpo.

—No sabía que se podía querer tanto hasta que te conocí —murmuró, agarrándose a sus costados, como si le faltara el aire. Lo

sentía todo: su peso, su grosor, la presión perfecta llenándolo por completo, haciéndole perder el sentido.

Los ojos de Atik se clavaron en él, como una daga en el centro de su corazón. Las manos de Atik recorrieron sus brazos, sus antebrazos, sus muñecas, hasta entrelazar sus dedos mientras lo cubría por completo.

—Fui una sombra hasta que me trajiste de vuelta a la vida — susurró Atik, empujándose dentro de él. Sus palabras eran fuego y verdad. Sabía que esas palabras eran su alma al desnudo. Los dos habían vagado en la soledad absoluta, aunque estuvieran rodeados de familia y manada.

—Me lo diste todo: una familia, nuestros hijos, nuestros amigos, plenitud, calma… paz.

El ritmo fue lento, medido, como una promesa. Cada embestida empujaba más hondo, haciéndole gemir, respirando entrecortado. Se aferraba a sus hombros, a sus costados, a la piel ardiente y húmeda. Lo sentía deslizarse dentro de él una y otra vez, como si quisiera fundirse en su cuerpo y no salir jamás.

Las lágrimas rebasaron sus ojos hasta entremezclarse en su pelo. Atik tenía la habilidad de hacerlo sentirse así de colmado, de pletórico. Como si pudiera alimentarse de él, vivir de él, envolverse en él y alejarse de todos. Con Atik a su lado, siempre se sentía perfecto, completo.

Cada gemido era una plegaria. Cada movimiento, una entrega absoluta. Como si sus cuerpos hablaran en un idioma antiguo, hecho solo para ellos. Como si el mundo fuera un lugar seguro mientras lo tuviera cerca.

Gimió, clavándole las uñas, pidiéndole que se moviera más rápido. Atik obedeció, embistiéndole con más fuerza, más urgencia, pero sin perder la ternura. La cama crujió bajo ellos. El aire se volvió espeso, cargado de deseo y amor.

Las lágrimas siguieron abandonando sus ojos, pero no dejó de mirarlo, nunca querría dejar de hacerlo. Renunciar a la visión de estar unidos, de sentir que nada más en el mundo importaba.

El mundo entero pareció saltarse ese latido que los mantenía atados a él, y flotaron juntos en su propio universo, lejos de todo y

de todos.

Ambos llegaron entre suspiros, aferrados el uno al otro, temblando en la cima de un clímax que lo arrasó todo.

Atik se dejó caer sobre él, los dos en plenitud, saciados física y emocionalmente. Acarició su mejilla y besó su frente, feliz de tenerlo todavía pegado a él.

Cerró los ojos, deseando que ese instante durara para siempre.

◆◆◆

—No hay trazos de magia en el libro —anunció Abba por la tarde, al día siguiente—. Es como un grimorio de lobos.

—Lo suponía —admitió Alaric, sonriendo a su pareja. Abba le devolvió la sonrisa, inclinándose sobre él para robarle un beso lento y cálido en los labios.

Después, se incorporó sonriendo, dejando a West en el suelo. El niño se dirigió enseguida hacia donde estaba su hermana, jugando con Rune en la manta frente al porche. Dragos y Luc estaban sentados al lado de los niños. No había ninguna señal de reconciliación, pero tanta cercanía, sin duda, era una algo bueno.

Se sentó sobre las rodillas de Atik, que estaba sentado solo en las escaleras, mirando a los suyos con una quietud inusual.

Las manos de Atik rodearon su cintura, aprovechando para tocar su vientre. Lo besó con delicadeza, con reverencia, con una dulzura tan impropia de él que se estremeció de emoción.

Separó los labios, aceptando que profundizara el beso, acariciándole el cuello con la misma devoción, sabiendo que era seguro, ya que daban la espalda a los niños y Will dormía en la cuna, al lado de Adler y Emily.

—Argg. Qué asco —se quejó Agara, tirándole una servilleta con puntería.

Alaric y Abba se rieron.

—¿Qué os pasa? Lleváis todo el día empalagosos. Se me están picando los dientes solo de miraros. ¡Qué nivel de azúcar! —protestó Adler, frunciendo el ceño con fingido dramatismo.

—Están en celo —resolvió Tyler, aunque él estaba prácticamente tumbado sobre su marido en la hierba—. Es muy de lobo —dijo con autoridad, a pesar de que era el único humano.

Intercambió una mirada cómplice con Atik. No habían hablado de cuándo contárselo a la familia; las palabras no siempre eran necesarias entre ellos.

Atik se separó de él, dejándolo en el escalón con delicadeza. Subió las escaleras directo a su hermano mayor, tiró de Alaric sin dudar, poniéndolo en pie y dándole un gigantesco abrazo.

Alaric rio sin cuestionarlo. Atik no era muy cariñoso y Alaric no desperdiciaría la oportunidad de recibir su cariño. Atik se separó, puso las manos en sus hombros y lo miró a los ojos. Alaric tenía una sonrisa confundida en el rostro.

—Felicítame, hermano —le pidió Atik, sonriendo con los ojos brillantes de ilusión.

—Felicidades —dijo el alfa por inercia.

Atik asintió, y su sonrisa no hacía más que crecer. Los ojos verdes de Alaric se abrieron con comprensión.

—¡No! —gritó emocionado, mirando en su dirección—. ¿Lo estás? —le preguntó directamente.

Asintió con la cabeza, sonriendo, feliz de que esta vez todo fuera tan distinto.

Alaric dio un salto para ponerse a su altura.

Su mano cubrió su vientre con cariño.

—Casi dos meses —le confirmó.

Alaric cerró los ojos, como si le hubiera hecho un regalo, y lo hizo levantarse para poder abrazarlo, mientras todos estallaban en gritos de júbilo.

Dragos fue el siguiente después de la familia, abrazándolo con delicadeza.

—Es una bendición de la luna. Sois muy afortunados —le dijo con tanta sinceridad y emoción que no dudó en abrazarlo.

—Gracias, hermano —respondió, acariciándole la cara al verlo tan emocionado, la ternura le ablandó el gesto.

Dragos y Atik se abrazaron con fuerza. Los dos se habían acercado mucho en sus viajes a Aurora. En realidad, se parecían

bastante y encajaban muy bien.

—Felicidades —murmuró Luc, que parecía genuinamente desconcertado. Lo abrazó, porque no imaginaba lo extraño que debía de ser ahora mismo el mundo para él, cuando todo lo que creía y lo atormentaba resultaba ser mentira. Además, Dragos amaba a ese chico perdido, y eso bastaba para que él lo quisiera también, sin reservas ni condiciones.

Asintió, hundiendo la cara en su hombro por un segundo. El abrazo fue breve, pero sincero, como un puente entre dos personas que hasta entonces no habían tenido motivos para acercarse.

—Gracias —le devolvió al separarse, Luc tenía una sonrisa cansada, como si aún estuviera asimilando todo, sin saber del todo qué decir ni cómo sentirse.

Atik lo agarró del costado en cuanto estuvo libre, tirando de él con decisión, sonriéndole a Luc, que lo miró sorprendido. Probablemente fuera la primera vez que le dedicaba una sonrisa tan directa. Atik nunca había interactuado demasiado con él, pero aquel gesto rompía cualquier distancia. Fue una sonrisa breve, pero cargada de significado. Un agradecimiento silencioso. Una tregua.

Atik no esperó una felicitación, simplemente lo separó de Luc con suavidad y lo llevó de vuelta a la casa, como si no quisiera compartirlo más con nadie, como si lo necesitara de nuevo cerca para comprobar que todo era real.

Mientras caminaban entre la gente que aún murmuraba y celebraba la noticia, Atik le pasó un brazo por los hombros y le besó la sien, sin detenerse. Cerró los ojos un instante, dejándose llevar, anclado por ese gesto que siempre lo traía de vuelta a tierra, abrazado por ese efímero momento de felicidad inesperada.

CAPÍTULO 23

Tyler

—¿Otro más? —preguntó divertido al ver a un lobo de la manada dejar un ramillete de flores frescas en las escaleras del porche.

—Gracias, Floyd. Es muy bonito —le dio las gracias Julian.

—Que crezca fuerte y sano. Bendita sea la luna por regalarnos otro niño —dijo el hombre con los ojos brillantes de ilusión.

—Bendita sea —respondió Julian al mismo tiempo que Agara.

En cuanto el lobo se fue, Emily recogió las flores y las separó con delicadeza para dejarlas con mimo en la cesta de flores que habían ido rellenando con los regalos de la manada. La cesta, colocada sobre una manta tejida a mano, rebosaba de color: violetas, margaritas, azucenas silvestres... Cada ramo era una señal de buenos deseos.

Esa tarde estaban solo Julian, Emily, Abba, Rhys, Luc y él. Habían salido con los cuatro niños al porche, ya que no dejaban de llegar miembros de la manada a traer humildes presentes de flores.

Will estaba tumbado en la cuna, jugando con un sonajero; los mellizos estaban jugando a perseguirse delante del porche. Rune estaba en su forma de lobo, acurrucado al lado de la pierna de Julian, que estaba sentado en el suelo, tejiendo una especie de corona con las flores que le traían, junto a sus cuñadas, que hacían cada una la suya. Sus dedos se movían con una habilidad paciente, entrelazando tallos y hojas con un ritmo que hablaba de costumbre, pero también de cariño.

—Es una costumbre preciosa —comentó con sinceridad, observando el ritual con una mezcla de curiosidad y respeto.

Julian sonrió asintiendo, sin levantar la cabeza de su trabajo.

—Cuando tuve el primer embarazo fue todo tan convulso que no pude disfrutar de esto, pero con Emily pude hacerlo. Nos regalan

flores para dar suerte en el embarazo y celebrar el momento con nosotros. Cuando terminemos las coronas, las llevaremos al río y las entregaremos como ofrenda a la naturaleza —le explicó, sonriendo a Emily, que le acarició la rodilla con cariño.

—¿Dónde se aprende eso? —preguntó Luc sentándose al lado de Julian para poder mirar mejor lo que hacían. Acarició a Rune, que ronroneó al contacto. Luc dejó salir una risita, acariciándole entre las orejas.

No se le escapó la sonrisa satisfecha de Julian mientras miraba de reojo a padre e hijo.

—No se aprende exactamente —contestó Rhys—. Ves a las mujeres embarazadas hacerlo y te haces una idea. Pero esto es algo que vas a ofrecer para proteger tu embarazo, así que lo mejor es improvisar y dejar que el instinto elija las flores que quieres poner. Son costumbres ancestrales. Se sienten, más que se entienden.

Luc parecía confundido, aunque, para ser sinceros, él tampoco acababa de entenderlo del todo. Había algo ritual en ese proceso, algo que escapaba a la lógica pero que se sentía correcto. Se sentó al lado de Luc, cerrando el improvisado círculo que habían formado entre todos.

Julian cogió una margarita blanca y la puso en el hocico de Rune. El lobo alzó el morro, desconcertado. Se quedó muy quieto, envarado por la sorpresa. Estornudó y la flor acabó en el suelo, pero él la cogió con rapidez, atrapándola como si fuera una presa.

Todos los adultos rieron, mirando al pequeño que ahora olfateaba su tesoro.

—¿Por qué no haces una para Rune? —le ofreció Julian, pasándole la cesta a Luc.

Luc negó con la cabeza, alarmado.

—No estoy embarazado —aclaró, por si había alguna duda.

Julian rio con diversión.

—No hay que estarlo para hacer esto. Tienes un hijo, puedes pedirle a la tierra que lo cuide y a la luna que lo ampare. No le va a hacer ningún mal —le tranquilizó Julian.

—No sé… —murmuró Luc, inseguro.

—Yo la estoy haciendo para pedir por toda nuestra familia —le dijo Agara, señalando la suya.

—Yo para mis chicos —añadió Emily.

—Yo para Alaric —confesó Abba, sonrojada.

—Voy a hacer una para mi lobo amargado. Necesito que sea inmortal y viva muchos años —anunció, acercándose a una de las cestas para elegir su material.

—Le va a encantar —le animó Julian, sonriendo.

—Quiero hacer una para RunRun —dijo West, colándose en medio del círculo—. Enséñame —pidió, poniéndose en el suelo con una sonrisa ilusionada. Sus manitas se apoyaron en las piernas de Julian mientras miraba las flores con los ojos muy abiertos.

—Y yo voy a hacer una para papá —declaró Winter, orgullosa, sentándose al lado de Agara.

Luc asintió, más tranquilo. Todos prestaron atención a las explicaciones de Emily y Julian, y pronto estuvieron trenzando ramas y flores mientras hablaban. Las manos inexpertas de Luc se movían con torpeza al principio, pero pronto encontraron un ritmo propio, ayudadas por las indicaciones pacientes de Julian.

—¿Para quién las estás haciendo tú? —Pinchó a Rhys en el costado, haciéndolo reír, algo que era bastante complicado por el pasado triste del lobo, pero que, con el paso de los años, había aprendido a dejar entrar la alegría sin sentirse culpable por ella.

Rhys soltó un resoplido, concentrado en su corona, el ceño fruncido mientras encajaba una flor azul entre dos tallos curvados.

—Para Deklan —contestó, como si fuera obvio.

—No se os ve el pelo; desde que llegamos estáis desaparecidos. ¿No lleváis demasiado tiempo juntos como para estar de luna de miel? —siguió metiéndose con él.

—Dice el hombre que se esconde por el bosque con su marido. No tienes vergüenza —le devolvió Rhys, sin inmutarse por la pulla.

Dejó salir una carcajada con los demás. Nunca se avergonzaría de querer a Andrew.

—¿Qué puedo decir? —dijo de manera teatral—. Soy un hombre afortunado.

—Yo también —le respondió Rhys, burlón—. Pedimos permiso a Alaric para ocupar una casa vacía; queríamos intimidad.

—Oh, el amor… —cantó para él.

—No es eso —le contradijo Rhys—. Bueno, sí, pero no es solo eso. Queremos tener un bebé.

—¿Qué? —inquirió sorprendido, dejando lo que estaba haciendo —. Creía que no querías.

—Lo sé. Ya lo sé —admitió, sonrojándose—. Pero todo este embrollo hizo que cambiara de opinión —se sinceró, mirando a West y Winter, que trabajaban de manera concienzuda en sus arreglos, ajenos a la conversación de adultos. Sus manitas tejían coronas desiguales, pero llenas de intención.

—¿Quieres tener hijos después de ver lo que me pasó a mí? —preguntó Luc, incrédulo.

—Sí —contestó Rhys, convencido—. Yo tuve una infancia horrible; me educaron con crueldad para ser un alfa, cuando cada parte de mí se negaba en redondo. No fui creado para luchar y pelear con todos. Puedo hacerlo, claro, soy fuerte y vengo de una larga estirpe de alfas. Sin embargo, no quiero, no tengo ese gen. Asocié que todos los niños estaban condenados a lo mismo que hacían en mi manada, pero conocer a estos niños lo cambió todo —admitió, mirando a Julian, que le sonrió.

—¿Por qué? —quiso saber Luc.

—Porque ellos no tienen miedo —murmuró Rhys—. Porque aquí pueden ser lo que quieran sin que nadie les imponga quién deben ser. Y quiero dar eso. Quiero ser parte de eso. Porque me demostraron que hay otra manera. Están criados con amor, de manera consciente, pero empapados de costumbres ancestrales —explicó, señalando a los niños—. No se les presiona, pero se aseguran de que sepan lo que deben saber. Respetan a su tío, como adulto y como alfa. Conocen las normas, saben defenderse, juegan durante horas… Es lo que yo hubiera querido. Hace unos días vi a Atik y Alaric enseñando a Winter, y os juro que dejé de respirar por un segundo. Son cosas que solo sabe un alfa, pero no usó crueldad ni amenazas. La relación que tienen hacía que ella escuchara con

atención y aprendiera sin esfuerzo. Fue precioso, casi lloro —admitió Rhys, visiblemente emocionado.

—Puede que estés embarazado —soltó en tono burlón, para romper el ambiente.

Rhys dejó escapar una risotada, mirándolo con agradecimiento.

—La forma en que las manadas se unieron para ayudar a Aurora, Julian arriesgándolo todo para poner a salvo a Rune. Todos trabajando unidos para hacer lo mejor para los niños, discutiendo de forma abierta la manera correcta de criarlos para no quitarles su infancia... Sí, quiero tener hijos porque estoy seguro de que este es el momento perfecto, y que mi hijo no podría estar más seguro que ahora. Confío en mi manada y en las vuestras; por primera vez desde que tengo conciencia, no tengo miedo a nada —declaró con convicción.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al escucharlo, porque sabía que Rhys había recorrido un largo camino para encontrar la paz.

—Estoy tan orgulloso de ti —murmuró antes de abalanzarse sobre él para abrazarlo—. Pero tómalo con calma, sabes que el embarazo masculino no pasa siempre. Es algo extraordinario —le recordó con ternura, intentando que tuviera paciencia.

—Sí, no tengas prisa. Nosotros llevamos mucho tiempo intentándolo. Llegan cuando tienen que llegar —añadió Julian, con una sonrisa tranquila.

Rhys les dedicó una enorme sonrisa.

—Sé que puedo tener hijos, tengo sangre de alfa, estoy seguro de que puedo —afirmó, convencido.

—¿Quieres tener un bebé en tu barriga? —preguntó West, interrumpiéndolos con la seriedad de quien lanza una cuestión importante.

—Sí —respondió Rhys, sonriendo al niño—. ¿Estáis contentos con tener un hermano o hermana?

—Queremos más niños para jugar —contestó Winter sin levantar la cabeza—. Lo voy a cuidar y vamos a jugar mucho.

—Qué bien —le dijo Rhys, enternecido—. ¿Y tú, West?

—Lo voy a querer mucho. Cuando nazca, le voy a leer muchos cuentos porque yo seré el hermano mayor —dijo con orgullo—. ¿A

que sí, papi?

—Claro, cariño —aceptó Julian, acariciándole la cara con una ternura infinita, con un amor tan grande que le relucía en la mirada.

—Win le enseñará a correr y escalar; a mí no me gusta —anunció el niño muy serio, señalando a su hermana con el dedo.

—No le gusta, no le gusta —murmuró ella, completamente centrada en lo suyo.

Todos rieron; los mellizos eran impresionantes. Terminaron con la ayuda de más lobos de la manada, que no dejaron de llevar flores.

—Tenéis que encargaros de la cena —anunció Emily cuando llegaron los demás.

—Por supuesto —aceptó Alaric, acercándose con curiosidad—. Estás haciendo ofrendas de flores para bebés.

—Nos están quedando bien, ¿verdad? —preguntó, mirando a Andrew, que sonrió antes de asentir.

—Muy bien —aceptó Adler, pasando un brazo alrededor de Emily, que le dedicó una mirada de adoración a su marido.

—Iremos al río mientras hacéis la cena —decidió Agara. Los mellizos habían saltado directamente a los brazos de su padre para mostrarle lo que habían hecho.

—Por supuesto, tendremos algo bueno para vosotros cuando volváis —prometió Atik con una sonrisa.

Se dividieron de nuevo y, con los niños, se dirigieron hasta el río.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Luc, algo nervioso, cuando se pusieron en fila a lo largo del cauce.

—Cierra los ojos y concéntrate en lo que quieras atraer con tu ofrenda o en lo que quieras pedir. Cuando sientas que estás satisfecho, pon tu corona en el agua —les indicó Rhys con calma.

Obedeció sin dudarlo; sabía muy bien lo que quería decir. Cerró los ojos y dio las gracias por haber encontrado a Andrew, por cada uno de los pasos que lo guiaron hasta él. Pidió, con todo su corazón, protección para su marido, y que siempre estuviera feliz y en paz.

Dejó ir su corona. Todos los adultos habían ofrecido ya la suya, Winter también, pero West aún tenía la suya entre sus pequeñas manos y los ojos cerrados.

Intercambió una mirada divertida con Julian. West necesitó otro rato antes de arrodillarse y dejar ir la suya en el río. Luego corrió directo hasta Julian, que tenía en brazos a Rune, todavía en su forma de lobo.

—Te vas a poner bien, RunRun —susurró mientras lo abrazaba con fuerza.

Luc se agachó y le cogió la mano a West.

—Gracias por cuidar tanto a mi hijo, eres un buen amigo —le agradeció con los ojos llenos de lágrimas.

West le sonrió radiante.

—Siempre lo voy a cuidar —prometió con una solemnidad impropia de un niño de tres años—. Cuando seamos mayores, voy a casarme con él. ¿A que sí, RunRun?

Rune saltó de los brazos de Julian, directo a West, que rio encantado antes de abrazarlo con fuerza y echar a correr de vuelta a casa.

Todos se miraron entre sí antes de estallar en carcajadas.

—Vamos, consuegro, no te quedes atrás —lo llamó Julian con humor al ver a Luc congelado en su sitio.

Rio, sacudiendo la cabeza y entrelazando su brazo con el suyo. A veces, la vida era genial.

CAPÍTULO 24

Tyler

—¿Qué estás haciendo ahí fuera? Todos se han ido a dormir —le preguntó Andrew desde la entrada.

—Estaba dando un paseo.

—¿Y cómo pasaste de andar a terminar tumbado en la hierba?

—La noche está preciosa, mira arriba, ¿habías visto alguna vez algo más bonito que el cielo lleno de estrellas?

Andrew obedeció, tumbándose a su lado. Su mano encontró la suya, buscándola con la misma naturalidad con la que uno respira, entrelazando sus dedos.

—¿Conseguisteis dejar bien las ofrendas? —añadió al cabo de un instante.

—Sí —respondió animado—. Todos cerramos los ojos y pedimos un deseo.

—¿Y qué pediste tú? ¿Qué nos tocara la lotería?

Se giró para mirarlo, poniendo los ojos en blanco.

—Claro que no. Tenemos una buena vida, no necesitamos más. Qué forma tan tonta de desperdiciar un deseo. Solo di las gracias por encontrarte y pedí que siempre estuvieras protegido —le explicó con voz tranquila.

Andrew se quedó mirándolo de una forma muy particular que solo se permitía con su hermana o con él.

—¿Qué? —preguntó en voz baja cuando él siguió en silencio, sin decir nada.

—¿Hiciste una corona para mí? —preguntó Andrew también en voz baja, casi como si no se atreviera a decirlo en alto.

—Claro, lobo tonto —contestó sonriendo—. Julian dijo que se hacían para los niños, pidiendo protección durante el embarazo, pero cada uno hizo lo que le parecía. Y yo, por supuesto, la hice para mi

lobo. Puse todo mi amor en ella, como dijo Agara. No viene mal un poco de protección extra, ¿verdad?

Andrew se puso sobre él, inclinándose para darle un beso lento y suave que lo hizo temblar de pies a cabeza. Era el tipo de beso que se da sin prisa, con una ternura que envolvía cada rincón del cuerpo, con el alma puesta entera.

—Si llego a saber que ibas a ponerte así, te habría hecho una cada día —bromeó, con una sonrisa torcida, pero dejó de sonreír al ver lo emocionado que estaba—. ¿Qué pasa? —preguntó mientras le acariciaba la espalda, atrayéndolo hacia él.

—La última vez que alguien creó una para mí fue durante el embarazo de Kim. Mamá hizo una para cada uno de nosotros y fuimos todos juntos a lanzarla al mar.

—No lo sabía. ¿Te trajo malos recuerdos? Lo siento, Andrew. Solo quería…

Él le interrumpió volviendo a besarle.

—Todo lo contrario, acabo de recordarlo al escucharte —susurró, rozando sus labios con los suyos—. Me devolviste un recuerdo único. Gracias.

Sonrió radiante, seguro de que estaban bajo la luz del sol, aunque los rodeara la noche. No había nada que le gustara más que hacer feliz a su lobo.

—Elegí cada flor y cada hoja pensando en ti —le confesó, estremeciéndose al sentir sus manos en la cintura—. En nosotros. Hemos construido algo fuerte, algo que merece cada paso que dimos.

Andrew sonrió, bajando la cabeza para besar su mejilla y luego su cuello.

—Tuvimos un inicio un poco duro, pero no lo cambiaría por nada. Cada error, cada paso, me trajo a ti, y eso no tiene precio —murmuró Andrew sobre su piel caliente.

—Andrew Reill —lo advirtió cuando metió las manos bajo su camiseta.

—Tyler Reill —se burló, apartando la camiseta para darle un mordisco en el hombro.

—Nada de sexo cerca de los niños —le recordó la norma que había impuesto cuando se quedaron allí, pero también porque necesitaba recordárselo a sí mismo.

—Los padres de esos críos no dejan de hacerlo. ¿Por qué no podemos nosotros? —preguntó sin desanimarse, acariciando sus pezones con suavidad.

Gimió mordiéndose los labios, obligándose a no dejar salir ni un sonido.

—Porque somos gente decente —dijo en un hilo de aire.

Andrew rio sobre su piel, excitándolo. Subió a su oído para poder hablarle directamente en él.

—Yo no soy gente, yo soy un lobo —susurró—. Tu lobo —le recordó Andrew.

Levantó las caderas buscando las suyas, incapaz de no moverse ante su contacto. Era imposible no reaccionar a Andrew; su cuerpo siempre había respondido a él, como si estuviera creado especialmente para su tacto.

Acarició su mentón despacio, sintiendo la sombra de su barba raspar contra sus dedos mientras se perdía en sus ojos. Tocó sus labios con el dedo índice, mirándolo, pero incapaz de contemplar su belleza por completo. Tan duro, tan salvaje, tan generoso, tan Andrew. Sentía que podía quedarse a vivir en ese instante sin que nada más importara.

—Andrew… —jadeó con necesidad, sin poder contenerse antes de besarlo con ansia.

Sus labios se buscaron con desesperación, tenía la sensación de que llevaban siglos sin tocarse. Sus manos cobraron vida como si de serpientes se tratara; de repente estaban por todas partes, recorriendo su cuerpo con ansia, acariciando, apretando, tomando posesión de cada rincón, mientras él le regalaba el mismo trato, dejándose llevar por el deseo que crecía entre los dos como una llamarada.

Los dedos de Andrew se colaron bajo su ropa, arañando ligeramente su piel al subir por la espalda y atrayéndolo aún más, pegando su cuerpo al suyo hasta que no hubo espacio entre ellos. El

calor de su piel, el roce de sus erecciones a través de la ropa, lo empujaban al borde, suficiente para hacerle perder el juicio.

Su sangre tronaba en los oídos mientras la adrenalina se disparaba por su cuerpo. Parecía que hubiera bebido una licorería entera y le hubiera subido de golpe todo el alcohol. El mundo comenzó a dar vueltas mientras se devoraban el uno al otro; prácticamente se arrancaron la ropa, lanzándola por la hierba sin fijarse en dónde terminaba.

Cada prenda que desaparecía era una capa menos entre ellos, y cuando sus torsos desnudos se encontraron, la electricidad del contacto les arrancó un gemido compartido. Su piel se incendiaba bajo el tacto de sus manos, pero Andrew se las arregló para hacerle tumbarse en el suelo mientras se ponía sobre él.

Solo fue consciente de lo que estaban haciendo cuando sintió la hierba clavándose en su espalda; fue un momento de sensatez transitoria que quedó rápidamente olvidado en cuanto Andrew empezó a tocar su trasero mientras le devoraba el cuello y acariciaba su pecho con necesidad.

—Dios… no sabes las ganas que tenía de tenerte así —murmuró Andrew, lamiendo su pezón con la lengua cálida y húmeda, succionando hasta hacerlo estremecer.

Jadeó con necesidad, moviéndose suavemente contra él, buscando aliviar su erección.

—Esto no es buena idea, hay guardias por todas partes, alguien podría asomarse a una ventana… —Se sintió orgulloso de lo sensatas que sonaron sus palabras; hubieran sonado mejor si no estuviera mordiéndole el cuello y el pecho desnudo.

—Son todos lobos nacidos. Incluso aunque lo sepan, nadie se atrevería a acercarse —le prometió Andrew, cogiéndole la mano para guiarla a su durísima erección.

No se hizo de rogar. Empezó a acariciarlo, encontrándolo dispuesto y listo para él, la tela ya húmeda por la excitación.

—Más te vale, porque como alguien me vea desnudo, te vas a quedar sin sexo durante meses —le susurró entre gemidos, sin dejar de tocarlo, mientras Andrew lamía su clavícula y besaba su hombro.

Se besaron con pasión, desesperados por estar unidos de la forma más íntima posible.

Sus caderas comenzaron a frotarse contra la pierna de Andrew, buscando cualquier fricción que le ayudara a aliviar la tensión. Su cuerpo estaba desesperado por más, cada terminación nerviosa encendida, exigiendo ser tocada.

—En cuanto esté dentro de ti, olvidarás todo lo que no seamos nosotros —prometió Andrew, acercándole los dedos a la boca.

Los atrapó entre los labios sin dudar, humedeciéndolos bien, sabiendo lo que haría con ellos. Andrew rio contra su mejilla, dándole besos mientras se retiraba y se dirigía a donde le necesitaba.

—Andrew… —jadeó mientras él empezaba a tantear su entrada. Apretó las manos contra su espalda hasta su firme trasero, haciéndole saber cuánto lo deseaba. Siseó al notar uno de sus dedos entrando en su cuerpo lentamente.

—Date prisa.

—Un minuto… lo prometo —susurró Andrew contra sus labios, buscando su mirada mientras le metía otro dedo.

Arqueó la espalda, exhalando un gemido profundo. El estiramiento lo hizo apretar los muslos alrededor del cuerpo de Andrew, que no apartaba los ojos de los suyos, fascinado por cada reacción.

Acarició su nuca despacio, lamiéndose los labios sin apartar los ojos de los suyos, de ese verde que era todo su mundo desde la primera vez que lo vio en el bosque.

—Hazlo. Quiero esto. Ya no recordaba lo que era pasar tantas semanas sin tenerte dentro —pidió, besándolo muy despacio, con los labios temblando por el deseo contenido.

Andrew gimió, arrojándose en su boca, desesperado. Se derritió bajo su cuerpo en cuanto sus dedos encontraron su próstata. Clavó los dedos en sus brazos, gimiendo fuera de sí.

—Ya, Andrew, no puedo más… —le susurró en un tono íntimo y necesitado, acariciando su pecho. No había nada que le gustara más a su lobo que saber que le necesitaba.

Gimió sin aire, levantando la cabeza hacia el cielo estrellado. Era una sensación indescriptible sentir su miembro abriéndose paso en su interior mientras estaban ahí fuera. Había algo diferente en hacerlo bajo la luna, con la tierra bajo sus cuerpos.

Las manos de Andrew sostuvieron sus caderas mientras terminaba de entrar en él y lo dejaba acostumbrarse a la sensación de tenerle dentro.

Contuvo el aliento; cada centímetro que lo llenaba parecía despertar algo dormido en su interior, un hambre antigua, visceral. Sus músculos se adaptaron lentamente al grosor de su pareja; un jadeo entrecortado escapó de su garganta.

Le acarició el pecho, apoyando las palmas en él. Movió las caderas en ligeros círculos, disfrutando de ver cómo sus pupilas brillaban en su forma sobrenatural.

Andrew se retiró despacio, antes de empujarse con fuerza de nuevo en su interior. El movimiento los hizo jadear a la vez. Era como volver a casa. Los años les habían dado experiencia para hacer que su química natural fuera como una noche de fuegos artificiales. Los dos sabían cómo hacer que el otro estallara en pedazos en apenas unos segundos. Y, aun así, cada vez era única.

Cerró las piernas, entrelazando las suyas en sus caderas. Andrew gimió. Se conocían demasiado bien como para no notar el ansia que los avivaba. Empujó en su interior sin contenerse, apoyó las manos a la altura de sus hombros para flexionar los brazos y retirarse, solo para volver a embestirlo usando toda su fuerza.

Los gemidos se mezclaban con el crujido de la hierba, con el susurro del viento nocturno. Se arqueó una y otra vez, acompañando cada embestida con movimientos de cadera que intensificaban la fricción. No podía pensar, no podía hablar. Lo quería todo, y Andrew lo sabía.

Si su hombre quería dárselo todo, ¿quién era él para negarse? Lo agarró de la cintura, empujándolo para que llegara más profundo, para que fuera más rápido. Quería todo lo que quisiera darle y, más importante aún, lo quería a él. Tenerlo era una necesidad tan imperiosa como el aire que recorría su cuerpo.

Movió las caderas con fuerza contra su cuerpo. Sus uñas se clavaron en los hombros de Andrew cuando sintió cómo la punta de su miembro rozaba justo donde más lo necesitaba, una y otra vez, llevándolo al borde. Necesitaba hacerlo suyo, marcarle y recordarles a los dos que su mundo, su realidad, su felicidad era su matrimonio y la vida que habían construido piedra a piedra para tenerlo todo.

Enseguida encontró el ritmo, llevándolos a ambos rápidamente al precipicio. Había pasado demasiado tiempo para que fuera algo más tranquilo. Pero no importaba. Habría tiempo, tenían toda la vida.

—Te quiero, Andrew —jadeó sin aire, clavando su mirada en la suya segundos antes de que Andrew se rindiera al placer y le provocara un orgasmo que pareció sacarlo de su propio cuerpo.

El clímax lo desgarró por dentro. Su cuerpo se tensó, contrayéndose con fuerza mientras gemía el nombre de su marido, temblando bajo él como si el universo se hubiera reducido a ese instante único y sagrado.

Andrew se dejó caer sobre él, dejando salir un sonido de satisfacción contra su cuello húmedo.

—Y yo a ti, Tyler. Siempre —murmuró, frotándose contra su piel sin que le importara nada—. Mañana haré una corona para ti. Yo también tengo mucho que agradecer a la luna.

CAPÍTULO 25

Luc

Se había equivocado tanto con Julian que ahora se sentía patético y no podía dormir. Estaba seguro de que Dragos estaba interesado en él, pero estaba claro que solo era un fantasma más de los que lo atormentaban. Porque la sonrisa de ilusión en la cara de Dragos fue genuina, y también lo fue la forma en que se abrazó con Atik.

La forma en que todos habían reaccionado al segundo embarazo de Julian se le clavó en la piel, como una aguja afilada, preparada para llegar directamente a su corazón.

Acarició la cabeza de Rune, que estaba acurrucado junto a West en la preciosa cuna de los mellizos. En Salem todo era encantador, todo parecía creado para acompañar a la preciosa familia que habían formado.

La luz que entraba desde el pasillo quedó opacada por un cuerpo, y sin girarse ya supo que era Dragos.

—¿Vengo más tarde? —preguntó en un susurro Dragos.

—No —contestó de la misma manera—. Están dormidos; hoy quemaron mucha energía con todas las visitas y las coronas.

—Fue un gesto muy bonito, gracias por hacer una para él. Haré una mañana también —comentó Dragos, poniéndose a su lado. El calor que irradiaba su cuerpo le acarició la piel como una promesa, cuando sus brazos se rozaron, pero ninguno de los dos se movió.

Asintió con la cabeza sin decir nada. Rune se removió con la cabeza pegada al pecho del pequeño West, que abrió un poco los ojos al escucharlo quejarse. Con movimientos pausados, metió la mano bajo su almohada y sacó un chupete que le colocó en la boca a Rune. El silencio envolvió de nuevo la habitación. Se tapó la boca

con las manos al ver la cara de satisfacción que puso West antes de dormirse de nuevo.

—Es todo un personaje —murmuró cuando estuvo seguro de que los niños seguían dormidos.

—Es mi ahijado —replicó Dragos, como si eso fuera todo.

—Hoy nos comentó que se casaría con Rune.

Dragos rio entre dientes.

—Ojalá. Este niño está hecho para algo grande. Es único; los tres lo son.

—Eso seguro. Me siento afortunado de que los tenga. Cuidan de él y pasan todo el tiempo juntos; aunque él sea mucho más pequeño, seguro que se aburren. Rune todavía no hace muchas cosas.

—Ya irá aprendiendo —le aseguró Dragos.

—West afirmó que se pondrá bien. Parecía convencido, pero ¿cómo de fiable puede ser un niño tan pequeño?

—West no es un niño, West es West —respondió Dragos, encogiéndose de hombros—. Tengo fe, y estoy seguro de que el libro que encontramos también será de ayuda.

Asintió, esperando que Dragos tuviera razón.

—¿Qué pasa? —insistió Dragos cuando no dijo nada.

—Es una tontería, no tiene importancia —murmuró, sintiéndose ridículo—. Hoy vi cómo se tomó la manada el embarazo de Julian y la verdad es que fue precioso. Hombres y mujeres trayendo ramos, como ofrenda. Toda la familia haciendo coronas, pidiendo buenos deseos. Todos eran felices y…

Guardó silencio; Dragos no era el indicado para contarle eso.

—Y lo comparaste con tu experiencia —completó Dragos con suavidad.

Asintió sin añadir nada más.

—Me privé de todo eso y, aunque sigo diciéndome que tenía mis motivos, cada vez parecen más estúpidos —admitió en voz baja—. No sé por qué pensé que podía hacerlo solo. Toda mi vida he sido un desastre; nunca podría haberme encargado de mantener a salvo a mi hijo. Lo siento, no debería hablar contigo de esto.

—No es un tema del que me guste hablar, pero no voy a fingir que no pasó. No fue estúpido; fue cruel e injusto por muchos motivos. —Dragos tomó una respiración profunda, como si buscara el equilibrio antes de seguir—. Entiendo lo que te llevó a huir, y asumo que tengo parte de la culpa.

Se quedó paralizado, mirándolo.

—Lo hago —le confirmó Dragos—. Solo espero que tú puedas comprender que, aunque cometiera errores, siempre pensé en un futuro juntos. Desde que te conocí, me imaginé un mundo para nosotros. No hubo ni un instante en el que no pensara en casarme y compartir mi vida contigo. Estoy tan acostumbrado a anteponer la manada a mí mismo que supongo que me ganó la costumbre y no supe ver que estabas sufriendo. Nunca quise perderte.

Miró al suelo y el dolor le azuzó como un látigo. Eran las palabras que habría querido escuchar años atrás.

—¿De verdad ibas a casarte conmigo? —se atrevió a preguntar

Los ojos amarillos de Dragos brillaron, devolviéndole la mirada.

—Pregúntale a Tyler. Todo el tiempo que estuvimos en Washington estuve hablando de nuestra boda —lo retó Dragos—. Si pudieras olerme, si pudieras sentir el latido de mi corazón, sabrías que no mentía. Siempre te quise, siempre. Ojalá hubiera podido darte la seguridad que necesitabas.

Tragó saliva, sin saber qué decir.

—Ojalá fuera un lobo completo —murmuró, decaído.

—No necesitas cambiar. Eres tú, y eso basta. Eres perfecto, Luc.

Cerró los ojos, intentando protegerse del impacto que tenían sus palabras. Fue incapaz de contenerse y, a ciegas, se abrazó a Dragos, que le devolvió el abrazo, rodeándolo con sus recios brazos en un gesto que parecía querer protegerlo del mundo entero. Esa sensación con la que llevaba años conviviendo, ese ahogo con el que había luchado día a día desde que se fue de Aurora, estalló en su pecho y se derramó por su cuerpo. Tomó una respiración profunda, intentando calmar el latido de su corazón, que estaba completamente enloquecido.

Dragos le puso una mano en la nuca y, con la otra, lo apretó contra su pecho.

—Tranquilo —murmuró en su oído, con una ternura que le erizó la piel.

Cerró los ojos y bajó la cabeza hasta apoyarla sobre su pecho; el latido poderoso y lento de Dragos inundó su oído y le dio la calma que necesitaba.

Dejó salir el aire despacio, clavando los dedos en su piel. Cerró los ojos y volvió atrás en el tiempo, a aquella noche en que Dragos decidió quedarse y él tomó la decisión de marcharse. En su mente, lo borró todo: nunca se fue a hurtadillas, se quedó en casa y esperó a que Dragos llegara para contarle que iban a ser padres. Las lágrimas cayeron sin control por sus mejillas y mojaron la camiseta de Dragos, pero él no dijo nada.

—No me iría —susurró en voz baja—. Si pudiera volver al pasado, te esperaría —admitió.

Sintió cómo Dragos contenía el aliento y su cuerpo se relajaba entre sus brazos.

—Gracias —musitó Dragos, sonando tan inestable como él se sentía.

Cerró los ojos y se apretó contra él, intentando meterse en su piel. Quería unirse con Dragos, pertenecerle como siempre había anhelado. Quería volver a casa, no al lugar. Quería volver a su hogar.

Tyler

—RunRun —llamó West, tendiéndole las manos al pequeño.

Rune miró a West, concentrado, agarrado al sofá. Observó sus manos y la distancia que los separaba, se soltó y, con paso inestable, corrió los pocos pasos que los separaban, abalanzándose sobre West. Los dos niños rieron, rodando por la alfombra, abrazados.

—Mira —señaló, haciéndoles una foto—. Dos croquetas —declaró, mostrándoles la pantalla de su móvil a Dragos y Atik, que estaban sentados en el sofá. Luego se lo enseñó a Luc y Agara, que rieron al verlos.

—Atik —llamó la voz de Julian, que acababa de ir a la cocina. Su voz sonó un poco inestable, y no fue el único que se dio cuenta,

porque Atik prácticamente voló a la cocina. El sonido del vómito llegó apenas un segundo después.

Agara se levantó del sofá, siguiendo a su hermano para ayudar.

—Papi está malito —dijo Winter, mirando a la puerta con gesto preocupado.

—Es el bebé, Win. No te preocupes, estará bien enseguida —la tranquilizó Dragos.

Julian no tardó en volver, agarrado del brazo de Atik.

—Nada de qué preocuparse —les dijo, mientras Atik y Agara lo ayudaban a sentarse en el sofá—. No haré biberones hasta nuevo aviso.

—¿El olor de la leche? —adivinó Dragos.

—Ni me la nombres —musitó Julian, tomando un vaso de agua que le pasó Agara. Le dedicó una sonrisa agradecida a su cuñada y se dejó caer contra Atik, que lo rodeó con el brazo.

West trepó al sofá con rapidez y abrazó a su padre con delicadeza. Julian sonrió, cerrando los ojos, y lo abrazó.

—Gracias, cariño. Ya estoy mucho mejor —le aseguró Julian al pequeño.

West sonrió con satisfacción. Puso su pequeña mano sobre el vientre plano de Julian y acercó la cabeza para hablarle directamente.

—Pórtate bien con papi, hay que quererlo mucho.

Julian acarició la cara de su hijo y le dio otro beso en la frente.

—Son hijos tuyos —comentó Atik, haciendo reír a Julian.

Julian rio a carcajadas.

—Cuando estaba embarazado, hablaba con Winter para que se portara bien con su hermano —confesó al ver el desconcierto general.

—¿Fue un embarazo muy duro? —preguntó Luc con curiosidad.

—Bastante, la verdad —confesó Julian, ayudando a West a bajar del sofá—. Al principio, Atik y yo no estábamos unidos y me sentía bastante solo. Luego nos llevamos mejor y fue genial, y para el final, cuando nos dimos cuenta de que podría haber problemas con West, un desastre. Fue cuando llamé a Tyler. Esa historia ya la sabéis —les recordó, sonriendo.

—Cuando te ibas de Salem —recordó.

—Sí. Fue un error terrible. Los dos somos muy desconfiados y me hice un lío. Cometí un error —admitió Julian.

—Está olvidado —se apresuró a decir Atik.

Julian sonrió, dando un beso a su marido.

—Yo me fui de Greenville después de declararme —confesó.

—¿Por qué? —quiso saber Julian.

—Me declaré y, como un buen lobo amargado y atrofiado, en vez de declararme amor eterno, se fue y me dejó tirado. Así que me fui y lo abandoné —reconoció sin avergonzarse.

—¿Y por qué volviste? —preguntó Luc.

Sonrió, recordando aquellos días.

—Porque estaba enamorado —contestó como si fuera obvio—. ¿Por qué, si no, iba a volver? El día que me fui me juré que lo dejaría estar y que nunca lo volvería a ver —dijo con una sonrisa suave.

—Felicidades. Te funcionó muy bien —lo felicitó Dragos.

Se carcajeó, asintiendo con la cabeza.

—El dolor de lo que yo creía un rechazo fue horrible y parecía que no iba a parar nunca. ¿Sabes qué aprendí después de llorar durante días? —preguntó, mirando a Luc directamente.

—¿Qué? —inquirió él, observándolo con atención.

—Que no estaba listo para renunciar a él. Me había rechazado al irse, pero nunca me dijo directamente que no quería estar conmigo. Recordé todas las veces que estuvimos juntos, cómo me trataba, y decidí tener fe. Volví esperando lo mejor y temiendo lo peor.

—¿Y qué pasó? —inquirió Agara, igual de metida en su historia que los demás.

—Que tuve suerte de que volviera a casa conmigo y me dejara suplicar perdón —contestó Andrew, entrando en la sala.

Sonrió, mientras su lobo se sentaba a su lado y le besaba la sien.

—No recuerdo la parte de la súplica —comentó burlón.

Andrew alzó las cejas en ese gesto tan masculino y tan suyo que siempre conseguía desarmarlo.

—Tienes suerte de ser tan guapo, lobo amargado —lo picó, robándole un beso en los labios.

Andrew le dedicó una enorme sonrisa, rodeándolo con el brazo para pegarlo a su costado.

—Nunca habría imaginado que vosotros habríais pasado por algo así —comentó Luc—. Siempre parecéis tan enamorados.

—Porque lo estamos —contestó entre risas—. Pero no somos perfectos. Con todo lo que pasó con Rune, estuvimos enfadados durante días. Andrew ve las cosas de una manera porque es un lobo nacido; yo soy humano, para mí no tiene ningún sentido. Estaba tan enfadado que me negué a compartir con él incluso la cama.

—¿Y cómo lo arreglasteis? —preguntó Luc con curiosidad.

—No lo hicimos. Cuando llevas tanto tiempo casado como nosotros, acabas por entender que, por la personalidad de cada uno, habrá cosas en las que no estéis de acuerdo y tienes dos opciones: conseguir un punto intermedio basado en el respeto o dejarlo estar y acumular rencor —contestó con sinceridad.

—Para que una relación funcione hay que hablar, sobre todo si las personalidades no son similares. Nadie puede adivinar el pensamiento; los problemas hay que afrontarlos según vienen para no dejar que se enquisten —le respondió Julian.

—Sí, y más si eres humano. Lo del olfato y el corazón no funciona para mí, así que no puedo contar con mis supersentidos inexistentes —dijo de buen humor.

—¿Y no te frustra estar siempre en inferioridad de condiciones? —inquirió Dragos.

—Para nada. Si estuviera con otro humano, tampoco sabría qué siente, así que no habría cambios si mi vida fuera otra. Aprendí a leer a la gente y a confiar en que todos los lobos con los que convivo me hagan saber si cometo un error o hago algo que los enfade —les confesó.

—Pero así siempre tienes que depender de los demás —protestó Luc, confuso.

Sonrió con indulgencia.

—Bueno, son la familia que elegí para pasar mi vida, así que sí. Tengo que depender de que su amor por mí les haga ser siempre sinceros. Y lo mismo con Andrew: confiar en mi pareja no es un sacrificio ni un riesgo. Siempre estaré a salvo con los míos.

Captó la mirada que Luc le lanzó a Dragos, quien le sostuvo la mirada.

Confianza, esa era la base de todas las cosas en el mundo. Confiar en uno mismo, en sus capacidades, en la familia, amigos, pareja. Confiar en que cuando saltes al vacío, jamás tocarás el suelo.

CAPÍTULO 26

Tyler

—¿Querías verme? —preguntó, llamando a la puerta del despacho de Alaric.

—Sí, pasa. Hemos leído todo el libro y hay una sección breve dedicada a los omegas. Encontramos este ritual, lo examinamos y a todos nos parece seguro, pero…

—Pero no quieres arriesgarte con el heredero de Aurora —adivinó, sentándose en la silla de enfrente y aceptando el libro que el alfa le tendía.

—¿Dragos lo vio? —quiso saber, hojeándolo con interés.

—Sí, por supuesto. Dice que le parece seguro, pero quiere tu opinión —le informó Alaric, apoyándose en el respaldo de su asiento, visiblemente tenso.

—¿Qué dice Abba?

—Abba sabe de hechizos y magia de brujas, pero muy poco de lobos. Dice que no ve nada malo, aunque eso no es demasiada seguridad —le confesó con un suspiro cansado.

—Le echaré un vistazo y te diré algo —le aseguró, poniéndose en pie y cerrando el libro con suavidad.

—Hazlo, porque si ese libro dice la verdad, pronto tendremos muy buenas noticias —añadió Alaric con una chispa de esperanza en los ojos.

Salió de la oficina y se dirigió directamente a la sala. Dragos estaba sentado en la alfombra, viendo a los niños dormir, con una expresión tan serena que casi parecía tallada en piedra.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, acomodándose a su lado con cuidado de no hacer ruido.

—Fuera, creo que entrenando —le contestó Dragos, recolocando con esmero las mantas sobre los pequeños.

—¿Y por qué no estás con ellos? —inquirió con curiosidad.

Dragos se encogió de hombros, todavía sin apartar la vista de los niños.

Le acarició un hombro con cariño, apoyando la cabeza en su brazo.

—¿Todo bien?

Dragos soltó un largo suspiro, uno de esos que parecían venir del alma.

—Me he perdido tanto de su vida que me gustaría poder mirarlo a todas horas para memorizarlo. No quiero volver a perderlo de vista —murmuró, con la voz impregnada de pesar.

—No se me ocurre nada mejor que mirar —coincidió, sonriendo con ternura.

—Está tan tranquilo, tan feliz… parece un milagro que algo tan bonito y delicado venga de mí —añadió Dragos, con un matiz de incredulidad en la voz.

—La prueba irrefutable de que los milagros existen —contestó con diversión, dándole un pequeño codazo cómplice.

Dragos esbozó una de sus sonrisas ladeadas, esa que parecía iluminarle el rostro.

—¿Cómo lo llevas, grandullón? —se interesó, notando el cansancio oculto tras su aparente calma.

—¿De qué hablamos en concreto? ¿De mi hijo secreto? ¿De alejarme tanto tiempo de Aurora? ¿De Luc? —preguntó Dragos con una sonrisa irónica.

—¿Luc? Parece que últimamente os lleváis mejor —comentó, dejando la frase flotando en el aire para darle espacio.

—No te molestes en disimular, todos sois malísimos fingiendo y no dejáis de cuchichear donde puedo escucharos —replicó Dragos, arqueando una ceja.

—Para ser justos, no creo que haya un sitio en el que tú no escuches nada —repuso, riendo entre dientes.

—Pero se me da muy bien hacerme el tonto y fingir que no escucho cosas como parejas que llevan mil años casadas y tienen sexo como si fueran adolescentes llenos de testosterona.

Tuvo que cubrirse la boca con la mano para ahogar la carcajada que amenazaba con escapársele.

—No pienso disculparme por desear a mi marido. ¿Qué hay del tuyo? —provocó, dándole un leve empujón en el brazo.

—No estamos casados —le recordó Dragos, dejando entrever una amargura que no pudo disimular.

—¿Y a qué esperas para ponerle un anillo en el dedo? Ya te dio un hijo, ¿qué más quieres? ¿Un riñón? —le soltó, soltando una risita burlona y pinchándole el costado con un dedo.

Dragos dejó caer la espalda contra el sofá, recostándose con un bufido resignado.

—Deja de hacer el tonto, os queréis, hasta un ciego puede ver eso. Ya os habéis perdonado mutuamente; perdisteis años lejos el uno del otro. Haz algo —lo apremió, inclinándose hacia él.

—Es complicado —suspiró Dragos, recogiéndose el pelo en un moño alto con gestos lentos, como si necesitara ordenar sus ideas.

—No lo es tanto —contradijo con firmeza.

—¿Luc te dijo algo? —preguntó Dragos, frunciendo el ceño.

—Ni una palabra sobre ti desde que llegamos aquí. Pero te mira a todas horas, sonríe como un tonto cuando te ve con Rune. Se os cae la baba el uno con el otro —confesó, esbozando una sonrisa indulgente.

Dragos bajó la mirada, pensativo, y dio un leve asentimiento.

—No voy a decir que no lo quiero. Parecía imposible... Estaba seguro de que todo lo que sentía por él estaba muerto —admitió en voz baja.

—No seas ridículo. Te protegiste, intentando olvidarlo, pero lo vuestro no es algo que se pueda enterrar así como así —contestó con sinceridad, buscando su mirada.

—¿No? ¿Y qué se supone que voy a hacer con él? —inquirió Dragos, pasando ambas manos por su rostro con frustración—. Dice que no es suficiente, que no está a mi altura, que no puede ser el marido de un alfa. Y yo no puedo renunciar a lo que soy... lo haría si pudiera, pero no puedo.

—Dale algo de crédito —lo aconsejó, apoyando una mano sobre su rodilla.

—Confío en él, creo que lo haría de maravilla. No es que no sirva, es que no quiere hacerlo, le falta confianza —opinó Dragos, su voz cargada de impotencia.

—Lo que necesita Luc son ruedines —soltó de repente.

—¿Cómo? —preguntó Dragos, mirándolo entre divertido y confundido.

—Ruedines —repitió, conteniendo una risa—. Luc necesita aprender a andar en bicicleta, pero no puede hacerlo solo. Necesita ruedines, algo que lo ayude a no caerse... y ese debes ser tú.

Dragos lo miró un segundo en silencio, y luego sonrió, como si la imagen absurda pero tierna le hubiera llegado al corazón.

—Haría lo que fuera por él —contestó, sin dudar ni un instante.

—Lo sé, pero me temo que esto no va solo de ti. Lo perdiste una vez, no lo hagas de nuevo. Vas a tener que tomar una decisión —le advirtió con seriedad.

—¿Cuál? —inquirió Dragos, arqueando una ceja y mirándolo con el ceño ligeramente fruncido.

—Vas a tener que decidir qué es más importante: si tu manada o tu familia —le expuso sin rodeos.

—No existe lo uno sin lo otro —respondió Dragos, con convicción.

—Eso ya lo sé —admitió, inclinándose un poco hacia él—. Me refiero a que vas a tener que ceder. No puedes seguir saliendo con cada llamada; vas a tener que delegar, confiar en tus segundos, en otras manadas… Pero Luc tiene razón en una cosa. Tienes que elegir tu prioridad. Los problemas van a llamar a tu puerta, Dragos, siempre lo harán, todas las manadas reciben ataques, pero no debes salir a buscarlos si quieres formar una familia —le dijo con franqueza, sosteniéndole la mirada.

—Desde hace siglos, mi manada… —empezó a decir Dragos, con el tono teñido de resistencia.

—No importa —lo interrumpió con firmeza, alzando una mano para pedirle silencio—. No importa lo que te enseñaran, el modelo que tengas en la cabeza o todo lo que sepas. Ahora eres padre, y tienes que aprender a hacerlo todo de nuevo —remarcó con paciencia—. Tienes que pensar en el bienestar de Rune. Antes las manadas apenas interactuaban; ahora somos muchas las que

estamos casi emparentadas, nos apoyamos en momentos de crisis, nos ayudamos. Delega, sal solo cuando sea imprescindible. Tienes que dar un paso atrás o podrías perderlo todo —insistió, con la voz templada pero firme.

—¿Y si…? —balbuceó Dragos, con la duda asomando en su mirada.

—No —lo amonestó, pegándole en el brazo con suavidad—. Durante un par de años te centrarás en tu familia, y si hay alguna amenaza que de verdad necesite resolverse, la afrontaremos juntos, como una familia. Sé que es una decisión complicada, pero tienes que elegir —añadió con un deje de ternura en la voz, mirándolo de soslayo—. Si crías a este niño como te criaron a ti, si eliges seguir luchando a cada oportunidad, serás el alfa más poderoso... pero estarás solo.

Rune se removió en su reducido nido de mantas, abrió un poco los ojos y, con sus iris amarillo-verdosos brillando en la penumbra, buscó la figura de su padre. Al verlo frente a él, dejó escapar una sonrisa de puro alivio.

—Duerme, Rune. Papá está aquí —susurró Dragos, acariciando con infinita delicadeza la cabeza de su hijo. El bebé suspiró, cerró los ojos y volvió a dormirse, aún con una sonrisa dibujada en su carita.

Él sonrió al verlos, dos gotas de agua separadas solo por el tiempo.

—Supongo que la decisión ya está hecha —comentó en voz baja, sin ocultar la emoción que lo embargaba.

Dragos asintió despacio, sin dejar de acariciar a su hijo, como si necesitara memorizar cada pequeño gesto suyo.

—Elijo a mi familia —contestó, con una determinación serena que no dejaba espacio a la incertidumbre.

—Bien hecho, grandullón —le felicitó, dándole un golpecito cariñoso en el hombro—. No hay nada más importante que la familia.

Julian

Continuó su paseo con Rune y West por los alrededores de la casa. Los dos iban cogidos de la mano, parando en cada cosa que atrapaba su interés. Atik y sus hermanos se habían llevado a Winter con ellos para llevarla al bosque y probar cuán hábil podía ser rastreando.

—Iba a traerte un té, pero Agara me dijo que vomitarías —comentó Luc a su espalda, con una sonrisa tímida.

—Estoy bien —le aseguró, sin apartar los ojos de los niños—. Vigilando a los dos pensadores.

Luc dejó escapar una risita.

—Son increíbles —comentó, acercándose más a su lado.

—Lo son —le concedió, sujetándose de su brazo con gesto afectuoso.

—Quería darte las gracias —le dijo Luc, bajando un poco la voz —. Sé que ya lo he hecho antes, pero siento que no es suficiente. Gracias por cuidar de Rune y por quererlo.

Le acarició el brazo con delicadeza, en un gesto afectuoso.

—No tienes que darme las gracias. Sé que en mi lugar habrías hecho lo mismo. Estoy feliz de haber podido ayudar —le aseguró con una sonrisa tranquila.

—Lo que necesites de mí lo tienes, de por vida. Todo lo que te pueda ayudar o hacer por ti es tuyo —prometió con solemnidad, mirándole a los ojos.

—Que Dragos no te escuche decir eso o estaremos los dos en problemas —bromeó, soltando una risita.

—Nosotros no... —Luc dejó de hablar en seco al ver que sonreía —. No sé —se corrigió, bajando la mirada.

—¿Le quieres? —preguntó directamente, sin darle oportunidad de esquivar el tema.

—Mucho —admitió en voz baja—. Nunca dejé de hacerlo.

Sonrió, apretando su brazo con complicidad.

—Tienes que dejar de pensar en el pasado. Céntrate en el futuro, en lo que podéis tener juntos. Avanza y crea nuevos recuerdos, pelea por vosotros. Te aseguro que las cosas pueden ponerse feas, pero si le quieres de verdad, saldréis adelante —le aconsejó con firmeza, pero también con ternura.

—Creía que tú le gustabas —dijo Luc de golpe, sin poder ocultar el pensamiento que lo atormentaba.

Se rio a carcajadas, negando con la cabeza.

—Dragos y yo somos familia. Solo familia, nunca lo he visto de otra forma y estoy seguro de que él a mí tampoco —le aseguró con convicción.

—Eso dice él.

—Deberías empezar a hacerle caso. Dragos nunca dice nada que no quiera decir —contestó con diversión.

Luc no respondió. Se limitó a mirar al frente, pensativo.

—Sé lo difícil que es confiar, créeme. Lo sé —añadió en voz baja —. Cuando has pasado la vida creyendo que el mundo estaba en tu contra, es muy difícil asumir que por fin estás teniendo suerte. Dragos te quiere, pero es un hombre acostumbrado a pensar en todos menos en sí mismo. Tendrás que hacer que saque la cabeza de su culo de vez en cuando.

Los dos rieron, agarrados el uno al otro como si compartieran un secreto.

—Habla con él. No es un hombre intransigente, ni cerrado. Asegúrate de decirle alto y claro lo que quieres, lo que necesitas y lo que no estás dispuesto a tolerar.

—¿Y ya está? —preguntó Luc, incrédulo.

—Confía cuando te digo que si sigues esos consejos todo irá bien. Os queréis demasiado como para desperdiciarlo —añadió, dándole un leve apretón en el brazo.

—Eso está bien, pero ¿cómo me perdono yo por lo que nos hice a los tres? —cuestionó Luc, su voz cargada de culpa.

—Es una buena pregunta —respondió con sinceridad.

—¿De la que no sabes la respuesta? —supuso Luc.

—Solo tú puedes contestar a eso —admitió—, pero creo que deberías dejarte ir. Los lobos funcionamos por instinto; a veces, dejarnos llevar y seguir lo que nos dicte nuestra naturaleza es la fórmula para solucionar los problemas.

—Soy un lobo defectuoso —le recordó Luc, bajando la mirada.

Se detuvo, agarrándolo del brazo para obligarlo a mirarlo de frente.

—Eres distinto, eso no te convierte en algo malo o estropeado. Solo diferente. Y eso no te hace menos valioso. Deja de pensar en ti mismo como algo negativo, abraza tus diferencias, Luc. Son lo que te hace único y especial —sugirió con una sonrisa cálida.

Luc le dedicó una sonrisa abierta y franca, abrazándolo con fuerza.

Sonrió, devolviéndole el abrazo con cariño. Podía sentir en cada resquicio de su cuerpo el cambio, como si algo dentro de él encajara por fin. Su instinto le decía que todo iría bien, estaba seguro.

CAPÍTULO 27

Luc

Se le rompía el corazón en mil pedazos al ver la dulzura y el cuidado casi reverente con el que Dragos trataba a Rune. Lejos de mostrarse lejano a él, hacía todo lo posible por acompañarlo la mayor parte del tiempo y usaba la fascinación de West con su padrino para pasar más tiempo con ellos. Se había convertido en una presencia constante y silenciosa.

Rune se había acostumbrado a su padre con facilidad; a menudo, como ahora, le gustaba agarrarle la cara y mirar de cerca los ojos de Dragos. Siempre se reía con diversión, como si fuera una broma privada que los dos tuvieran los ojos amarillo verdoso. Ese mínimo gesto, tan simple, se había vuelto parte de su rutina compartida, como un secreto solo suyo.

Cada vez que veía a Rune durmiendo en el pecho de Dragos, una satisfacción punzante se le retorcía en el corazón. Sentía, cuando los veía así, que eso era lo que siempre había querido. Ese era el cuadro que había imaginado en sus noches más solitarias, cuando la idea de una familia aún parecía una fantasía inalcanzable.

—¿Te paso el biberón? —preguntó Julian a Dragos.

—Prefiere que le des de comer tú —dijo Dragos, pasándole una pelota a Winter.

La niña le tiró el balón con fuerza, haciéndolo rodar por el suelo a bastante velocidad.

—Buen pase, Win —la felicitó Dragos.

Ella sonrió concentrada, lanzándose a por la bola que él le devolvió. Sus trenzas volaron detrás de ella mientras corría, riendo por lo bajo, con el orgullo reflejado en sus mejillas.

—Dale de comer a tu hijo —le ordenó Julian a Dragos—. Lleva un rato queriendo que le prestes atención.

Dragos paró de jugar para mirar a Rune, quien lo observaba fijamente, ajeno al juego.

—Lo siento, hombrecito —se disculpó, levantándolo en brazos.

Rune rio, desplomándose contra su pecho, con una risita tenue. Se acurrucó como si encajara perfectamente allí, como si ese fuera su lugar natural.

La sonrisa de Dragos se le extendió por toda la cara.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a su hijo, poniéndolo cómodo en su brazo.

—Tiene mucha hambre —concedió West, subiéndose también al regazo de Dragos.

—Soy nuevo en esto; deberías avisarme cuando Rune tenga hambre. Ayuda a tu padrino —le pidió Dragos a su ahijado.

West pareció pensarlo un poco.

—Vale, padrino. Yo te ayudo —concedió muy serio, como si acabara de aceptar una misión importante.

Dragos dejó salir una risotada que hizo que Rune soltara otra risita.

—Creo que los dos deberíais dejar de usar las pulseras —opinó Julian, sentándose al lado de Dragos en el sofá con el biberón en la mano.

—No creo que sea buena idea —contestó, inseguro, mirando a Dragos, esperando saber su opinión.

—Empezamos a usarlas porque teníamos las emociones fuera de control —dijo Dragos—. Pero creo que ahora estamos bien, ¿no?

Abrió y cerró la boca sin saber qué responder, con el corazón latiendo como un loco. Si se quitaba la pulsera, estaría en inferioridad de condiciones; todos sabrían cómo se sentía, pero él seguiría en blanco. Era como estar en una habitación iluminada con los ojos vendados.

—¿Tú quieres quitártela? —preguntó en voz baja, evitando deliberadamente hacer contacto visual con Julian.

Dragos alzó sus ojos amarillos hacia él.

—No tengo nada que ocultar, y estoy seguro de que nuestro hijo no percibirá ninguna emoción negativa de mí —le contestó con seriedad.

—Sería bueno para Rune percibir vuestras esencias —le aseguró Julian con delicadeza—. Y para vosotros también.

Dragos no lo dudó, metió la mano bajo las cuerdas y las rompió como si no fueran nada. Rune estornudó y se quedó sorprendido por el sonido, frunciendo un poco el ceño. Miró a su padre con evidente confusión y luego a West.

—Mi padrino —dijo West, señalando a Dragos—. Papá de RunRun —resumió.

Vio el segundo exacto en el que Dragos se quedaba sin aliento, cuando Rune se puso de pie sobre su grueso muslo y enterró su carita en su cuello. Soltó una risita emocionada y trató de escalar por su pecho, como si quisiera subirse a su cabeza. Sus pequeñas manos se aferraban a la camiseta de Dragos con fuerza sorprendente, como si no quisiera soltarse jamás.

Dragos dejó salir una risita nerviosa, impropia de él, sujetando al pequeño para que no se cayera.

—Pa… —dijo Rune con su pequeña voz—, pa… Pa pa… Pa pá… Papá.

Dragos miró a los otros dos adultos, conmocionado. Su expresión se rompió por completo, como si esa palabra hubiera desarmado todas sus defensas.

Julian sonrió, apretando su brazo con cariño.

—Es un lobo, el instinto y la sangre los llevamos en la piel —le recordó a Dragos.

Él asintió; todavía parecía sorprendido. Dejó a Rune en la alfombra y el bebé fue directo hacia él gateando.

—Papá —repitió, parándose a su lado, con una sonrisa franca y feliz.

Lo levantó en brazos, apretando a su preciado tesoro contra su pecho. Sus dedos se cerraron sobre la espalda del niño como si pudiera grabar el momento en su memoria para siempre.

—Sí, amor. Es papá. Tienes dos papás —le dijo, señalando a Dragos—. Papá. —Se señaló a sí mismo—. Papá.

Rune imitó a la perfección, moviendo su diminuto dedo hacia el alfa.

—Papá.

Dejó salir una risa acuosa.

—Papá —le concedió.

Rune lo señaló y repitió.

—Papá.

Rio, apretándolo de nuevo entre sus brazos.

—Sí, peque. Dos papás.

Julian sonrió radiante, mirándolos a ambos. Sus ojos brillaban, como si supiera un secreto que se negara a compartir.

—Buenas señales, chicos. Es un día memorable, es un día especial. Vamos en la dirección correcta —les aseguró Julian, poniéndose en pie. Le pasó el biberón a Dragos y desapareció en la cocina, dejándolos a los cuatro solos.

Dragos miró a West, que seguía recostado sobre él.

—¿Tú qué dices, pequeño milagro? ¿Rune estará bien?

West sonrió, cogiendo el biberón de Rune.

—Rune está muy bien —le prometió antes de ponerse a tomar él solo el biberón.

Los dos miraron al niño con incredulidad antes de mirarse entre sí y estallar en carcajadas.

Sí, Rune estaba bien.

Y ellos también.

Tyler

—¿Y a qué huele Dragos? —preguntó con curiosidad mientras miraba a Dragos con Rune y West en brazos.

Julian rio a su espalda.

—No huele, grita —interrumpió Agara.

Volvió a mirar a Julian, esperando una explicación.

—Está enamorado —le tradujo, sonriendo.

Puso los ojos en blanco, mirando a los dos con reproche.

—Para eso no necesitaba tener olfato de chucho. Es obvio —les dijo.

Julian y Agara rieron.

—No lo entiendes, no hay enfado, no hay rencor. Solo amor; es una torrente de amor a su hijo y a Luc —concretó Agara.

Miró incrédulo a Julian, que asintió para indicarle que era verdad.

—¿En serio? ¿Nada de rencor, ni un poquito?

—Ni un ápice —le prometió Julian—. Su olor es todavía más fuerte que antes de irse Luc.

Observó al alfa por la ventana.

—Eso sí no me lo esperaba —admitió, con una nota de asombro real en la voz.

Julian se puso a su lado, mirando al lobo, señalándole cosas a los niños.

—Tiene un corazón enorme —le dijo Julian—. Tener un hijo une mucho, sobrevivir desgracias también, pero no es suficiente para recuperarse de algo como lo que pasó entre ellos.

—No, pero el amor sí. Reconocer el error, pedir perdón y saber dejar los errores atrás, eso sí une —opinó, con la voz algo más baja, como si lo dijera más para sí mismo que para los demás.

Agara suspiró, apoyándose también en la encimera para mirar.

—No se puede vivir para siempre en el pasado, pero hay que tener valentía para seguir adelante —añadió ella, cruzándose de brazos como si intentara contener una emoción que no quería mostrar.

—Pues entonces podemos estar tranquilos, porque les va a ir bien, ya que amor les sobra —comentó convencido—. Luc todavía no se quitó sus pulseras.

—No, creo que está esperando a hacerlo a solas con Dragos —opinó Julian.

—Hace bien, el aroma de uno es algo muy íntimo; yo también dejé que Andrew me oliera antes que los demás —confesó, bajando la mirada con una sonrisa leve al recordar aquel momento.

—Hablando de Andrew… —empezó a decir Julian—. ¿Qué hay de cierto en esos rumores sobre dos personas retozando en los alrededores de mi casa?

Notó el calor subiendo por su cuello, pero llevaba viviendo entre lobos desde su adolescencia; no iba a dejarse ganar.

—Ni idea. Rumores malintencionados, seguro —mintió con descaro, sabiendo que ellos lo sabrían—. Gente envidiosa, sin duda.

Los dos lobos rieron a carcajadas. Rio con ellos, fijándose en cómo Luc se acercaba a Dragos para hablar con los niños. El gesto era tan natural, tan familiar, que por un momento se olvidó de todo lo que había pasado.

—¿Viste ya el ritual? —quiso saber Julian.

—Sí, le doy mi visto bueno si es que sirve de algo —contestó.

—Lo hace —le aseguró Agara.

—Yo esperaría a la luna llena para hacerlo, para tener toda la energía que podamos de la luna para Rune. Aunque creo que todos podemos ver la mejoría, ¿verdad?

Los dos lobos asintieron con la cabeza.

—Pasa más tiempo despierto y tarda más en cansarse.

—Está de mejor humor —añadió Agara.

—Y dice algunas palabras; ya está consciente casi todo el tiempo. La mejoría es notable —dijo Julian, muy seguro.

Dejó salir el aire, notando su pecho más ligero. No se había dado cuenta de cuánto había estado conteniendo la respiración hasta ese momento.

—Si el ritual funciona, podríamos salvar a muchos lobos perdidos —declaró emocionado.

—No lo creo —le cortó Agara—. El caso de Rune es muy específico, un omega que está luchando con la conciencia y no ha probado la sangre. No es lo normal; lo primero que hace un omega es probar la sangre humana. Si lo hubiera hecho ya no habría vuelta atrás.

Se desinfló al escucharla. La ilusión se le resbaló de los hombros como una manta que ya no abrigaba.

—Puede que encontremos otro caso —dijo en voz baja.

—Es posible —concedió Agara—. Pero tiene que ser un nacido de lobo. Eso casi no pasa.

Frunció el ceño, lanzándole una mirada iracunda a la loba.

—Felicidades, acabas de convertirte en una loba amargada.

Agara se estremeció con asco.

—No me llames así. Eso se lo dejo a Andrew —protestó ella.

Julian y él rieron al ver la expresión desconcertada de Agara.

—No seas tan exquisita. Puedo llamarte loba amargada, pero lobo amargado solo hay uno, el original, y créeme: Andrew Reill es inconfundible.

Agara suspiró, abrazándose a sí misma. El gesto tenía algo de resignación y otro poco de ternura contenida.

—Necesito buscarme mi propio lobo; estar con vosotros hace que me sienta muy sola —se quejó.

Julian estalló en risas, agarrándolo a él mientras los dos reían.

—Perfecto, ya tengo nueva misión. Buscarte un pretendiente. Julian, rápido. Hazme una lista con los lobos solteros de la manada —ordenó al lobo, que asintió.

—¿Y qué pasa si quiero una loba? —preguntó ella, mirándolos con los brazos cruzados.

Los dos dejaron de reírse, observándola.

—Uyyy, qué moderna —le dijo en broma—. Julian, sé más rápido aún, consigue los nombres de todos los lobos y lobas que respiren.

Los tres estallaron en risas, apretándose los unos contra los otros como si fueran niños. Ese instante, cálido y caótico, le supo a hogar. No había un solo día de su vida en que no diera las gracias por haber encontrado a su manada.

CAPÍTULO 28

Luc

La casa se sumía en un cómodo y cálido silencio cada noche; en vez de resultarle inquietante o solitario, ese silencio se deslizaba por los pasillos como una caricia discreta, y lo acogía con la familiaridad de un jersey en una tarde fría de invierno.

Pasó de puntillas por el pasillo, deteniéndose en la habitación de los niños, que dormían pacíficamente, apelotonados los unos sobre los otros. Las mantas apenas los cubrían y un par de piernas se asomaban bajo las telas, formando un revoltijo de respiraciones lentas y sueños compartidos.

Pasó por delante de la habitación de los demás; todas las puertas estaban abiertas y mostraban a sus ocupantes dormidos. Nadie se molestaba en cerrarlas, salvo si querían intimidad. Cada estancia proyectaba un trozo de vida en calma: una pierna colgando de la cama, un libro olvidado en el suelo, un leve ronquido que se perdía entre las sombras.

Bajó las escaleras despacio, abriendo la puerta todo lo delicadamente que pudo, y salió al porche.

Varios lobos de la manada de Salem aparecieron transformados delante de él. Los saludó con respeto y esperó a escuchar cómo se iban antes de moverse. Sabía por experiencia que a Dragos le gustaba más el exterior y, aunque no se separaba por mucho tiempo de la casa para no alejarse de los niños, todas las noches deambulaba un rato por el bosque.

Imaginó que estaría transformado, así que confió en que lo encontraría a él. Anduvo entre los imponentes árboles. Igual que en Aurora, había algo especial en Salem, una energía única y tan fuerte que era difícil no percibirla con facilidad, incluso para alguien tan limitado como él. El aire olía a tierra húmeda y a hojas añejas, a un

mundo antiguo que respiraba a través de cada rama. Las raíces crujían bajo sus pasos como si lo saludaran en voz baja.

Dejó caer las pulseras mientras avanzaba hacia el río. No podía esperar; si quería un futuro con Dragos, no debía guardar secretos. Estaba más que dispuesto a ofrecer cada uno de ellos si así podía hacerle entender que era sincero.

Miró al cielo. La luna creciente iluminaba la noche, filtrando su luz entre las copas de los árboles y tiñendo el mundo de reflejos plateados que bailaban sobre el agua. Todos y cada uno de ellos le habían dicho que ser un lobo era, en gran parte, cuestión de instinto, el mismo que ahora le decía que había llegado el momento de dejarlo todo atrás.

Se quitó la ropa y avanzó hasta el agua sin dudar. El agua estaba gélida cuando metió los pies, pero nada que no pudiera soportar. Se concentró en todos los miedos con los que llevaba cargando desde que tenía conciencia, en cada paso dado, basado en el miedo que lo llevó a cometer errores.

Pensó en su naturaleza: desconfiada, cerrada y dañada por los golpes de la vida. Visualizó cada una de esas heridas como pétalos de una flor cerrada, y forzó cada uno de ellos a desprenderse de él, pensando en todas las personas que conformaban su vida, en todo el amor y la comprensión que había recibido. Retiró cada pétalo corroído y seco hasta encontrar la parte más diminuta de la flor, la más delicada y frágil. Esa parte que aún no había sido tocada por el miedo. Esa que había resistido, silenciosa, esperando que llegara este momento.

Se sumergió en el agua, deseando protegerse con todas sus fuerzas, volverse fuerte y crecer firme. Quería ser mejor para su hijo, para sus amigos, para su manada, para Dragos… pero, sobre todo, deseaba con toda su alma ser mejor para sí mismo. Quería cuidar de los demás y devolver a las manadas todo el apoyo y la fidelidad que le habían demostrado.

Cuando sacó la cabeza del agua, se sintió renovado, diferente. Dejó que la corriente del río limpiara su cuerpo y su mente, arrastrando el peso invisible que había llevado durante años, y permitiendo que la luna sellara ese pacto entre ellos del que nadie

más podía ser testigo. La sensación de paz lo inundó por completo, con la certeza de que estaba exactamente en el lugar donde debía estar.

Era como si la naturaleza misma lo acogiera, reconociéndolo al fin como uno de los suyos.

Salió del agua y miró a la luna de nuevo.

—Más fuerte, más seguro, mejor —murmuró al cielo.

El calor inundó su cuerpo palmo a palmo y una extraña contracción lo hizo doblarse por la mitad. Era como si algo antiguo se despertara dentro de él, algo que siempre había estado ahí, dormido bajo capas de miedo y resignación.

Y ahora, por fin, se atrevía a despertar.

Estiró la mano para evitar chocar contra el suelo, pero en su lugar encontró una pata. Su cuerpo se transformó con facilidad, una transformación que jamás había sentido. Fue como deslizarse en una corriente cálida, sin resistencia, sin dolor. En un segundo era él mismo; al siguiente, su lobo había tomado el control.

El pánico se extendió por su interior. No podía estar tan cerca de la casa, de los niños… Solo entonces se dio cuenta de que estaba pensando con más claridad que nunca. Su mente no era un torbellino de instinto, como temía, sino un espacio nítido, donde cada pensamiento brillaba con una calma nueva.

Dragos apareció delante de él en su forma de lobo, enorme, majestuoso y sereno.

Se quedó petrificado, sin comprender qué debía hacer. ¿Estaba allí para reducirlo? ¿Era peligroso?

Dragos se acercó despacio. Frotó su lomo contra el suyo en una reconfortante caricia que lo hizo sonreír, aunque no tenía claro si en su forma de lobo eso era posible. Su olor le llegó con tanta fuerza que era casi tangible, un aroma penetrante, picante e intenso. En su piel percibía también el bosque y la tierra, como si cada hebra de su pelaje contuviera las raíces de aquel lugar.

Su cuerpo, aunque nuevo y salvaje, no temblaba. En vez de eso, algo dentro de él reconocía a Dragos, a su manada, como si hubiera estado esperando este momento toda la vida. No era solo su forma

la que había cambiado; era una puerta abierta que nunca antes se había atrevido a cruzar.

Giraron juntos, enredándose el uno en el otro, apretándose contra sus cuerpos, buscando estar más cerca. Fue una felicidad extraña, más cruda y real que cuando era humano, una dicha instintiva que se filtraba por cada fibra de su nuevo cuerpo. Quizá porque era más inmediata, más honesta. No lo sabía, pero fue una sensación increíble correr juntos por el bosque. Nunca habían podido hacer eso porque su lobo solo salía cuando se sentía amenazado, y ahora, por primera vez, lo guiaba el deseo, no el miedo.

Cada zancada entre los árboles era una afirmación, una promesa muda de pertenencia. El suelo bajo sus patas no era solo tierra: era hogar, era manada.

Corrieron durante horas, perdiéndose entre los árboles y el aroma fresco del amanecer, hasta que el sol empezó a despuntar en lo alto, tiñendo el bosque de un dorado suave. Volvieron a la casa. Alaric estaba con Tyler y Andrew en las escaleras, sonriéndoles.

Tyler no dudó un segundo en saltar las escaleras para acercarse a ellos, abrazándolo del cuello.

—Felicidades, Luc. Por fin encontraste tu camino —le dijo, exudando un olor limpio y claro, vibrante. Felicidad.

Luc lo sintió como un eco que respondía al suyo, como si también su cuerpo supiera reconocer ese momento.

Apretó la cara contra él, disfrutando de su aroma.

West y Winter salieron corriendo de la casa, junto a Rune, que los miraba sonriendo desde los brazos de Julian.

El olor de Rune era, sin una palabra mejor para definirlo, maravilloso. Una mezcla perfecta y delicada de su olor y el de Dragos, con un toque limpio y puro muy similar al que emanaban West y Winter. Pero había algo más, una nota cálida y nueva, como el calor que queda entre las sábanas al despertar, como piel tocada por el sol. Ese aroma le inundó como un recuerdo que aún no había vivido, un lazo que no sabía que ansiaba. Lo envolvía con la misma naturalidad que un suspiro, despertando en su interior algo instintivo, profundo y sereno.

Se giró hacia West, avanzando unos pasos para acortar la distancia, sorprendido al notar su extraño aroma fundido con el de Rune. Ese rastro compartido le desconcertó: era suyo, de algún modo, como si una parte de él viviera también en ese niño. Había algo de sí mismo en ese niño que rio divertido, acariciándole la cara sin miedo.

—Eres un lobo muy bonito, papá Luc —le alabó con voz alegre West.

Las palabras lo golpearon con una ternura inesperada. No solo era Luc, también era su lobo, y por primera vez no se sentía dividido entre ambos.

La sorpresa le arrancó un bufido, mientras Andrew reía disimuladamente y Tyler no se contenía junto a Julian.

Agara salió con dos batas.

—Hora de transformarse, Luc —le ordenó ella.

Se giró hacia Dragos esperando alguna indicación, ya que no tenía ni idea de cómo volver a ser humano de forma consciente; generalmente se desmayaba después de transformarse.

Dragos volvió a su forma humana sin dificultad, poniéndose la bata con cuidado de que los niños no lo vieran desnudo.

—Cierra los ojos e imagina tu cuerpo. Haz un repaso mental de cada parte de tu cuerpo —le aconsejó.

—Respira despacio y profundamente, es como dar un salto —añadió Alaric.

Tardó un poco, pero supo que lo había conseguido cuando sintió una sensación cálida recorriendo su cuerpo. Fue como si la piel, los huesos y la carne se recordaran a sí mismos. Pero también como si su forma humana no negara al lobo, sino que lo envolviera con suavidad, reconociéndolo.

Abrió los ojos y Agara ya tenía la bata abierta delante de él.

—Buen trabajo —le felicitó ella—. Cuanto más lo hagas, más sencillo será.

—Ahora tienes que dar a tu cuerpo los cuidados necesarios. Come lo suficiente y vete a dormir —le ordenó Alaric.

Recogió a Rune de los brazos de Julian y él no tardó ni un segundo en apretarse contra él.

—¿Viste a papá, Rune? —le preguntó al pequeño, arrullándolo—. Ahora papá podrá transformarse contigo.

Rune rio contra su piel, pero siguió pegado a su cuello.

—Te dije que el olor ayudaría —le recordó Julian riendo, revolviendo el pelo de Rune.

—El tío Luc huele bien —señaló Winter, agarrándose a la mano de Tyler.

—Seguro que sí —concedió el humano, riendo.

Dragos le pasó la mano por la cintura, acercándolo a él. Sonrió, feliz, tanto que no sabía ni qué decir. Era una felicidad silenciosa, sin forma, que se le metía bajo la piel como un susurro. Ya no tenía que luchar para pertenecer. Su lobo y su manada estaban allí, esperándolo.

Dragos le devolvió la sonrisa, como si fuera conocedor de lo que sentía, apoyándose en él, dejándose caer contra su costado. Le sostuvo, sintiendo cómo por fin encajaba, como si todo lo vivido hubiera sido solo el camino para llegar allí. Por fin estaba en casa.

CAPÍTULO 29

Luc

Siguió los consejos de los demás y, después de un desayuno que parecía más una comida, subió a ducharse para ir a dormir.

Cuando se despertó, era de nuevo mediodía y le esperaban buenas noticias.

—¿Entonces podemos hacer el ritual esta misma noche? —preguntó, acariciando el pelo de Rune, que sonrió medio dormido en sus brazos.

—Sí, no es necesario que sea un momento especial. Solo que dos personas que compartan su sangre estén con él al amanecer y que sea luna llena —le explicó Abba—. Cuanto más profundo sea el vínculo, mejor, y como es un bebé, no hay nada más cerca de él que vosotros.

—¿Realmente creéis que funcionará? —preguntó, mirando a Tyler y Dragos.

—La manada de Salem tiene una tradición sobre la magia y la energía que no puede ni compararse a la de las demás. Hay un pozo de energía aquí abajo. Si existe alguna posibilidad de ayudar a Rune, sin duda este es el mejor lugar —le tranquilizó Tyler.

West escaló por el cuerpo de Dragos, echándole los brazos al cuello.

—Todo va a salir bien, padrino —aseguró el niño sin dudar.

Rune se removió entre sus brazos, completamente despierto al ver a West. Le pasó el niño a Dragos para que pudiera estar cerca de su amigo.

West rio, abrazándose con Rune.

—El abuelo dice que RunRun ya no va a estar enfermo y que puedo quedármelo —les aseguró el niño, muy serio.

—¿No me digas? Por mucho que aprecie a tu abuelo, creo que Luc y yo tendríamos que decidir sobre si puedes quedarte a Rune —le dijo Dragos al niño.

West giró la cabeza, como un cachorro desconcertado.

—Creo que no —respondió muy serio West.

Dragos dejó salir una risotada.

—Soy su padre —le informó, mirando a su ahijado.

West asintió con la cabeza, dándole la razón.

—Sí, ya lo sé. Y el tío Luc también —concretó el pequeño, para dejar claro que entendía—. Pero yo quiero quedarme con RunRun, entonces me lo quedo.

De nuevo, Dragos estalló en risas, e incluso él tuvo que reírse al ver la seriedad del niño mientras lo miraba muy concentrado. Rune dividía su atención entre su padre y West.

—Mocoso. ¿Y yo no tengo nada que decir? —le preguntó Dragos con una enorme y preciosa sonrisa en el rostro.

West miró a Dragos unos segundos, pensando.

—Juraría que no —lo pinchó Tyler, mientras Agara y Julian reían.

—No. Vamos a casarnos —dijo West con toda la seguridad que podía reunir un niño de su edad.

De nuevo, la carcajada de Dragos lo inundó todo, haciendo que contener la risa fuera imposible también para él.

—Eres muy pequeño, ¿qué sabes tú de bodas? —intentó razonar el alfa.

—Todo —dijo el niño, muy seguro—. Papi se casó con papá, y cuando pregunté por qué se casaron, papá me dijo que era porque papi era su persona favorita, su mejor amigo.

Julian rio, mirando a su hijo con cariño.

—Y papá es la persona favorita de papi —le aseguró Julian, apoyando su argumento.

—¿Y Rune es tu mejor amigo? —preguntó Dragos con ternura, acariciando el pelo de su ahijado.

—Sí —aceptó West, asintiendo de forma vigorosa.

—Bueno, hagamos un trato. Puedes ser el mejor amigo de Rune, pero tendrás que esperar a ser mayor para que él decida si quiere quedarse contigo —razonó Dragos.

—No me importa esperar —aceptó sonriendo West—. RunRun siempre va a elegir estar conmigo.

Como si quisiera demostrarlo, abrazó a Rune, que rio sin protestar por ser achuchado, antes de que los dos bajaran al suelo y se pusieran a correr por el exterior.

—No se anda con rodeos —dijo Tyler, mirando a Dragos—. Autoestima tiene de sobra para él y toda la manada —bromeó.

Dragos sonrió, tumbándose en la hierba, dejando que el sol le acariciara la piel y sus ojos brillaran aún más intensos.

Los demás volvieron al interior, pero él se quedó fuera, viendo a los niños jugar.

—¿Te molesta que West diga esas cosas? —le preguntó Dragos con curiosidad—. Es un niño, no entiende lo que dice.

—Yo creo que lo entiende muy bien —lo contradijo con diversión, al ver cómo le enseñaba una mariquita a Rune, poniéndola en su dedo. La cara de su hijo se iluminó de felicidad.

—La esencia de Rune tiene que ser compatible con la suya; no es habitual a esas edades, pero los dos son lobos diferentes. Imagino que eso es lo que lo tiene tan fascinado, pero es inofensivo —le dijo Dragos con una sonrisa, acompañando sus palabras con una mirada tranquila, también dirigida a los niños.

—No estoy preocupado, ni enfadado. Es obvio que Rune lo adora y West cuida de él. Aunque reconozco que sería bonito... imagínate descubrir al amor de tu vida en la niñez.

Dragos sonrió, asintiendo.

—Rhys y Deklan son la muestra de ello. Los separaron de niños y se encontraron de adultos, pero esa conexión seguía viva, incluso sin reconocerse.

Se puso de pie y fue a sentarse a su lado, acortando la distancia entre ellos con un gesto pausado, para poderle mirar mejor y porque quería estar más cerca de él.

—Supongo que el amor tiene formas peculiares de abrirse camino, incluso cuando todo parece perdido —señaló, atreviéndose a encontrarse con sus ojos.

Dragos le sostuvo la mirada, y su olor, que ya de por sí era penetrante, se intensificó, envolviéndole como una oleada cálida.

—No creo que el amor pueda perderse; creo que desaparece o que la gente se rinde —opinó Dragos.

Asintió, avergonzado, pero recordó las palabras de Tyler, que volvieron a él. Confianza, creer fervientemente que los que te quieren te mantendrán a salvo.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? ¿Desaparecemos? ¿Nos rendimos? —preguntó con el corazón acelerado y el alma en vilo.

—Esa es tu decisión. Soy el alfa, tengo obligaciones y, como mi pareja, las tendrás también, además de un hijo. ¿Qué quieres hacer? Antes de que digas nada, quiero que sepas que hablé con los demás alfas; todos aceptan recibiros a ti y a Rune en su manada.

La respiración se le cortó al escucharlo, como si de pronto el mundo se volviera más ligero e irreal, como si todo el peso que había estado arrastrando desapareciera de golpe.

—¿Dejarías a Rune quedarse fuera de Aurora? —preguntó con voz temblorosa.

—Quiero que seas feliz, que Rune lo sea también. No podrá vivir sin la conexión que tiene con Aurora y conmigo, pero podríamos organizarnos, pasar temporadas conmigo y otras en vuestra casa. Puedes irte con quien quieras, pero me gustaría que tuvieras como primera opción Salem. West y Winter están aquí, y su seguridad es excelente; viviría más tranquilo si supiera que los Madsen cuidan de él.

—Va en contra de la tradición que un heredero viva lejos de la manada —le recordó sin poder contenerse, porque no podía creer que, después de todo lo que había pasado, Dragos le diera esa confianza.

—Ya lo sé. Pero Julian tiene razón: tenemos que evolucionar, y creo que tantos herederos en una misma generación, con habilidades tan especiales y tan precoces, tienen que ser una señal de que llegó la hora de cambiar. Ya te conté cómo fue mi infancia; la historia se repite en cada alfa nacido que encuentres. No quiero que Rune sea como Rhys, que aborrezca su naturaleza o acabe convertido en omega. Espero que mi hijo tenga una vida mejor que la mía —declaró, mirando a Rune gatear hacia West, que le ofrecía

un gusano para que pudiera examinarlo con esos ojos enormes, llenos de curiosidad.

—Quiero volver a Aurora —le aseguró.

Dragos volvió su atención hacia él.

—No eras feliz conmigo —le dijo él con suavidad.

Negó con la cabeza, tragándose el nudo de emoción que le subía por la garganta.

—Fui inmaduro, tenía que haberte contado lo que me pasaba. No me fui porque no te quisiera; sé que ahora lo sabes. Puedes olerme, saber si miento. —Lo agarró de la mano y tiró de él para que se incorporara y acabaran sentados el uno junto al otro.

—No hace falta que lo hagas —le aseguró Dragos en voz baja, con un tono inseguro que le apretó el corazón.

Puso la mano sobre su mejilla para obligarle a mirarle a los ojos. La dejó allí, acariciando con sus dedos su piel. Dragos giró la cabeza, casi como si fuera a rehuir su contacto.

—Te quiero, Dragos —aseguró con firmeza.

Él cerró los ojos y tomó una respiración profunda. El silencio entre ellos era tenso, pero no incómodo, cargado de una emoción contenida. Dragos cerró los ojos y apoyó la frente en la suya, respirando con él, para él.

—Te quiero —le repitió, porque necesitaba que le creyera—. Entenderé si necesitas tiempo o si no me aceptas, pero quiero que sepas que voy a esperarte. No importa cuánto tiempo pase, ya he vivido sin ti y no quiero volver a hacerlo. Te esperaré —prometió.

Dragos le sujetó el cuello, apretando sus frentes juntas.

—Esta vez lucharé por ti, te diré cuando sea demasiado, pediré ayuda si la necesito. Te lo juro, voy a pelear por nosotros. —Puso en cada palabra todos los sentimientos que llevaba guardando desde que le conoció, cada una de las emociones que había tenido que forzarse a encerrar para sobrevivir sin él.

Los dedos de Dragos presionaron sobre su nuca, mientras su respiración errática le acariciaba los labios.

—No me importa dónde vamos a vivir, no me importa lo que hagamos, tú eres mi hogar —le juró. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que temió que pudiera oírlo. No pudo contenerse y selló

sus labios juntos en un beso casto, pero impregnado de una promesa que solo ellos podían entender.

Los brazos de Dragos lo rodearon, estrechándolo en un abrazo. Se separaron, pero siguieron abrazados, refugiados en el calor del otro, como si el mundo al fin les concediera una tregua.

—No sobreviviré si vuelvo a perderte —le musitó Dragos al oído, destrozándole el alma con esa confesión tan cruda y sincera.

—Ni yo a ti —concedió—. Dejemos el pasado atrás y empecemos de nuevo. Danos una oportunidad.

Dragos se retiró para poder mirarle a la cara; había lágrimas cayendo por su pétreo rostro y sus ojos verdes refulgiendo con más fuerza que el sol en pleno mediodía.

—Empecemos de nuevo —aceptó Dragos.

Los dos dejaron salir el aire de repente, como si llevaran conteniendo el aliento durante horas y no segundos.

—Gracias. Gracias. —La emoción le pudo, y sus ojos se humedecieron antes de notar cómo se mojaban sus mejillas.

—Yo estaré más tiempo en casa, delegaré y elegiré con cuidado para no estar mucho tiempo lejos de vosotros —prometió Dragos—. Pero incluso cuando mis obligaciones me exijan demasiado, debes recordar que vosotros seréis siempre mi todo.

Sonrió, con el alivio expandiéndose en su interior como un amanecer cálido tras una larga noche.

—Te quiero —le susurró Dragos, volviendo a besarlo, despacio y suave, apenas un contacto de labios con labios.

Se separaron y aprovechó para abrazarse a su cintura, apoyando la cabeza en su pecho. La sensación de paz que llevaba años esquivándole volvió a él como una caricia conocida.

Todo iría bien. Habían sufrido, se habían equivocado, pero el camino hacia el otro estaba en medio del perdón y del amor que los dos seguían sintiendo el uno por el otro.

CAPÍTULO 30

Dragos

La mano de Luc temblaba ligeramente atrapada en la suya. Rune miraba a los adultos sentado en medio del bosque. Sonreía de forma inocente agarrado a la mano de West, los dos sentados en el suelo. Winter se coló entre las piernas de Julian y se sentó detrás de ellos.

—Todo está listo —aseguró Alaric volviendo al círculo que habían formado—. Estamos solos, hice que todos los guardias se fueran.

Todos se volvieron a Tyler, que estaba releyendo el libro de los Madsen con Julian.

—¿Quién va a ejercer de maestro de ceremonias? —preguntó Luc, nervioso, a su lado.

—Julian —le recordó, no le reprochaba que no recordase algo que le habían dicho más de diez veces. Él también estaba nervioso.

Julian levantó la cabeza al escuchar su nombre.

—Tranquilos, debería ser fácil. Vamos a consagrarlo a la sangre de Dragos, que es su alfa y antepasado, eso debería ayudar al lobo de Rune a atarse a su padre y equilibrarse para poder ser más consciente.

La mano de Luc le apretó tanto los dedos que, si fuera humano, estaría quejándose.

—¿Y si no sale bien? —preguntó Luc en un murmullo que todos oyeron por lo cerca que estaban.

—Saldrá bien —le reprendió Tyler con dureza—. Hay que estar convencidos de que será así, la magia es intención, no podemos dudar. Funcionará —aseguró, mirándolos a ambos.

Una oleada de cariño cálido y vibrante le recorrió por completo. Tyler siempre sabía qué decir en los momentos de crisis y cómo devolver la calma al momento.

Julian se sentó con las piernas cruzadas delante de los tres niños.

—Empecemos. Ya sabéis lo que hay que hacer, cerrad los ojos y visualizadlo sano. Os digo por experiencia que eso ayuda —les dijo Julian, mirando con amor a West.

Tyler sacó un pequeño cuchillo que Abba le había regalado, se hizo un pequeño corte en la mano y dejó que unas gotas cayeran directamente a la tierra. Se lo pasó a Andrew y uno a uno repitieron el mismo gesto, con movimientos solemnes, mientras Julian empezaba a recitar las palabras del ritual.

Todos cerraron los ojos y buscaron la mano del contiguo. Todos en aquel círculo eran familia, habían viajado desde sus manadas y pospuesto sus vidas para ayudarlos, habían trabajado incansable para buscar una solución como si Rune fuera su propio hijo. No los habían soltado ni un solo día, fueron fuente de consuelo y aliento a cada minuto. Habían estado allí en los silencios, en los desvelos, sosteniéndose unos a otros sin necesidad de palabras. No compartían sangre, ni alfa, pero todos eran una misma manada.

Un rayo golpeó su pecho y un torrente de energía se expandió por todo su cuerpo antes de replegarse hacia sus manos. Toda esa magia sin control que salía de él no estaba sola. Reconoció la esencia nerviosa de Luc, la calma de Alaric, la refrescante frialdad de Atik, la apasionada de Tyler, la extraña de Abba, el sosiego de Adler, la afabilidad de Emily, el poder tranquilo de Rhys, la lealtad de Deklan y la fiereza de Agara. Cada una distinta, inconfundible, como notas únicas dentro de una misma melodía que resonaba en su interior. Y en el centro de ese huracán de poder estaba Julian, estable, poderoso, calmado y rebosante de algo que era imposible definir. No era solo magia, era voluntad, era amor contenido, era certeza.

Levantó la cabeza al cielo, sin abrir los ojos. Nunca había estado tan lleno de energía, jamás se había sentido tan pletórico de su magia de lobo. Estaban conectados al suelo como una toma de tierra, la fuerza de la familia Mansen estaba con ellos, todos los antepasados que habían luchado por esas tierras, cuyas voces parecían vibrar en el aire, en las raíces, en las piedras. El suelo bajo sus pies no era solo tierra, era legado. Pero no estaban solos, pudo percibir a su padre y a su abuelo, y a su propia sangre en cientos de

personas que le precedieron y llevaban su propia sangre. Estaban allí, envolviéndolos en una presencia invisible pero tangible, como un murmullo que se filtraba en cada aliento.

Bajó la cabeza, tratando de contener dentro de su cuerpo ese torrente de energía salvaje y cíclica que los atrapaba a todos. Abrió los ojos y la visión le quitó el aliento. Por un segundo pudo ver la esencia mágica de los niños, y fue tan maravillosa y sobrecogedora que se grabó para siempre en su mente. Destellos de luz vibraban a su alrededor, breves como un parpadeo, pero tan intensos que dejaron huella.

El poder de Winter era casi aterrador, su lobo era una bestia colosal y oscura, pero tranquila, la definición de un guardián en su máxima expresión. Un equilibrio perfecto entre contención y fuerza, un aviso silencioso de que nadie debía cruzar ciertos límites.

El lobo de West era casi tan grande como el de su hermana, pero de un suave color castaño. No parecía amenazante, pero no lo necesitaba. Irradiaba un poder tan fuerte que obligaba a contener el aliento, una presencia serena que lo llenaba todo sin esfuerzo. No intimidaba, imponía.

Y luego su niño, su precioso hijo, que era un lobo enorme y aterrador, pero no estaba en posición de ataque. Permanecía en perfecta calma entre los otros dos lobos. Su esencia era tranquila y equilibrada. No era la de un omega, sin duda era un alfa. Uno que no necesitaba alzar la voz para ser escuchado, que simplemente era.

La voz de Julian se perdió en el bramido del viento y el poderoso rugido de la tierra, que advertía que se partiría por la mitad. El cielo pareció tensarse sobre ellos, como si contuviera la respiración.

Cerró los ojos y rezó con todas sus fuerzas a la sangre, a su familia que ya había trascendido, rogando que protegieran a su hijo. Rogó a los antepasados de cada uno de los presentes, confiando sin dudar en que los ayudarían. Suplicó a la luna, madre de todas las criaturas de la noche, que protegiera a su hijo, y confió sin restricciones en que todo el amor que los rodeaba tenía que hacer una diferencia. Ese amor tejido con años de lucha, pérdidas y victorias, era su verdadera fuerza. Un amor que no pedía nada, solo daba, y en su entrega se hacía invencible.

El mundo pareció detenerse de repente y todos cayeron de rodillas al suelo cuando por fin se rompió el enlace que los tenía sujetos. El silencio que siguió fue tan abrupto como el estallido anterior, como si la tierra se hubiese vaciado de sonido.

Abrió los ojos cuando todavía no había tocado el suelo, como si su cuerpo se negara a desconectarse del momento. Rune estaba desmayado, bocarriba en la tierra. Se arrastró hasta él todo lo rápido que pudo, poniéndole la mano en la barriga para moverlo. Su piel estaba fría, pero el pecho subía y bajaba. Vivía. Esa sola certeza bastó para que el nudo en su estómago empezara a aflojarse.

—Rune, Rune —llamó, con la voz temblando de urgencia.

West se inclinó sobre Rune y le tocó con el dedo índice en la frente.

—RunRun, arriba, RunRun —ordenó con su suave voz.

Rune parpadeó, abriendo los ojos, fijándose en el otro niño.

West le dedicó una sonrisa radiante.

—Qué bonitos —musitó West, rozando la sien de Rune con una delicadeza casi reverente mientras veía su cara.

Se sentó en el suelo y miró a Luc, que estaba de rodillas a su lado.

—Verdes —musitó, sorprendido—. Tienes los ojos verdes, nada de amarillo, solo verde.

Cerró los ojos y miró a la luna, mientras a su alrededor sonaban gritos de júbilo. Luc se lanzó sobre él para abrazarlo. Respondió al gesto sin molestarse en contener las lágrimas, dejándose llevar por el alivio que lo desbordaba.

—¿Lo viste? —preguntó, mirando a Julian, que abrazaba a West y Winter sin dejar de llorar—. ¿Viste a su lobo?

—Todos lo vimos —contestó Atik, abrazando a los tres al mismo tiempo.

—Es nuestro futuro —dijo Alaric, con los ojos llenos de lágrimas —. El de todos.

Apretó a Luc con fuerza bajo un brazo y consiguió agarrar a Rune, que todavía parecía un poco aturdido.

Besó la frente de su hijo y la sien de Luc.

—Y es un futuro brillante —dijo, sonriendo con una convicción que le nacía de lo más profundo de su alma.

Luc

Sonrió viendo a Rune dormido sobre el pecho de Dragos, respirando con suavidad, como si todo su pequeño cuerpo se hubiese rendido al fin al descanso. Apenas habían conseguido que cenara algo antes de que se quedara dormido.

—Lo conseguimos —dijo maravillado, acariciando su pequeña espalda mientras se ponía cómodo en el hombro de Dragos.

—Lo hicimos —contestó él, sin dejar de mirar a Rune con ternura embobada.

—¿Y qué pasa ahora? —se atrevió a preguntar, en voz baja.

—Ahora tenemos que volver a Aurora y dejar que la manada conozca a su próximo alfa. Pero si aún no estás listo para irnos, podemos quedarnos un poco más —ofreció Dragos.

—Creo que tenemos que hacerlo, no creo que haya un momento adecuado. Además, tengo que ganarme el perdón de todos, voy a necesitar tiempo. Cuanto antes, mejor.

—No tengas miedo de eso —lo consoló Dragos, acariciando el brazo con suavidad—. Será difícil al principio, pero contesta siempre con sinceridad y sé abierto con los demás. La verdad, la luna y el sol son lo único que no se puede ocultar. Si les abres tu corazón, la manada latirá contigo.

Sonrió emocionado, porque escuchar cómo lo aconsejaba calmaba cualquier temor que pudiera tener, como si su voz tejiera certezas en medio del vértigo.

—Y si las cosas se ponen difíciles, si algo va mal, querré saberlo todo. No importa dónde esté o qué esté haciendo. Tú eres mi prioridad.

—Lo sé —murmuró, inclinándose para darle un beso.

La puerta de la habitación se abrió sin llamar. West entró y fue directo a la cama, tumbándose sobre el pecho de Dragos.

—Hola —lo saludó Dragos, conteniendo la risa a duras penas.

—Vengo a dormir con RunRun —dijo él con el chupete en la boca.

Dragos y él se rieron, tratando de no despertar a Rune, que ni se inmutó.

—Espero que sepas que cuando os vayáis no te irás con un solo niño —le dijo Julian, apoyado en el marco de la puerta, con una media sonrisa divertida.

Winter pasó corriendo a su lado, saltó a la cama en un solo movimiento y se acurrucó en el costado de Dragos.

—Es vuestra casa, ya lo sabes —le ofreció Dragos.

Atik agarró a Julian de la cintura, acercándolo.

—Me vendría bien unas vacaciones —opinó el recién llegado, dejando un beso fugaz en su sien.

—Y puede que a Luc le venga bien un poco de compañía para hacer frente unido —sugirió Julian.

—Eso sería genial —aceptó enseguida, mirando a Julian agradecido, con una calidez que le subió al pecho.

—¿Excursión a Aurora? —preguntó Tyler, asomándose detrás de Atik—. Me apunto. Hace meses que me ronda una idea para un nuevo libro, me vendría bien una casita aislada.

—Necesitaremos dos —apuntó Andrew—. Kim no aguantará más tiempo sin nosotros —aseguró, abrazando a su marido por la espalda.

—Por supuesto —aceptó Dragos.

—Deberíais saber que va a empezar una saga de libros de hombres lobo —advirtió Andrew.

—¿Vas a exponernos? —preguntó Atik, mirando a Tyler de forma amenazadora.

—Claro que no. Romance gay, tórrido y para mayores de dieciocho años —contestó Tyler, después de comprobar que los niños ya estuvieran dormidos.

Todos rieron al mismo tiempo, intentando contenerse para no molestar a los pequeños.

—¿Te pasas al romance? —preguntó Dragos, incrédulo.

—Sí —contestó Tyler, convencido—. Soy un humano rodeado de lobos sexys, tenía que haber empezado por ahí. Vivo con sobrecarga

de inspiración, a la gente le van a encantar.

—Yo lo leería —admitió Julian con rapidez.

—Ven a mi habitación, tengo un borrador —admitió Tyler, emocionado.

Los dos se agarraron de la mano y salieron corriendo como colegiales. Se hizo un sorprendido silencio en la habitación.

—Creo que debería ir a ayudarles. Podrían necesitar otra visión —murmuró, escapando de la cama y saliendo a toda prisa detrás de los otros dos. Agara y Emily ya iban delante, directas a la habitación de Tyler y Andrew.

Las adelantó sin dejar de reír, con el corazón ligero. Nació solo, pero estaba seguro de que nunca volvería a estarlo. Toda esa gente eran ya su familia, su gente, y ese amor que compartían lo abrazaba como un fuego suave y constante, convirtiéndolos en su legado.

Fin.

EPÍLOGO

Luc

Rio mientras intentaba sacarse a Dragos de encima.

—Hueles tan bien —murmuró Dragos mordiendo su cuello, mientras sus manos serpenteaban por su cintura, atrayéndolo aún más hacia atrás para apretarse contra él.

—Para —le ordenó entre risas—. Llevamos horas en nuestra habitación cuando tenemos invitados. No voy a poder mirar a los ojos a nadie.

Dragos rio contra su piel, pero lo dejó ir.

—Como si ellos fueran mejores —bufó divertido.

—No lo son, pero hoy no es el cumpleaños de su hijo —le concedió sonriendo mientras se ponía una camiseta—. Vamos, Julian y Atik tienen que estar a punto de llegar.

Dragos le tendió la mano para salir de su habitación. Entrelazaron los dedos y bajaron la escalera. La manada estaba exultante de felicidad; su heredero cumplía ya quince años y habían llenado el pueblo de decoración para celebrar un día tan especial.

Saludaron a todos, acariciando a Joker mientras avanzaban. El lobo había aparecido por sorpresa, a las pocas semanas de regresar a Aurora, llenándolo de felicidad. Miró a Tyler, tirado sobre Andrew en una manta junto a su cuñada Kim y su sobrino Derek de seis años.

Emily y Adler estaban junto a sus hijos, Will y Wen. Habían llegado cerca del amanecer.

Rhys y Deklan atravesaron la plaza del pueblo, directos hacia Tyler y Andrew, siguiendo a su único hijo, Stiles, que se lanzó a los brazos de Derek, quien lo abrazó riendo bajo la atenta mirada de sus padres.

Agara se había quedado con su marido guardando Salem y cuidando su primer embarazo, que terminaría en pocas semanas. La reticencia a separarse de ella era el motivo principal por el que Julian y Atik llegaban tarde.

Saludó a Alaric con la mano. Abba jugaba con su hija, una pequeña bruja huérfana a la que habían adoptado apenas dos años atrás, cuando la encontraron abandonada y aterecida de frío después de que su aquelarre la rechazara. Tenía un ojo de cada color, algo que en el mundo de las brujas era señal de mala suerte. Una superstición absurda, porque fue ese rasgo el que le regaló a la pequeña Wanda, una familia que la adoraba.

Wess y Knox estaban hablando con Chris, que había acudido con su hija al cumpleaños, dejando a su marido, Tom, en Greenville. Valeria estaba cogida de la mano de su padre y trataba de llamar la atención de Stiles.

El *jeep* de Julian se detuvo en la entrada del pueblo.

Winter salió antes que nadie. Llevaba su pelo largo recogido en una trenza que le llegaba hasta la cintura, pantalones vaqueros, una camisa verde pastel y unas zapatillas blancas. Iba, como siempre, cómoda e informal.

Ella le tendió la mano a su hermana pequeña, que bajó del coche con un vestido blanco y azul. Winny los saludó con entusiasmo y fue directa hacia ellos.

Se agachó para recibirla.

—Hola, pequeña Winny —la saludó con cariño besándole la frente mientras Atik ayudaba a Julian a sacar del coche a su hijo pequeño.

Warren apenas tenía cinco años y, en cuanto su padre lo dejó en el suelo, corrió directo hacia Winter. Ella lo alzó sin pensarlo, agitándolo de arriba abajo entre risas para hacerlo reír.

—¡Win! —escuchó gritar a Rune, que pasó por su lado como una exhalación.

Atik le quitó a Warren de los brazos justo a tiempo para que Rune se abalanzara sobre Winter, y los dos acabaran rodando por el suelo.

Julian negó con la cabeza, pero siguió avanzando.

—Da igual la edad que tengan, no tienen remedio —se quejó cuando llegó a su lado, girándose para ver a su hija peleando con Rune.

—Está muy nervioso, lleva despierto desde antes del alba —lo defendió Dragos sonriendo.

—Parece que llevan sin verse un año, y hace tres meses que se vieron —señaló riendo, al ver cómo Will iba en ayuda de su prima lanzándose a la refriega. Stiles siempre estaba listo para una buena pelea, así que no dudó en unirse, y por supuesto Derek lo siguió, porque nunca permitiría que hiciera algo sin él.

Wanda, Wen y Valeria corrieron directas a la pelea sin dejarse amedrentar.

—Deberíamos separarlos —opinó Atik—. No tiene pinta de que vayan a parar pronto.

—Dales un segundo —replicó Julian sonriendo—. Falta el rey de este tablero.

Como si respondiera a una llamada silenciosa, la puerta del coche se abrió y West salió al exterior. Su pelo había crecido un poco, cayéndole en mechones suaves que enmarcaban su rostro sereno, donde destacaban sus ojos grises, tan claros y luminosos que parecían tener su propia luz.

Vestía un pantalón beige y un jersey fino de color negro. Sobre el pecho, colgaba un medallón con el escudo de los Madsen, y en su mano brillaba el anillo de la familia, el mismo que su abuelo había llevado en vida. Había algo solemne en su figura, en la forma pausada de moverse, como si su sola presencia impusiera una calma que desentonaba con el alboroto del lugar.

La pelea seguía en pleno apogeo, pero un rugido potente de Rune la cortó en seco. El futuro alfa se incorporó de inmediato del suelo, poniéndose tan recto como pudo, sacudiéndose la ropa con torpeza y peinándose con los dedos, sus gestos nerviosos delataban su agitación. Las mejillas de Rune estaban encendidas y los ojos muy abiertos, como si la emoción le desbordara sin que pudiera contenerla.

West se detuvo, observando a Rune de arriba abajo con atención. En su rostro se dibujó una sonrisa pequeña y sutil.

—Bienvenidos, lobos de Salem —dijo Rune con voz muy seria. Inclinó la cabeza en un gesto solemne—. Habéis recorrido un largo camino. Sentaos a nuestra mesa, comed y bebed. Estáis bajo la protección del alfa de Aurora.

—Este niño... —murmuró Dragos, negando con la cabeza. El tono era el de quien no sabía si reír o suspirar. Su hijo tendía a hacer el ridículo cada vez que West estaba cerca.

Julian dejó salir una risita al escuchar la queja de Dragos.

West imitó el gesto de Rune, ladeando apenas la cabeza en su dirección con una sonrisa tranquila.

—Feliz cumpleaños, RunRun —le dijo West con su melodiosa voz. Habían pasado muchos años, pero West nunca había dejado de llamarle por el apodo que le puso de niño.

Incluso a la distancia en la que estaban, pudieron notar cómo Rune contenía el aliento, inmóvil como si el más leve movimiento pudiera romper el momento. Tenía los labios entreabiertos, los ojos fijos en West como si el tiempo se hubiera congelado. Dragos chasqueó la lengua con diversión.

West dejó a Rune con la palabra en la boca, todavía atrapada en el borde de los labios, y se acercó a ellos con paso ligero.

—Hola, padrino —saludó, hundiéndose en un abrazo con él—. Te eché de menos. Hola, papá Luc.

—Hola, cielo —le respondió, acariciándole el brazo.

—Nosotros también te extrañamos, pequeño milagro —le contestó Dragos, dejando un beso en su cabeza—. Dejé un regalo en tu habitación.

—¿Un regalo? —preguntó West, alzando las cejas con delicadeza, como si la sensación de la sorpresa lo acariciara por dentro. No lo hacía a propósito; West tenía un aspecto muy llamativo, lo que, combinado con su carácter pausado, lo hacía parecer casi etéreo.

—¿Acaso necesito un motivo para hacerle un regalo a mi ahijado?

La sonrisa de West centelleó como un rayo rompiendo la noche. No era mucho de sonreír, pero cuando lo hacía quitaba la respiración.

—¿Qué es? —quiso saber, aferrándose al brazo de Dragos con la emoción brillando en sus ojos.

—Hice un sillón para ti, con los primeros troncos de la temporada. Lo creé desde cero con la mejor madera y lo puse bajo tu ventana, para cuando quieras perderte en tus libros.

Los ojos de West brillaron y salió corriendo sin esperar más información, directo a la habitación que utilizaba cuando venía de visita.

—Papá... —se quejó Rune, mirando a Dragos como si acabara de traicionar un código sagrado—. ¡No le dijiste que te ayudé!

Dragos miró al cielo, pidiendo paciencia.

—¿Y por qué no vas a decírselo tú, Romeo? —preguntó con paciencia.

—¡Papá! —volvió a protestar—. No puedo entrar a su habitación, eso no sería apropiado —le dijo escandalizado, como si le hubiera propuesto un crimen.

Julian rio a su espalda.

—Más te vale que no —lo amenazó Atik con fingida severidad.

—Aunque entraras, no importaría —señaló Winter, recuperando a su hermano pequeño de los brazos de Atik—. Tiene un sillón, una ventana con aire fresco y las decenas de libros nuevos que el tío Luc habrá comprado. Se va a pasar los próximos días leyendo y durmiendo, como un gato en invierno. Olvídate de él hasta dentro de una semana.

Rune miró al suelo, moviendo el pie de un lado a otro. Se encogió ligeramente de hombros, como si la idea de no verlo le resultara insoportable.

—Podría ir bajo su ventana para saludarlo —musitó Rune, casi para sí mismo.

Julian se rio a carcajadas mientras Dragos gruñía, perdiendo la paciencia.

—¿Por qué no buscamos un plato y le llevas algo de comer? —le ofreció Julian.

Rune lo miró como si le acabara de dar un premio.

—Entrar y salir, puerta abierta en todo momento —le advirtió Atik.

Julian rio de nuevo, echándole el brazo sobre los hombros a Rune mientras se dirigían juntos a la zona donde estaba la comida.

—Qué adolescencia nos va a dar —se quejó Dragos.

—Winter duerme con él —le recordó Atik—. Y tiene orden de atacar si Rune trata de colarse.

Dragos rio con fuerza.

Siguió a los demás mientras los escuchaba hablar. Todos sabían que Rune no intentaría nada. Adoraba a West como si fuera el sol y perdía la voz cada vez que lo miraba durante más de unos segundos. Era tan transparente, tan torpemente devoto, que no dejaba lugar a dudas. Cada gesto suyo, cada mirada, parecía hecha para revelar exactamente lo que sentía.

Se mezcló con su manada y su familia, hablando y riendo para ponerse al día, aunque hablaban a diario por teléfono. Hacía muchos años que las manadas se movían indistintamente entre los territorios. Las visitas de Julian y Atik eran constantes, igual que las suyas a Salem. Los niños habían crecido juntos y se turnaban para visitarse cada vez que había vacaciones escolares. Con el paso del tiempo, aquellas costumbres sencillas habían acabado formando un tejido firme, como una red de raíces que se entrelazaban bajo tierra sin que nadie lo notara.

—Mira —le dijo Julian, sentándose a su lado en el banco.

West había salido de la casa y Rune caminaba a su lado, mirándolo con una cara que solo podía definirse como felicidad. No hacía falta escuchar lo que decían para entenderlo. Bastaba con ver la forma en que Rune se inclinaba hacia él, como una planta buscando la luz. Era una conexión tan natural que dolía un poco mirarla.

—West le trajo un regalo —le confesó Julian—. Lo hizo él mismo.

—Que la luna nos ayude, le va a dar un ataque —predijo—. ¿Qué es?

—Un colgante. Estuvo yendo cada tarde con nuestro artesano y lo hizo pieza a pieza.

—Dime que no tiene el escudo de los Madsen —le suplicó a su amigo.

Julian rio mientras negaba con la cabeza.

—Pone el nombre de Rune por fuera y la inicial de West dentro.

Escuchó el quejido de protesta de Dragos, que estaba en el banco de enfrente, pero sonrió sin darle importancia. Intentar mantener a West y Rune alejados era como tratar de separar el mar. Estaban hechos el uno para el otro, parecía que el destino los había creado con la intención de que estuviesen juntos.

—Déjalos disfrutar el momento. Bastante suerte estamos teniendo con que estén en plena adolescencia y no se pasen el día escondidos por las esquinas —le dijo Julian, de buen humor.

Los dos rieron mientras Atik y Dragos les lanzaban una mirada oscura. No sabía cuándo sería, pero si de algo estaba seguro era de que un día, Rune y West se convertirían en pareja y unirían las dos manadas más grandes del territorio. El futuro estaba a punto de alcanzarlos a todos, y le ilusionaba descubrir qué forma adoptarían sus sentimientos cuando por fin los abrazaran sin miedo.

—Me parece que serán unos años movidos —supuso.

—¿Más? Me estoy haciendo mayor para tantas emociones —protestó Julian, cogiendo en brazos a su hijo.

Rio, buscando la mirada de Dragos, que le sonrió con dulzura. Que viniera lo que fuese. Juntos enfrentarían cualquier cosa, tenía a la manada y a sus familias. Eran invencibles.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi consorte, a mi amor, mi eterna fuente de inspiración y burbuja de aire cuando la imaginación corre más rápido que mis dedos y se me olvida en qué día vivo o cuándo comí por última vez. Gracias, mi vida. Sin ti, nada de esto sería posible.

Gracias a mis betas, las que me atan en corto si me desvío y celebran cada éxito y cada derrota como si fuera suyo.

Gracias a mi familia y amigos. Sin vuestro aliento, hace mucho que habría tirado la toalla.

Gracias a ti, que me estás leyendo, que compras mis libros y dejas una opinión bonita. Te prometo que seguiré dando lo mejor de mí y trataré de mejorar para que cada libro sea aún más especial.

Gracias, querido lector. Sin vosotros, vivir de mi sueño no sería posible. Gracias a todos por apoyarme y seguirme hasta aquí. Nada de esto sería posible sin vosotros.

GRACIAS.

SOBRE LA AUTORA

Aislin Leinfill ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.
Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.
Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web

https://aislinleinfill.com

X: @aislinleinfill
Instagram: @asilinleinfill

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Serie Escala de Grises

Gris Ceniza
La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.
Quizá lo hizo demasiado pronto…

Gris Titanio
Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca.
Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.

…

Serie Escala de Matices

Illinois
En las calles de Illinois, Cruz y Nate se ven envueltos en un torbellino de emociones y desafíos. Cruz, vive en los bajos fondos, lucha por encontrar su lugar en el mundo tras años de adversidades, mientras que Nate, un hombre reservado, experimenta un cambio profundo al cruzarse con él.
A medida que su relación avanza, enfrentan desafíos que ponen a prueba su determinación y sus sentimientos. Cruz lucha por dejar atrás los traumas del pasado, mientras Nate busca su identidad en un mundo lleno de ideas preconcebidas. En medio de la

incertidumbre, descubren una conexión única que los impulsa a luchar por un futuro juntos.

Independientes

Adagio, Canción de medianoche

Empezó a cantar antes de hablar, su mente tatuaba las melodías en su interior, las hacía parte de él. Nadie entendía lo que significaba la música en su vida, hasta que conoció a Paris. Ellos compartían un mundo en el que solo ellos tenían cabida, lo comprendía y llegaba a él de una forma que no acababa de entender. Tantos años juntos, abriéndose camino, liderando las listas de ventas y teniéndolo a su lado, le dieron una falsa sensación de seguridad. Creyó que era suyo, a pesar de que lo que había entre ellos no tenía nombre, ni espacio en el mundo en el que vivían.

Crónicas de Khineia

Nimerik

Las leyes son claras, sencillas, los niños crecen repitiéndolas para grabarlas en lo más profundo de su mente. Obedece, cumple las normas y nunca discutas la autoridad, mientras sigas sus reglas, puedes ser uno más. Vivirás bajo el amparo de las murallas, contarás con la protección del ejército más poderoso del mundo y nunca tendrás que preocuparte de lo que se esconde bajo el agua. Hasta que llegó él y lo obligó a sumergirse en un mundo complejo y desconocido. Khirstan. Solo con pronunciarlo, cada defensa que lo rodeaba caía como si nunca hubiera existido, tan peligroso y misterioso como el océano e igual de intimidante que él.

Tharkia

Lo perdió todo el día que aquella ola arrasó su vida. Khirstan ya no estaba, solo quedaban sus recuerdos y un amor que seguía creciendo sin remedio. El mundo no se detuvo por su ausencia y la amenaza que se cernía sobre Puerto Bashel avanzaba imparable.

Sin esperanza ni fuerzas, seguía siendo el comandante de Nimerik, y eso significaba que estaba dispuesto a dar la vida por su deber.

Serie Wolf World

Imposible de olvidar
Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo.
Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.

Por siempre jamás
La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarle a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.
…

Spin off de Wolf World

El libro de los condenados
Spin-off de la saga Wolf World, este libro parte del quinto libro de la saga. Sangreal, Las obligaciones del rey.

En un mundo donde la magia es una fuerza tangible que fluye en cada rincón, Ares y Reyx, dos almas destinadas, descubren el poder de su conexión mágica. Su amor desata algo único. Sin embargo, esta conexión no pasa desapercibida, y ambos se encontrarán en medio de un conflicto ancestral entre aquellos que buscan controlar su poder.

Mientras luchan por mantener su amor y libertad, se enfrentan a desafíos que amenazan con separarlos. A medida que su magia se

intensifica, también lo hace la amenaza que representa para aquellos que buscan utilizarla con fines oscuros. Ares y Reyx deberán superar barreras místicas y desafiar las expectativas de un mundo que teme lo que no comprende.